ISA J. GONZÁLEZ



# EL LEGADO DE LA REINA CUERVO

Un joven que solo ansía la libertad. Un príncipe rechazado por su imperfección. Un compromiso lleno de secretos y magia feérica. Finn está maldito: es capaz de ver y tocar Sombras, unos seres negruzcos y peligrosos que lo persiguen ahí donde vaya. Desde la desaparición de su hermano, lo único que ha ansiado Finn es liberarse de su poder, de los barrotes de su hogar y del yugo de su padre.

Cuando llega Nuada Callaghan, un príncipe de un Clan lejano, y le ofrece una salida a esa situación, él no duda en aceptar su propuesta. Pero lo último que espera Finn al comprometerse en matrimonio con el príncipe es adentrarse en una tierra de folklore y tradiciones que para él ya están olvidadas. En el seno del Clan Callaghan, no solo descubrirá los misterios de su poder y la magia del mundo: también conocerá la calidez de la familia y del amor. Pero una organización amenaza con destruir la felicidad que Finn ha encontrado en su nuevo hogar y no descansarán hasta conseguir su objetivo. Déjate hechizar por esta novela de magia, romance, hadas y diosas celtas.

Isa J. González

# El legado de la reina cuervo

Título original: *El legado de la reina cuervo*
Isa J. González, 2025
Diseño de cubierta: Borja Puig

---

Revisión: 1.0

 27/02/2026

Para Samuel, por ayudarme a construir
las alas que necesitaba para volar.
Para Noa, ojalá este libro te anime a alzar
el vuelo.

Allí duerme Titania una parte de la noche reclinada al arrullo de esas flores entre danzas y regocijos.

WILLIAM SHAKESPEARE,
*Sueño de una noche de verano*

# Primera Parte

## Astaraiche - Viaje

# Preludio

## Basil

«Incluso en un mundo mágico como Sidhe pueden pasar cosas inusuales».

Eso fue lo primero que pensó Basil al toparse, de frente, con un portal que no había estado ahí unos instantes antes. Se acercó, la curiosidad guiando sus pasos. Aquella era la tercera vez en esa semana que cruzaba el territorio de las hamadríadas para llegar al Palacio del Amanecer, donde vivía la reina de la Corte del Alba. Meredydd era una fae cruel y caprichosa, y Basil había aprendido a obedecer sus órdenes solo cuando estas eran ineludibles. Por lo general, eso significaba que tenía que viajar a alguna Corte vecina y o bien engañar a algún humano estúpido o bien concederle alguna petición absurda. Era un precio que Basil estaba dispuesto a pagar a cambio de una vida tranquila.

Aquella noche empezaba a plantearse lo contrario.

La oscuridad todavía dominaba el cielo cuando besó la mejilla de su recién nacida, se despidió de su esposo y salió de la casa. Aunque las hadas eran seres crepusculares, la reina del Alba prefería comenzar el día en cuanto la negrura era más profunda que nunca y, por eso, las tinieblas aún rodeaban Sidhe en el momento en que Basil se adentró en la foresta de las dríadas del bosque. No todo el mundo se atrevía a internarse en sus tierras, pero él sabía que no

eran tan peligrosas como decían los rumores. Mientras tratara con respeto la vegetación, las mujeres feéricas lo dejarían en paz. Desde que había descubierto eso, ya no temía atajar por ahí: había cruzado la espesura en centenares de ocasiones.

No obstante, esa era la primera vez que veía algo así: ante él, un círculo de luz que conducía a algún lugar desconocido.

Basil titubeó. Había algo que lo llamaba al otro lado de la puerta: oía una voz, tibia, casi imperceptible, que pronunciaba su nombre. Sabía que, si estiraba la mano, podría alcanzarla. Solo tenía que dar un paso hacia adelante, atravesar esa luz caleidoscópica y llegaría ahí. A cada «Basil» que entreoía, el anhelo de obedecer se hacía más fuerte. Estaba tan cerca…

Sus pies se movieron con una inercia desconocida. Sin miedo ya, con todas las dudas abandonadas a su espalda, Basil traspasó el umbral. Cuando lo hizo, se olvidó de que Sidhe era un lugar engañoso, de que las hadas eran traicioneras, de que su mundo lo era todavía más. La atracción que sentía hacia la puerta era tal que borró todas sus precauciones habituales.

Basil estaba en el bosque de las dríadas en un momento y, al otro, se encontraba en un claro desconocido. Miró a su alrededor, desorientado. ¿A dónde había ido a parar? Nunca había visto ese lugar y, sin embargo, intuía que había algo raro en él. Algo peligroso. Entonces, se dio cuenta: el contraste entre el mundo mágico que había dejado atrás con lo inerte del que ahora pisaba lo golpeó con suficiente fuerza.

La curiosidad que había movido sus pies se esfumó al instante. Ya no importaba el origen del pórtico ni a dónde lo había llevado, lo único que quería era marcharse de ahí, volver al bosque, a su casa, a cualquier lugar conocido. Si se quedaba demasiado tiempo, la ausencia de magia lo enfermaría. Pero, cuando se giró, arrepintiéndose de su error, ya era demasiado tarde. Aunque la luz que lo había trasladado hasta ese nuevo mundo todavía se vislumbraba, el portal había desaparecido.

—¡Alguien ha cruzado la puerta, Regin!

La voz lo sobresaltó. Se giró y descubrió que tenía un humano ante él. No era raro encontrárselos en Sidhe: de tanto en tanto, alguno conseguía llegar hasta ahí. Solían trabajar como sirvientes o amantes de alguna hada sin Corte. No obstante, al contrario que la mayoría de criados que conocía, aquel humano no parecía modificado ni adaptado al mundo feérico. Era anodino y feo.

—¿Qué hace un humano aquí…?

—Eso se pregunta él de ti.

Reconoció esa cadencia, ese tono, esa melodía. El aroma que le llegó, leve, era extrañamente nostálgico. Al alzar la mirada, Basil se encontró ante sí un ser feérico y el corazón le dio un vuelco de alegría que, en otra ocasión, le habría resultado incomprensible. Llevaba apenas un minuto lejos de Sidhe, y ya lo echaba de menos.

El hada ante él tenía la piel pálida y los ojos de un color tan rojo como el fuego. Su melena se confundía con el verde de la hierba que pisaban, como si se hubiera restregado sus hojas por el pelo. Reconoció el tono cálido de sus iris al instante: era un Tuada. ¿Qué hacía un fae de la Corte de los Túmulos ahí, tan lejos de su casa?

—¿Quién…?

—¿Yo? Soy Regin, un Tuada exiliado. Y tú eres una hada que acaba de cruzar al mundo de los humanos. Bienvenido.

Sus palabras cayeron sobre Basil como una losa pesada. El mundo de los humanos. El mundo sin magia. El mundo que había permanecido sellado durante tantos años.

Fue en ese instante que entendió que el camino de vuelta a su hogar iba a ser mucho más largo de lo que habría deseado.

# Capítulo 1

## Las sombras de nuestros muertos

La calle frente a mí estaba llena de Sombras. Las contemplé con una mezcla de asco y temor, a una distancia prudencial. Las había de diferentes tipos: grandes y pequeñas, amorfas y definidas, negras y traslúcidas. Algunas se arrastraban por el suelo, burbujeantes como el alquitrán. Otras se pegaban a las paredes cercanas, su superficie ondeando como si jugaran con el viento. Unas pocas Sombras humanoides, las que más miedo me daban, vagabundeaban por la acera con sus extremidades largas.

Todas, sin excepción alguna, me buscaban a mí.

El hedor que desprendían me mareó, de modo que di un paso involuntario hacia atrás. Aunque no estaba acostumbrado a ver tantas juntas, su presencia no era una novedad para mí: me habían acompañado durante toda la vida. No sabía qué eran ni de dónde habían venido ni por qué, pero, aparentemente, solo las podía ver yo. Tampoco entendía por qué solo me afectaban a mí. Mientras que eran inocuas para el resto de personas, a mí se me retorcían las entrañas al verlas y me invadía una sensación desagradable de la que no podía desprenderme. A su contacto, la piel se me secaba y se apergaminaba como carne en una hoguera. Su esencia me quemaba.

En todos estos años, lo único que había aprendido de ellas era su

comportamiento. Conocía bien el tipo de calles que tenía que evitar para no encontrármelas, igual que sabía a la perfección qué zonas de la ciudad estarían más vacías. Las Sombras no entraban en los edificios ni se acercaban a las calles más transitadas. Solían rehuir al resto de humanos. Con el tiempo, había adaptado esa realidad a mi día a día para eludirlas en la medida de lo posible.

Respiré hondo y noté cómo el aire congelado de Aeda me entraba por los pulmones. El otoño ya se asomaba en las hojas de los árboles y teñía todo de su color castaño. Pronto llegaría el invierno y, con él, las heladas y la nieve. La ciudad se vestiría de blanco y negro en una imagen bucólica y preciosa que me encantaba admirar. Era una de mis preferidas. Por desgracia, era también el momento del año en el que más sufría: mi cuerpo enclenque no aguantaba demasiado el frío, y las Sombras, que parecían alimentarse de la oscuridad y la muerte, se volvían más numerosas, atraídas por las noches largas.

Me cubrí mejor con la capa de seda que llevaba sobre los hombros, observé la calle y suspiré. No había desaparecido ni una.

—Mierda…

El peso que me atenazaba el corazón se volvió todavía más insoportable y me giré, justo a tiempo, para ver como una Sombra se acercaba a mí. Di un paso atrás. A esas horas, en una calle secundaria apenas transitada, pocas eran las posibilidades de evitar que me atacaran los seres negruzcos. En una situación normal, habría dado media vuelta, con la cola entre las piernas y la cobardía moviéndome los músculos.

Hoy era diferente. Hoy tenía que plantarles cara. Volví a mirar el pasaje y me llevé una mano al pecho para tranquilizarlo. Ese era otro efecto secundario de acercarme tanto: el miedo. Sin embargo, por una vez en la vida, había algo más fuerte que el terror. Necesitaba respuestas y la posibilidad de encontrarlas estaba a quince metros de esa calle atestada. Solo tenía que cruzarla. Enfrentarme a las Sombras.

Quince metros no eran nada. Una carrera corta. Y, aun así, tenía

las piernas paralizadas, era incapaz de avanzar o retroceder. Si volvía hacia atrás, sabía que me arrepentiría. Si iba hacia adelante, quizá no llegaría vivo al callejón.

Abrí el puño y contemplé el papelito impreso. El pedazo de periódico estaba arrugado, algunas de las letras emborronadas por el sudor y la fuerza con la que lo había agarrado en mi camino hasta ahí. La breve noticia todavía se podía leer a la perfección:

> *«Ninguna cuestión es estúpida o insuficiente cuando se trata del mundo de los espíritus». Ha comentado la médium, Margaretta E. Hardin, a este humilde medio. «Las sombras de nuestros muertos nos persiguen a todos por igual».*
>
> *La señorita Hardin acaba de llegar a la capital de Balainn y nos acompañará durante los próximos meses.*

En otro momento, ese anuncio no me habría llamado la atención. No me interesaban las médiums, el espiritismo o la religión, ya tenía suficiente magia en mi vida con esos seres que nadie más podía ver. Aun así, algo en la frase final me había atraído sin remedio. «Las sombras de nuestros muertos». No podía estar refiriéndose a las mismas Sombras. No, seguro que era una casualidad. Como no conocía a nadie que pudiera verlas, yo mismo les había puesto ese nombre, por lo que tenía que ser una coincidencia. Pero ¿y si no lo era? ¿Y si esa mujer tenía las respuestas que yo llevaba persiguiendo toda mi vida? ¿Y si conocía una manera de romper la maldición? En mi interior, una voz me decía que tenía que hablar con ella, comprobarlo por mí mismo.

Así, con la resolución quemándome por dentro, había llegado hasta donde me encontraba. No podía dejar que el miedo atroz me paralizara, que la ansiedad me atara los pies al suelo. Tenía que avanzar. Me clavé las uñas en la palma de la mano y dejé que el aguijón de dolor me despertara las piernas.

Di un paso adelante. Y otro. Y otro.

Empecé a correr, esquivando Sombras, saltando por encima de

ellas, sorteando las extremidades filosas que lanzaban hacia mí, si es que se podía llamar extremidad a los pseudópodos negros que tenían por brazos. Todas querían un pedazo de lo que fuera de que se alimentaban. Un pedazo de mí.

Por suerte, las Sombras siempre habían sido lentas y patosas. Mi única ventaja. Quizá había demasiadas, pero si corría suficiente, podría llegar al callejón antes de que me alcanzaran. Aceleré el paso, arriesgándome en cada movimiento.

Me costaba respirar. Las piernas me ardían y no podía parar de boquear en busca de oxígeno. La cantidad de Sombras que me rodeaba era agobiante: me presionaba y me dificultaba el avance. Su olor acre me golpeaba con intensidad y me impedía pensar. Lo único que podía escuchar era el latido de mi corazón, bombeando sangre a los oídos. Era una melodía acelerada y contundente. Débil y segura. Me concentré en su sonido para poder continuar.

Mis pies me llevaron hasta la esquina y giré, sin dejar de correr. Casi me desmoroné cuando descubrí la suerte que había tenido: la única Sombra que había en el callejón estaba lejos, en la otra punta. Sin bajar el ritmo, analicé los números de las puertas. 10,13,14… Ahí estaba. El número 15 de la calle Oster.

Me paré en seco y todo mi cuerpo se quejó de dolor y sorpresa. Me apoyé en la pared para recuperar el aliento, pero no tuve tiempo para reponerme: las Sombras, ahora más sedientas, se acercaban a mí. Habían detectado mi presencia y no me dejarían en paz. Las miré, apelotonadas en la entrada del pasaje.

Me di unos segundos de tregua para calmar el movimiento del pecho. Solo entonces llamé a la puerta, con suavidad. La pintura verde de la madera estaba desgastada y saltó un poco al contacto.

—Lo estábamos esperando —la muchacha que abrió la puerta susurró en un hilo de voz.

Era delgada y llevaba un vestido negro que se recortaba en su cintura, a la moda tirnense. Se apartó para dejarme pasar y yo lo hice con rapidez, buscando la protección que me ofrecía el edificio. Agradecía mucho que las Sombras no pudieran traspasar los

umbrales; habría muerto tiempo atrás sin esa ventaja.

—Espere aquí, por favor.

Tardé un par de minutos en recuperar la compostura. Solo entonces me fijé en el vestíbulo al que acababa de llegar. Era minúsculo, y un fuerte aroma a cera derretida lo inundaba. Estrecha y sin ventanas, la estancia estaba desnuda de toda decoración: solo unas cortinas tupidas, largas hasta el suelo, ocultaban la pared y la puerta por la que la chica había desaparecido.

Pronto, la muchacha volvió y me condujo por un único pasillo, alargado, hasta una sala redonda y mucho más amplia. De ahí provenía el olor: de centenares de velas que cubrían toda la superficie y enmarcaban, en un halo tintineante, el pelo rizado de la mujer que estaba en el centro de la sala. La mesa, también circular, estaba tapada por un mantel simple y blanco.

—Bienvenido, señor. Póngase cómodo —dijo, señalando la única silla disponible.

Me senté con la mirada baja, tenso. Todo mi ser agradeció el descanso con una nota afilada de amargura. Había recorrido solo quince metros, una distancia que mi cuerpo había vivido como si hubiese sido una carrera. Me incorporé. No quería acomodarme, pues sabía que luego sufriría más la resaca del cansancio.

—¿Puedo preguntarle a qué se debe el placer, señor…?

Enfoqué la mirada hacia la mesa, agradecido por la distracción de su voz, pero incapaz de observarla a ella.

—Finn. Finn Blackwell.

—Encantada, señor Blackwell. Mi nombre es Margaretta Hardin, aunque imagino que, si ha llegado hasta aquí con tanta prontitud, ya me conocerá.

Asentí, sin saber muy bien qué decir.

—¿Con quién quiere hablar, señor Blackwell?

Me mordí la lengua. No había planeado cómo decirle que no estaba ahí para eso. Por un instante, se me pasó por la cabeza el nombre de mi madre para, así, fingir que había ido para una sesión. Rechacé la idea al instante. No creía en los espíritus y, aunque lo

hiciera, no querría hablar con ella. No hubiera podido soportar descubrir en sus ojos la misma decepción que veía cada día en los de mi padre.

No, lo único que anhelaba, lo único que siempre había anhelado, era deshacerme de esa maldición.

—No he venido aquí por eso, señorita Hardin —dije al fin.

Alcé la cabeza y nuestras miradas se encontraron por primera vez. Tenía los ojos grises, similares a un cielo lluvioso. Había extrañeza en ellos. Con un ademán, me indicó que continuara hablando.

—Verá, no es el mundo de los espíritus el que me turba. Mi problema está en este.

Ella dibujó una sonrisa educada e impecable. Ensayada.

—Me temo que no puedo ayudar con esa clase de proble…

—¿Están los espíritus entre nosotros? —La interrumpí.

—Sí, claro que sí —contestó, pasmada por la pregunta.

—¿Y qué forma tienen? ¿Cómo se muestran ante usted?

Ella pareció dudar. Se inclinó hacia adelante y recorrió con un dedo la superficie de la vela que tenía más cerca. Se paró justo al borde de la llama, sin llegar a tocarla.

—Los espíritus no se muestran —reconoció—. Su aspecto no es visible para nosotros. Pero tienen otras formas de hacernos llegar… sus mensajes.

Me mordí la lengua, frustrado. La conversación no estaba yendo como yo había imaginado. Aun así, ¿qué era lo que había esperado? ¿Qué ella pudiera ver las Sombras, como yo? Me recordé a mí mismo que aquella visita había sido solo un tiro desesperado. Había sabido, antes de venir, que acertar sería casi imposible.

—Entonces, ¿usted no ve los espíritus? —Dudé unos instantes antes de continuar—: ¿No ve… las Sombras? —Lo había dicho. Bajé la mirada, incapaz de soportar la sorpresa que había leído en la suya.

—Tengo que pedirle que se marche, señor Blackwell. No soy la persona que busca.

Ahora sí, se levantó y empezó a apagar con los dedos, una a una, las velas que nos rodeaban. Era evidente que aquel paripé estaba escenificado solo para las sesiones de espiritismo y ahora que había visto que yo no era un cliente, quería ahorrar cera.

Vacilé, consciente de que mi presencia ya no era deseada. Pero había visto algo en sus ojos grises, algo diferente a la incomprensión o la sorpresa. Un brillo de reconocimiento. Me levanté y, sin querer, golpeé una vela con el codo, que cayó al suelo. La llama se consumió al instante en la cera derramada.

—Un momento, señorita Hardin. Sabe algo, ¿verdad? —insistí con voz temblorosa—. Por favor, necesito respuestas.

Ella no se giró. Negó con la cabeza, sin mirarme. Pude ver cómo los nudillos de sus dedos, que sujetaban la falda negra del vestido, se volvían blancos.

—No tengo las respuestas que anhela, señor Blackwell.

La derrota que destilaban sus palabras me desanimó. ¿Qué más podía hacer? Tenía que aceptar la realidad.

Di media vuelta, dispuesto a irme, y sin ánimo para hacerlo. Por mucho que me hubiera convencido a mí mismo, me sentía decepcionado. Una parte inconsciente de mí había alimentado las expectativas de esa reunión, y ahora tenía que recoger los pedazos de esperanza que su rechazo había esparcido por el suelo.

Estaba ya entrando en el pasillo cuando su voz me paró:

—Las Sombras de las que habla… yo nunca las he visto. Pero mi abuela sí. Ella podía.

Atónito, me volví hacia la médium. Tuve que resistir la tentación de acercarme y zarandearla para que siguiera hablando.

Nunca antes había conocido a otra persona que pudiese ver las Sombras. Una parte de mí mismo, que había enterrado en lo más profundo de mi ser, se preguntaba si estos seres negruzcos no eran más que una proyección de mi locura, una ilusión que había creado mi mente para engañarme. Incluso había llegado a pensar que eran una explicación fantasiosa a la debilidad de mi cuerpo enfermizo. Y pese a que siempre había rechazado esas ideas, nunca desaparecían

del todo, resguardadas en el fondo de mi consciencia.

Por primera vez en mi vida, pude asegurar que no estaba loco: las Sombras existían, al menos, para una persona más.

Margaretta me miraba ahora con una expresión indescifrable; una mezcla extraña entre la pena y el miedo. Di un paso tímido hacia ella, con miles de preguntas en la lengua. Ella retrocedió y vi la incomodidad escrita en su rostro. Me mordí el labio. En realidad, solo había una respuesta que realmente quisiera saber.

—¿Consiguió liberarse de ellas? ¿Las dejó de ver alguna vez?

La tristeza en los ojos grises de la médium se intensificó. Antes de que moviera la cabeza en ambas direcciones en una negativa silenciosa, yo ya conocía su respuesta.

—Perdone la intromisión, señorita Hardin —me despedí.

Sin mirarla una última vez, me alejé de esa sala llena de velas, tristeza y decepción.

# Capítulo 2

## La casa en la calle Blackenor

Mi hermano Lean había desaparecido cuando yo tenía solo diez años: una noche se había levantado de la cama, se había vestido y se había marchado de casa. Nunca lo volvimos a ver.

Él era el único que me protegía de mi padre. Mi madre había muerto durante el parto y lord Blackwell, decepcionado con mi cuerpo prematuro y delgaducho, me había rechazado desde entonces. Solo Lean me había ofrecido el amor y el cariño de una familia. Su presencia me había salvado la infancia: él hacía de puente entre mi padre y yo, limando nuestras diferencias y mediando entre nuestras peleas irreconciliables. Nos mantenía juntos, incluso cuando ninguno de los dos queríamos estarlo.

Ya de pequeño podía ver las Sombras, pero parecían menos molestas cuando él estaba a mi lado. Lean conocía mi maldición y solía espantar el aire, como si pudiera protegerme de algo que no veía. Yo me reía con él y le cogía más fuerte de la mano, pues sabía que siempre estaría ahí para mí, con o sin Sombras.

Quizá por eso me dolió tanto su desaparición.

Mi padre ya no volvió a ser el mismo, y la casa cambió con él. Había puesto todas sus esperanzas e ilusiones en Lean, el hijo fuerte, valiente y atrevido. Estaba convencido de que él llevaría con orgullo el apellido Blackwell. Cuando se desvaneció, fue incapaz de

verme con el mismo prisma. ¿Cómo podría? Yo era la viva imagen de lo que mi hermano nunca había sido: un ser débil y enfermizo. No era digno. El tiempo solo había enquistado esa situación. Mi padre pasaba la mayor parte de las horas lejos de casa y yo intentaba evitar sus miradas cargadas de decepción.

Sin la mediación de Lean, los insultos se habían vuelto el pan de cada día. Sin la alegría de Lean, las Sombras se habían vuelto más tenebrosas y terroríficas. Sin el valor de Lean, mi cobardía había crecido y crecido hasta inundarlo todo.

Cuando salí a la calle Oster esa tarde, no vi Sombra alguna. Contemplé el callejón vacío con mirada ausente, aún confuso. La conversación me había dejado descolocado. Antes de la visita, me había convencido a mí mismo de que la médium podría ser decepcionante, que quizá el encuentro no iría a ninguna parte. Incluso así, siendo consciente de que las posibilidades de romper la maldición eran remotas, me sentía frustrado.

Las mentiras que me había contado a mí mismo no habían servido de nada: sin ser consciente, había esperado que aquella médium fuera la solución a todos mis problemas. En el camino hasta ahí, había acumulado más y más ilusiones, imaginando un futuro libre de Sombras. Si desaparecían, podría huir de casa y empezar una vida lejos de mi padre. Si dejaba de verlas, podría recorrer Balainn, conocer qué había más allá de los límites de Aeda. Ahora que caminaba sobre los pedazos rotos de esos sueños, era perfectamente consciente de que ni una cosa ni la otra llegaría nunca. Que las Sombras habían construido una cadena cuyos eslabones yo no podía romper.

Comencé a andar sin rumbo. Todo mi cuerpo se resistía a enfrentarme de nuevo a la realidad que me esperaba en casa. Así que deambulé por la ciudad, sin fijarme por dónde iba. Si en ese momento me hubiera encontrado con una Sombra, estoy seguro de que sus pseudópodos me habrían devorado.

Incapaz de centrarme en las palabras de la señorita Hardin, mi mente vagó hacia los recuerdos de mi hermano. Lean había tenido la

capacidad innata de animarme en cualquier circunstancia, y su compañía me habría venido bien en ese momento. «Finn, tú tienes otro tipo de fortaleza», me habría dicho, como solía hacer. «Tu fuerza está aquí, debajo de tus costillas». Y, entonces, me habría apretado el dedo contra el pecho y me habría sonreído con franqueza.

Mi hermano había creído, con terquedad, que yo era fuerte y capaz. Que ni mi debilidad ni mi maldición me definían. Me habría gustado escucharlo de nuevo, sentirlo a mi lado, ayudándome, protegiéndome, dándome ánimos.

El atardecer ya estaba muy avanzado cuando me di cuenta de que me había perdido. La casa de la médium estaba en una zona de la ciudad que no conocía, alejada de los barrios acomodados por los que solía moverme. Observé mis alrededores, intentando situarme. Había bajado por un corredor estrecho y lleno de escaleras que daba a la acera en la que ahora estaba paralizado. La vía era amplia, oscura y movida. Olía a mierda de sica y aguas estancadas. Arrugué la nariz y miré a ambos lados. Las personas caminaban con prisa, con las cabezas agachadas y la mirada turbia.

El miedo me erizó la piel. ¿Dónde me había metido? Era incapaz de reconocer los edificios que me rodeaban. Sabía que todavía estaba en Aeda, pero esa calle parecía pertenecer a una ciudad distinta, más salvaje.

De repente, la vi. Era una muchacha alta y corpulenta, con un vestido remendado y la mirada perdida. Andaba dando tumbos, sin ver dónde ponía los pies. Aunque destacaba entre la multitud, nadie parecía reparar en ella. Me fijé, entonces, en que todo el mundo parecía repelerla: desviaban el rostro, se apartaban de su deambular, la ignoraban de manera activa.

Pronto entendí el porqué. La chica tenía una Sombra encima, tan grande que daba la sensación de que una nube borrascosa se le había instalado sobre la cabeza. Era enorme, de las más colosales que había visto en mi vida. Y tenía ojos. Ahogué un grito cuando lo vi. Nunca había visto una Sombra así. Pese a que algunas tenían

aspecto humanoide, todas eran totalmente negras. No se podían distinguir facciones o rasgos, aparecían solo como humo oscuro. Esa se mostraba diferente. Volteó la cabeza, o lo que fuera que tenía, y fijó su mirada en mí. Los ojos eran redondos y amarillos, como si hubieran cosido dos botones de oro en la niebla negra.

Me giré, dispuesto a poner tierra de por medio. Ni toda la curiosidad del mundo podría haberme energizado más que el miedo a ese ser.

Pero ¿a dónde ir? Si iba en dirección contraria, me adentraría más en el barrio desconocido. Caminar por un lugar que no me era familiar conllevaba sus propios peligros: podría acabar expuesto a más Sombras; rodeado, sin saber cómo huir de ellas. Maldije por lo bajo y busqué algún establecimiento donde poder refugiarme. Quizá esa Sombra no seguiría las reglas del resto. Aun así, me sentiría más seguro dentro de un edificio.

Por desgracia, no vi ninguno. Ya era tarde y la mayoría de casas de la zona estaban pensadas para otro tipo de diversiones, ocio al que no quería acceder. Apuestas, prostitución y delincuencia. En otra situación, quizá la curiosidad y el ansia de seguridad me habrían conducido hasta uno de esos lugares. Sin embargo, mi aspecto me delataba: pese a su sencillez, la ropa que llevaba era de buena calidad.

Busqué a la chica con la mirada. Estaba ahí, más cerca de mí. Su atención estaba fija en otra parte, pero con su andar serpenteante me buscaba. Los nervios me hicieron retroceder: tenía la mente tan inundada de miedo que no se me ocurría otra solución que huir.

Cuando golpeé la pared con la espalda, en un suave «tumf», supe que estaba perdido. Sin darme cuenta, había reculado hasta un edificio sucio, en una esquina de la calle. No tenía escapatoria. La ansiedad me apresó el corazón, y una sensación de fatalidad me inundó el pecho. El recuerdo de las palabras de la médium volvió a mí con fuerza y noté cómo toda la energía que me quedaba se disipaba con él. Estaba atrapado en esa vida, en esa maldición. Bajo unas cadenas irrompibles. ¿Para qué luchar, entonces? Si tenía que

morirme, que fuera ahí, en esa Aeda desconocida. Un anónimo más. Quizá eso era lo que habían buscado mis pies al conducirme hasta ese lugar: una manera de acabar con todo.

Y, a la vez que ese pensamiento recorría mi cabeza, el corazón me dijo lo contrario. Cada latido me gritó que quería seguir viviendo, aunque eso significara sobrellevar esa tortura. Me aferré con fuerza a la idea. No sabía cómo sobrevivir, solo que quería hacerlo.

Me acuclillé ahí mismo y enterré la cara entre las manos. La pared rasposa era el único recordatorio de que todavía formaba parte de esa realidad. Me daba la impresión de que el resto de mí se había sumergido en un infinito invisible y flotante. Podría haber estado en cualquier lugar lejano, en cualquier parte del reino. Incluso en los otros mundos, esos que aparecían en las leyendas.

Un peso se me instaló en el pecho y supe, por esa sensación abrumadora, que la Sombra estaba cerca. No me atreví a mirar. No quería. Me encogí más sobre mí mismo y dejé que fuera el sino el que eligiera mi vida o mi muerte.

Esperé ahí, tenso, incapaz de moverme, incapaz de no hacerlo. De repente, la pesadez me abandonó y pude respirar con facilidad. Confundido, alcé la cabeza y me encontré ante unos ojos azules y profundos. Unos ojos humanos.

—¿Está usted bien? —me preguntó, y en sus palabras pude leer una preocupación genuina.

—S-sí —tartamudeé sin querer.

No quería observar a mi alrededor, por si la Sombra todavía estaba ahí, así que me fijé en él. Era un caballero joven, de porte esbelto y atractivo. Tenía el rostro cuadrado y recto, enmarcado por su pelo, negro, que llevaba recogido en una coleta baja. Vestía con camisa de lino blanca y un chaleco de un verde azulado que se confundía con la oscuridad, cada vez más densa, de la noche. Estaba claro que provenía de una familia adinerada: tanto su ropa como su piel tersa lo confirmaban.

—¿Seguro que está bien? Parece inquieto.

Pese a que su aspecto era imponente, su tono era suave y en su

rostro se dibujaba una sonrisa agradable. Un contraste que me sorprendió.

—Estoy bien, no se preocupe —dije, con más dominio de mi propia voz—. Ha sido solo un mareo fortuito, ahora ya me encuentro mejor.

Enarcó una ceja y yo sonreí, intentando aparentar inocencia. Si tenía dudas, no las mostró: me tendió una mano y me ayudó a levantarme. Entonces, con disimulo, analicé a los transeúntes de la calle. La muchacha no estaba por ningún lado y su Sombra también había desaparecido.

—Si no le importa, tengo prisa. De nuevo, muchas gracias por su ayuda.

Le hice una reverencia rápida y empecé a caminar. Durante unos instantes, el muchacho no hizo movimiento alguno, y pensé que había conseguido convencerlo. No duró demasiado: pronto se colocó a mi lado, con su sonrisa amplia y su mirada cálida.

—Preferiría acompañarlo a casa. Por si se vuelve a marear, quiero decir.

¿De qué iba el señorito ese? ¿Tan débil me había visto? Una llama de orgullo flameó en mi interior, y negué con la cabeza.

—No será necesario —insistí, con un tono afilado—. Puede que no lo parezca, pero tengo fuerza suficiente como para llegar por mi cuenta.

—¿Fuerza? ¿Qué tiene que ver la fuerza?

Me mordí el labio. Quería decirle que la fuerza importaba siempre, sobre todo cuando brillaba por su ausencia. Aunque, ¿qué iba a saber él? Con esos amplios hombros, seguro que no había tenido ningún «mareo» en su vida.

—Sea como sea, puedo llegar solo a casa. Muchas gracias por su preocupación.

Dicho esto, aceleré el paso para dejarlo atrás. No obstante, sabía que mi cuerpo no podría mantener ese ritmo demasiado tiempo. Correr me pasaría factura y, además, me impediría vigilar el camino. Estaba en un lugar desconocido, así que seguro que, en un

momento u otro, aparecería alguna Sombra por la calle.

Anduve cinco minutos antes de darme cuenta de que el hombre todavía estaba a mi espalda, esta vez a una distancia de unos diez metros. ¿En serio? Me giré hacia él y me acerqué tanto que pude ver los surcos de azul en sus iris. Estaba demasiado cansado como para preocuparme por la educación o la formalidad, por lo que no me importó invadir su espacio personal. Le presioné un dedo contra el pecho, sin demasiada fuerza, pero con mucha intención.

—¿Es que acaso se considera un héroe salvador, señor? —le pregunté—. ¿Es que siente la necesidad de ayudar a toda alma que se encuentra por el camino?

Él dibujó una sonrisa abierta, divertida, que le iluminó toda la cara.

—La verdad es que sí. ¿Usted no?

—¿Yo no qué?

—¿Usted no ayudaría a cualquiera que lo necesitara? Si estuviera en su mano hacerlo, claro.

Esa pregunta me desestabilizó. Negué con la cabeza, incrédulo.

—No me refería a eso.

Él se encogió de hombros sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Además, no tema. No estoy siguiéndolo. Da la casualidad de que vamos en la misma dirección.

Volví a morderme el labio para contener las palabras que querían escapárseme de la boca y me giré de nuevo, dispuesto a ignorar su presencia. Si me estaba siguiendo, que me siguiera. Ya no me importaba.

Tardé un buen rato en llegar a una avenida conocida. Ya era la hora de la cena, y la noche había caído sobre la capital, así que las calles estaban más vacías. Seguí caminando, mientras estudiaba la penumbra de soslayo. Por lo general, las Sombras se animaban con la negrura nocturna, por lo que esperaba encontrarme muchas más por el camino. Por el rabillo del ojo, vi movimiento en la acera. Ahí estaban. No obstante, las pocas que pude descubrir se mantuvieron lejos, protegidas entre las tinieblas. Ninguna me impidió el paso.

Ninguna se acercó a mí.

Arrugué la nariz, extrañado. Aquel no era su comportamiento normal.

Estuve un buen rato en alerta, a la espera de que se acercaran de repente. No pasó: permanecieron lejos de mi alcance en todo momento, como si me temieran. Se me hacía raro caminar así, tan tranquilo. Solía evitar los paseos nocturnos para esquivar cualquier sorpresa, así que hacía tiempo que no veía la ciudad acallada por la oscuridad. Era… agradable. Por unos instantes, me sentí como debían sentirse los demás cuando recorrían Aeda, sin el miedo o la ansiedad. ¿Cómo habría sido mi vida si no hubiese podido ni ver ni notar a las Sombras? La pregunta me había perseguido desde pequeño.

Al fin, mis pasos me condujeron hasta la calle Blackenor. Mi calle. Toda la angustia que me había acompañado durante el paseo se evaporó ante la visión conocida de las casas alineadas. Sus luces dibujaban patrones familiares en el empedrado por el que caminaba.

Hasta que no llegué a la cerca con el número 24, la que resguardaba mi jardín, no me di cuenta de que el caballero todavía seguía ahí, a una distancia prudencial. Estaba demasiado oscuro como para verle los ojos, pero un escalofrío me paralizó unos instantes. ¿Por qué me había seguido hasta ahí?

Subí las escaleras con premura, abrí la puerta y la cerré. Solo entonces me dejé ir: me apoyé en la madera, cansado y preocupado. Había sido una tarde inesperadamente dura, y noté el cuerpo resentido. Suspiré y cerré los ojos con fuerza, mordiéndome el labio para oponerme a ese Finn curioso que quería echar un vistazo por la rendija para comprobar si el joven seguía ahí.

«No importa. No lo volverás a ver», me dije.

—Bienvenido a casa, señorito Finn —dijo la voz de Michael, el mayordomo de los Blackwell—. Su padre lo está esperando.

Asentí. La sala estaba envuelta en tinieblas, con solo un par de lámparas de aceite para iluminar las estanterías sin usar. Me quité el abrigo y se lo cedí. El vestíbulo era amplio y daba a unas escaleras

blancas que conducían hasta las habitaciones. Tuve que resistirme a la tentación de subir e ignorar la petición de mi padre. En vez de eso, seguí los pasos del mayordomo.

La biblioteca obedecía a ese nombre solo en la teoría. Apenas dos estanterías cubrían las paredes: el resto eran cuadros y estantes llenos de decoración inútil, un reflejo del pasado de la familia Blackwell. Pese a su poco uso, era una sala acogedora, de un color verde oscuro. Mi padre estaba ahí, esperándome.

Me senté en una butaca igual a la suya y lo observé. Lord Blackwell llenó dos copas de *whisky* y me cedió una sin mirarme. Mi padre sabía bien que el médico me había aconsejado que no bebiera alcohol, pero la idea de rechazar la copa, de rechazar algo que él me daba, aunque fuera nocivo, se me hacía impensable. La acepté y aguardé a que fuera él quien rompiera el hielo.

—Deberíamos celebrar —dijo solamente. Alzó la copa y lo imité, confuso.

—¿Puedo preguntar cuál es la razón para tal celebración, padre?

Por primera vez desde que había entrado, él se giró hacia mí. Había esperado que estuviera bebido, pero, en sus ojos color miel, tan parecidos a los míos, solo vi resolución. Brindé con él y bebí un sorbo del líquido ámbar. Un calor me abrasó la garganta cuando lo tragué.

—El *whisky* se reserva solo para las ocasiones especiales —explicó—. Así que ya podrás deducir que celebramos algo que traerá bonanza a nuestra familia.

Respiré hondo, un poco más tranquilo. Mi padre se dejaba llevar demasiado por lo que sucedía a su alrededor. Su humor, cambiante, se enturbiaba o alegraba según las actitudes de los demás. Con una persona tan inestable, nunca sabía a qué atenerme.

—¿No vas a preguntarme cuál es la buena noticia, hijo?

—¿Cuál es la buena noticia? —repetí para complacerlo.

La sonrisa de su rostro se ensanchó, y se me erizó la piel en alarma. Dio otro sorbo, esta vez más largo, antes de volver a clavar su mirada en mí.

—Te he conseguido un compromiso.

Pronunció cada palabra como si no se estuviera dirigiendo a mí, como si no fuera yo quien estaba delante. Siempre había sido así; no era más que una marioneta en manos de mi padre. Me levanté, dispuesto a negarme, y el vaso de *whisky* se volcó, derramando todo el alcohol por la alfombra. Contemplé cómo la mancha se expandía por las cerdas del tejido sin inmutarme.

—¿Cuánto te crees que vale esto, imbécil? —me chistó él, cambiando de la alegría a la ira en apenas unos instantes.

No respondí. Solo quería golpearlo, lanzarle ese preciado líquido suyo a la cara. Gritarle hasta que entendiera que no podía hacer conmigo lo que quisiera.

Siempre había sabido lo que me deparaba el futuro; que mi padre buscaría una pareja, la que fuera que me aceptara, a cambio de alejarme de la casa y la herencia. Había estado esperando ese matrimonio concertado y me había preparado para ello. Sin embargo, una parte de mí se negaba a admitirlo. Había un Finn en mi interior que todavía quería creer en la bondad de mi padre, creer que cambiaría y me aceptaría como un miembro más de la familia Blackwell.

Mis ilusiones se rompieron por segunda vez ese día.

—¿Por qué? ¿Tanto te avergüenzas de mí?

La pregunta. Esa que tanto había temido soltar. La había esquivado desde la desaparición de Lean, prometiéndome a mí mismo que nunca la diría en voz alta, que se quedaría conmigo para siempre. Pues era mejor tener esa incógnita que saber la respuesta real.

Ahora ya era demasiado tarde.

Con la mirada afilada y el gesto adusto, mi padre asintió.

—Sí. Eres una deshonra para el apellido Blackwell.

No dijo nada más. No hizo falta.

Michael entró en la habitación y navegó por el silencio asfixiante hasta llegar al lado del lord. Le susurró algo al oído, tan flojo que no pude escucharlo. Los contemplé sin verlos; aunque hubieran gritado,

sus palabras me habrían resultado inentendibles. Mi mente navegaba lejos de ahí, en el eco retumbante de la voz de mi padre.

—Sí, que pase —habló desde otro mundo, desde otra realidad.

Había sido siempre consciente de su repugnancia, de su desprecio y de su bochorno. Había vivido con ello toda mi vida. No obstante, había algo en mi interior que dudaba, que recordaba los viejos tiempos, cuando Lean todavía había estado ahí con su sonrisa suave y su actitud optimista.

Ahora descubría que el Lord Blackwell de entonces ya no existía. Mi yo más negativo había tenido razón todo este tiempo y ya no sabía qué hacer o cómo actuar.

Unos pasos rompieron el capullo en el que me había envuelto, y alcé la cabeza, desorientado. Delante de mí estaba el chico que me había ayudado en la calle. Lo observé con extrañeza, como si fuera un espejismo que mi propia mente había creado. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué estaba pasando?

—Hijo mío —dijo mi padre, simulando una amabilidad que no encajaba con él—, te presento a tu futuro marido. Nuada, príncipe del clan Callaghan.

# Capítulo 3
## Un trato y dos días

Tardé un tiempo incómodamente largo en procesar las palabras de mi padre. En mi cabeza, su voz alegre se confundía con la que había mostrado apenas unos segundos atrás, cargada de desprecio. Me costaba entender que pertenecieran a la misma persona; que el padre que me había mirado como si fuera una mancha sucia en su camisa preferida unos instantes atrás, me pudiera presentar a mi supuesto prometido con una sonrisa en la cara.

Me sentía como un niño intentando encajar piezas de madera en un molde roto.

—Finn —siseó mi padre, acercándose a mí. Me apretó el brazo con fuerza y me empujó hacia el príncipe Callaghan. Yo me dejé hacer, cual muñeca vacía en sus manos—. Saluda a tu futuro marido.

—Encantado —susurré y dibujé una reverencia en el aire.

Nuada me miró con una expresión indescifrable. Yo era incapaz de comprender nada: todo lo que había a mi alrededor me parecía un galimatías, como si alguien hubiera reescrito la realidad en un idioma inventado. Zarandeé la cabeza para alejar las palabras de mi padre y, así, poder reaccionar ante la persona que tenía ante mí. Pero su desprecio se había impreso en mi alma con tinta indeleble.

—¿Está usted bien? —me preguntó él, repitiendo lo que había dicho en la calle. Su voz, lejana, podría haber sido la de un pájaro

en el cielo.

Lo miré sin saber qué responder. Aquel *déjà vu* tenía un sabor amargo del que no podía desprenderme. Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa que me permitiera construir una mentira que nos salvara a los tres de ese ambiente incómodo, y a mí, de la futura ira de mi padre. Pero las palabras, quebradas en mi interior, no quisieron salir: me había quedado mudo.

—Lo lamento —alcancé a verbalizar, antes de escapar y subir por las escaleras hasta mi habitación, sin mirar atrás.

Había dejado la ventana abierta y las cortinas golpeaban con insistencia la pared marrón claro de mi cuarto. La estancia estaba helada, llena del frío de la noche. No me importó. Podría haber estado ardiendo y no habría notado la diferencia. Bajé el batiente y el silbido del viento se paró de golpe.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué le había tenido que preguntarle eso a mi padre? Desde la desaparición de Lean, había cuidado cada una de las palabras que pronunciaba ante él, siendo consciente de que un desliz podría llevarme a terreno pantanoso. Nuestra relación se había abarrotado de conversaciones vacías y enfados temporales, pero prefería esa superficialidad constante a la herida profunda que me causaba su ira y su desdén.

Aun así, la duda había estado siempre presente en mi cabeza, por mucho que la escondiera de mí mismo. Ansiaba saber qué sentía mi padre, qué pensaba de mí. Quería comprender si el rostro que mostraba el señor Blackwell era solo una máscara para esconder la pena por la muerte de mi madre, el duelo de la ausencia de mi hermano o si, por el contrario, el desprecio con el que me trataba era real.

Quizá había preguntado porque una parte de mí se había cansado del autoengaño. Quizá estaba harto de esperar a que mi padre cambiara, a que superara la herida que se había abierto nueve años atrás. O, peor aún, quizá una parte de mí entendía que ya lo había hecho.

No por primera vez, deseé tener alas para poder alejarme de la

opresión de esa casa, de ese apellido, de ese cuerpo. ¿Cambiaría algo si me iba? ¿Se alteraría mi vida después del matrimonio? No podía sacudirme de encima la idea de que estaba cambiando los barrotes de los Blackwell por las cadenas de los Callaghan.

Contemplé el cielo estrellado de Aeda a través de la ventana, refugiado en la penumbra de la habitación. Las luces de la ciudad ya empezaban a apagarse y dejaban paso al brillo lunar. No me di cuenta de la extrañeza de la imagen hasta que bajé la mirada hacia la acera. Las Sombras. O más bien, su ausencia. ¿Por qué no había ni una? Aunque no podían traspasar umbrales, eso no significaba que se acumularan alrededor de los edificios, alimentadas por la oscuridad. Algunas trepaban por la fachada, buscando un resquicio por el que vigilarme. Recordándome, una vez más, que nunca me libraría de ellas.

No todas las noches eran horribles, pero todas, sin ninguna excepción, contaban con la presencia de esos monstruos.

Por primera vez, no las vi cerca de la casa, al acecho. Tuve que fijar la vista para ver una de ellas, escondida a varios metros de la entrada. Se confundía con la oscuridad nocturna en un camuflaje perfecto.

Ese vacío me provocó una sensación extraña en el interior. Tardé mucho en identificarla: era curiosidad. Quería entender qué había detrás de ese comportamiento errático e inusual.

No tuve tiempo de seguir observando: unos golpes en la puerta me devolvieron a la realidad. Dudé unos instantes, imaginándome que al otro lado estaba mi padre. No quería verlo. Sin embargo, pronto entendí que no podría ser el señor Blackwell. Mi padre tenía tanto respeto por la intimidad como el que sentía hacia mi persona. No, él habría entrado sin preocuparse por lo que pudiera encontrar. Tenía que ser el servicio, que venía a traerme la cena.

—Adelante, Michael —dije.

La puerta se abrió con un gruñido de la madera.

—Lo siento, no soy Michael.

Nuada Callaghan. No sé cómo, reconocí la voz al instante,

aunque ahora sonaba más tímida y callada, menos alegre. Me centré en las luces del otro lado del parque, tan lejanas que podrían haber pertenecido a otro continente, para no mirarlo a él. Me negaba a darle la satisfacción de mi atención.

—¿Qué quiere, príncipe Nuada? ¿No se ha reído suficiente de mí esta tarde?

Pude escuchar cómo él titubeaba a mis espaldas.

—Ha malinterpretado la situación. Lo he ayudado en la calle sin saber quién era usted —aseguró.

—¿Espera que me crea eso? ¿Acaso mi padre no le ha enseñado un retrato mío antes de venderle mi mano? —Me volví hacia él. La luz de la lámpara creaba sombras danzantes en su rostro—. ¿Qué podría necesitar un príncipe de clan de una familia venida a menos como la nuestra, por muy noble que sea?

Todo lo que no había dicho, todo lo que me había guardado durante años, se me escapaba en ese instante sin control, borboteando como un río cargado de agua del deshielo. Así me sentía: desbordado de palabras y sentimientos confusos.

Nuada se calló, y vi en sus ojos un sentimiento de culpabilidad que me desconcertó. Entonces, lo entendí. Mi padre no había vendido mi mano al mejor postor. No, había sido algo peor, algo que no lograba descifrar. O, más bien, no quería.

Aun así, mis labios hablaron por mí.

—¿Cómo?

—¿Cómo qué?

—¿Cómo tuvo su alteza la fortuna de acabar prometido conmigo? —pregunté, afilando el sarcasmo en cada palabra—. ¿O es que vio una oportunidad de ayudar a una pobre alma necesitada?

El príncipe volvió a callarse, y entendí que no quería decirlo. Parecía incómodo ahí, en medio de mi habitación. Ahora era él quien no me miraba, y pude leer vergüenza en su expresión. Me crucé de brazos y esperé. Quizá pensaba que su semblante cargado de culpa me amedrentaría, pero, si íbamos a convivir juntos, más le valía empezar a entender que a tozudo y orgulloso no me vencía nadie.

—¿Y bien?

—Una apuesta —se resignó—. En el club. Yo… lo vencí al *bridge*.

Una carcajada incrédula llenó la habitación, y tardé unos instantes en comprender que era yo quien la había soltado.

Una partida de *bridge*. Mi padre había puesto mi futuro al filo de la navaja para ganar a un juego de cartas. Y lo había perdido. A la carcajada le siguió una risa histérica que desentonaba con el tono de la conversación.

Una estúpida, simple, insulsa, ridícula partida de *bridge*.

Nuada se plantó ante mí y me sondeó con esos ojos azules y grandes. Me había salvado en la calle y ahora me observaba con la misma determinación fogosa.

—Sé que no tengo derecho a pedirle nada. Que ahora mismo me detesta tanto como al hombre que lo ha vendido… —dudó unos instantes antes de continuar—: Venid conmigo. Venid a Lonmore conmigo. —Sonrió de esa forma genuina que ya empezaba a asociar con él—. El Clan Callaghan lo acogerá con los brazos abiertos.

Lo examiné con la pequeña pizca de orgullo que me quedaba antes de desviar el rostro hacia la ventana. Esta vez, no huía de su mirada de pena, sino de su entusiasmo. Era tan peligroso como una calle llena de Sombras.

—¿Acaso tengo otra opción?

—Siempre hay otra opción.

Me contemplé las palmas, posadas sobre las rodillas. Pálidas, delgadas, inútiles. Parecían dos pájaros desplumados, incapaces de alzar el vuelo.

—No puedo imaginar cuál.

Nuada se acercó a mí y se agachó. Nuestras miradas se reencontraron de nuevo: estaba tan cerca que pude volver a observar los diferentes tonos de mar que habitaban en sus ojos.

—Si lo que desea es quedarse con su padre, me retiraré y no tendrá que volver a saber de mí. —Se puso la mano en el pecho con una expresión férrea y decidida—. Prometo que ni yo ni nadie de mi clan lo volverá a molestar jamás con este asunto.

Habría deseado detestarlo, tanto como odiaba a mi padre. Desdeñar sus palabras, apartarme de él y de su aroma a sirope y madera de roble. Pero no podía. Nuada me hablaba con una sinceridad penetrante que era incapaz de rechazar. No se reía, como habría hecho el señor Blackwell, ni me ignoraba, como hacían el resto de amigos de la familia. Él me veía.

En esos instantes, sentí que estaba ante una gran roca. Estable, inamovible. Segura.

—Aceptaré su decisión si ese es el caso. Ahora, si quiere alejarse de su padre y descubrir otros rincones de Balainn…, en ese caso, cásese conmigo. Me gustaría mostrarle el cielo que se ve más allá del muro de Aeda; un cielo amplio y azul.

El silencio cayó sobre nosotros después de sus palabras, y me encontré saboreando cada una de ellas, analizando las posibilidades que se abrían ante mí. «Siempre hay otra opción», había dicho él. Y algo tan sencillo como eso desbarataba todas mis preconcepciones. Si había más caminos, ¿por qué había elegido el más tortuoso?

Desde pequeño, había considerado que mi sino estaba dirigido. No por la Diosa o por algún otro ente omnisciente, sino por lord Blackwell. Por primera vez, entendí que había maneras de cortar los hilos con los que mi padre me controlaba.

Nuada se levantó, y la conexión entre nuestras miradas se quebró.

—Volveré en dos días. Y, sea cual sea su decisión, la acataré sin rechistar —repitió, como si necesitara asegurarse de que lo había entendido. Luego, cruzó la habitación a grandes zancadas.

Sin saber muy bien por qué, me levanté tras él y lo agarré por los bajos de su abrigo. Tal y como había deducido en la calle, la tela era sofisticada, resistente y cálida.

—Esperad, príncipe Callaghan.

Me encaró y me dirigió una sonrisa afable. Quise hacer un comentario sarcástico, algo que disimulara mi vergüenza. No obstante, mi yo más sincero había tomado las riendas de mis labios. Fue este quien habló por mí:

—¿Por qué hace esto?

Nuada se paró e inclinó su cuerpo hacia mí, esperando a que continuara. Lejos de la ventana, la penumbra de la habitación se hacía más intensa, y su rostro estaba amarado de sombras y curiosidad. A la espera.

—Me refiero… ¿qué gana usted con este matrimonio? ¿Por qué le interesa seguir adelante con ello?

Su sonrisa se amplió, iluminando el resto de su cara y, por un momento, pareció como si las estrellas del cielo hubieran caído y llenado la estancia. Abrí los ojos, sorprendido por la candidez de su expresión. Él separó los labios con la clara intención de contestar, pero pareció pensárselo mejor. Escondió sus respuestas tras una reverencia formal y educada.

—Prefiero que elija por sus propias razones. Prometo que le contaré las mías cuando hayamos partido de Aeda, si eso es lo que desea.

No pude decir nada más. Nuada abrió la puerta y desapareció con la misma celeridad con la que había llegado a mi vida. La madera osciló en sus goznes, un eco fantasmal que recordaba su paso por la habitación.

Me quedé unos largos instantes mirando el pasillo vacío, a oscuras. Iba a decidir mi futuro por primera vez en mi vida.



Esa noche no logré conciliar el sueño. A la mañana siguiente, estaba tan cansado que no tuve que esforzarme mucho en disimular mi debilidad ante mi padre. Tampoco se interesó demasiado por ella: en cuanto pudo, puso un pie fuera de la casa, camino al club de caballeros en el que se escondía de sus responsabilidades y del único hijo que le quedaba.

Aproveché para pasarme la mañana en la cama, recuperando las fuerzas del día anterior. Tenía las piernas pesadas y eso que la caminata no había sido dura ni larga. Aun así, sentía todos los músculos acartonados y rígidos. No me moví hasta que, al caer la tarde, Michael me trajo la cena. Llevaba una bandeja con fiambre frío y pan de centeno que mordisqueé, distraído, a medida que la noche caía, de nuevo, sobre la ciudad.

Las palabras de Nuada no me abandonaron en todo el día. Mientras descansaba, dormía o comía, volvían una y otra vez a mi cabeza. Era tan insistente que, por algún tipo de milagro, había calmado la herida que me había abierto mi padre ayer. Como si la voz del príncipe pudiera silenciar, de alguna manera, la del lord.

Era una sensación abrumadora. Por primera vez en mi vida, yo tenía voz y voto en mi futuro.

Después de cenar, todavía no había decidido qué hacer con él. Incapaz de seguir encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación, le pedí a Michael que me trajera una lámpara de aceite. ¿Qué extraño impulso me llevó a pasear por la casa? Era como si necesitara un recordatorio de todo lo que había vivido en ella. Quería ver mis rincones preferidos y aquellos lugares que evitaba pisar. Recorrí el salón, la sala de té, la biblioteca o la capilla dedicada a la Diosa, sumido en mis pensamientos, con la nostalgia del pasado cubriéndome cual capa.

Estaba en uno de los pequeños recibidores, cerca de la puerta que daba al jardín trasero, cuando escuché voces. Su origen no me era claro, pero debían estar cerca, pues el sonido arrastrado era entendible. Reconocí en él algunos de los amigos de mi padre: lores, en su mayoría, de la misma posición social.

Cuando Lean todavía estaba con nosotros, solíamos acudir a bailes y cenas de la sociedad aedenense. La desaparición de mi hermano se había llevado consigo esa costumbre y, poco a poco, las ocasiones en las que mi padre y yo podíamos asistir se habían dispersado hasta desaparecer. Ni él se había interesado por esa clase de eventos ni yo me había visto capaz de afrontarlos solo. Los únicos

que interrumpían mi monotonía social eran los amigos de mi padre, que a veces cenaban en la casa o acudían para jugar y beber.

Parecía que aquella era una de esas situaciones. Pronto, el tintineo melódico me indicó que estaban instalados en una habitación colindante a la mía. La puerta entornada dejaba pasar los sonidos y las imágenes con facilidad. Su conversación era animada y, durante un corto instante, estuve tentado a quedarme, a escuchar a escondidas. Sin embargo, deseché la idea: el beneficio que me pudiera dar, si es que había, no compensaba el posible peligro de enfrentarme al enfado de mi padre.

Di media vuelta, dispuesto a alejarme de esa parte de la casa, cuando escuché mi nombre. Me quedé paralizado sobre la alfombra, como si las hebras de tela se hubieran convertido en lianas que me apresaran en ese lugar.

—¿Es verdad lo que dicen los rumores, lord Blackwell? ¿Se casa su hijo Finn?

Escuché a mi padre chistar.

—Más le vale. Ese desagradecido casi echa a perder el compromiso. Por suerte, el príncipe Callaghan es un pusilánime y no le importó su comportamiento de niña pequeña.

Había desarrollado tolerancia a la inquina con la que hablaba mi padre. Aun así, el veneno que destilaban sus palabras me aguijoneó el corazón. Tanto odio… Me di cuenta de que no había fingimiento ni actuación en su voz. No, aquel desprecio era tan real como el aire que respiraba. Me cogí con fuerza los bajos de la camisa y me escondí tras las tinieblas de la puerta. Desde ahí, el sonido llegaba más amplificado todavía.

—Un príncipe de clan, eh… No es un mal partido —comentó uno, que creí reconocer como lord Andrews.

—No me fío de los clanes del este —comentó otro—. Con todo ese rollo de mantener las tradiciones y jerarquías…

—¿Qué más da? Nuestro querido amigo Benjamin le ha encasquetado su hijo a un príncipe.

Todos rieron ante aquella burla. Me sonrojé. Me sentía a punto

de estallar y tuve que clavarme las uñas para no hacerlo.

—¿No lo echarás de menos, Ben? —preguntó otro, que identifiqué como Eliott Baddeley.

—¿Que lo va a echar de menos? El muchacho es un engorro. Mejor lejos, que se encarguen los señoritos del clan.

Un silencio se instaló entre ellos y pude escuchar cómo removían sus bebidas, los cubitos de hielo chocaron con suaves chasquidos. Me removí, incómodo en esa posición. Me los podía imaginar a todos sentados alrededor del hogar, con una copa de alcohol en mano y unas sonrisas satisfechas en sus rostros. Y, aunque recordaba las caras de cada uno de ellos, no pude dejar de visualizar a mi padre en sus facciones.

—¿Hay noticias de Poera? —preguntó, entonces, uno de ellos, George Bueberry—. Desde el fiasco de Lesine, parece que la caza se está complicando.

—Lo de Lesine no fue nada. Basil se ha puesto nervioso, eso es todo.

—Qué cansado estoy del orejas picudas ese —soltó mi padre con frustración—. Al final, no hace nada más que estorbar.

¿Orejas picudas? ¿A qué se refería? ¿Al tal Basil? Arrugué la nariz. No conocía a nadie que se llamara así y eso me parecía extraño. Aunque viviera alejado de la sociedad aedenense, esa era suficientemente pequeña como para que todos nos conociéramos entre todos. Quizá era algún enviado de Tír, el reino vecino, algo que cuadraría con el desprecio en la voz de mi padre.

La conversación se desvió a otros derroteros, y dejé de escuchar. Sin hacer ruido, retrocedí hasta el vestíbulo y busqué la protección de mi habitación. Me senté en el banco que había ocupado la noche anterior, a la vera de la ventana. En el exterior, el extraño comportamiento de las Sombras parecía cosa del pasado: podía ver cómo se movían entre la penumbra de la ciudad.

Desde ahí, vi que una luz alargada iluminaba el jardín delantero de la casa. Las siluetas de los invitados se recortaron en ella, sus voces animadas resonaron en el vacío de la calle. Mi padre no tardó

mucho en aparecer por la habitación, sin molestarse a picar a la puerta. Echó un vistazo a todo el lugar antes de fijarlo en el cielo nocturno, que se veía más allá del cristal. En ningún momento sus ojos rastrearon mi presencia. Como si yo no estuviera ahí. O como si mi existencia solo lo importunara.

—Y ¿bien?

Levanté una ceja.

—Y bien, ¿qué?

—¿Cuándo os casáis? —preguntó, con un resoplido de impaciencia—. Tendremos que empezar con los preparativos.

Volví a mirar hacia Aeda. Sabía que la verdadera pregunta que me había hecho, la que se escondía entre líneas de significado, era diferente. Quería saber cuándo me marcharía, cuándo me apartaría de su vista.

«Eres una deshonra para el apellido Blackwell», había dicho la pasada noche. Unas palabras que ahora volvían como la marea y, como ella, pretendían arrasar con todo a su paso.

No quería dejar que eso pasara. ¿Cómo podía seguir viviendo ahí? ¿Cómo podía ser alguien, quien fuera, si convivía con una persona así? Por mucho que persistiera, llegaría un momento en el que no tendría más fuerzas. Crucé los dedos en un intento por mantener la calma y alcé el rostro hacia el techo para evitar que las lágrimas, que amenazaban con inundarme la mirada, cayeran sobre mis rodillas.

Estaba harto. Harto de él, de esa tristeza que me engarrotaba. Harto de sentir pena por mí mismo. Harto de las cadenas que él había impuesto y yo había aceptado. No podría cambiar nada mientras no cambiara yo.

—No.

Una simple palabra. Pero qué fuerza podía contener.

Mi padre me miró con un chispazo de ira tras sus ojos color ámbar.

—¿No? ¿No qué, Finn? —Pude intuir la amenaza tras su voz.

—No hay que realizar preparativos, padre. Nos casaremos en

Lonmore, en el seno de su clan.

Noté cómo el alivio bañaba su rostro, casi como si pudiera sentirlo en mis propias carnes. Callé, a la espera de que dijera algo, lo que fuera: que me deseara suerte en esta nueva etapa o que me dijera que la casa no sería lo mismo sin mí. Por supuesto, sabía que serían palabras vacías, artificiales. Aun así, sería mejor eso que la nada.

Lo único que recibí fue silencio.

—Eso está muy bien, hijo. Ya les doy una dote ridículamente alta, al menos que paguen ellos la ceremonia.

—También he pensado, padre —seguí, con voz monótona—, que no hace falta que venga con nosotros. Será un viaje pesado y tiene mucho trabajo en Aeda.

Lo había decidido: si no tenía alas con las que volar, me las construiría yo mismo. Y si moría por acercarme demasiado al sol, que así fuera. Aceptaría ese destino sin rechistar.

# Capítulo 4
## El rey imperfecto

Nuada cumplió con su promesa y llegó en la mañana del segundo día con una puntualidad impecable. Michael me había ayudado a preparar el equipaje y había guardado en cajas mis pocas pertenencias. En el baúl, apoyado sobre mis piernas, había puesto todo lo necesario para que viviera durante los primeros días. El resto lo enviarían por mensajero a mi nuevo hogar.

Hogar… qué palabra más extraña. No siempre había tenido ese sabor desconocido. En el pasado, cuando mi hermano todavía estaba con nosotros, había sentido que podía llamar así a la casa que se alzaba tras la verja. Sin Lean, sin embargo, esa familiaridad se había esfumado con el tiempo y, en algún momento, la vivienda se había convertido en algo diferente.

En una jaula. Bonita y elegante, de barrotes de oro. Pero en una prisión, al fin y al cabo.

Allen, el cochero de los Callaghan, cargó el baúl en la parte posterior del carruaje. Estábamos solos: mi padre no había salido a despedirnos. Nuada, a mi lado, observaba con incomodidad el edificio, como si aguardara su aparición. No tuve valor para decirle que esperaba en vano, me daba demasiada vergüenza admitirlo.

En el momento en el que todo estuvo cargado, el príncipe dio un último vistazo a la casa y, negando con la cabeza, entró en el

vehículo. Iba a seguirlo cuando Michael me golpeó el hombro con suavidad.

—¿Michael?

—Tenga, señorito. Quizá le entre hambre a medio camino.

El hombre me tendió una cesta cargada de viandas: pan, queso, fiambre y fresas frescas; todo bien empaquetado y resguardado. Encima de la comida, había una nota. La cogí y leí el reverso: «Acuérdese de escribir, señorito Finn», decía. Una sola frase que significaba más que todo lo que mi padre me había dicho en los últimos meses.

Al levantar el rostro para agradecerle el detalle, me di cuenta de que el mayordomo ya había cruzado la cerca. Contemplé de nuevo el papelito y lo guardé en el bolsillo superior del chaleco de seda. Puede que Michael solo lo dijera como formalidad o por simple educación. No me importaba. Sus palabras eran un recordatorio de que también habían existido tiempos felices en esa casa, aunque los años hubieran emborronado esas memorias.

—¿Nos vamos? —Nuada sacó la cabeza por la puerta y me sonrió. Cogió la cesta y luego me ofreció una mano para ayudarme a subir. Dubitativo, la acepté.

Con un golpe en el techo, indicó a Allen que podía arrancar. Un silbido agudo atravesó el aire de Aeda, y pude escuchar cómo el cochero azuzaba a los sica con palabras de ánimo. Los cérvidos berrearon antes de empezar a trotar.

Mi padre solía viajar a otras partes del reino, pero, como nunca me había llevado con él, mis experiencias con carruaje de sica eran inexistentes. No estaba acostumbrado al bamboleo de su trote, y tuve que agarrarme al asiento. Por suerte, no tardé en familiarizarme con el movimiento y este se convirtió en un arrullo cómodo. Cuando llevábamos un rato de viaje, me di cuenta de que apenas lo notaba ya.

Sin saber muy bien cómo hablarle al príncipe, dediqué esas primeras horas del viaje a mirar por la ventana. Al principio, el paisaje era aburrido: en los alrededores de Aeda solo había avenidas

grandes con casas ajardinadas, donde vivían los nobles que odiaban el barullo de la ciudad y que no querían prescindir de las fiestas. No obstante, a medida que el carruaje avanzaba, las vistas también se transformaron y, al dejar la capital a nuestras espaldas, descubrí el mundo que aguardaba tras la muralla. Las casas se convirtieron en campos de hierba amarilla y verde, interminables. Las calles, en un camino de barro que se perdía hasta el horizonte. En la bóveda celeste, las nubes eran más numerosas y alargadas. De vez en cuando, como manchas de blanco en una pintura colorida, veía, en la lejanía, viviendas repartidas entre las praderas o pueblos muy pequeños.

Todo era tan diferente que no quería perderme ni un detalle del paisaje. Era la primera vez que salía de Aeda y por fin veía el cielo amplio que Nuada había prometido que me enseñaría. De repente, algo en mi interior se liberó. Los muros de la urbe eran un corsé que me había comprimido durante demasiado tiempo.

Estaba tan entusiasmado con el panorama que tardé un buen rato en darme cuenta de que no veía a los seres que me habían perseguido desde que tenía memoria. Algunas manchas negruzcas se adivinaban a lo lejos, sobre todo en los pueblos que pasábamos a toda velocidad. Pero no había ninguna de ellas en el camino. Ni una sola cerca del vehículo.

Arrugué la nariz. ¿Eso era normal? No conocía el comportamiento de las Sombras fuera de Aeda, así que no tenía ningún patrón con el que comparar. Además, hacía unos días que notaba algo inusual en sus movimientos. Sin poder evitarlo, recordé la noche en la que había conocido a Nuada. En ese momento, los monstruos se habían mantenido a una distancia prudencial, como si me tuvieran miedo.

Un escalofrío me recorrió e intenté apartar de la mente el presentimiento. Fuera lo que fuera, no podía hacer nada al respecto.

—¿Le gustan los paisajes de Balainn? —preguntó el príncipe, y me di cuenta de que había alargado demasiado el silencio.

Me giré hacia él con palabras de disculpa en el borde de la lengua. Sin embargo, en su expresión no mostraba enfado alguno,

tal y como había esperado. Al contrario, sus labios dibujaban una sonrisa tierna.

—Son preciosos —admití con sinceridad.

La quietud regresó, y descubrí que él se sentía cómodo con ella. Eso me gustaba. Sin poderlo evitar, la conversación que habíamos tenido días atrás retornó a mi cabeza. Me había prometido que, si quería, explicaría sus motivos para casarse conmigo. Aunque no había pensado en ello desde entonces, la curiosidad resurgió en ese instante.

—Príncipe Callaghan…

—Nuada, por favor —me cortó él al instante—. Y, si no le parece mal, yo lo llamaré Finn.

Asentí.

—Nuada… —volví a empezar—. Hace dos días me prometió que me explicaría sus razones para… esto.

—¿Esto?

—El matrimonio —susurré, en voz tan baja que el trote de los sicas escondió mis palabras.

—Así es.

Titubeé, sin saber si continuar o no. ¿Se enfadaría si lo presionaba para que contestara?

—¿Puede explicármelo?

Él dudó unos instantes y, al fin, asintió. Se incorporó para apoyarse en el respaldo y yo lo imité. Mis manos, tan blancas como el papel, contrastaban con el cuero oscuro de los asientos. En ese silencio cómodo, analicé su perfil, a la espera de que él continuara.

—No creo que se lo pueda contar bien, Finn. Mi madre, *lady* Ailish, seguro que es la mejor opción para hacerlo…

—Yo preferiría saberlo ahora.

¿Me estaba tomando demasiadas libertades? No quería ofender a Nuada el primer día. No obstante, sentía que detrás de la sonrisa amable del príncipe se escondían multitud de secretos. Misterios con los que tendría que vivir a partir de ese instante. Todo lo que supiera de antemano me ayudaría a sobrevivir en mi nuevo hogar.

Cuando llegáramos a Lonmore, mi vida daría un vuelco. Al menos, quería tener toda la información posible antes de afrontar esa nueva etapa.

Todavía no concebía la magnitud del paso que había dado, pero sí sabía que lo había hecho con él. Que pasara lo que pasara, en el momento en el que diéramos nuestros votos, nuestros destinos estarían unidos. Aunque no existiera romance entre nosotros, esperaba que nuestra relación pudiera ser respetuosa y afable.

—¿Qué leyendas conoce sobre la Gran Reina? —preguntó al fin.

Ladeé la cabeza, extrañado. ¿Qué tenía que ver la religión en todo esto? La Gran Reina… hacía mucho que no escuchaba esa acepción. Aunque la Diosa recibía diferentes nombres en las distintas partes del reino, todas se referían a la misma divinidad: a Morrigan, la diosa de la muerte, la vida y la guerra.

Cuando Balainn había sido un reino independiente de Tír, la figura de la Diosa había estado mucho más extendida. Cada una de las zonas de la península había estado bajo el mandato de un Clan y, en cada uno de ellos, se habían transmitido diferentes leyendas y tradiciones alrededor de la figura de Morrigan. Lo único que se mantenía estable en el presente era su culto: la Diosa era adorada en todo reino.

Después de la victoria y conquista de Tír, los Clanes habían dejado de tener relevancia. Muchos reyes se habían convertido en señores; nobles que tenían las mismas tierras aunque su título hubiera cambiado. Solo en las zonas más alejadas de la frontera con el reino vecino, como la isla de Storr, se conservaba la jerarquía del pasado. Los Callaghan eran un ejemplo de ello.

Me pregunté qué clase de mitos habrían evolucionado en su isla, tan alejada de la capital. Lo miré, sondeando una expresión que todavía me resultaba indescifrable. Me habría gustado saber qué le pasaba por la mente en aquel momento.

—Mi hermano me contó algunos mitos. El de los cuervos o el de la creación de la vida y la muerte, entre otros.

—Nosotros tenemos una leyenda propia —explicó—. La del Rey

Nuada, el imperfecto.

—¿Nuada?

—Sí, como yo.

Se calló y yo también. Nunca había escuchado ese nombre, así que imaginé que sería un héroe del Clan, un antepasado de los Callaghan. Me incliné hacia el príncipe, esperando a que continuara.

—El Rey Nuada luchó en las guerras feéricas contra los Tuada. Ya sabe, antes del pacto entre la Corte del Túmulos, la Corte del Crepúsculo y los Clanes.

Me quedé en silencio, con la boca abierta de la sorpresa, incapaz de admitir mi ignorancia en voz alta. ¿Tuada? ¿Guerras feéricas? Había oído antes esos conceptos, pero siempre se hablaba de ellos desde la mitología. Cuentos de hadas para dormir a los niños. Leyendas tan ajenas que parecían irreales. Quise reírme, pero él estaba tan serio que me fue imposible.

—Nuada no solo era el rey de todos los Clanes —continuó—, era también un hombre valiente y aguerrido. Cuando estaba a punto de darse la batalla final que decidiría la hegemonía de Balainn, recibió un don de la Diosa Morrigan. La posibilidad de controlar a los muertos y de hacerse con su poder. A cambio, Nuada tuvo que dar su brazo derecho, un precio que no dudó en pagar.

»Gracias a eso, los clanes se proclamaron vencedores. Pero los dioses, enfadados porque Morrigan había intervenido en los asuntos de los mortales, la expulsaron de los Bosques Infinitos. Y, por lo tanto, la expulsaron de Sidhe y de las Cortes Feéricas.

»Así fue como los humanos conseguimos la mortalidad. A cambio, la diosa nos otorgó un puesto especial en sus salones.

Tragué saliva, inmerso en su voz susurrante y en el ambiente brumoso que se había instalado dentro del carruaje.

—Cuando los demás Clanes se enteraron de que Nuada había perdido un brazo, lo rechazaron como soberano. Las normas dictaban que el monarca tenía que ser inmaculado, y Nuada, con una extremidad menos, no lo era. No podía ser rey.

Nos quedamos mudos, el trote de los sica como único sonido a

nuestro alrededor. Dirigí el rostro hacia él y lo vi, serio, casi avergonzado por lo que acababa de contarme. Me pregunté cuánto de verdad se conservaba en esa leyenda fantasiosa. ¿Había existido en realidad ese rey antepasado del Clan Callaghan?

—Eso no explica el porqué… —dudé antes de continuar—: el porqué de la boda.

Nuda me sondeó con la mirada, como si quisiera asegurarse de que no estaba bromeando. Al fin, con un suspiro cansado que llenó el vehículo, empezó a sacarse el guante de la mano izquierda. La delicadeza con la que tocaba la tela me sorprendió. Cuando dejó al descubierto el brazo, entendí su cuidado: la piel no era del tono claro de su rostro, sino que se mostraba del color de la plata y la noche. Casi parecía que llevara otra pieza de ropa. Una vez sin el guante, Nuada se acercó a mí para que pudiera contemplar todos los detalles.

Anonadado, examiné el brazo negro. Era la primera vez que veía una prótesis así, aunque solo podía compararla con otra. Un amigo de mi padre había perdido la pierna en la guerra contra Tír y, un día, de pequeño, me había enseñado el reemplazo: un trozo de madera hueco que hacía más de bastón que de extremidad.

El brazo de Nuada no tenía nada que ver. Los dedos se doblaban con la facilidad de la carne y la supuesta piel era suave, tersa y cálida como un día de sol. Unas líneas grises recorrían todo el músculo, creando filigranas indescriptibles. Me pregunté si la había conseguido en Tír o en algún otro reino extranjero y lejano. Fuera de donde fuera, estaba claro que no era confección aedenense.

—Tecnología feérica —explicó.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir eso?

Nuada volvió a suspirar y bajó un poco la cabeza, justo para que su flequillo le tapara los ojos.

—*Lady* Ailish hizo un trato con una hada a cambio de la prótesis —constató con voz clara—. No sé qué les ofreció como trueque. Nunca ha querido decírmelo.

—Pensaba que las hadas solo eran seres de leyenda…

Su seguridad me hacía dudar de mí mismo. Todo el mundo conocía los mitos que relacionaban los primeros habitantes de Balainn con la gente feérica. Los cuentos que rodeaban a esos seres mágicos eran un saber popular que contaban los viejos a los niños. Los asustaban con los kelpies acuáticos o los gywilion en las montañas. Pero esas historias nunca habían sido nada más que eso: un mito que adornaba las costumbres de nuestras gentes. Sí, era tradición poner un cuchillo de hierro en el umbral de la casa o colocar un potecito lleno de sal en el alféizar de las ventanas. En las noches de solsticio, los bailarines profesionales se vestían con bayas rojas y romero para atraer así a las hadas del crepúsculo. Aun así, nunca pasaba de eso, costumbres inocuas de los tiempos antiguos.

Nuestras miradas se encontraron, y entendí que para Nuada eran reales. Hablaba con la sinceridad escrita en el rostro.

—No tiene sentido que hablemos de esto ahora —comentó, resignado—. No se preocupe, cuando lleguemos a Lonmore lo entenderá.

Me incliné hacia adelante, dispuesto a continuar con esa conversación, pero, al final, me acobardé. Sin embargo, aunque mis labios permanecieran mudos, la cabeza me iba a mil y repasaba todo lo que sabía sobre las hadas y su hogar, pues recordaba los cuentos que me había leído Lean de pequeño. ¿Acaso Nuada tenía razones para creer en los seres feéricos? La curiosidad me picó como un bicho insistente.

—Ahora ya comprende por qué me llamo Nuada —prosiguió el príncipe—. A mis padres les debió parecer divertidísimo.

Me sorprendió tanto el tono irritado de sus palabras que olvidé las fae por un segundo. Era la primera vez que lo veía hablar así, con tanto fastidio. Hasta su rostro, normalmente sonriente y luminoso, se había oscurecido.

—¿Sus padres? ¿Se refiere a *lady* Ailish?

Él sonrió con tristeza y lo negó.

—*Lady* Ailish es mi madre adoptiva —aclaró y, por su contundencia, supe que era mejor no seguir preguntando sobre el

tema. Al fin y al cabo, por mucho que estuviéramos comprometidos, seguíamos siendo dos desconocidos.

—Todavía no me ha explicado por qué quiere casarse conmigo —le insistí.

—¿Cómo que no? A mí me parece obvio.

Enarqué una ceja en silencio, a la espera.

—Nadie en mi clan querría casarse conmigo. Me respetan y me quieren, sí, pero nunca aceptarían que sus hijos se emparentaran con «Nuada el imperfecto».

—¿Cómo? ¿Qué sentido tiene eso?

—Se piensan que eso daría mala suerte.

—Pero si es solo una leyenda…

—En Storr son muy supersticiosos.

Asentí, dándole la razón. La cantidad de tradiciones y costumbres asociadas con la buena suerte era una prueba de ello. Incluso yo, que me consideraba escéptico, hacía una reverencia cuando un cuervo negro se cruzaba por mi camino. Se decía que eran enviados de la Diosa y que, por lo tanto, era importante mostrar el respeto adecuado. Y, aunque no creyera, casi me movía por inercia. Quizá Balainn había olvidado sus mitos. No obstante, las costumbres todavía perduraban en la memoria colectiva.

—Ya ve con quién se ha prometido. —La voz de Nuada, algo apesadumbrada, me interrumpió los pensamientos.

Lo miré de reojo antes de volver a dirigir la vista hacia el exterior. El paisaje había cambiado un poco, y ahora el horizonte se recortaba por unas montañas cubiertas de niebla.

—Si tengo que elegir entre la mala suerte o mi padre, me quedo con la mala suerte.

Nuada soltó un bufido divertido a mi lado.

—¡Gracias a la Diosa que mi competencia es tan mala!

Me giré hacia él y dibujé una sonrisa sarcástica.

—Podría ser peor. Mi padre podría haber insistido en acompañarnos hasta Lonmore, y entonces tendría las dos cosas.

El príncipe soltó una carcajada y asintió.

—Sí, sin duda eso sería mucho peor.



El viaje continuó sin más preocupaciones. De vez en cuando, Allen paraba el carruaje para que los sica pudieran descansar, beber y comer. Aprovechaba esos ratos muertos para explorar el paisaje cercano y contemplar la belleza de un reino que me había sido, hasta entonces, desconocido. En una de las paradas, Nuada me enseñó las ruinas de un castillo pretirnense. En otra, nos acercamos hasta la orilla del río y mojamos los pies en el agua helada.

Nuada y yo seguimos conversando, pero sin entrar en temas profundos como los de esa primera charla. Gracias a su personalidad, cercana y abierta, empecé a descubrir cosas del que iba a ser mi futuro marido. Sus gustos, sus experiencias pasadas, sus anécdotas divertidas… el príncipe era un experto en llenar los silencios, y yo, en escucharlo. En ningún momento se volvió a comentar nada, ni sobre hadas ni sobre leyendas; algo que le agradecí en mi fuero interno. No estaba preparado para volver a hablar de ello aún.

Todavía le daba vueltas a sus palabras. A la convicción que había leído en su mirada cuando había hablado de las Cortes Feéricas. Sabía que Storr era una isla rodeada de vegetación, así que me imaginaba que la cercanía con los bosques habría llevado a sus gentes a estar más en contacto con los mitos naturales. Balainn siempre había sido un reino muy unido a su *folklore*, y los Clanes no habían abandonado esas maneras después de la conquista de Tír. Era consciente de todo eso, pero no me esperaba que el príncipe creyera en esas leyendas con tanta devoción.

Cuando el crepúsculo ya inundaba de rojos el cielo, llegamos a un pequeño poblado. La señal en el camino, a pocos metros de la

entrada, nos indicó que el lugar se llamaba Leesine. La villa, rodeada de campos de trigo, reniz y centeno, no debía tener más de trescientos habitantes. Las cuatro calles confluían en una plaza principal: el único lugar empedrado de la villa.

Contemplé las casitas bucólicas al pasar. La mayoría eran viejas, de ladrillo rojo o blanco, y todas tenían una capa de musgo en sus tejados. Poca gente caminaba por el lugar, casi todos transeúntes con cestas llenas que volvían a sus hogares. Llegamos a la plaza principal donde había una posta, nuestro destino. Cuando el carruaje paró ante la puerta, Nuada se bajó y me tendió una mano para ayudarme. Ignorándola para demostrar una fortaleza que no tenía, me aferré al borde de la puerta y salté. Me temblaron las rodillas al aterrizar, pero disimulé con una sonrisa trémula.

—¿Está bien?

—Sí —le aseguré.

—Me alegro. El viaje ha sido largo, pero me temo que todavía nos queda la mitad del trayecto por delante. Será mejor que descansemos aquí.

¿Qué impulso me hizo girarme sobre los talones? Contemplé la plaza, sin saber muy bien qué buscaba. Mi corazón latía con una rapidez inusitada, y yo intuía que la razón se escondía entre el gentío que todavía poblaba la plaza. Entonces, la vi. Cerca de la posta, había una muchacha. Parecía perdida, sus pasos inseguros se asemejaban a los de un borracho. No sé por qué, pero supe con seguridad que ese no era el caso: la muchacha no parecía bebida, solo… extraña. Vacía.

Tardé unos instantes en ver que aquello que le rodeaba el cuello no era un pañuelo negro. La Sombra, alargada, le cubría la piel de los hombros. Cuando clavé mi mirada en ella, el ser se movió. En su rostro tiznado de humo, pude ver dos círculos dorados, mirándome con intensidad.

# Capítulo 5
## Estofado de caora

La novedad del viaje me había distraído hasta tal punto que había olvidado la existencia de las Sombras: me había acostumbrado rápido a la tranquilidad de su ausencia. El ser negruzco que se cernía sobre la muchacha me recordó que aquella era una maldición de la que no podría escapar con carruaje.

No era la misma Sombra que había visto en Aeda. Aquella había sido alargada y sinuosa, sus ojos más pequeños y brillantes. Pero ahí se acababan las diferencias. Ambas se habían posado sobre la piel humana, sin que la persona hubiera parecido percatarse de que cargaba encima con el ser. Y, como la de Aeda, tenía ojos. Ojos dorados que me miraban con intensidad. Tragué saliva y retrocedí, con tan mala suerte que tropecé con el escalón de la entrada de la posta. Me habría caído si no hubiese sido por Nuada, que me cogió del hombro con fuerza y me ayudó a incorporarme. No podía apartar la mirada de la Sombra, temeroso de que me acechara como había hecho la otra.

—¿Finn? ¿Pasa algo?

Su voz me devolvió a la realidad. Lo observé: en su rostro había una expresión de preocupación genuina que se acrecentó cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Finn?

—Estoy bien —alcancé a decir—. Solo me he tropezado. Perdonad.

Hacía más frío en Leesine, y mi piel, bañada en sudor, notó la caricia afilada del viento. Me abracé mientras volvía a fijar la mirada en la chica. Pese a que esta se había alejado calle abajo, su Sombra seguía contemplándome desde la distancia, inescrutable. Al parecer, Nuada se había dado cuenta de mi miedo, pues, cuando me giré hacia él, vi como su expresión se había transformado: sus ojos estaban cubiertos de una negrura extraña y sus labios, tensos en un rictus de desagrado que contrastaba con las sonrisas amables que me había dirigido durante el viaje.

Me quedé helado. Aunque hacía apenas dos días que conocía al príncipe Callaghan, esa era la primera vez que lo veía así, tan… salvaje. ¿Se había dado cuenta del comportamiento extraño de esa mujer? ¿O acaso podía ver las Sombras? Me mordí la lengua, seguro de que me estaba imaginando cosas. Cuando nuestros iris se volvieron a encontrar, volvía a ser el Nuada de siempre, agradable y tranquilo.

—Vamos adentro —propuso.

Abrió la puerta y el sonido vivaz y cálido del interior nos golpeó como la suave brisa. Un olor a estofado de caoras me inundó las fosas nasales y descubrí que tenía mucha hambre.

Lo seguí sin pronunciar palabra. No miré atrás. No obstante, y por mucho que lo intentara, la joven y su Sombra no me abandonaron la mente en toda la noche.



La posada resultó cálida y más amplia de lo que parecía desde fuera. Era un edificio rectangular y alargado, de ventanas pequeñas y paredes anchas. La hoguera, instalada en una de las esquinas,

alumbraba casi toda la estancia, y el aroma a madera húmeda se mezclaba con la humareda apetitosa que salía de la cocina.

El salón estaba lleno. Los dueños del lugar habían priorizado la cantidad al espacio, y recorrían los huecos entre mesas, sillas y bancos en una ruta sinuosa. Muchos de los asientos ya estaban ocupados, la mayoría por hombres y mujeres con la tez tostada y el semblante cansado. Parecían trabajadores del campo que descansaban después de un largo día de trabajo: con el otoño a punto de descargar toda su fuerza, tenían que cosechar todo el alimento posible antes de que el frío se lo robara. A pesar de la dureza del oficio, vi que muchos de ellos sonreían y se divertían.

Al lado de la puerta había una escalera de madera que subía hasta el segundo piso, más oscuro que el salón, pero igual de cálido. Nuada no se paró a saludar o a observar el ambiente, sino que se dirigió directamente hasta la segunda planta. Allen había mandado preparar dos habitaciones colindantes y, al parecer, él ya sabía dónde estaban. Se paró en la primera puerta y me miró.

—¿Dos habitaciones?

—No sería adecuado compartir cama antes del casamiento, Finn —se río. En sus ojos brillaba un deje divertido y picaro—. No esperaba que fuera tan atrevido.

Me sonrojé y le mandé una mirada desafiante.

—No estaba insinuando nada, *principe Callaghan*.

Él soltó una carcajada que llenó de sonido todo el pasillo y luego abrió la puerta. La estancia era pequeña y acogedora, con una cama de hierro, un armario de madera vieja y una ventana que daba a la calle principal de Lesine, por la que habíamos entrado al pueblo. Allen había subido mi baúl hasta los pies de la cama. No me lo esperaba, pero lo agradecí: aunque solo íbamos a quedarnos una noche, cuanto más al este nos acercáramos, más frío haría, por lo que necesitaba cambiarme de ropa.

—Lo espero abajo, en el comedor, en media hora. Ojalá tenga hambre, el estofado de esta posta es especialmente delicioso.

—¿Ya ha estado aquí?

Él asintió.

—También paramos aquí durante la ida.

Se despidió con una sonrisa amable de las suyas y cerró la puerta tras él. Me quedé contemplando la madera, pensativo. En la soledad de la habitación, las preguntas que había apartado durante el viaje volvieron a mí. Todavía había muchas cosas que no entendía. ¿Por qué había viajado Nuada hasta Aeda? ¿Cómo había acabado en el club de caballeros de mi padre? Sin embargo, había una cuestión que pesaba más que el resto: ¿por qué Nuada había elegido casarse conmigo? Estaba seguro de que la propuesta de lord Blackwell no habría sido la única que el príncipe del Clan Callaghan había recibido. Muchos matarían por casar a su descendencia con un noble así, incluso si eso significara enviarlo a vivir a una isla remota del este.

¿Lo había hecho de buena fe? ¿Por lástima? Él era el único que me había dado una posibilidad nueva, una ruta de escape que me alejara de casa. Había cogido la mano que me había tendido sin dudar, pero cada vez me aterraba más la posibilidad de perderlo todo, de verme obligado a regresar a mi vida anterior. Nuada me había mostrado la belleza del reino, el encanto de la amabilidad. Y, cuanto más tiempo pasaba con él, más claro que tenía que no quería volver a Aeda.

Y eso me suponía un problema: no sabía hasta qué punto Nuada conocía mis circunstancias personales ni qué le habría contado mi padre sobre mí, pero estaba bastante seguro que lord Blackwell había escondido mis debilidades para hacerme más atractivo ante el príncipe. Un escalofrío me heló la sangre cuando comprendí que, si Nuada averiguaba mis defectos, podría cambiar de idea. Pese a que solo hacía dos días que nos conocíamos, pese a que parecía una persona amable y paciente, estaba seguro de que se arrepentiría de su propuesta si descubría mi verdadero yo. Si averiguaba lo cobarde, enfermizo y débil que podía llegar a ser. Si conocía la maldición que arrastraba conmigo.

Tragué saliva. Por mucho que hubiera escapado del cautiverio de

mi padre, seguía encerrado en los barrotes de mi cuerpo frágil.

Me senté en la cama y presioné el pecho con una mano para intentar sosegar mi respiración. Pero aunque intentara calmarme a mí mismo, era consciente de que estaba en el borde de un desfiladero. Y que cada paso podía ser en falso.

Tardé un buen rato en tranquilizarme. Ya había pasado media hora, así que me cambié rápido de ropa para buscar algo más abrigado: me puse una camisa de lino blanca y un chaleco granate a rayas. Abroché los botones de la cintura alta del pantalón, también blanco, y me contemplé en el espejo. No estaba mal: el cabello castaño me caía sobre la cara chupada y la camisa me quedaba bien. Me gustaba como las mangas abullonadas me escondían las muñecas esqueléticas.

El ruido del salón había aumentado cuando bajé. Al entrar en el comedor, descubrí que las pocas sillas que habían estado disponibles antes se habían llenado. Muchos compartían mesa, charlando a viva voz y bebiendo de jarras llenas de hidromiel o vino especiado. El suelo estaba pegajoso y el olor a alcohol llenaba el ambiente, pero no me molestó. Había en él una calidez, una familiaridad que me atraía. Estaba tan acostumbrado a las veladas rígidas y las copas de *whisky* medio vacías, que encontré atractivo en la llaneza de la taberna.

Nuada estaba sentado en una mesa algo apartada del gentío. Tenía dos boles de comida delante, sin tocar. Culebreé con prisas por entre los clientes hasta llegar al rincón que el príncipe había elegido para cenar.

—¿He tardado demasiado?

Nuada negó con una sonrisa.

—Todavía está caliente.

Cansados por la jornada de viaje, nos sumimos rápido en el silencio del hambre. El gusto intenso del estofado me sorprendió: los tropezones de carne de caora eran fibrosos y se desmenuzaban en la boca, las patatas estaban tan empapadas con el sabor del líquido que era como masticar una nube.

Estaba acostumbrado a las comidas en mi casa, ligeras, sencillas y frías. Solía cenar solo, contemplando el vacío, mientras me obligaba a acabarme el pan de centeno con fiambre. A veces, Michael traía también una sopa de verduras. Nada que se asemejara al manjar que tenía ahora entre manos. Me descubrí a mí mismo saboreando cada cucharada, masticando cada trozo, sonriendo ante cada mordisco de verdura. Era una comida pesada, pero sentía cómo el estómago se me asentaba gracias a su calidez. Lean siempre me había dicho que comía como un pajarito, por eso me sorprendí cuando la cuchara tocó la madera del cuenco: había vaciado todo el plato.

Solo entonces descubrí que Nuada había acabado antes que yo y que se había dedicado a observarme con una mirada indescifrable. Aparté el bol a un lado, la vergüenza tiñéndome las mejillas.

—Perdonad, me he dejado llevar —confesé—. En mi casa nunca se servían platos así, tan…

—¿Simples?

Torcí el gesto.

—No. Tan sabrosos.

Su expresión se suavizó, y sus labios dibujaron una sonrisa. Toqueteaba, distraído, la cuchara de madera que había dejado sobre la mesa.

—Hacia el este, la comida es más pesada para soportar mejor el frío invernal. Espero que no le sea complicado j acostumbrarse a ella.

—Lo haré —prometí.

Él alzó una ceja y su sonrisa se amplió. Era un gesto cargado de amabilidad, tan genuino que me desarmó.

—No tiene que forzarse a hacerlo si no quiere. Nadie lo obligará a disfrutar de nuestra gastronomía si no le gusta.

Nos quedamos en silencio, el ruido ambiental rodeándonos como una manta suave. Me gustaba esa actividad, algo que no me habría imaginado antes. Quizá porque entre el gentío no era nadie, solo una persona más que se deleitaba por la buena comida. Ahí no me

conocían como el hijo enfermizo de lord Blackwell o como el chico raro que no iba a los bailes.

Me pregunté si siempre sería así. Si, a partir de ahora, podría empezar una nueva vida lejos de los prejuicios y los comentarios hirientes. Me pregunté qué pensarían de mí las gentes de Lonmore, la familia Callaghan. Observé en silencio a mi prometido, que toqueteaba el bol de madera, distraído. ¿Y Nuada? ¿Qué pensaría Nuada de mí?

Esas mismas cuestiones rondaron por mis labios, pero no me atreví a soltarlas. Una parte de mí temía demasiado lo que el príncipe pudiera contestar. Así que sonreí con timidez y me disculpé ante él para irme a dormir.

No obstante, fui incapaz de hacerlo. Cuando llegué a mi habitación, descubrí que alguien había encendido el fuego en un rincón. La estancia se había caldeado y las ventanas, empañadas por el contraste con el ambiente exterior, apenas dejaban entrar la luz de la luna. Me acerqué a ellas y limpié el cristal con la manga de la camisa. Fue entonces cuando lo vi.

Pese a la oscuridad nocturna, la posta estaba tan iluminada que sus tentáculos de luz llegaban lejos. Cerca de la puerta había una figura que reconocí al instante. Nuada había salido y contemplaba ahora la calle en un silencio que, intuí, parecería sepulcral. Estaba estudiando un papel, alzando las manos para que la luz de la ventana le permitiera ver lo que contenía. Desde esa distancia, no pude ver más que un garabato indescifrable. Antes de que pudiera analizarlo mejor, el príncipe lo plegó, lo guardó en el bolsillo de su abrigo y se fundió en la oscuridad de la plaza.

Cuando estaba suficiente lejos, abrí la ventana y contemplé la caída hasta el primer piso. Había un pequeño rescoldo para bajar, pero no sabía si tendría suficiente fuerza. Tampoco cómo volvería luego. A medida que el plan se desarrollaba en mi cabeza, llegaron también las dudas. ¿Valía la pena espiar a mi futuro marido en un lugar extraño? Aunque no me perdería en un pueblo tan pequeño, había muchas posibilidades de que me topara con Nuada. ¿Qué le

diría entonces? ¿Cómo le explicaría lo inexplicable? Además, no tenía ni idea de para qué había salido el príncipe. Quizá solo quería dar una vuelta por el pueblo o conocía alguien que vivía ahí. Su paseo no tenía por qué estar relacionado con la Sombra.

Mortificado conmigo mismo, cerré la ventana y apoyé la frente contra el frío vidrio de su hoja. El regusto amargo de mi propia cobardía me acompañó hasta que el agotamiento superó la vergüenza y me dormí.

# Capítulo 6
## La tormenta

Partimos temprano al día siguiente, cuando el sol ya asomaba por el horizonte. Nuada parecía descansado y me pregunté, en silencio, cuándo había regresado de su excursión nocturna. Aun así, mantuve mi curiosidad controlada. Lo que hiciera el príncipe en su tiempo libre no me concernía.

El carruaje pronto dejó Leesine atrás y se incorporó a la carretera de barro que habíamos tomado el día anterior. Poco a poco, el paisaje se fue volviendo más agreste y rocoso: las planicies de hierba amarilla se convirtieron en montañas altas y bosques discontinuos. A nuestro alrededor aparecieron túmulos, pequeños montes y grandes piedras grises.

También empecé a ver más ríos y lagos. Algunos eran pequeños, estanques de agua translúcida en terrenos abruptos. Otros eran tan grandes que cubrían el paisaje que podía contemplar a través de la ventana durante un buen rato. Había visto cuadros y dibujos de ese tipo de lugares, pero empalidecían ante la realidad que se divisaba más allá del carruaje. Me habría gustado poder parar y bajar a recorrer cada uno de esos campos.

Permanecimos en un silencio cómodo durante toda la mañana, ambos inmersos en nuestros propios pensamientos. Yo agradecí esa pausa: por muy amable que fuera el príncipe, los cambios que

estaba viviendo me abrumaban. Y, aunque una parte de mí quería hablar, conocerlo más a fondo, la otra disfrutaba de esa quietud confortable.

Ya era mediodía cuando Allen hizo la primera parada para que los sica pudieran descansar. Me bajé del carruaje con las piernas entumecidas y escudriñé los alrededores. El cochero había elegido un lugar montañoso. A partir de ahí, el camino se volvía sinuoso y complicado, así que imaginé que había querido que los animales reposaran un poco antes de afrontar esa parte de la ruta.

El sendero atravesaba los montes cercanos, no demasiado altos, que estaban cubiertos por una hierba tan verde que parecía resplandecer. Apenas había árboles que entorpecieran la vista del horizonte, donde se recortaban unas cumbres altas y puntiagudas. Me pregunté qué habría tras ellas. Parecía que existiera una frontera invisible que separaba el paisaje, hecha de bruma y vegetación. Quizá sus picos eran la puerta a un mundo diferente, a una nueva vida.

—Detrás de esas montañas está la costa este de Balainn —comentó Nuada en voz baja. Su aliento me golpeó el cuello, y me estremecí. ¿Acaso me había leído la mente? Él rio, flojito, ante mi reacción—. Perdonad, estaba tan ensimismado mirando el camino que pensé que querría saber qué había más allá.

—No era consciente de que el título de príncipe le otorgaba capacidades adivinatorias.

Nuada soltó una carcajada que me retumbó en el pecho, como si esta pudiera atravesar todas mis barreras.

—Mi vida sería mucho más fácil si eso fuera verdad.

Sonreí y él me devolvió el gesto, afable. Luego, clavó la mirada de nuevo en el horizonte.

—¿Alguna vez ha visitado la costa?

—No he tenido la suerte.

En realidad, me avergonzaba admitir que nunca había visitado ningún lugar más allá de las murallas de Aeda. Aun así, de alguna manera, intuía que Nuada ya era consciente de ello.

—En otoño e invierno, los períodos entre mareas son muy extremos. Durante esta época del año, cuando hay pleamar, es peligroso cruzar a Storr por el Paso.

—¿El Paso?

—El camino que une la isla con el resto de Balainn. Solo aparece cuando el nivel del mar es bajo. Verlo emerger es increíble: de repente, el mar deja entrever un camino de piedra que une las dos costas.

—¿Cómo construyeron algo así? —pregunté con genuina curiosidad.

—Nadie lo sabe con toda certeza. Las leyendas dicen que fue un requisito del pacto de Sidhe.

Sidhe. Otra vez. Tragué saliva y desvié la mirada, esquivando sus ojos sinceros. En los cuentos, era el mundo feérico: una especie de reino paralelo al nuestro, lleno de vegetación, árboles y Cortes de hadas. De nuevo, me sorprendió la naturalidad con la que Nuada hablaba de ello. Una parte de mí empezaba a dudar ante la convicción de su voz.

—Tengo ganas de verlo.

—¿El puente? ¿De verdad? —A Nuada se le iluminó la cara y su sonrisa se amplió.

—Sí —susurré.

—Ahora temo haber creado demasiadas expectativas.

Eso me sacó una sonrisa. Una sensación ligera se hinchó en mi pecho y negué con la cabeza. El príncipe tenía una facilidad asombrosa para calmar el ambiente. Como el perfume de una flor, se colaba por entre los resquicios hasta que impregnaba de alegría y tranquilidad aquello que lo rodeaba.

Caminé hasta uno de los sicas en busca de una excusa para alejarme unos instantes de la presencia abrumadora de mi prometido. Paseé los dedos por la cornamenta llena de musgo y noté cómo la frescura de sus hojas contrastaba con la calidez de su cuerpo. ¿Cómo lo hacía la planta para vivir ahí? Siempre me lo había preguntado. Mi hermano me contaba historias antiguas sobre estos

animales: según él, las hadas los consideraban sagrados. No obstante, hacía tiempo que lo había olvidado: tanto los relatos como su voz al contármelos.

Nuada me siguió y acarició otro de los cérvidos.

—En realidad, tengo miedo de haberle creado una expectativa demasiado elevada con todo —confesó.

Lo miré de reojo. Había un deje de tristeza en su voz, uno cuyo origen no alcanzaba a comprender.

—¿Por qué?

—¿Qué piensa que lo espera en Lonmore? —Nuada me devolvió la pregunta.

Fruncí el ceño, sorprendido por el rumbo que había tomado la conversación. Todas mis dudas volvieron, pero no quise verbalizarlas. No cuando la atmósfera entre nosotros era tan agradable.

Quizá Nuada me imaginaba como un noble consentido y caprichoso o temía que la convivencia conmigo fuera complicada. Me mordí el labio. Aunque no sabía cómo tranquilizarlo, tenía que intentarlo.

—No se preocupe, Nuada. No me ha creado altas expectativas en cuanto a mi futura vida —aclaré—. No me imagino demasiado cómo será vivir en Lonmore, pero lo único que buscaba de nuestro trato era una ruta de escape. No necesito que ni el Clan ni usted me dé nada más que eso.

—Entonces, si otra persona os hubiera ofrecido la posibilidad de huir de casa, ¿la habría aceptado?

Me encogí de hombros, aunque en realidad sabía bien la respuesta.

—Es posible.

En sus ojos se asomó una sombra de tristeza que desapareció instantes después, como si nunca hubiera existido. No obstante, ya la había visto. Sorprendido, di un paso hacia él, dispuesto a entender qué pasaba por su cabeza. No pude hacerlo: Allen me interrumpió con la pregunta en los labios.

—Su majestad, deberíamos irnos ya. Viene una tormenta por el norte y me preocupa que el Paso se inunde.

Nuada alzó la mirada en la dirección que el cochero indicaba y lo imité. A lo lejos, escondiéndose entre los picos de las montañas más altas, una multitud de nubarrones empezaba a acercarse. Miré hacia la calzada, preocupado. ¿Llegaríamos a tiempo?

Volvimos al carruaje y me di cuenta de que nos rodeaba una atmósfera pesada. La conversación que habíamos tenido nos acompañaba como un fantasma, pero no me atreví a retomarla. Tampoco ayudaba la amenaza exterior. El avance de la tormenta era ominoso y, por mucho que Allen azuzara a los sica, yo tenía la sensación de que estábamos participando en una carrera a contrarreloj, sin ninguna posibilidad de victoria.

Pese a que el sendero se volvió más pedregoso y complicado, los animales no frenaron. Al contrario, aceleraron todavía más. Cogían las curvas con facilidad, como si conocieran aquella ruta. Su seguridad me calmó un poco. Sin embargo, en el fondo, intuía que, por mucha prisa que se dieran, nunca podríamos ser tan rápidos como el viento que espoleaba esos nubarrones cargados de lluvia.

—No se preocupe, Finn —me tranquilizó Nuada, contemplando el cielo a mi lado—. Puede que no lo parezca, pero los sica son más rápidos cuanto más abrupta es la senda. Son seres nacidos de las montañas y los bosques: este tipo de caminos es el que mejor controlan.

—¿Queda mucho para el Paso?

Negó con la cabeza y señaló un punto más allá del monte que se perfilaba, envuelto en las sombras de la tempestad.

—Si llegamos ahí, estaremos a salvo.

Miré por la ventana, ansioso. La montaña no parecía llegar nunca y cada vez se hacía más alta, más imposible. Con alivio, pronto descubrí que no teníamos que subirla: el camino no discurría hasta la cima, sino que la rodeaba, siguiendo el valle que se creaba entre ella y la cumbre vecina.

Empezó a lloviznar cuando nos acercábamos a la costa. A lo

lejos, las nubes de la tormenta se confundían con el horizonte marino, lleno de olas blancas. Los colores eran más intensos que nunca: el gris del cielo resplandecía tanto como el azul marino del océano. Los sica aceleraron todavía más, avivados tanto por el frío como por las palabras de ánimo de Allen.

—Lo vamos a conseguir —me aseguró el príncipe, aunque pude notar un deje vacilante en su voz.

Asentí con un nudo en la garganta, mientras nos adentrábamos en la playa, el carruaje siguiendo el camino de piedra que conducía hasta el puente. Observé cómo el viento removía la arena, creando pequeños remolinos a su paso; una imagen que habría sido preciosa en otras circunstancias.

La lluvia arreció. El ambiente cargado de humedad se colaba por los resquicios de la puerta del vehículo y hacía que el aliento se me condensara en pequeñas nubes grises. Pronto el cristal estuvo lleno de gotitas que me impedían ver el paisaje más allá: su repiqueteo llenó la quietud tensa que nos rodeaba. Aun así, intenté otear el exterior. Sin éxito. Era incapaz de discernir si el sendero estaba cubierto por la marea o si todavía permanecía por encima del nivel del mar. Era casi como avanzar a ciegas entre la niebla. Por suerte, Allen sí tenía suficiente visibilidad, pues los animales siguieron trotando.

Las ruedas rebotaron cuando el carruaje subió al puente, y su sonido metálico chocando contra la piedra se unió al de las gotas sobre el techo. Desde nuestra posición, lo único que podíamos entrever era el mar enfurecido, su oleaje contra las piedras sobre las que avanzábamos. Lo contemplé, en silencio. El terror y el asombro me habían robado la voz. En mi vida había visto la naturaleza tan desatada, tan salvaje. De pronto, el viento se levantó y las olas golpearon el costado del vehículo con furia. Este comenzó a zozobrar, inestable, por el camino, la tormenta y la velocidad. Las nubes ya tapaban todo el cielo y habían traído una noche prematura que me impedía vislumbrar más allá de la ventana. Pero no necesitaba ver para sentir cada embiste en mis propias carnes.

Pese a que había controlado bien el miedo hasta el momento, empezaron a temblarme las manos. No podía dejar de mirar el mar, pues sabía que no hacerlo sería todavía peor: si cerraba los ojos, el balanceo de las olas me parecería más intenso todavía, más mortal.

—Por la gran Diosa… —susurré, más para mí mismo que para Nuada.

—Vamos a llegar —aseguró él de nuevo.

Nuestros dedos se rozaron y él me apresó la mano con una seguridad chocante. No me quejé. Al contrario, su piel desprendía una calidez que me calmó. Apreté con fuerza y agradecí, para mis adentros, que él estuviera a mi lado.

—¡Ahí está! ¡La costa!

Su exclamación me sacó del trance en el que el temor me había sumido. Levanté el rostro y descubrí que, entre las gotas de la tormenta, se podía distinguir la costa rocosa de una isla que rompía el horizonte.

Un último golpe del océano zarandeó el carruaje, y noté cómo las ruedas se levantaban de un lado, sin rozar la calzada. Apreté esa mano que me sujetaba con firmeza mientras cerraba los ojos, incapaz de mirar. Por suerte, justo en ese momento, nos adentramos en tierra y las piedras de la costa nos protegieron del viento. El vehículo volvió a posarse sobre el camino empedrado.

Suspiré de alivio y escuché un sonido similar a mi lado. Pese a su seguridad, Nuada también había sufrido.

—Hemos llegado a Storr —me dijo con una sonrisa.



La tormenta se intensificó cuando ya estábamos dentro de la isla. Cohibido, me liberé de la mano del príncipe. Ahora que habíamos dejado el peligro atrás, sentía extraño aquel roce. Incapaz de

mirarlo, centré mi atención en el exterior: el sendero se había adentrado en una foresta totalmente diferente al resto de paisajes que habíamos visto hasta entonces. Ya había escuchado hablar de la geografía de Storr, llena de bosques y montañas. Después de dos f días de viaje, por fin podía contemplarla por mí mismo.

La lluvia se calmó gracias a las hojas sobre nuestras cabezas. El camino continuaba por el interior del bosque, piedra y arena, rodeados de troncos infinitos. Las gotas llenas de ira se convirtieron en una melodía sosegada que ayudó a tranquilizarme.

Sin embargo, con la calma vinieron también los pensamientos intrusivos. Los había mantenido a raya durante todo el viaje, pero, conforme nos acercábamos a Lonmore, noté cómo la ansiedad volvía a aguijonearme el estómago. Me pregunté si estaría a la altura de lo que Nuada esperaba de mí, si las gentes del Clan Callaghan me recibirían con los brazos abiertos o con miradas de desdén.

Junté las manos para evitar que Nuada viera el temblor. Fue inútil.

—¿Está nervioso? —me preguntó.

Me giré y nuestras miradas se encontraron. Sus ojos añiles me atravesaban como si mi piel, mi carne y mis huesos fueran de cristal. Como si pudiera leer todos mis secretos. Asentí, sin saber muy bien qué decir.

—No se preocupe. La población de Lonmore es muy hospitalaria. Además, le envié una carta a *lady* Ailish hace unos días para anunciar su llegada.

—¿Hace unos días? ¿El día que lo conocí?

Asintió, y vi la vergüenza escrita en sus ojos por primera vez. Se pasó la mano por la nuca, cohibido.

—Tenía la intuición de que aceptaría mi propuesta.

—¿Y si hubiera dicho que no?

—Entonces habría llegado a Lonmore con una humillación merecida.

Reí, y noté cómo la preocupación que me atenazaba el vientre se relajaba. Aun así, la incertidumbre de lo que me deparaba al final del

camino se mantuvo. Un nuevo comienzo siempre era un salto al vacío y, en esa ocasión, se unía mi desconocimiento casi absoluto de la jerarquía de los Clanes.

Antes de que Tír conquistara Balainn, el reino había estado dominado por Clanes como el de Callaghan. Las familias más influyentes habían tenido sus propios vasallos, y sus gentes decidían, por votación, quién los representaría en el trono. Eso también funcionaba a gran escala: había un Clan de Clanes, un rey que gobernaba y al cual elegían los representantes de cada familia.

Por lo poco que había dejado entrever Nuada, en Lonmore todavía era así; al contrario que en el resto del reino. En la capital, con la llegada de los tirnenses, todo había cambiado: la simple existencia de los Clanes había amenazado la corona de Tír, por lo que la mayoría había disuelto su jerarquía centenaria. Los reyes se habían convertido en señores.

No había sido así en todo Balainn. En las zonas más alejadas de la frontera, donde los embajadores de Tír no llegaban ni se los esperaba, la monarquía asamblearia de los Clanes había prevalecido. Storr era uno de esos lugares, quizá el que más. Era la isla más al este de Balainn y la más distanciada del reino vecino; un lugar del pasado en un mundo cambiante. Quizá por eso la religión y la mitología se mantenían tan vivas ahí.

En ese instante, me arrepentía de no haber estudiado más sobre la historia del reino. Me habría gustado conocer al dedillo las jerarquías de los Clanes, saber cuáles dominaban sobre cuáles y en qué posición estaban los Callaghan. Entender el día a día, las tradiciones, las costumbres, las maneras. No solo temía al rechazo de las gentes de Lonmore, sino también a la idea de cometer un error irreparable por mi ignorancia.

Durante años, me había preparado para un futuro matrimonio. No sabía si sería con una mujer o con un hombre, pero tampoco me importaba. No tenía preferencias de uno u otro. Lo único que había deseado era que fuera una persona amable, un cambio a la tiranía que sentía bajo el techo de mi padre. Aun así, no me había

preparado para eso: para ese mundo tan extraño, esas costumbres que eran tan mías y, a la vez, tan diferentes.

No me había preparado para Nuada.

—Somos una comunidad muy pequeña, estoy seguro de que se sentirá a gusto en ella —me aseguró, algo de lo que yo no estaba tan convencido—. Además, tengo ganas de que conozca al resto de la familia.

La intensidad del azul de su mirada se entremezcló con los resplandores verdes que entraban por la ventana.

—¿Tiene hermanos, príncipe Nuada?

—Nuada es suficiente —me cortó con una sonrisa amable—. De hecho… ¿sería muy atrevido por mi parte proponer que nos tuteáramos? Me siento como si estuviera hablando con un desconocido y no me gusta esa sensación.

Abrí los ojos, sorprendido por su propuesta. Al cabo de unos segundos, asentí con timidez.

—Y, sí, tengo varios hermanos —continuó el príncipe—. Aunque no estamos emparentados. Digamos que a *lady* Ailish le gusta acoger en su casa a niños que no tienen dónde ir.

—¿Ese fue su… tu caso? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Algo así. Mis padres me llevaron a vivir con *lady* Ailish cuando tenía diez años. —Desvió el rostro hacia la ventanilla y vi que su mandíbula se tensaba; no pude adivinar si de tristeza o enfado—. No los he vuelto a ver.

Sin saber muy bien qué hacía, dirigí la mano hacia la suya, apoyada en el cuero de los asientos. Sin embargo, cuando estaban a solos unos centímetros, reculé. Pese a que hacía apenas unos minutos nos habíamos tocado, no me veía capaz de volver a dar el paso, no cuando Nuada estaba tan serio.

—Lo lamento —susurré.

En las siguientes horas apenas hablamos. Los dos estábamos cansados por el traqueteo del carruaje y el paisaje exterior era suficientemente bonito como para embelesar a cualquiera. La extensión de bosque duró horas hasta que, por fin, salimos a campo

abierto.

No solo la geografía cambiaba en Storr, también variaba el clima y la vegetación. Ahí parecía más común que las nubes cubrieran el cielo y que nevara, como indicaban los picos blanquecinos de las montañas distantes. Alrededor del camino se podían entrever inmensos campos de hierba en los que pastaban rebaños de caoras cornudas. Durante horas, esa fue la única vida que vimos. En la isla había menos pueblos que en el resto del reino. De vez en cuando, el camino se bifurcaba en pequeños senderos de tierra que conectaban esos pueblecitos con la ruta principal.

Ese tiempo de silencio alimentó mi imaginación. A cada minuto que pasaba, los nervios me roían con más y con más fuerza. Por mucho que el príncipe hubiera intentado calmar mi ansiedad, esta era demasiado tenaz. Tenía que romper la quietud, distraerme de alguna manera, pero no sabía cómo. Sin poder aguantar mi mente un instante más, me giré hacia Nuada y dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¿Con quién te habrías prometido si no hubieras conocido a mi padre?

«Por la Diosa, Finn. ¿Qué clase de pregunta es esa?».

El príncipe enarcó una ceja, y una sonrisa poco disimulada se asomó por las comisuras de sus labios.

—¿Es que acaso crees que tenía un catálogo o algo así? —Su tono de voz era jovial. Por suerte, no se había ofendido. Sonreí con timidez yo también—. Los solterones más codiciados de Aeda —dijo, moviendo las manos con exageración.

—Si existiera tal publicación, yo no estaría en ella.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? Tu padre está bien situado en la sociedad aedenense. Por supuesto que tu nombre aparecería.

Negué con la cabeza, tentado a soltar todo lo que guardaba en mi interior y siendo consciente, a su vez, de que no podía hacerlo. No si quería agradar a Nuada. No si quería quedarme a su lado.

—Ahí solo aparecen los solteros más atractivos, Nuada.

—Me place anunciarle, señorito Finn, que usted es atractivo.

La frase me pilló desprevenido. Las mejillas se me tiñeron de rojo y me odié a mí mismo por ello, por esa debilidad de la que era incapaz de escapar. Había sido un cumplido sin importancia, Nuada solo había querido ser educado. ¿Cómo podía ponerme así por una cosa tan pequeña?

—Entonces, ¿tenías preferencia? Me refiero a si ese hipotético catálogo sería solo de solterones o también habría damas en edad casadera —pregunté, intentando cambiar de tema.

Nuada pareció pensarse la respuesta.

—No tengo preferencias. Aun así, lo más seguro es que hubiera elegido a un hombre.

—¿Por qué?

Nuada giró la cabeza y pude ver una sombra en su siempre sonriente rostro. De nuevo, había vuelto a incomodarlo. Alcé las manos, intentando retirar mis palabras, pero él respondió primero:

—No quiero tener descendencia.

Contemplé su perfil durante unos instantes. Su cara, recta y amplia. Su pelo largo y sin recoger, su barba desaliñada de viajar durante dos días. Desde el principio, había notado que era guapo, de una manera natural que parecía involuntaria. No obstante, había algo más. Quizá su seguridad desbordante o la amabilidad que desprendía su mirada. O la sonrisa, abierta, cercana, agradable.

Hasta entonces, lo había visto solo como el chico que me había ayudado a librarme de las cadenas de mi padre. Alguien que me había hecho un favor que quería corresponder como fuese. Había aceptado mi futura vida con él como quien acepta participar en una apuesta, sin saber muy bien a dónde me llevaría.

Después de sus palabras contundentes, descubrí que empezaba a entenderlo, a comprender qué tipo de futuro podría tener a su lado. Un relámpago de terror me recorrió por dentro y quise huir, saltar por la puerta y desaparecer. No por él o por su actitud. No, lo que me aterraba era la comodidad que transmitía. Me daba miedo volver a confiar, pues hacerlo significaba ser vulnerable. Y mi padre me había roto tantas veces que no estaba seguro de poder

recomponerme si volvía a pasar.

—Nuada, yo…

Sus ojos profundos se incrustaron en mí, esperando a que continuara. En ese instante, supe que, pese al miedo, no tenía otra opción que avanzar hacia adelante. Seguir esa mirada y esa seguridad hacia un futuro incierto. Pues no era solo temor lo que vibraba en mi interior. Había algo más, una parte de mí que deseaba darle la mano y adentrarme junto a él en ese nuevo mundo.

Le sonreí, un gesto cargado de determinación. Él inclinó la cabeza, extrañado por mi silencio. Pero antes de que pudiera decir nada, sus ojos se iluminaron y señaló el exterior.

—¡Mira, Finn! ¡Ya hemos llegado a Lonmore!

**Fin de la primera parte.**

# Interludio

## Coira

La capa de la joven ondeaba a su espalda mientras se adentraba en los campos oscuros, colindantes a su hogar. O, al menos, lo que ella había considerado como tal durante los últimos meses. Coira se había confiado, y ahora le tocaba pagar las consecuencias. Solo deseaba que no fuera con su muerte.

Las luces de Leesine eran ya solo pequeños puntitos en el horizonte cuando Coira se atrevió a girarse y a mirar. La carrera le había impedido escuchar nada más que sus pasos y su corazón, pero en cuanto se paró, pudo oír que el resto de la noche la rodeaba. El ulular de las aves nocturnas, el rozar del viento con el trigo… ningún sonido fuera de lo normal. Estaba sola.

Suspiró de alivio y se recolocó la bolsa, en la que había guardado sus pocas pertenencias, sobre el hombro. Con un último vistazo, se despidió de la vida que había tenido en Leesine. Se había acostumbrado tanto a esa rutina pacífica, que la idea de volver a la carretera se le hacía pavorosa y deprimente. Una parte de ella había esperado no tener que volver a pasar por todo eso: la ausencia de despedidas, la búsqueda de un nuevo escondite y el inicio de una nueva vida. Dejaría de ser Coira, de ser ella, para camuflarse entre los demás.

No importaba cuántas veces lo hiciera. En el fondo, nunca dejaría

de ser la forastera en una tierra extraña. La que venía de lejos. La otra.

Negó con la cabeza, ahuyentando esos pensamientos que no la ayudaban en nada. La única alternativa que tenía a esa vida de nómada era dejarse encontrar, y sabía bien que eso significaba la muerte. Lo había comprobado con sus propios ojos, sentido en sus propias carnes. No, hacía tiempo que había asumido que estaba sola en el mundo.

No siempre había sido así. Los primeros doce años de su vida habían sido pacíficos y llenos de amor: había crecido en un pequeño poblado de la frontera con Tír, en el seno de una familia comerciante. Las telas que habían vendido daban lo suficiente como para poder poner un plato en la mesa y tener un techo sobre sus cabezas. Había sido un trabajo digno, una vida cómoda, y había imaginado que aquel sería también su futuro.

Entonces, habían llegado ellos. Habían hecho preguntas, indagado sobre ellos. Cuando su madre la había escondido con sus poderes, lo habían notado al instante. Coira tardaría todavía un tiempo en descubrir que ella también había heredado esos dones. Para cuando lo hiciera, ya sería demasiado tarde. Tampoco habrían marcado una diferencia esa noche: los atacantes habían sido demasiados y ella… ella solo una niña.

La invisibilidad que su madre le había otorgado antes de morir la había ayudado a escapar. Y, desde ese día, Coira no había dejado de hacerlo.

Sin dejar de caminar, abrió la bolsa y hurgó en su interior. Al fin, encontró lo que estaba buscando: un pasador de pelo alargado. Lo cogió con fuerza y notó cómo el frío del metal le atravesaba la piel. Podía soportarlo. Prefería el hielo a la muerte. Armada, además, se sentía más segura. Empezó a avanzar a grandes pasos, la bolsa de viaje trotando a su espalda y marcando un compás que no podía escuchar. El siguiente pueblo tenía una posta y ahí podría alquilar un caballo. Era la manera más rápida de poner tierra entre ella y Leesine.

Escuchó un sonido en el bosque cercano y agarró el hierro con más fuerza. Se había mantenido lejos de la línea de árboles y apartada de los caminos para poder, así, vislumbrar sus alrededores con facilidad. Quería evitar una emboscada a toda costa. Observó la foresta, saturada de sombras, en busca del origen de ese sonido. Quizá su mente se lo había inventado. Quizá había sido solo un animal salvaje…

Otro ruido la alertó, esta vez más fuerte que el anterior. Estaban ahí.

Coira se paró y escudriñó a su alrededor. El corazón le latía tan rápido que podía escuchar cómo golpeaba contra las costillas. Respiró hondo varias veces, intentando calmar ese órgano delator. Tenía la sensación de que, si ella podía oírlo, ellos también lo harían. Pese al frío de la noche, le sudaban las manos: el pasador se le resbaló y ella lo cogió con más fuerza para que no se escapara de entre los dedos. Con la mano libre, arrancó un puñado de granos de trigo. Preparándose. A la espera de lo inevitable.

El rumor se convirtió en pasos y susurros. La luz de las estrellas no iluminaba suficiente como para ver bien qué pasaba ante ella, pero los escuchaba en las proximidades, tan cerca que se sentía como una presa a la espera de su sentencia. La rodeaban, creando un corro a su alrededor. Se agachó y aguardó hasta el momento adecuado, quieta como una estatua.

Y, entonces, atacó.

Una sombra se lanzó sobre ella sin previo aviso al mismo tiempo que Coira lanzaba el puñado de trigo a sus pies. El grano se transformó en el aire: de semilla a plántula, de plántula a espiga, de espiga a una caña alargada y afilada que se ensartó en el cuerpo de uno de ellos. Un gemido de dolor le indicó que había atravesado carne, pero no se paró a comprobarlo: con la mano libre, enarboló el pasador y lo clavó en el hombro de su enemigo. Un grito estremecedor inundó la noche. Su oportunidad.

Se abalanzó sobre el herido y corrió en dirección contraria al bosque, hacia el camino que la conduciría a Leesine. Pero, cuando

llegó a la senda, no giró hacia su antiguo hogar, sino que siguió avanzando. En dirección al siguiente campo: este era de reniz, y sus altos tallos la cubrirían mejor. La mayoría de sus perseguidores eran humanos; si conseguía esconderse durante suficientes minutos, lograría esquivarlos.

Al saltar una roca, su falda se enganchó en sus aristas. No dudó, no miró atrás: de un tirón, arrancó la tela y siguió avanzando con desesperación. Por desgracia, esos segundos eran lo único que necesitaban ellos para alcanzarla. Antes de que Coira pudiera llegar al campo, una mano caliente, ardiente como el sol de verano, le atrapó la muñeca. Coira trastabilló y cayó hacia atrás. Más manos le apresaron la piel: piernas, brazos, pecho, cuello, todo… Estaba a su merced.

—¡La tengo, Basil! —dijo una voz grave.

Pese a que Coira luchó por liberarse, fue inútil. Eran muchos y ella no podía combatir contra tantos. Sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad y, poco a poco, las sombras se convirtieron en rostros, en miradas aceleradas, en respiraciones entrecortadas. Y, entre todas esas caras humanas, vio aquello que más la atemorizaba: una hada. El ser feérico tenía un aspecto perverso.

—No te vanaglories por algo tan fácil, humano —soltó, con una voz tintineante, el tal Basil. Era preciosa, similar a la de un pájaro cantor—. Ha matado a uno de los vuestros ahí detrás.

El hombre feérico se acercó a ella y la analizó. Tenía una mirada bonita, imposible, de tonos azulados, rosas y lilas, como si hubiera almacenado el cielo del amanecer en sus ojos. No sonreía. Solo la miraba con una angustia que la sorprendió. ¿A qué se debía esa actitud?

—Por la diosa, acabemos con esto de una vez —dijo el humano que le sujetaba los brazos.

El fae asintió, serio, y sacó algo de su capa. Estaba tan oscuro que Coira no supo distinguir su forma ni su utilidad. Uno de los hombres la inmovilizó contra el suelo y ella soltó un grito ahogado de dolor cuando se golpeó con una piedra en la espalda.

Un destello lunar le mostró a Coira lo que Basil sujetaba entre las manos. Un brazalete esmeralda. El verde del mineral resplandecía por toda su superficie, como si pudiera contener el universo entero en él. Durante unos instantes, olvidó el miedo y la ansiedad, olvidó que estaba a punto de morir. Olvidó todo y se quedó mirando la joya, pasmada.

—Ya sabéis que yo no puedo tocarla. Tenéis que ponerle el brazalete vosotros.

El ser feérico le tendió la pulsera a uno de los hombres que estaban de pie ante ella. Su voz rompió el encantamiento que había atrapado a Coira, pero ya era demasiado tarde: por mucho que forcejeó, no pudo liberarse de su agarre, fuerte como el hierro. Cuando le pasaron la joya por el brazo, ella chilló de dolor. Le quemaba. La muñeca le dolía tanto que no la sentía suya, como si la agonía le hubiera desprendido parte del alma.

Gritó y su sonido inundó la noche. Gritó, pero nadie vino a ayudarla.

Tan rápido como había empezado todo, se terminó; aunque Coira no fue consciente de ello. Podrían haber pasado horas o días. Cuando el dolor se esfumó, ya no quedaba nada. Nada del calor, nada del dolor, nada de ella misma. Lo último que Coira contempló antes de desvanecerse para siempre fue la mirada penetrante de Basil, cargada de desesperación.

# Segunda parte

## Taigh - Hogar

# Capítulo 7
## El príncipe resplandeciente

Lonmore era muy diferente a como lo había imaginado. En mi cabeza, fantaseaba con una ciudad similar a Aeda, aunque algo más pequeña. Nada más lejos de la realidad. El hogar de los Callaghan era un pequeño pueblo, amurallado y situado entre montes protectores, lo suficientemente elevado como para que lo pudiéramos ver desde una posición lejana.

Cuando el carruaje cruzó por debajo del rastrillo, abrí la ventanilla y me asomé. Recorríamos una de las calles principales, lo bastante amplia como para que cupiera un vehículo más a nuestro lado. Bajo el resplandor lunar, única fuente de luz, pude observar las casas de Lonmore: con sus paredes de piedra y sus techos de musgo y paja, su arquitectura era más parecida a la del pueblo que habíamos visitado el día anterior que a la de la ciudad que yo había abandonado para siempre. Parecía un lugar anclado en el pasado, como esos sitios de leyenda de los que mi hermano me había hablado en sus cuentos.

Enfilamos por la avenida principal hasta llegar a una plaza redonda. Sin duda, era un punto céntrico de reunión para comerciantes y vecinos, aunque entonces todas las tiendas estaban cerradas y el sitio, vacío. De ahí salían otras calles y callejones, como si la plazoleta fuera el corazón de Lonmore y las vías, sus arterias.

Y entonces, el carruaje giró y lo vi. Al otro lado de la plaza no había más edificios, sino que se abría a un lago enorme y cristalino. Su superficie era un espejo donde se reflejaban los astros que adornaban el cielo nocturno, solo roto por rocas, musgo y nenúfares. Vi un pequeño puerto de madera y, amarrado a sus postes, algunas barquitas que braceaban sobre el agua. En la lejanía, observé cómo la muralla reseguía su contorno hasta el otro lado de la costa. Y detrás, las demás montañas, que protegían a Lonmore de un posible ataque. No me extrañaba que los tirnenses nunca hubieran llegado hasta ahí: ni con armas ni con diplomacia podrían tomar una aldea así de protegida.

—Ese es nuestro destino —dijo Nuada y señaló hacia el lago—. Eren Glen.

Seguí la dirección del dedo con la mirada. En medio del estanque, repartidos por toda su extensión, había varios islotes. Una película de color musgoso resplandecía, plateada por el brillo argénteo, como si la tierra estuviera recubierta de cera. Sin embargo, ninguna de esas islas podía competir, en belleza, con la más grande: aquella a la que el príncipe apuntaba. Pues, sobre la hierba plateada, se elevaba el hogar de los Callaghan: el castillo de Eren Glen.

El carruaje paró un momento, como si Allen pudiera adivinar mi reacción, y no pude evitar abrir la boca, ensimismado por el espectáculo. De todos los paisajes que habíamos visto, ese era uno de los más bonitos. Quizá me lo parecía por la penumbra nocturna, quizá por el olor a musgo y agua que se respiraba en la atmósfera. O, lo más probable, porque el castillo, colocado en esa isla grande, aportaba la pizca justa de magia al lugar. Con la claridad pálida de la luna, pude analizar el edificio, que parecía tan antiguo como la naturaleza que lo rodeaba. Alguna luz parpadeante iluminaba las ventanas del primer piso, creando un espectro amarillento en la superficie acuática. Un puente de piedra conectaba las dos orillas y su estructura desigual me llamó la atención: era más ancho por el centro que por los dos extremos.

—¿Te gusta? —preguntó Nuada con emoción en la voz. Solo pude asentir.

El carruaje se adentró por el puente, y tragué saliva, nervioso. De todas las posibilidades que mi imaginación había alimentado desde que habíamos partido de Aeda, aquella era la más impensable. Un castillo. Había asistido a bailes alojados en casas más grandes, pero ninguna tenía esa sensación de majestuosidad que se desplegaba entonces ante mí.

Era una construcción regia y contundente. A un lado de la estancia principal, se alzaba una torre circular, al otro, un edificio más amplio y bajo, que parecía un añadido posterior. La fachada de piedra gris estaba sembrada de ventanales y, contándolos, calculé que tendría una altura de cuatro pisos. Se asemejaba más a una fortificación que al castillo de Aeda.

—Data del siglunar treinta y dos —me explicó el príncipe—. Dicen que se construyó en celebración de la victoria en la guerra de los Túmulos, hace 500 años.

Asentí, demasiado distraído como para centrarme en sus palabras. Por suerte, Nuada no pareció notar mi despiste y siguió hablando. No lo paré: su verborrea me calmaba. Su voz era tan tranquilizante, como el sonido del oleaje.

—Lo construyó uno de los primeros reyes del Clan Callaghan, llamado Brent el Alto. Decían que era tan grande como un árbol, y por eso todas las puertas de madera son enormes.

—¿Eso es verdad?

Nuada se encogió de hombros con una mirada divertida.

—¿Acaso importa?

El carruaje se adentró en el puente que conectaba la plaza con el castillo. En la otra orilla, había una pequeña extensión de piedra vacía que hacía de vestíbulo para la muralla. El vehículo cruzó sin problemas la muralla baja y gruesa hasta el patio de armas, también empedrado.

No podía apartar la mirada del castillo. La idea de que aquel fuera a ser mi nuevo hogar se me hacía imposible de concebir. Por

primera vez desde que mi padre me había presentado a Nuada, entendí lo que significaba casarse con un príncipe de clan.

Allen aparcó al lado de otro carruaje similar. Poco a poco, desvié la mirada hasta mis manos temblorosas. No estaba preparado para esto. El miedo, antes sutil, me mordía con más intensidad en ese instante. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a encajar en ese lugar? Antes de que pudiera decir nada, antes ni siquiera de que supiera qué decir, Nuada me apretó con levedad el hombro y abrió la puerta del coche de sicas. Bajó de un salto, se giró hacia mí y me tendió la mano con esa sonrisa suya tan característica. La noche perdió negrura.

—¡Bienvenido al castillo de Eren Glen, Finn! —exclamó—. Bienvenido al hogar de los Callaghan.

«Bienvenido a tu nueva vida», pensé yo. Y, para mi sorpresa, no había amargura en mis palabras.



Unas escaleras precedían a la entrada principal, enorme, tal y como Nuada me había explicado. En la madera de la puerta había otra más pequeña, pensada para facilitar el paso. Esa fue la que Nuada abrió con cuidado: era de noche y cualquier ruido podría despertar a los habitantes de Eren Glen.

El interior del castillo era tan fantástico como me lo había imaginado desde el exterior. La entrada daba a un vestíbulo de techos altos, y frente a ella, una escalera tan amplia que no podía tocar ambos pasamanos a la vez. A cada uno de los lados de la escalinata vislumbré un pasillo que conducía hasta unas puertas cerradas. Aquel lugar transmitía una sensación de majestuosidad que no me había esperado: vigas anchas, suelos de madera pulida y alfombras preciosas que se solapaban unas encima de las otras.

Los cuadros que decoraban las paredes representaban a hombres y mujeres, aquellos que habían habitado el castillo en el pasado. Ninguno se parecía a Nuada: sus rostros eran serios; sus barbas, frondosas; sus cabellos, rojos como el fuego. A ambos lados de la puerta, dos estandartes caían en cascada con los colores de la casa Callaghan, los mismos que llevaba el escudo del carruaje: verde, azul y turquesa. El patrón era precioso y, pronto, descubrí que todos los personajes de las pinturas llevaban el *pladh* con ese estampado alrededor del pecho, sobre el hombro izquierdo. El vestido tradicional de Balainn.

Después de la invasión de Tír, los nobles de Aeda habían querido imitar la estética y la moda que se había respirado en Lonnar, la capital del reino vecino, y habían dejado de lado las prendas folclóricas. Los colores azulados se habían cambiado por amarillos, rosas y rojos. El *pladh* y los dos cinturones tradicionales se habían abandonado por levitas entalladas y sombreros de copa. La ropa y los estampados de cuadros se habían convertido en algo rural, campestre. Indeseado.

—¿Y bien?

Nuada alzó las manos, como si quisiera abrazar toda la extensión del vestíbulo. Alcé una ceja, interrogante.

—¿Qué te parece tu nuevo hogar? Eren Glen fue construido hace mucho, pero se ha ido reformando con cada generación. Creo que te satisfará la habitación que han preparado para ti.

—El vestíbulo me gusta —declaré, sin saber muy bien qué decir. Estaba abrumado por la inmensidad del lugar.

—Es demasiado tarde para ver el resto —comentó—. Pero mañana puedo enseñarte todo el castillo, si quieres.

Sonreí con timidez y dejé que me cogiera del codo para conducirme por su hogar. Subimos las escaleras y recorrimos un pasillo lleno de puertas hasta que llegamos a las dos últimas. En el extremo, una ventana mostraba el reflejo de la luna pintado en el lago.

—Esa es mi habitación. —Señaló la última puerta. Se giró hacia

mí y abrió la que teníamos delante—. Y esta será la tuya.

Me mordí la lengua para no dejar escapar la duda que me rondaba desde que había aceptado la proposición del príncipe. Miré hacia mi habitación, con sus dos ventanas amplias, sus techos interminables y su cama de dosel. Y no pude evitar preguntarme si aquel era un lugar temporal, si después de los votos volvería a quedar vacía. Al fin y al cabo, estábamos destinados a casarnos. ¿Y acaso los matrimonios no compartían lecho? ¿O es que él no quería dormir conmigo?

Negué la cabeza con frustración. Apenas nos conocíamos, así que, ¿qué tenía de raro que Nuada evitara una situación incómoda? La boda era un trato político y nada más. Cuanto antes lo entendiera, mejor me podría adaptar a esa nueva vida.

—Me encanta. Gracias —musité.

—Buenas noches, Finn.

Balbuceé un «buenas noches» a modo de respuesta antes de adentrarme en la cámara, demasiado cansado como para pensar. Observé la sala, el baúl a los pies de la cama, el armario robusto de madera oscura… Me acerqué a la ventana y observé la noche estrellada al otro lado del cristal… No la sentía mía. Como si le faltara algo que no alcanzaba a adivinar.

En un impulso que no reconocí ni yo, me acerqué a la puerta y observé la espalda de Nuada. Tenía la mano en el pomo cuando lo llamé, incapaz de contenerme:

—Nuada.

—Dime.

—Bueno… entenderé si has cambiado de opinión.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la visita por la casa?

Negué otra vez.

—Sobre casarte conmigo.

Su expresión se endureció, y apartó el rostro.

—¿Qué clase de persona crees que soy, Finn? Hice una promesa y la voy a respetar. —Traspasó el umbral sin volver a dirigirme la mirada y, desde dentro, repitió—: Buenas noches.

Cerré la puerta detrás de mí y me senté en el suelo, sobre la alfombra mullida, con la espalda apoyada en el baúl. Habían pasado muchas cosas en los últimos días y, al haber llegado a Lonmore, sentía como el peso de todas ellas caía sobre mí. Me rodeé las rodillas con los brazos y mi mente vagó hasta los recuerdos del viaje. Pero apenas tuve tiempo para recrearme en ellos: cuando cerré los ojos, mi cuerpo se apagó, agotado.



Esa noche, por primera vez en años, soñé con mi hermano. Estábamos en una avenida amplia de Aeda y yo le cogía la mano con fuerza. La mezcla de recuerdo e irrealidad típica de los sueños hacía que el lugar estuviera vacío, aunque, a la vez, notaba que caminábamos en medio de una multitud. Nada de eso tenía importancia. Lean estaba ahí y con eso tenía suficiente.

Alcé el rostro y él me sonrió con un cariño que los años habían borrado de mi memoria. Se agachó y me apretó el pecho con un dedo, como hacía cuando era pequeño. Esperé a la frase que me decía siempre, esa que hablaba de fortaleza y valentía. No obstante, la voz que le salió de los labios no le pertenecía. No tardé en reconocer a Nuada en ella.

—¿Qué clase de persona crees que soy, Finn? —Sonaba tan seco, tan cortante, que noté un escalofrío. Lo cogí del brazo y me acerqué a él.

—Lean, espera…

No me dio tiempo a disculparme. Parpadeé y, cuando volví a abrir los ojos, ya no estábamos en la avenida, sino en la casa de la calle Blackenor. Miré a mi alrededor, reconociendo la habitación en la que había pasado los últimos diecinueve años de mi vida. Estaba solo en la estancia, mi hermano se había desvanecido. Sin embargo,

presentí, con esa magia que otorgan los sueños, que él estaba en el exterior. Me lancé contra el cristal de la ventana para comprobarlo y lo vi ahí, plantado delante de la verja de hierro.

Era el día de su desaparición. Llevaba un abrigo largo y negro y, debajo, un chaleco que le había regalado mi padre al cumplir los dieciséis. No sé cómo lo sabía, pero fui dolorosamente consciente de que aquella sería la última vez que lo vería. Tenía que hacer algo, impedir que se marchase.

—¡Lean! —grité, golpeando el cristal con todas mis fuerzas—. ¡Lean, no te vayas!

Él alzó el rostro hacia mí con una mirada indescifrable. Fue entonces cuando lo vi. En su hombro, retorcido como un pañuelo de seda y humo, había una Sombra. Era pequeña y alargada, con piel indefinida y aspecto aterrador. Al igual que mi hermano, el ser clavó sus ojos en mí. Eran dorados, brillantes. Dos monedas de oro incrustadas en la negrura de su piel.

Me desperté, sudado y nervioso. Me dolía todo el cuerpo por haber dormido en una mala posición y el corazón me iba a mil, acelerado por la pesadilla. Hacía tiempo que no soñaba con Lean así; tanto, que había olvidado la desazón que sentía cada vez que el mundo onírico desaparecía con la mañana y se lo volvía a llevar.

Alcé la mirada y lancé un grito asustado cuando me encontré con unos ojos, del mismo color que el cielo, que me contemplaban. Una muchacha pelirroja me observaba con atención. Retrocedí, y mi espalda adolorida chocó contra la cama en la que no había dormido.

—¿Señorito? ¿Se encuentra bien? —preguntó con voz enérgica. Tenía un acento muy marcado, mucho más que Nuada—. Lo he encontrado así, señor.

En ese momento, me di cuenta de que no estábamos solos en la habitación. Al lado de la joven, vi a Nuada. En su expresión leí diversión y preocupación a partes iguales. Tartamudeé, sin saber qué decir.

—¿Una pesadilla? —preguntó él.

Asentí.

—Sí. La verdad es que…

Dudé. A medida que los segundos pasaban, los jirones del sueño se iban desvaneciendo en el olvido. Solo recordaba que mi hermano había aparecido en él. Y, a la vez, estaba convencido de que había escuchado la voz del príncipe en algún momento.

—Nada, no importa.

Nuada me alargó la mano y me alzó con facilidad. Me crujieron las piernas por el esfuerzo.

—¿Tan poco te ha gustado la cama que has decidido dormir en el suelo?

Supe, al instante, que pretendía aliviar el ambiente con su pregunta. Se lo agradecí con una sonrisa.

—Es que la alfombra era muy suave —dije, siguiéndole el juego.

—Puedo hacer que pongan alfombras sobre el colchón, si lo prefieres.

Dibujé una sonrisa divertida y vi cómo era correspondida en el rostro del príncipe, cómplice.

—No creo que haga falta.

Al parecer, Nuada había olvidado la conversación de la noche anterior. O, más bien, había decidido olvidarla. En silencio, le agradecí eso también.

—Te he dejado algo de ropa mía en el armario. Yilda estaba vaciando tu baúl y se ha fijado en que todas tus prendas son demasiado finas para el invierno de Storr.

La idea de que Nuada hubiese revisado mi ropa me puso nervioso. Avergonzado, bajé la mirada hasta el suelo de madera.

—Gracias —musité.

—Te espero en el comedor. Mi madre se ha ausentado esta mañana para atender a una vecina, así que no llegará hasta dentro de un rato. Tómatelo con calma.

Nuada me dejó a solas con Yilda, y la joven doncella no perdió el tiempo. Me ayudó a desvestirme, a darme un baño rápido y a peinarme el pelo enredado después de tres días de viaje. Durante todo el proceso, no dejó de hablarme, como si intuyera que el

parloteo me tranquilizaba. Me explicó su vida en Lonmore, sobre su prometida (en palabras suyas, la mujer más bella del pueblo) y sobre su trabajo en el castillo. Su voz sonó reverente cuando habló de *lady* Ailish y de los hermanos de Nuada, algo que avivó más mis nervios.

Había escuchado tanto sobre la reina del clan Callaghan que no podía dejar de temblar ante la idea de conocerla al fin. A cada halago que escuchaba, el miedo a decepcionarla se hacía más intenso. ¿Sabía lo de la apuesta? ¿Le había informado Nuada sobre mi físico? ¿Qué pensaría cuando me viera, tan delgado, tan poca cosa? Las dudas se acumulaban como deudas sin pagar a medida que Yilda me ayudaba a arreglarme.

Me puse unos pantalones de talle alto, una camisa blanca y un chaleco brocado en tonos granate. Por encima, me coloqué uno de los abrigos que había dejado Nuada en el armario, abotonado por el pecho y largo por la espalda. Sentía que ya había acabado, pero, cuando me giré, Yilda sostenía un detalle más: los dos cinturones típicos de la vestimenta del clan. Me fijé en el verde y el azul para no mirarla a la cara.

—El príncipe me ha ordenado que le dé esto, señorito.

—Cree que… ¿es buena idea? —farfullé—. Son los cinturones tradicionales del clan Callaghan, ¿no?

—Señorito, si me permite dar mi opinión, creo que esta es la manera que tiene el príncipe de darle la bienvenida a la familia Callaghan. —Acarició la tela con cariño—. Llevar esto puesto es una forma de decirle al mundo que ahora es uno de los nuestros.

Los cogí con la duda escrita en el rostro. ¿Me podía considerar realmente parte del Clan? No solo acababa de llegar, sino que también era consciente de que mi estadía podía ser temporal. Si descubrían la maldición que escondía en secreto, estaba convencido de que no tardarían demasiado en romper el compromiso. Aunque Nuada me asegurara que se mantendría en pie, sentía que todo podía cambiar con el menor desliz. Apreté los finos cinturones en la mano. No quería decepcionar al príncipe, pero todavía no estaba

preparado para ponérmelos. Sabía que me sentiría vulnerable si lo hacía, un fraude incapaz de mentir.

Con una mueca, dejé las prendas sobre la cama y esquivé la mirada triste que me dirigió Yilda.

—Lo guiaré hasta el comedor —musitó, más apagada.

A la luz de la mañana, el castillo de Eren Glen era más magnífico aún. La noche anterior había visto a los corredores bajo la llama de la lámpara de aceite y solo había podido contemplar los cuadros de reojo, las decoraciones en la penumbra. En ese instante, con las ventanas abiertas y la luz del cielo grisáceo colmando las habitaciones, comprobé que las paredes estaban llenas de retratos y otros ornamentos preciosos. Algunos cuadros mostraban paisajes que pude reconocer: el lago de Lonmore, la isla sobre la que se alzaba el hogar de los Callaghan, los bosques colindantes… todo Storr parecía representado en el castillo.

Llegamos a las escaleras y, cuando empecé a bajar, me llamó la atención una de las pinturas que había colgada en la pared. El cuadro era inmenso, alargado, y mostraba una escena que parecía sacada de un cuento infantil. Me paré a observarlo, embelesado por su belleza. El dibujo mostraba un claro en el bosque. Los árboles estaban llenos de luces y decoraciones y, algunos, más amplios que el resto, parecían albergar hogares en su interior. En el centro de la imagen había tres personajes. Uno era humano, con el pelo pelirrojo y la piel pálida. Con una mano se sujetaba el muñón de su otro brazo. A su lado había dos criaturas humanoides que no parecían de este mundo. Altos, con la piel y el pelo de colores imposibles. Hadas.

Había visto con anterioridad retratos de seres feéricos, pero, en los cuentos infantiles, los dibujaban pequeños y adorables. Las del cuadro, en cambio, tenían un aspecto salvaje que me impedía apartar la mirada. Una tenía la piel del color de la noche absoluta y su pelo, blanco como las estrellas, caía sobre su espalda hasta acariciar el suelo. Su belleza era terrorífica y desmedida. A su lado había una hada masculina que vestía con ropajes verdes y una máscara de sione. Su pelo, del mismo color anaranjado que el del

animal, le cubría el pecho como una cascada.

La escena mostraba una especie de reunión a la que asistía una multitud de rostros de diferentes especies. No solo vi hadas y humanos, también había otros seres sobrenaturales que no logré identificar.

—Es el pacto de Sidhe —dijo una voz detrás de mí.

Pertenecía a una muchacha regordeta y sonriente. Su cara, redonda, mostraba una sonrisa amplia, todo dientes y luz. Era pelirroja y su melena alborotada se enredaba en sus hombros de cualquier manera, como si hubiera perdido una guerra contra ella. Me miró, y comprobé que sus ojos eran tan brillantes como su expresión. Llevaba un vestido azulado y verde, a conjunto con los dos cinturones del Clan Callaghan, que le alzaban el pecho.

No se parecía a Nuada. Aun así, supe al instante que era una de sus hermanas.

—Eres Finn, ¿verdad? El prometido de Nuada.

Me analizó de arriba abajo con cero disimulo y, luego, sin respeto alguno por el espacio personal, me cogió de la mano y la apretó con fuerza.

—¡Tenía ganas de conocerte!

—No es…

—Nuada nos escribió una carta desde Aeda, diciendo que te había encontrado. Claro que nos dijo que no sabía si aceptarías la propuesta, pero si estás aquí es que lo has hecho, ¿no? —Me interrumpió y apretó la mano con más fuerza—. ¡Cuánto me alegro!

—Sao, lo vas a matar de la intensidad.

A los pies de la escalera, Nuada nos contemplaba con una sonrisa divertida. Se acercó a nosotros.

—Oh, no. ¡Perdona! Lo lamento mucho. ¿Te he hecho daño? Si es así, dímelo, ¡eh! Lo siento, soy muy bruta —masculló, las palabras saliendo a borbotones de sus labios—. A veces no mido la fuerza. De verdad, ¿estás bien?

—No se preocupe.

—Ay, no hace falta que me hables tan formal, Finn. ¡Vamos a ser

familia! Claro, si quieres, tampoco quiero forzarte a que me hables de manera cercana si no te sientes cómodo —Me analizó con esos ojos suyos, tan grandes y azules—. Seguro que estás bien, ¿no?

—Estoy bien, estoy bien —aseguré con una sonrisa tímida.

Sao, como la había llamado Nuada, asintió, satisfecha, y empezó a bajar las escaleras, tarareando una melodía que no reconocí. Hice ademán de seguirla, pero mi mirada se desvió hacia el príncipe, que se había quedado parado delante del cuadro. Su expresión era el reflejo imperfecto de la seriedad que había mostrado en Leesine, delante de la posada. Abrí la boca para preguntar sobre la obra de arte, sobre él, sobre los secretos que se escondían bajo su sonrisa. Sin embargo, no me atreví. Se me atragantaron las palabras en la garganta, incapaces de salir.

En silencio, seguimos los pasos de la princesa Callaghan.

—Perdona a Saoirse —dijo Nuada. Agradecí que fuera el primero en romper el hielo—. Puede ser un poco apasionada a veces, pero tiene buen corazón.

—Me gusta. Se parece un poco a ti.

—Qué dices, Finn. Si no podemos ser más diferentes.

—Los dos resplandecéis.

Miré de reojo a Nuada y me sorprendí al ver que un carmesí tenue tintaba sus mejillas. Sonreí bajo la nariz. Me alegraba saber que no era el único vulnerable ante ese tipo de comentarios; que mis palabras afectaban, aunque fuera un poco, al príncipe.

Bajamos las escaleras hasta el vestíbulo y, ahí, atravesamos una de las puertas hacia la zona común del castillo. En la planta baja, los techos eran todavía más altos, y sentí que me perdería; una mota pequeñita en medio de una catedral. El comedor al que entramos no era diferente: las paredes blancas reflejaban la luz que penetraba por los ventanales, abiertos de par en par. Dejé que el poco sol que se colaba por entre las nubes sanara mi mala noche.

Había una mesa larga llena de comida: fruta, pan de centeno, patatas al horno, pescado curado… y, ahí, sentada en medio, la persona más elegante que había visto nunca.

No necesité que nadie me lo indicara para saber que era *lady* Ailish, la mismísima reina del Clan Callaghan.

# Capítulo 8

## *Lady* Ailish

—Nuada, mi niño.

La reina se levantó tan alta, o más, que mi prometido. Llevaba un vestido largo de diferentes tonos de azul, con las mangas abullonadas y detalles dorados por el pecho y las muñecas. Los cinturones del clan le cruzaban el pecho, resaltando su escote. Cuando se movió, la media melena bailó con ella: aunque su corona trenzada se sujetaba sobre la cabeza, algunos mechones sueltos le caían por la espalda y el pecho. Su cabello era dorado, más parecido al sol que al trigo.

Abrazó a Nuada con cariño y luego le dio un beso en la mejilla a su hermana.

—Bella como siempre, mi Saoirse.

Le atusó los rizos asalvajados. Solo entonces levantó la mirada y nuestros ojos se encontraron. Durante unos largos segundos de silencio, me analizó. Me sentí como una hormiga a los pies de una montaña, como si aquella mujer pudiera fulminarme con solo un pensamiento. Me agarré las manos temblorosas para evitar que esta pudiera ver mi nerviosismo.

—Es un placer recibirlo en mi casa, Finn —aseguró la reina. Me saludó con un movimiento de cabeza formal y elegante. Yo me incliné con torpeza para correspondería—. La carta de mi hijo nos

informó de vuestro compromiso.

No sabía muy bien qué decir, así que me quedé ahí, plantado como un árbol. No noté la presencia de Nuada hasta que me apoyó una mano en la espalda y me indicó la silla en la que sentarme, junto a Saoirse. Ailish y su hijo se acomodaron al otro lado de la mesa, enfrente.

—Le he pedido al cocinero que prepare más comida. Estoy segura de que estaréis famélicos.

—¿No esperamos a Moira?

—Me temo que ha pasado una mala noche, así que he pedido al servicio que la dejen dormir.

—¡Oh, no! —exclamó la pelirroja con una expresión de preocupación genuina en el rostro—. ¿Otra vez… —Me miró y tragó saliva antes de contestar—… eso?

Fruncí el ceño ante ese gesto. ¿Por qué me había mirado antes de hablar? Si ya había tenido curiosidad por la familia Callaghan, aquel comentario de Saoirse solo la alimentó.

—No te preocupes, Saoirse. Es solo insomnio.

—Quizá debería ir a verla. O llevarle el desayuno, eso le gustaría. Me encantaría poder ayudarla de alguna forma; siempre tiene esos ataques horribles de insomnio y se pasa toda la noche en vela. —Las palabras se le escapaban sin control de los labios y me di cuenta de que Saoirse no parecía dirigirse a nadie más que a sí misma.

Ailish extendió la mano y capturó la de su hija en un apretón cariñoso. Eso pareció conectar con la pelirroja, que dejó de balbucear y levantó la mirada.

—Será mejor no molestarla, ¿no crees?

Saoirse asintió y noté un gesto avergonzado en su expresión.

—Claro, tienes razón.

—Mi hija Moira sufre de insomnio y pasa muchas noches en blanco —me explicó la reina—. Quizá la pueda conocer más tarde.

—¿Y Ronan? —preguntó Nuada con la boca llena.

—Está de viaje. Ha ido en barca hasta Innesk.

—Pensaba que se iría después del solsticio.

—Ha habido una emergencia.

Nuada, Saoirse y su madre siguieron hablando, pero, poco a poco, yo fui perdiendo el hilo de la conversación. Estaba distraído, mordisqueando una tostada con mermelada, mi mente incapaz de quedarse con ellos. Había algo en la escena que me rechazaba, como una especie de burbuja que los rodeaba y que me excluía a mí.

De repente, comprendí aquello que se me antojaba ajeno de la situación: había verdaderos lazos de amor entre ellos. Un amor que se podía notar en cada gesto, en cada palabra pronunciada. En la preocupación de Saoirse hacia su hermana, en el interés de Nuada por los demás, en la mano protectora de Ailish. Habían creado una dinámica de cariño y apoyo que me era desconocida por completo.

Mi mente vagó hasta los desayunos silenciosos en mi antigua casa, hasta mis cenas individuales y fortuitas. Mi hermano se había esforzado por construir un hogar que fuera de los tres, un rincón agradable para toda la familia. Tras su marcha, todo se había derrumbado con rapidez. Hacía años que yo no comía en un ambiente tan distendido.

Pensar en Lean me hizo recordar la pesadilla que me había asustado esa noche. Eran solo imágenes sueltas, fragmentos de lo que había vivido en el mundo onírico, pues, por mucho que lo intentara, no podía recordar nada más que eso. Tenía la sensación de que estaba olvidando algo importante, un hecho esencial. Algo que me había aterrorizado tanto que me había despertado.

Igual de rápido que un relámpago que ilumina la oscuridad nocturna, la memoria volvió. La Sombra. Esos ojos dorados habían sido los mismos que había visto en Leesine, iguales a los que me había encontrado en la calle de Aeda unos días antes. En ese entonces, había tenido la sensación de que no era la primera vez que me encontraba con un ser así de raro, pero no había podido rememorar dónde la había visto antes. Hasta ahora.

La Sombra en el hombro de mi hermano… ¿Cuánto de lo que había soñado era un recuerdo real? Me daba la sensación de que mi

llegada a Eren Glen había desbloqueado una imagen que el Finn del pasado había querido enterrar en lo más hondo del corazón. Si eso era verdad… ¿no significaba, acaso, que había sido testigo de la desaparición de mi hermano? ¿Cómo podía haber olvidado algo así?

La simple idea de que aquello fuera un fragmento de la realidad me heló la piel. Si Lean se había esfumado por culpa de una Sombra y yo había estado ahí, significaba que cargaba con parte de la culpa. Significaba que yo había dejado que esos seres monstruosos se llevaran a mi hermano.

Significaba que Lean había desaparecido por mi culpa.

—¿Finn? ¿Estás bien?

La voz de Nuada me sacó de mi ensimismamiento. Volví la atención a la mesa y descubrí que el silencio se había instalado a su alrededor. Toda la familia Callaghan me miraba. El color me subió por las mejillas y escondí el rostro tras el flequillo castaño para que no pudieran verlo.

—Sí, perdona.

Nuada vaciló unos instantes antes de dibujar una de sus sonrisas centelleantes. Intuí que no quería presionarme y agradecí internamente su amabilidad. Una vez más.

—Estábamos comentando que podríamos celebrar un baile para presentarte al resto del Clan. ¿Te gustaría?

—¿Eh? —Titubeé—. Sí, claro. No tengo ningún inconveniente.

—Habrá mucha gente deseando conocerte. Quizá te incomode…

—¡Será genial, Finn! —exclamó Saoirse, pisando sin querer a su hermano—. La última vez lo organizamos para celebrar una boda entre dos nobles de Lonmore y pudimos decorar toda la sala de peticiones con flores y ramos de hojas afiladas. ¡Quedó precioso! Claro que, Ronan nos ayudó. Mi hermano tiene muy buen gusto, ¿sabes? Se le dan genial este tipo de cosas. Una vez se le ocurrió hacer…

La muchacha siguió hablando a borbotones, y no pude evitar desconectar otra vez. Miré de reojo a Nuada, que volvía a atacar su tostada con mermelada de frambuesa. Después de dos días de viaje,

todavía intentaba entrar en su cabeza, entender qué pasaba por ella. ¿Por qué me había preguntado si me parecía bien? ¿Lo hacía para intentar incluirme en la conversación?

—¿… bailes en Aeda, Finn?

La pregunta de Saoirse me pilló por sorpresa y no pude evitar saltar de la silla. «Eres idiota», me reprendí. ¿Es que no podía estar ni dos minutos atento a la conversación? La princesa había sido cortés y agradable conmigo y yo se lo pagaba así, con mi embobamiento.

—Sí —contesté, sin atreverme a admitir que había vuelto a distraerme.

—Seguro que eran espectaculares. ¿Pudiste bailar mucho? Dicen que en la capital las danzas tradicionales se han cambiado por las provenientes de Tír. ¿Cómo son?

—La mayoría son muy aburridos.

—¿En serio? —preguntó con voz decepcionada—. Entonces Ronan me mintió. Me dijo que en Tír los bailes son más elegantes.

—¿Acaso son excluyentes? Puede ser un baile aburrido y elegante.

Una voz desconocida a nuestras espaldas interrumpió la conversación. Me di la vuelta y descubrí que había un muchacho apoyado en el marco de la puerta. Sonreía con una expresión divertida, y un mechón negro y rizado le caía sobre la tez aceitunada. Era precioso, de una belleza desgarradora, imposible. Sus ojos, tan negros como el pelo, se fijaron en mí, afilados como una daga.

—Usted debe ser Finn. Encantado.

Se inclinó en una reverencia exagerada que me sorprendió. Cuando volvió a alzarse, la sonrisa se había desvanecido de sus labios, pero no de sus ojos.

—Si he escuchado bien, hermanito, ¿quieres celebrar un baile? Me parece una idea estupenda. La mejor que has tenido en tu vida, en mi opinión.

Aunque Nuada puso los ojos en blanco ante ese comentario,

pude ver un brillo divertido en ellos.

—¿Puedo contar con tus excelentes facultades para la estética y la decoración?

—Ah, príncipe Nuada. Si me lo pides así, ¿cómo podría negarme?

Por el rabillo del ojo, vi que la reina escondía una sonrisa bajo la nariz. Saoirse, en cambio, no quiso enmascarar su carcajada. De nuevo, me golpeó el buen ambiente que reinaba en la familia. Una parte de mí se preguntó qué habría pasado si Lean y yo hubiéramos estado solos, lejos de mi padre. ¿Habríamos bromeado así, sin preocupaciones?

—Finn, ¿has acabado de desayunar? Quiero enseñarte el resto del castillo —preguntó el príncipe.

Miré mi tostada medio mordisqueada y asentí. Nunca tenía demasiada hambre y, después de la mala noche, parecía que tenía el estómago lleno de piedras.

—Gracias por el desayuno —musité, dirigiéndome a la reina Callaghan.

Ella no dijo nada. Me contempló con una expresión indescifrable y sentí el filo de sus ojos incluso cuando Nuada y yo ya nos habíamos marchado. Sí, sin duda había un ambiente ideal en esa familia. Pero donde hay luz se oculta también la oscuridad, y me pregunté qué clase de secretos se esconderían en una penumbra como la del Clan Callaghan.



Nuada fue enseñándome todas las habitaciones, salas y rincones del castillo. Recorrimos las diferentes áreas, mi silencio acompañando la melodía agradable de su voz, mientras las leyendas se apilaban sobre nuestras huellas. Me habló de los reyes del Clan Callaghan, de las historias sobre la Diosa, de las grandes batallas y

las derrotas terribles. Me habló del pacto de Sidhe, del rey que llevaba su nombre, de reyes y reinas del pasado.

Estancia tras estancia, Nuada me condujo por la cocina, la biblioteca, el estudio, las habitaciones pensadas para los invitados, la capilla de la Diosa, la sala de audiencias, el torreón y las sicarerías. Visitamos la zona reservada para el servicio y saludamos a la ama de llaves y al resto de sirvientes del castillo. ¿Cuánto tardamos en recorrer todo el lugar? Ya llevábamos un buen rato cuando empecé a notar las piernas cansadas. Nuada, sin embargo, parecía inasequible al desaliento. Me acompañó, sujetándome con cariño, por todos los rincones de Eren Glen.

Acabamos el recorrido en el jardín delantero que me había recibido la primera noche. Con la muralla a nuestras espaldas, Nuada alzó la vista hacia arriba. Seguí su mirada, y me encontré con la torre circular que presidía el lado izquierdo del castillo. Erá más alta que el torreón, al otro lado, y solo tenía ventanas en el piso superior.

—Nido de cuervos es uno de mis sitios preferidos de Eren Glen.

—¿Por qué se llama así?

Nuada levantó una ceja, divertido por mi comentario.

—Es un nombre literal.

Abrí los ojos, fascinado. El cuervo era un animal sagrado. Su relación estrecha con la mitología y la figura de la Diosa los convertía en uno de los seres más protegidos de Balainn. Sabía que, en el pasado, había sido tradición tener uno o dos de esos pájaros como mascotas. Pero pensaba que esa era una costumbre anticuada y abandonada. Una vez más, el Clan Callaghan me sorprendía. No había dejado de hacerlo desde que había abandonado Aeda con su príncipe.

—¿Tenéis cuervos?

Él asintió.

—¿Quieres subir?

Aunque reacio por el esfuerzo que eso suponía, acepté. Pese a que estaba cansado, la curiosidad había resultado ser un potente

combustible, y todavía se mantenía en mi interior, llameando como al principio.

Quería conocer a Nuada y a su familia. Entender las costumbres del pueblo, costumbres que mis antepasados también habían seguido, pero que a mí se me habían negado. Quería encajar en Lonmore. Y, para hacerlo, necesitaba comprender el clan y sus gentes.

—Sí, subamos —susurré. Por su mirada, intuí que quería decir algo más.

Al contrario que la puerta principal del castillo, Nido de Cuervos tenía una entrada pequeña y a ras del suelo. La puerta de madera era baja y arqueada. Al entrar, el cambio de iluminación me desconcertó y necesité unos segundos para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra de la torre. Desde el techo, haces de luz caían en el centro del círculo, juguetones. Parecía la única iluminación del lugar. El interior de la torre se veía escueto y minimalista: en la estancia solo había unas escaleras de caracol, pegadas a la pared de piedra.

Nuada empezó a subir, y yo seguí sus pasos. La motivación del inicio pronto se esfumó: cuando llevaba una veintena de escalones, ya tenía los músculos de las piernas agarrotados. Hice el esfuerzo igualmente. Aunque las piernas me ardían, continué andando, más por tozudez que por capacidad. A duras penas llegué hasta el rellano del piso superior. Ahí, la escalinata daba a una trampilla que nos encontramos en el suelo. Subimos por una escalera de mano hasta la estancia que le daba nombre a la torre: la cuervería.

Lo primero que noté fue el hedor. El suelo estaba recubierto de mierda y plumas y, pese a la ventilación, ese olor se extendía por toda la habitación. La única decoración que había en el lugar eran troncos desnudos, casitas y diferentes huecos en la pared que hacían, a su vez, de nidos para los cuervos. A cada uno de los puntos cardinales de la torre había un gran ventanal sin cristales por el que los pájaros podían entrar y salir. La luz que se filtraba por esas aperturas cristalizaba en la penumbra del interior en haces

cargados de polvo y plumas.

Y, entre la luz y la oscuridad, entre los troncos y las rocas, vi a sus habitantes. Había más de veinte, de diferentes formas y colores. Algunos cuervos tenían el tamaño de mi mano, otros eran más grandes que mi antebrazo. Su pipiar llenaba el ambiente.

—Es… increíble.

Nuada sonrió y me cogió de la muñeca.

—Eso no es todo.

Cruzamos por una de las aperturas hasta un pequeño balcón que rodeaba toda la torre. Las maderas con las que estaba construido eran algo inestables, pero no se movieron cuando puse un pie encima. Nuada me condujo hasta la barandilla, del mismo material, para otear el paisaje. Desde ahí se podían ver los bosques que rodeaban la muralla, el lago y las montañas nevadas a lo lejos. Era un paisaje precioso. Sin embargo, mi mirada se desvió hacia la foresta colindante, atraída por una fuerza desconocida. Era un bosque infinito. Denso. Tan verde que reescribía el significado de ese color.

—Es precioso —afirmé.

—Lo es.

El silencio nos envolvió y lo estrechamos con los brazos abiertos. No sabía cómo lo hacía Nuada para hacerme sentir cómodo a su lado, tanto cuando compartíamos historias como cuando dejábamos que la quietud hablara por sí misma. Noté que Nuada había apartado la mirada de las vistas para observarme a mí.

—Oye, Finn… —empezó. Me sorprendió su tono titubeante. Lo miré, a la espera de que continuara—. Sobre el baile, ¿te apetece hacerlo de verdad? No quiero que te sientas incómodo.

—No me sentiré incómodo —mentí.

Él alzó una ceja llena de incredulidad, y yo contuve una carcajada.

—De acuerdo, es verdad que no estoy acostumbrado a este tipo de eventos. Pero no voy a negarme. No sería capaz.

El príncipe se cruzó de brazos y apoyó su peso en la barandilla.

Mi cuerpo se tensó ante la idea de que pudiera caerse desde ahí, una preocupación de la que Nuada pareció ajeno.

—Finn, puedes hacerlo. Puedes negarte. Nadie te está obligando.

Lo miré, con la confusión escrita en mi rostro. No entendía a qué se refería. Él resopló con exasperación.

—Eres mi prometido, Finn, no un prisionero.

Bajé la mirada y sentí, en el calor de mis mejillas, el sonrojo delator. Lo odié, de la misma manera que odiaba todo mi cuerpo. De la misma manera que, en ese mismo instante, lo odiaba a él. «Así es justo como me siento», quise gritarle. «Así es como debo sentirme». Me mordí la lengua para no hacerlo. Desde un punto de vista racional, lo entendía. Al fin y al cabo, no era él quien tenía una cadena alrededor del cuello y una espada sobre la cabeza. No era él quien no tenía hogar ni futuro lejos de esa unión.

Respiré hondo y lo encaré. El color de sus iris estaba atormentado, tan movido como el mar huracanado. Tenía que tranquilizarlo. Forcé una sonrisa y recé porque fuera lo suficientemente convincente antes de hablar.

—No quiero negarme, Nuada. Lo… —dudé. Una cosa era esconderle la verdad y, otra, prometerle algo que no podría cumplir. Amplié mi sonrisa—. Te lo aseguro.

Él me miró con suspicacia, como si intentara encontrar la palabra delatora que le indicara que estaba mintiendo. Por suerte, no tuvo tiempo de indagar: unos pasos nos alertaron de que no estábamos solos. La cabeza de Saoirse se asomó por el marco de la puerta con una sonrisa franca y tan amplia que parecía competir con el cielo nublado.

—¡Aquí estabais! ¡Os he buscado por todo el castillo!

Nuada mostró una expresión cariñosa que borró todas sus dudas.

—¿Y no has empezado por tu sitio preferido?

—Siempre me dejo lo mejor para el final —festejó—. ¿A que es un sitio bonito, Finn? La cuervería es lo mejor.

La muchacha se acercó a mí y me cogió de los hombros con fuerza.

—Sí —musité, algo cohibido.

—Sabía que te gustaría.

—¿Y por qué nos estabas buscando? —preguntó Nuada.

—¡Es verdad! —Se dio un golpe suave en la cabeza—. Casi se me olvida. ¡Menudo desastre! —Se acercó a Nuada y lo empujó hacia el interior de la cuervería—. Mamá y Ronan te están buscando. Tienen que hablar contigo de lo de… ya sabes qué. Lo de Innesk. Ve y no le digas que me he olvidado de comentártelo, ¿eh?

Nuada volteó la cabeza hacia mí una última vez y supe que la conversación no había acabado. Que quizá había podido esquivar sus sospechas en esa ocasión, pero que no siempre tendría tanta suerte. Me pregunté qué podía hacer para tranquilizarlo, para asegurarlo de que yo también quería ese compromiso.

Esperaba que Saoirse se marchara con él. No obstante, cuando confirmó que el príncipe bajaba por la trampilla, se giró hacia mí, su sonrisa todavía más amplia, si es que era posible. Se inclinó sobre la barandilla con la misma despreocupación de su hermano (al parecer, ningún Callaghan tenía interés en preservar su vida) y contempló el mismo bosque que nos había acallado a Nuada y a mí unos minutos antes.

—Este es mi lugar preferido de todo el castillo —comentó.

—Eso lo mismo que me ha dicho Nuada.

—Claro, es verdad, a él también le gusta mucho. Pero por razones diferentes. A él le encantan las alturas. A mí, los cuervos. ¿Sabes que soy yo la que se encarga de cuidarlos? Son tan bonitos… ¿A ti te gustan, Finn? —preguntó y continuó hablando, sin esperar la respuesta—: Sé que son sagrados y todo eso, claro, pero los habría querido aunque no fueran el animal de la Gran Diosa. ¿Quieres ver algo genial? —Se dio la vuelta hacia el nido de la entrada y silbó una melodía de tres notas. De repente, el eco de un aleteo se escuchó en el interior de la torre. Saoirse extendió el brazo y un cuervo enorme, tan grande como su cabeza, se posó sobre él—. Esta es Nemain. Es uno de los cuervos que usamos para cartearnos con otros clanes. Nemain es la que vuela más lejos.

—Es… preciosa.

—¿Quieres tocarla?

Asentí y acerqué la mano a su plumaje. El cuervo me miró con sus ojos negros como dos pozos de oscuridad y vi que, más allá, brillaba una inteligencia salvaje y afilada. Como si me quisiera dar permiso, Nemain inclinó la cabeza y picoteó la manga de mi abrigo. La acaricié y noté su cuerpo caliente y vivo bajo mis dedos. Era tan suave…

—¿Cuál es la razón de Nuada?

—¿Eh?

—¿Por qué Nido de cuervos es el sitio preferido de Nuada? Has dicho que le gustan las alturas. ¿Es solo por eso?

Ella dudó y noté como su sonrisa zozobraba. El cuervo le picó con suavidad el cuero cabelludo, en busca de piel muerta. Había escuchado que los pájaros hacían eso y Saoirse parecía tan acostumbrada que entendí que era algo común, al menos para Nemain.

—Nuada… Es decir, a todos nos gustan las vistas. Pero creo que él se siente atraído de una forma diferente que yo. Mira. —Con su mano libre, la pelirroja señaló un punto de la foresta donde algunos árboles clareaban. Desde esa distancia, me era imposible ver algo más—. Ahí está la frontera con Sidhe.

—¿Qué? ¿Con el mundo de las hadas?

—Sí. —Me miró de reojo antes de continuar—: ¿No crees en las hadas, Finn? Claro, es verdad que fuera de Storr no se habla tanto de las antiguas leyendas de Morrigan, el rey Nuada y las Cortes Feéricas. Supongo que es normal.

—¿Tú sí? Pero… son solo un mito, ¿no? Una historia para asustar a los niños —dudé—. ¿O existen de verdad?

Saoirse se giró hacia mí y nuestras miradas se encontraron, ámbar contra azul. Hasta el momento, la había considerado simpática y parlanchína, una muchacha alegre que parecía ser la luz en Eren Glen. Ahora vi que detrás de ese resplandor se escondía mucho más.

—No tiene mucho sentido que yo te diga en qué creer y en qué no —dijo al final. Se encogió de hombros antes de seguir—: Supongo que ya lo verás tú mismo cuando llegue el momento.

Esperé a que volviera a hablar, pero su parloteo se había desvanecido.

—Mi hermano me contaba historias sobre hadas pequeñitas que ayudaban al héroe del cuento a cumplir su misión. Siempre eran así, dulces, inofensivas. No se pueden comparar con las que aparecen en el cuadro de las escaleras.

A Saoirse se le iluminó la mirada y asintió. En sus ojos pude ver un anhelo esperanzado^ tan luminoso como su personalidad.

—Las hadas que salen en los cuentos infantiles… eso sí es una invención. No se parecen en nada a la realidad. Quizá por eso es tan difícil creer en ellas —comentó, con voz sedosa—. El pacto de Sidhe se hizo ahí: en la frontera entre el mundo feérico y el humano. Dicen que acudió todo Lonmore a presenciarlo. Que las hadas eran tan bonitas, tan resplandecientes, que muchos se negaron a firmar el tratado que separaría los dos mundos. —Saoirse suspiró y apoyó la barbilla en sus manos, su mirada fija en el bosque que se extendía más allá de los muros del pueblo—. Algún día lo veré por mí misma.

—¿El qué?

Me miró y vi las estrellas brillantes de su ilusión parpadear tras sus iris.

—Pues Sidhe, claro. Algún día iré al mundo de las hadas.

# Capítulo 9

## Páginas con sabor a hidromiel

Había llegado a Eren Glen con la intención de integrarme en el clan todo lo que pudiera, aunque, después de la conversación que habíamos tenido Saoirse y yo en lo alto de Nido de Cuervos, esa intención se había convertido en una necesidad. Me había dado cuenta de que tenía que informarme mejor de las costumbres y tradiciones de los Callaghan, comprender su historia, descubrir qué había en ese claro del bosque del que me había hablado la princesa. Conocer Sidhe.

Con eso en mente, aproveché una tarde libre para ir a la biblioteca. Durante nuestro recorrido por el castillo, no había tenido demasiado tiempo para examinarla, así que ahora que podía observar el lugar a solas, me empapé de su belleza. A diferencia de la casa de los Blackwell, había libros por todas partes: por las estanterías que cubrían cada centímetro de pared, apelotonados sobre las mesas o apilados en el suelo.

No tardé en darme cuenta de que no estaba solo. En una esquina de la sala, escondido tras un par de estanterías, había un rincón de lectura. Ahí estaba Ronan, el hermano de Nuada. Tumbado sobre uno de los sillones, ojeaba, distraído, un libro cuya cubierta no pude ver.

Desde que nos habíamos saludado en ese primer desayuno, unos

días atrás, apenas había interactuado con él. Quizá por eso aún me costaba adivinar qué pasaba por su mente. Me daba la sensación de que su expresión era solo una máscara que ocultaba su verdadero rostro, como si su sonrisa fuera actuada.

Alzó la cabeza en cuanto me detectó y se me quedó mirando, a la espera. Sus cejas formaron una línea arqueada que me preguntó, en silencio, qué hacía ahí.

—Perdone, no quería molestarlo.

—No me molesta, señorito Finn.

—Por favor, no soy señor de nada. —Bufé, con una sinceridad que pareció sorprenderlo—. Llámeme Finn.

—Entonces, ¿deberíamos tutearnos? Al fin y al cabo, pronto seremos hermanos.

Titubeé. Con Nuada y Saoirse habíamos apartado las formalidades con facilidad. No obstante, no sabía por qué, se me hacía extraña la idea de hacerlo con Ronan. Al final, ignoré mis reticencias y asentí. Había llegado a Lonmore para empezar una nueva vida con los Callaghan y, si continuaba dejándome llevar por la cobardía, no lo conseguiría nunca.

—De acuerdo —acepté.

—¿Has venido a la biblioteca para buscar algo, Finn?

La voz de Ronan sonó confiada, como si aquel cambio no le supusiera ningún esfuerzo. Era probable que no lo hiciera. Al contrario que a mí, se notaba que estaba acostumbrado a tratar con la gente. Tenía una desenvoltura envidiable con criados, sirvientas y vecinos que venían a la sala de peticiones.

—Estoy buscando libros sobre el Clan Callaghan.

El asombro se dibujó en su cara. Un mechón de pelo negro se le cayó sobre los ojos y él lo sopló, jovial.

—¿Sobre el Clan Callaghan? ¿Por qué?

—Quiero saber más antes de… —Tragué saliva, sin encontrar las palabras—. Antes de la boda.

Me analizó en silencio durante unos instantes incómodos. De nuevo, me pregunté qué se le pasaría por la cabeza. ¿Quizá había

dicho algo equivocado? No tuve tiempo para adivinarlo: Ronan se levantó de un salto y fue directo a las estanterías que cubrían la pared. Subió por la escalera de mano que permitía el acceso a los estantes más altos y, desde ahí, se volteó para mirarme. Me di cuenta de que quería que me acercara.

Ya me tendía un libro con impaciencia cuando llegué a los pies de la escalera. Uno a uno, fui amontonando los tomos que él encontraba, hasta que la pila pesaba tanto que los brazos me temblaban del esfuerzo.

—Creo que tengo suficientes —musité.

Ronan siguió buscando lecturas sin decir nada. Aun así, dejó el siguiente libro que encontró en la mesa, al lado de la escalera. Liberado, me acerqué a otra de las butacas cercanas al fuego y posé la pila de tomos sobre la alfombra rojiza. Empecé a ojear sus títulos: *Los Callaghan: historia de un clan en 12 siglunares, Verde y azul, los colores del corazón o El Clan Callaghan, mil años de historia*. Ronan había entendido a la perfección aquello que necesitaba y, gracias a él, podría empaparme de información sobre mi nuevo hogar.

Abrí el libro de encima de la pila por una página al azar. El texto explicaba la biología de las diferentes especies oriundas de la isla de Storr. Hablaba de los cuervos y del sistema de mensajería que había prevalecido en el reino antes de la conquista tirnense o de los sione, pequeños vulpinos con el pelaje rojizo y la mirada astuta. Pasé las páginas hasta que me topé con una palabra que me llamó la atención.

El libro había dedicado un capítulo entero para los sica. Ahí es donde encontré el apartado que se centraba en ellos como animal sagrado para las Cortes Feéricas. Sorprendido, leí con más atención:

«Los sica, o *Cervidus bryidae*, son animales herbívoros e inofensivos para el ser humano. Son una especie única de cérvido, gracias a la simbiosis con especies vegetales como el musgo, la lavanda o el roble, entre otras plantas. En la antigüedad, antes del Pacto de Sidhe, se cazaba a los sica por diversión y alimento. Uno de los puntos del tratado con las Cortes fue la eliminación de esa

tradición. Para los Tuada y las Cortes feéricas, los sica son animales sagrados, enviados por los dioses antiguos. Se dice que solo ellos pueden viajar a Sidhe, pero nadie ha podido demostrarlo nunca, pese a los numerosos intentos».

Dejé el libro abierto por esa página a un lado y ojeé el resto. Algunos trataban la historia del Clan más a fondo. Otros hablaban de costumbres autóctonas. Nuada pertenecía a una familia vetusta, con una larga tradición de reyes y nobles. Los Callaghan habían sido uno de los clanes más importantes de la corona de Balainn, y esa historia se entreveía en todos los libros que consulté.

No volví a encontrar más información sobre las Cortes, excepto fragmentos superficiales sobre la guerra contra los Tuada y el Pacto de Sidhe. Después de leer esos párrafos cortos, solo tenía más dudas. ¿En qué había consistido el supuesto pacto? ¿Qué había pasado con Sidhe? Las leyendas contaban que el mundo feérico había sido sellado para proteger a la humanidad, pero yo sospechaba que tenía que haber algo más.

Ya lo había advertido desde mi llegada al castillo. Si cerraba los ojos, podía ver la ilusión de Saoirse al hablar de Sidhe. Rememoraba con facilidad la actitud de Nuada cuando había compartido conmigo el pasado del Clan Callaghan. Las hadas estaban muy presentes en Eren Glen y, justo por eso, mi ignorancia hacia todo lo que estuviera relacionado con los seres feéricos era flagrante.

Bufé y cerré el libro que había apoyado en las rodillas. Ronan me miró en silencio con una ceja arqueada. Sonreí tímidamente y empecé a levantarme.

—Gracias por la ayuda…

—¿Qué estás buscando?

—¿Eh?

Dudé. ¿Cómo expresar mis preocupaciones? ¿Debía hacerlo, siquiera? El príncipe se levantó de nuevo y se acercó a mí. Apartó el libro que estaba leyendo sobre la butaca y cogió el último que había descartado de una pila que casi le llegaba a la cintura.

—Si lo que buscas es conocer la historia del Clan, estos libros te

ayudarán —afirmó—. Pero intuyo que no es el único tema que te interesa.

Resistí la tentación de bajar la mirada, avergonzado. Nuestros ojos se encontraron y buceé en la almendra de sus iris para intentar entender qué pensaba.

—Quiero saber más sobre el pacto de Sidhe —admití al fin.

Ronan me analizó antes de contestar.

—No soy yo quien debe hablarte de eso, Finn —reconoció—. Aun así, en la biblioteca seguro que hay libros sobre las Cortes. Aunque creo que…

—¿Qué? —pregunté, ansioso.

—Creo que no te servirán mucho. El pacto se realizó hace demasiados siglunares y todo el conocimiento que tenemos ahora es solo una pizca minúscula del que hemos perdido.

Suspiré, rendido ante la evidencia de su argumento. Había ido a la biblioteca como quien lanza una moneda al aire, esperando que el azar me ayudara. Sin embargo, en el fondo, presentía que Nuada era el que tenía las respuestas que más anhelaba. Estaba perdiendo el tiempo.

Me senté en un taburete, derrotado, y enterré la cara entre las manos.

—¿Le has dicho a mi hermano que estás frustrado con el tema?

Lo miré por entre los dedos y me di cuenta de que estaba agachado ante mí. De nuevo, nuestros ojos se encontraron en la distancia.

—Nuada ya tiene suficientes preocupaciones en la cabeza —contesté.

No era solo eso y ambos éramos conscientes de ello. ¿Intuiría Ronan que no me atrevía a sacar el tema de las hadas con Nuada? Algo en su expresión me indicaba que sí.

No obstante, el mundo feérico no era la única razón por la que había ido a la biblioteca: mi afán por descubrir más sobre el Clan al que pronto me iba a unir era genuino. Pero después de haber consultado todos esos libros, entendía que no encontraría en ellos

más que información académica. Y yo quería indagar sobre el día a día, sobre la cotidianidad de los que serían mis vecinos.

—¿Para qué quieres todos estos libros, entonces?

—También quiero saber cosas sobre la familia y el Clan. —Dudé unos segundos antes de continuar—. Me siento tan abrumado como si hubiera viajado a otro mundo.

Abrió los ojos, sorprendido por mi sinceridad inesperada. Pensé que se burlaría. Nada más lejos de la realidad. Cuando nuestras miradas se encontraron, vi un brillo de comprensión y amabilidad en la de Ronan.

—Conozco un sitio ideal para conocer mejor al Clan —dijo.

—¿Dónde?

El príncipe se cruzó de brazos en una posición provocadora.

—Tendrás que descubrirlo por ti mismo.



Desde fuera, Cuatro Cuervos era una taberna normal. Estaba en un callejón estrecho y empedrado que nacía de la plaza principal de Lonmore, un lugar poco transitado. Aun así, el sonido que salía del interior era animado y ruidoso, como si la puerta diera hacia una realidad diferente.

Con una sonrisa taimada, Ronan abrió la puerta y me dejó pasar. El interior mugriento contrastaba con el exterior simple del bar. Las paredes, llenas de telas con los colores del Clan, estaban sucias de grasa y vino. El suelo se notaba pegajoso al caminar. Sin embargo, en cuanto entré, noté la calidez del ambiente. La taberna era cuadrada y estaba llena a rebosar: no cabía ni un cliente más. Me pregunté si era una parada de paso, una visita breve hacia otro establecimiento más… principesco. No tardé en descubrir que aquel era el destino en el que Ronan había estado pensando.

Noté que los ojos del gentío se clavaban sobre nosotros en el mismo momento en el que entramos. Bajé la mirada, cohibido, pero Ronan me cogió del brazo con fuerza y me obligó a avanzar. Pese a que nuestra llegada había levantado revuelo, casi todos los parroquianos nos saludaban con una expresión amable.

Ronan se dirigió a una mesa, cerca de la ventana, que quedó vacía al instante en el que la alcanzamos. Los clientes se habían apretujado en sus bancos para dejarnos un hueco, demasiado amplio para ambos. Todavía con la vergüenza como segunda piel, seguí los pasos del príncipe y me senté ante él.

—¿Esta era tu idea? ¿Una taberna?

La sonrisa de Ronan se amplió, y negó con la cabeza.

—No es solo una taberna. Es *la* taberna de Lonmore. Cuatro Cuervos lleva en el pueblo desde que Brent «El alto» construyó Eren Glen.

Miré a mi alrededor, más sorprendido con las paredes de piedra y los suelos llenos de paja y bebida. Aunque intuía que aquella creencia tenía más de leyenda que de realidad, me gustaba la idea de un lugar así de imperecedero. Un lugar que demostraba que tan importante era el rey como el disfrute de su pueblo. Mientras contemplaba la decoración con más interés, el dueño del bar y único camarero, al que Ronan llamó Cormac, nos sirvió las bebidas (una hidromiel para Ronan, un té con miel para mí) y una bandeja llena de comida para picar: patatas de Tír al horno, setas rellenas y croquetas de patata con salsa de Hirundo.

—En Cuatro Cuervos siempre se come muy bien. Oonagh, la esposa de Cormac, es la mejor cocinera de todo Storr —me contó Ronan.

—Eso no es verdad, príncipe Ronan.

La voz venía de una mesa vecina. Un hombre entrado en años y en carnes se había girado hacia nosotros y negaba con la cabeza. Llevaba el pladh del clan y los dos cinturones alrededor del brazo.

—Por supuesto que es verdad, Ciaran —dijo otro parroquiano a su lado. Tenía el pelo rizado y de un color caoba casi moreno—. La

comida de Cormac no tiene competencia en todo el reino.

El primer hombre bufó y negó con la cabeza.

—Eso es porque no has ido a la taberna de Braemar. Hacen el mejor pescado con espárragos de todo el continente.

—Será tu continente, porque en el mío el estofado de caora de Cormac podría competir hasta con la ambrosía.

Los dos se giraron hacia Ronan, esperando su opinión. Me removí, nervioso, pero el príncipe no pareció presionado por la situación. Al contrario, su sonrisa se amplió y se cruzó de brazos.

—¿Acaso se puede comparar la belleza de un cuervo con la de un sica? No, son demasiado diferentes. Pasa lo mismo con el pescado y la carne, ¿no creéis?

Los dos hombres asintieron, complacidos por la respuesta, y se giraron de nuevo hacia su cena. Yo miré al príncipe Callaghan con perspicacia. Su respuesta había sido diplomática, pero totalmente vacía.

—No les has dicho nada.

—Lo sé. —Sus ojos brillaron—. Esa es la gracia del asunto.

Ronan cogió una seta y se la metió en la boca. Yo lo imité, masticando con deleite. Al igual que me había pasado en Leesine, noté cómo una energía me recorría el estómago y me avivaba el hambre. El príncipe tenía razón: la comida estaba buenísima.

—¿A qué te refieres? —mascullé con la boca medio llena.

—No necesitan mi opinión. Cada uno seguirá pensando lo mismo. Sin embargo, como príncipe, les he dado una opción válida para ambos —musitó para que sus palabras se camuflaran con el ruido ambiental y solo pudiera escucharlo yo—. Aunque si me preguntas…

—Alteza Ronan.

La voz que había interrumpido al príncipe provenía de una mujer, de pie a nuestro lado. Iba acompañada de otra. Ambas tendrían una edad indefinida entre los sesenta y los ochenta, el pelo blanco y una sensación de calidez en sus expresiones. Le ofrecieron una cesta pequeña a Ronan, que la cogió con alegría.

—Preparamos pastel de caza para su madre, alteza —dijo una de

ellas, la más alta. Tenía la voz dulce y una expresión picara.

Ronan cogió la mano de ambas y les besó el dorso, primero a una y luego a la otra. Había una devoción en sus movimientos, un amor hacia ellas que me desconcertó.

—Igritt, no hacía falta que prepararais nada.

—Tonterías. Está muy delgado, alteza, tiene que comer más.

Sus ojos se posaron en mí y, sin ningún tipo de pudor, me cogieron del brazo con expresión concentrada. Me dejé hacer, anonadado por lo directas y sinceras que eran. Me gustaban.

—El príncipe Nuada nos habló de usted, príncipe Finn.

—Por favor, no me…

—Suerte que hemos hecho pastel de sobra, querida —le dijo Igritt a la otra mujer.

Ella asintió, satisfecha.

—Es de carne de artiobres, príncipe Finn. Mi nieto cazó unas cuantas en el Bosque de la sombra hace un par de días —explicó la otra mujer.

—Espero que le guste. Nadie hace un pastel de carne tan bueno como el de Beltaine.

Sonriendo, las dos ancianas se alejaron de la misma manera en la que habían venido. Me dio la sensación de que había pasado un huracán que me había robado la voz. Y solo cuando Ronan soltó una carcajada, a mi lado, volví a sentir la existencia de mis cuerdas vocales.

—Te han dejado mudo, ¿eh? Suelen tener ese efecto en los recién llegados.

—No les he agradecido…

—No te preocupes.

Ronan se fijó en las mujeres, que se habían sentado en una mesa lejana. Sus cabezas estaban tan juntas que las dos melenas blancas se fundían en una.

—Son adorables, ¿no crees? Enviudaron más o menos a la vez y, desde entonces, nadie las ha podido separar. Su boda fue un mero trámite: ellas ya estaban enamoradas desde hacía años.

Al igual que él, fijé la mirada en su mesa. Sus manos estaban entrelazadas, sus ojos, llenos de amor. Entendí entonces lo que me había encantado de ellas: las rodeaba una burbuja de felicidad que parecía irrompible, similar a la que envolvía a la familia Callaghan. Un aguijonazo de envidia me atravesó el pecho y me pregunté si algún día viviría algo así. Sin querer, la imagen de Nuada me apareció en la cabeza y tuve que negar con fuerza para hacerla desaparecer. Sabía bien que aquel futuro no me estaba destinado.

—Suelen cocinar para Nuada y, a veces, para mí. Parece que ahora han encontrado otro príncipe que alimentar.

—No soy ningún príncipe.

—Tendrás que acostumbrarte, Finn —insistió él—. Esa será tu primera lección del clan Callaghan: aquí se respeta mucho la jerarquía. Y si Nuada te ha elegido para ser su esposo, eso significa que el resto del Clan respetará su decisión. Al menos, cara a cara.

A medida que avanzaba la velada y la bandeja de comida se vaciaba, Ronan me fue explicando costumbres del Clan. De vez en cuando los parroquianos, que se acercaban para saludar, charlar o dar regalos, lo interrumpían. La amabilidad que se respiraba en la atmósfera chocaba con el aspecto de la taberna, y me di cuenta de que, por mucho que pareciera un lugar de mala muerte, la realidad era que ese era un sitio de reunión para el pueblo. En Aeda, aquel tipo de bares solo los frecuentaban mercenarios, ladrones y otros delincuentes.

Cuando ya no me cabía ni un mordisco más de comida, me dediqué a observar el ambiente. Las mesas se habían vaciado imperceptiblemente y ahora quedaban algunos huecos de un espacio por lo demás lleno. Fue entonces cuando me di cuenta de que, aunque la mayoría de clientes parecía ignorarnos o saludarnos con efusividad, también había miradas de desprecio y sospecha. ¿Era por mí? Quizá Ronan se había equivocado, y no todos aceptaban la elección del príncipe Callaghan.

—No es por ti —me susurró el príncipe cuando se lo comenté.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé que es por mí. Nuada es demasiado amable para comentarte algo, así que no te lo habrá contado, pero no todo el mundo aceptó que *lady* Ailish quisiera acogerme en Eren Glen.

—Pero antes has dicho…

La sonrisa de Ronan se enturbió y bajó la mirada.

—Hay una diferencia entre tú y yo, Finn —aclaró—. Yo soy mestizo: mi madre era Callaghan, mi padre… era un soldado tímense. Se conocieron en Aeda y, al parecer, tuvieron relaciones ilícitas. No sé qué fue lo peor para el Clan, si el hecho de que yo fuera bastardo o que yo fuera mestizo. Nunca nos lo han perdonado, ni a mi madre ni a mí.

Tragué saliva, sin saber muy bien qué decir. Los muertos no eran la única consecuencia que dejaba la guerra: otro tipo de huellas se quedaban tras el paso de los ejércitos. El caso de Ronan no era el único que conocía. No obstante, ese tipo de situaciones solo se comentaban en voz baja, a espaldas de la persona afectada.

—¿Dónde está ella?

—¿Mi madre? Murió hace unos años. Yo ya estaba aquí, con *lady* Ailish, así que no pude despedirme de ella.

La oleada de su pena me golpeó con la fuerza de la marea. Me cogí las manos bajo la mesa, mudo. Pese a que también había perdido a mi madre, me daba la sensación de que, dijera lo que dijera, mis palabras sonarían vacías. Al fin y al cabo, esa clase de culpa era una que se enquistaba durante toda la vida y que ningún gesto ajeno podría borrar. Igual que el estigma que acompañaba a Ronan y que se leía en la mirada de algunos feligreses. Dos cargas que el príncipe tendría que arrastrar para siempre.

Ronan alzó la cabeza y me sonrió, como si no hubiera pasado nada.

—Lo lamento.

—No hay nada que lamentar. Nuada me contó que tu madre también murió, ¿verdad?

—Durante mi nacimiento —susurré con voz apenada—. Nunca la conocí.

El príncipe cogió la última seta rellena y la paseó por sus dedos, su mirada perdida en algún lugar lejano.

—Finn, sé que piensas que no encajas entre los Callaghan. Que necesitas buscar una razón que te ancle aquí. Todos pensamos lo mismo cuando llegamos a Lonmore. —Suspiró y mordió la mitad del champiñón—. Tú, yo, Saoirse, Nuada, Moira… todos compartimos algo.

—¿El qué?

—Eso tendrás que descubrirlo por ti mismo —repitió, aunque su voz ya no sonaba tan jovial.

Me mordí el labio y dejé que la conversación se escapara entre nuestros silencios. Después de la sinceridad con la que Ronan me había hablado, no quería mentirle. Pero sabía que había una barrera insalvable que me separaba de Nuada y su familia. Pues mi defecto no era un brazo feérico o un padre tirnense.

No, yo podía ver Sombras, y esa maldición siempre me aislaría del resto.

Cuando salimos al aire frío de la calle, como si mis pensamientos las hubieran convocado, me topé con ellas por primera vez desde que había llegado a Lonmore. Me habían encontrado.

# Capítulo 10

## Una confesión y una rama de tomillo

Los días pasaron, perezosos, mientras la familia organizaba el baile que me presentaría a todo el Clan. El otoño empezaba a enrojecer las hojas de algunos árboles y, desde el balcón de la cuervería, se podía ver que el verde se entremezclaba con colores más cálidos, como el granate, el amarillo o el naranja. El invierno en Aeda era frío y sucio, pero en Lonmore la temperatura parecía más llevadera gracias a la belleza natural que rodeaba todo el pueblo.

Después de esa primera visita con Ronan, volví a recorrer las calles de la villa en varias ocasiones. A veces, contaba con la compañía de Saoirse, aunque Nuada era el que más solía caminar conmigo. Esos paseos eran una invitación silenciosa para los vecinos: algunos solo saludaban, otros se acercaban para charlar. Tal y como había dicho Ronan, todos parecían aceptarme como un miembro más del Clan.

Era abrumador de una manera extraña. Por un lado, me sentía agradecido de que me incluyeran en su círculo con tanta calidez y hospitalidad. Por otro, tenía miedo de estar construyendo un castillo de naipes a mi alrededor, uno que podía derrumbarse con un simple suspiro. Si descubrían mi verdadero yo, las sonrisas que ahora me dirigían quizá se tornaran en muecas de desprecio; sus ojos, brillantes por la amabilidad, podrían acabar oscureciéndose por el

odio.

Sin poder ayudar en la organización del baile, me volqué en descubrir los rincones de Lonmore. Ahora que las Sombras habían vuelto (¿dónde habían estado?) me aprendí de memoria los lugares más transitados y los más vacíos para esquivarlas mejor. Aparecían en momentos inesperados: cuando estaba cruzando el puente que separaba el castillo del pueblo o cuando paseaba por callejones céntricos.

Casi había olvidado lo que era vivir con ellas.

No se diferenciaban demasiado de las Sombras que había tenido que esquivar en Aeda, excepto por el hecho de que parecían acercarse más a las zonas naturales. Las orillas del lago se plagaban de sus figuras sinuosas durante todo el día, y cuando el sol dejaba paso a la noche, se fusionaban con las tinieblas alrededor del agua. Sin embargo, en medio de la plaza o en los callejones colindantes, apenas alcanzaba a verlas. Y, pese a que seguían siendo una molestia, descubrí que esa distancia me ayudaba a despreocuparme.

Así pasaron un par de semanas. Durante todo ese tiempo, me dediqué a investigar al Clan. De esa forma, conocí los antiguos reyes y reinas, las guerras entre los diferentes Clanes, los matrimonios concertados, los asesinatos, las muertes misteriosas… el Clan Callaghan había sido tan importante que aprender su historia era, de alguna forma, aprender la historia de Balainn. En las largas horas que pasaba en la biblioteca, indagué también sobre Sidhe y sus Cortes feéricas. Aunque no creía que Ronan me mintiera ese primer día, sabía bien que cualquier gota de información podría ayudarme. No obstante, apenas encontré nada destacable: o bien nadie había querido estudiar sobre ese fragmento del pasado, o bien solo nos habían llegado leyendas inconclusas e irreales.

En el castillo reinaba una rutina a la que me acostumbré con el paso de los días. Me habitué a desayunar en compañía, a charlar con Nuada, a dejarme abrazar por la calidez de la familia Callaghan. A la paz y tranquilidad que se respiraba en Eren Glen. Había una cotidianidad en su día a día que no había vivido nunca y me sentía

cómodo en ella. Demasiado. Temía que aquella normalidad fuera algo pasajero, un espejismo que acabaría rompiéndose en mil pedazos.

Mi relación con Nuada y con su familia se fue afianzando a medida que el tiempo avanzaba. A la única que no conocía todavía era a Moira: la princesa era esquiva y solitaria. Casi siempre pasaba las horas de sol encerrada en su habitación y las únicas que podían acceder a ella eran *lady* Ailish y la doncella de la joven.

La vida pacífica que llevaba en Lonmore durante el día me era relajante, agradable. Eso cambiaba al llegar la noche. Entonces, no podía descansar, no del todo. En la oscuridad, mientras todo el castillo dormía, yo era incapaz de conciliar el sueño. Daba vueltas en esa cama demasiado confortable, preguntándome cuándo descubrirían la verdad, cuándo conocerían al Finn tras la máscara, al Finn real que había ocultado desde que había llegado a Storr. ¿Tardaría mucho Nuada en darse cuenta de que no era una buena opción para el matrimonio? ¿Tendría que volver a Aeda, a esa casa horrible?

La idea de estar engañándolo me atormentaba. A su vez, estaba convencido de que mentirle era lo único que podía hacer para sobrevivir. Intentar aguantar un día más y rezar para que se descubriera el pastel cuando Nuada ya no pudiera echarse atrás. Pensar eso me hacía sentir egoísta y horrible. Al fin y al cabo, estaba dirigiendo a Nuada a un futuro sin amor, pues… ¿quién iba a amar a alguien maldito? Mi única esperanza residía en su amabilidad, en que, cuando el príncipe conociera la verdad sobre mi capacidad para ver Sombras, se apiadara de mí lo suficiente como para tener una relación cordial.

Vivir de la clemencia ajena me parecía detestable. Sin embargo, era peor morir como una rata, rodeado de Sombras. Así que sobrevivía, agarrado a ese quizá, como un náufrago a un pedazo de madera flotante. Solo esperaba no ver sus ojos llenos del odio que había inundado en la mirada de mi padre durante los últimos años.

Un par de semanas después de mi llegada a Eren Glen, había

visitado a Igritt y Beltaine para devolverles la cesta que me habían dado en Cuatro Cuervos. Mi intento de amabilidad no había servido de nada: en cuanto había puesto un pie en su casa, me habían agasajado con té, una conversación animada y, por supuesto, otra cesta llena de comida. «Está demasiado delgado, príncipe Finn», me habían repetido un millar de veces, y un millar de veces había sonreído yo sin decir nada. Agradecía sus atenciones, por supuesto; me caían bien. Pero no podía decirles la verdad, al igual que no podía decírsela a nadie de ese pueblo. Al igual que no podía decírsela a Nuada.

Cuando llegué al castillo, me topé con el príncipe en la puerta de su habitación. Al alzar la vista, nuestras miradas se encontraron, y él dibujó una de esas sonrisas tan amplias y alegres. Un cosquilleo me retorció el vientre y me agarré con fuerza a los bajos del chaleco azul para evitar que esa sensación se mostrara en mi cara.

—¿Has ido a visitar a Igritt y Beltaine? —me preguntó.

—Sí. Te envían saludos. Ah, y esta cesta entera de comida.

Nuada soltó una carcajada y me abrió la puerta, invitándome a pasar. Era la primera vez que entraba a su habitación, así que cogí la cesta con más fuerza.

La cámara era de un tamaño similar a la mía, pero la personalidad del príncipe brillaba en todos sus recovecos. Las mantas que cubrían la cama eran del mismo color azulado de la bandera del clan y, al lado de la ventana, Nuada había colocado una estantería con libros apilados hasta arriba. También había una mesa de estudio y un quinqué apagado.

Pese a que el cielo todavía lanzaba destellos rojizos, Nuada se acercó a la lámpara y la encendió. El resplandor de la llama iluminó su rostro.

—Puedes dejar la cesta ahí, luego la bajaré a la cocina. Aunque sospecho que la mitad de su contenido es para ti. Como mínimo.

—Por lo que parece, «estoy demasiado delgado» —dije, imitando la voz de Igritt.

—Acéptalo, Finn. Necesitan alimentar a todo Lonmore, no

pueden evitarlo.

—Lo tendré en cuenta.

El príncipe se sentó sobre la cama, y yo lo hice en el suelo, a su lado. La simple idea de estar ahí, a solas con él, me ponía nervioso. Sentía el calor de su pierna, tan cerca de mi cara que casi podía acariciar su piel con mis mejillas.

—Oye, Nuada. La primera noche, cuando te pregunté si habías cambiado de idea… —dudé. Había pensado muchas veces en pedirle perdón por ese comentario, pero nunca había tenido el valor—. Perdona. Creo que te molestaron mis palabras.

A mi lado, el príncipe se tensó.

—¿Por qué me pides perdón ahora?

—Bueno, he querido hacerlo desde esa noche… No sé qué dije, pero creo que te enfadaste.

El príncipe se sentó en el suelo, nuestras rodillas casi rozándose, y solo entonces me atreví a mirarlo. Tenía el ceño fruncido y una expresión de extrañeza en el rostro.

—No hiciste nada malo, Finn. Estabas expresando una duda. Y no me cabreé contigo, sino conmigo mismo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa tenue.

—Me alegra oír eso. Odiaría que te enfadaras por algo que haya dicho.

—Finn, eso es inevitable. Todos los matrimonios se pelean.

No contesté a sus palabras. Sabía que había verdad en ellas. Sin embargo, también sabía que esas uniones sobrevivían gracias al amor. Y yo no podía permitirme amar a Nuada, ni ahora ni nunca. No con esa debilidad apresándome el pecho.

—Matrimonio…

Nuada amplió su sonrisa.

—Sí, es raro. A mí también me cuesta acostumbrarme. Aun así, estoy seguro de que lo haremos bien, al final.

Asentí, sin saber muy bien qué decir. El silencio se extendió entre ambos y, durante unos instantes, nos quedamos ahí, saboreándolo. Nuada fue el primero en romperlo.

—¿Estás cómodo aquí, Finn? —Nos miramos, y en sus ojos vi un fuego imparable—. De hecho, te devuelvo la pregunta… ¿Te arrepientes de haber aceptado el compromiso?

—Por supuesto que no —afirmé con una seguridad que pareció tranquilizarlo.

—Me alegra saberlo. Temía que estuvieras incómodo con mi familia o con el compromiso.

—No…

Nuada frunció el ceño.

—Finn, ¿hay algo que te preocupe? Puedes contármelo.

Durante unos instantes, tuve la tentación de soltarlo todo, de liberar esa carga que me apresaba el pecho. Quise confesarle mis defectos, comentar mis dudas sobre Sidhe y todo lo demás. Quise sincerarme sobre mi maldición, sobre las Sombras. No lo hice. Sabía que aquello solo me llevaría a un camino más pedregoso, así que negué con la cabeza y sonreí.

—No es nada.

Algo en su rostro se ensombreció. Se apartó con cuidado de mi lado y empezó a caminar, a dar vueltas por la habitación. Me mordí la lengua, cabreado conmigo mismo. Había intentado calmarlo y, por supuesto, el efecto había sido el contrario.

—¿Nuada?

—¿Qué opinas de mí, Finn? ¿Crees que soy un tirano al que tienes que complacer?

—¿Cómo?

—¿Por qué me tratas como si fuera de algodón? ¿Por qué no me dices nunca nada?

Se paró delante de mí y yo tragué saliva ante la intensidad de su mirada. El nudo en mi garganta se estrechó.

—Al menos contéstame a esto. ¿Qué soy para ti?

—Pues…

Nuada volvió a sentarse en el suelo. Su mano me buscó la pierna y me estremecí ante la calidez de su piel. Sus palmas eran como dos fuegos que me abrazaban con gentileza. Sin embargo, en sus iris

había de todo menos amabilidad. El incendio que había vislumbrado ardía más furioso que nunca. Detrás de esa llama, vi algo más. Una desesperación insólita que me hizo trastabillar.

—Sé que nos conocimos hace poco tiempo, Finn. Pero me gustas. Eres divertido y precioso. —Había un mar turbulento en esos ojos llenos de emociones—. Las circunstancias nos han obligado a prometernos, pero no quiero que esto sea solo un pacto conveniente. No quiero que pienses que estás obligado a estar aquí, a estar conmigo.

—No es así —mentí. ¿O no? Ni yo mismo sabía lo que pasaba por mi corazón—. No me siento obligado.

—Entonces, ¿qué soy para ti? —repitió—. ¿Un mero trámite? ¿O yo también te gusto?

«Sí», dijo una voz en mi cabeza. «No», dijo otra. ¿A quién debía escuchar? ¿Qué debía contestarle cuando ni yo conocía la respuesta? Todo había empezado por un acuerdo, un pacto entre los dos, y yo me había convencido de que solo sería eso: una vida pacífica, sin amor, pero con cariño y respeto. Pese a que no entendía por qué él querría sacrificar su futuro por eso, yo tenía claro que aquel era el destino que me merecía.

No obstante, no me había esperado que Nuada fuera tan… especial. Había una luz a su alrededor, una que a veces me cegaba y a veces me calentaba. ¿Cuál era mi respuesta? ¿Cuáles eran mis sentimientos? Ni yo los conocía bien. Lo que tenía claro es que estar a su lado me gustaba. Era un bálsamo después de años de dolor.

Quizá él se sintiera igual. Quizá ese era el significado tras su «gustar».

No. No se trataba de eso. La comprensión me golpeó como si un rayo me hubiera atravesado. A Nuada no le gustaba yo. Le gustaba la construcción de Finn Blackwell que me había obligado a mostrar. Le gustaba el Finn sano, el Finn que no veía Sombras a su alrededor. El Finn que era una persona normal.

Aquel espejismo se rompería cuando descubriera la verdad, y yo sabía bien que lo haría. Y, entonces, ¿dónde quedarían los pedazos

de mi corazón? ¿Dónde quedaría yo?

—No.

Algo se partió en mi interior cuando contesté, pero me obligué a mí mismo a sostenerle la mirada, a vestir mi máscara con dignidad. Su expresión se tiñó de tristeza, y fue él el primero en romper el contacto. Desvió el rostro hacia un lado y dibujó una sonrisa atribulada.

—Perdonad, Finn. Me ha podido la impaciencia y me he excedido —susurró, compungido—. Le hice una promesa y la voy a respetar por encima de todo. Se lo juro.

Cada una de sus palabras se me clavaron en la piel como agujas finas, invisibles y tremendamente dolorosas. Había vuelto a hablarme con formalidad, y yo supe que debía hacer lo mismo, aunque seguir fingiendo me costó cada pizca de la voluntad que me quedaba.

—No hay nada que perdonar. Ahora, si me disculpa, me retiraré a mi habitación.

La mentira me había dejado un sabor a ceniza en la boca. Aun así, estaba convencido de que ese dolor era lo mejor para ambos. La decepción que ahora sentía el príncipe era mucho menor a la que sentiría cuando descubriera todos mis defectos. Tal vez entonces agradecería mi negativa y rompería su promesa.

No sabía nada. Lo único de lo que estaba seguro era de que, intentando salvar mi corazón, había roto algo más en mi interior.



Esa noche fue más complicada que nunca. Cuando llevaba varias horas mirando el dosel de la cama, me rendí y me levanté. La sensación térmica era helada y noté cómo todo mi cuerpo desprendía un calor abrasador. Me sentía algo febril, con las

extremidades pesadas y una sensación de mareo. Suspiré. Reconocía a la perfección las señales y, si no me daba prisa, no podría revertir el resfriado. Había pasado la mañana fuera, paseando alrededor del lago, y ahora empezaba a notar los efectos del viento helado que sacudía la región de manera constante. O quizá era la conversación con Nuada, como si su tristeza pudiera congelarme los huesos.

Me coloqué la capa de piel de orsa sobre los hombros y pasé una mano por encima, notando la suavidad y la textura de la tela. Nuada me la había regalado el primer día de mi llegada y, desde entonces, no salía de la habitación sin ella. Todavía olía a él. Un aguijonazo de culpabilidad me atravesó las entrañas: no tenía derecho ni siquiera a ese aroma.

Cogí el candil y bajé a las cocinas. Era de madrugada, así que todos los sirvientes estarían durmiendo, pero había hecho eso tantas veces en mi casa que estaba convencido de que podría arreglármelas solo. Bajo la luz titilante de la llama, el castillo tenía otro aspecto: los retratos se mostraban sombríos y los pasillos se fundían en la oscuridad. Si alzaba la cabeza, no podía ver más que negro.

Cuando llegué a la cocina, agradecí la temperatura tibia que reinaba en la estancia, más cálida que en el resto de la casa. Aunque hacía un buen rato que habían apagado los fuegos, el calor residual todavía se mantenía, como un fantasma que envolvía el lugar. A la luz de la luna, los estantes llenos de cacerolas de latón resplandecían. En el centro de la sala, la mesa de hierro y madera presidía el lugar, y ahí fue donde dejé la lámpara. En una pared, debajo de los estantes, vi los fogones y el horno. Al otro lado, la pica estaba llena de platos limpios. No necesitaba más.

Era una cocina amplia y espaciosa. A un lado, dos ventanas mostraban el jardín de Eren Glen y, tras la muralla, se extendía el lago cristalino. Era una escena tan tranquila que parecía más un cuadro que una imagen real. A lo lejos, vi cómo algunas Sombras se deshilaban por el jardín, más negras que la propia noche.

Me arrebujé bajo la capa cuando un ataque de tos me obligó a inclinarme hacia adelante. Estaba empeorando. Me cubrí el cuello con la piel, como pude, y observé los rincones de la estancia en busca de los utensilios que necesitaba. Con la lámpara en mano, investigué la sala hasta que encontré un pequeño armario lleno de hierbas, plantas secas y frutos. En el estante superior había dos teteras de latón. Cogí una, encendí el fuego con la llama del candil y empecé a rebuscar entre las hierbas.

Aunque mi padre detestaba verme enfermo, Michael solía cuidar de mí cuando la fiebre asomaba. A lo largo de los años, había encontrado estrategias para mantener la temperatura y el malestar a raya. En un armario, bajo la ventana, encontré lo que buscaba: limón, pétalos secos de caléndula, una rama de tomillo y un pote de cristal lleno de semillas de fenogreco.

Me llevé los ingredientes hasta la mesa y los mezclé en las cantidades que me sabía de memoria. En el filtro, añadí una cucharada de caléndula, dos de fenogreco y pelé la rama de tomillo, entera, hasta dejarla sin hojas. Añadí esa mezcla a la tetera y aguardé a que el agua hirviera. No esperé a que el sonido me avisara: cuando la noté suficientemente caliente, la aparté del fuego y vertí su contenido en la taza más normal que había encontrado, con un bonito estampado de flores en la cerámica blanca. A esa infusión le añadí el zumo de medio limón.

Sentí que respiraba mejor solo con inhalar el humo caliente de la taza. Dejé que este me envolviera y abriera mis pulmones, agradecidos por su temperatura. Un picante agradable me recorrió la boca y la tráquea cuando di el primer trago.

Estaba a punto de volver a llevarme la taza a los labios cuando una voz me asustó. Sin querer, mi mano tembló y volqué parte del líquido ambarino sobre la mesa.

—Tú eres Finn.

Me giré. Había estado tan concentrado en la preparación del té que no había escuchado los pasos de la princesa. La contemplé, consciente de que estaba ante la única hermana de Nuada a la que

todavía no conocía. Moira. Llevaba un camisón blanco y, por encima, una bata abrigada. Su pelo, recogido en una trenza apretada que le caía sobre el pecho, era del color del otoño. Apenas podía ver bien sus facciones, escondidas en la penumbra, y el temblor de la mano que sujetaba la lámpara no ayudaba. No obstante, sí vi sus ojos, brillantes e incisivos.

—Sí. Y tú… emm… —Me corregí—. Usted es Moira, ¿verdad?

Había una tensión extraña entre ambos, una incomodidad. Ella parecía tímida, encerrada en sí misma, algo que podía comprender bien. Quizá Moira era la Callaghan que más se asemejaba a mí, y eso me asustaba y gustaba a partes iguales.

—Nada de formalidades —soltó—. No me gustan.

—Ah, perdón.

Mis palabras resonaron con un eco que se extendió por la cocina. Durante unos segundos que parecieron horas, ninguno de los dos dijo nada. Al fin, su mano señaló la taza todavía humeante.

—¿Qué es eso?

Había algo de bondadoso en esa voz seca. Quizá era por lo grave y resonante que era. Quizá por su tono curioso. Fuera por lo que fuera, me dio una sensación de confianza.

—Una infusión. Para dormir.

Eso pareció despertar su interés. Se acercó e inclinó hacia la tetera, todavía bastante llena. Aunque su rostro se dibujaba con líneas rectas y marcadas que la presentaban como alguien distante, el brillo que vi en sus ojos no me pareció frío. Al contrario.

—¿El té te ayuda a dormir?

Me incliné hacia ella para coger la tetera.

—¿Quieres un poco?

Moira alzó la cabeza y retrocedió un par de pasos. Parecía azorada por la cercanía; no habría sabido adivinar el porqué. Durante unos instantes, no hizo movimiento alguno, como si estuviera calculando los daños. Luego, sin decir nada, se acercó al armario donde yo había encontrado la taza y cogió otra con el mismo motivo floral. Se sirvió el té y el sonido del líquido cayendo

sobre la porcelana inundó la estancia.

—Moira, he escuchado tus pasos —dijo una voz desde la entrada. Se me erizó la piel al reconocerla: *lady* Ailish—. ¿Otra pesadilla?

En las dos semanas que había pasado ahí, apenas me la había encontrado. La reina Callaghan era atenta y amable, pero mantenía las distancias. Con ella, tenía siempre la sensación de que estaba siendo juzgado, como si su mirada pudiera leer mis secretos más temibles. Sus pasos resonaron por la estancia y los dos nos quedamos mirando la entrada de la cocina, paralizados.

La reina apenas mostró sorpresa cuando descubrió que Moira no estaba sola. Como si mi presencia ahí fuera habitual, me sonrió e hizo una pequeña reverencia para saludarme. Me levanté y la imité.

—Señorito Finn, no esperaba encontrarlo aquí —susurró en voz baja y firme—. ¿Está bien? Es raro verlo levantado con la luna en lo alto del cielo.

Asentí, cohibido. Ailish observó la taza y suspiró. Abrió la boca para decir algo, pero la voz de Moira la interrumpió:

—Era sobre la reina Edrielle de nuevo, Ailish. La pesadilla.

¿La reina? ¿Se refería a la reina de Tír? No, no podía ser. Aunque no recordaba cómo se llamaba la esposa del monarca del país vecino, sabía que no era Edrielle. ¿Quizá era la líder de otro Clan? Alcé la mirada y vi que Ailish miraba hacia mi dirección con la duda escrita en sus ojos.

—Moira, ¿podrías dejarnos a solas?

La princesa asintió con convicción. Cogió el candil con una mano y la taza llena de té con la otra y, así, sin despedirse ni pronunciar palabra alguna, se adentró en la oscuridad nocturna. La reina y yo nos quedamos observando cómo su espalda se fundía en la penumbra del castillo. Me sentía incapaz de encarar la mirada de Ailish, así que agradecí ese instante de paz que no duró mucho. La conversación que había estado rehuyendo había llegado y sabía que no tenía escapatoria posible.

# Capítulo 11
## El pasado de un reino

Ailish cogió una de las tazas del armario de cocina y se sirvió el té que quedaba en la tetera con movimientos elegantes y económicos. Todo parecía calculado al milímetro, desde la expresión de su rostro a la posición de sus manos.

—Se preguntará por qué he querido hablar con usted —comenzó, sin mirarme, su atención fija en las cucharadas de azúcar que le estaba echando a la infusión—. La verdad es que hace días que busco el momento. —Alzó la mirada y sus ojos encontraron los míos. Dos pozos del color de la corteza musgosa, entre un verde intenso y un marrón castaño—. Parece que el insomnio nos ha tendido una mano.

Musité un «sí» tan flojo que su sonido se perdió entre las estanterías de la cocina.

—Decidme, ¿qué cree que quiero comentarle?

Los recuerdos de la conversación que había tenido con Nuada hacía unas horas volvieron a mí con una intensidad que me descolocó. Intuía que la reina quería hablar conmigo por esa razón, pero, aun así, no estaba preparado para ello: para dejar Eren Glen y sus gentes. Las lágrimas se agolparon bajo mis párpados y los cerré con fuerza para que no escaparan de ahí.

—¿Es por la boda? —susurré al fin con un hilo de voz.

—¿La boda con mi hijo?

Asentí.

—Los asuntos entre usted y Nuada son vuestros, y no voy a meterme en ellos. Mi hijo tomó una decisión y, como su madre adoptiva, mi único deber es acatarla.

Algo en su tono me sorprendió. La había considerado distante y rígida todo ese tiempo, una madre inflexible que desconfiaba de cualquier elemento externo que pudiera amenazar a su camada. Sin embargo, el brillo que vi en sus ojos hablaba de comprensión: por primera vez, veía una Ailish diferente a esa reina regia con la que había compartido los desayunos de las últimas semanas. Una faceta que, al parecer, solo mostraba ante su familia.

Una sensación extraña se me instaló en el vientre y tuve que luchar de nuevo para contener las ganas de llorar.

—Entonces no se me ocurre qué puede ser, *lady* Ailish.

—¿Ha hablado con su padre desde que llegó a Eren Glen, señorito Finn?

La pregunta me pilló desprevenido. Dejé la taza sobre la mesa y contemplé cómo el té revoloteaba dentro de la porcelana. ¿Por qué preguntaba sobre él? «Por favor, que no haya hecho nada», imploré para mis adentros.

—No. No he recibido ninguna carta —contesté y odié el dolor que me traspasaba la voz. Sabía que no me enviaría ninguna misiva, lo había sabido desde el principio. Y, aun así, me afectaba admitirlo—. Mi padre no es una persona muy cariñosa.

—Es una manera de decirlo, sí.

—¿Lo conoce?

Ella pareció sopesar la respuesta. Bebió un trago de té antes de seguir hablando.

—Algo así. El Clan Blackwell es uno de los más antiguos de Balainn, igual que el de los Callaghan.

—Cuando mi padre cogió el título de señor Blackwell, el Clan hacía tiempo que se había disuelto… Mi abuelo fue uno de los primeros reyes de Clan en ceder su título ante Tír.

La reina asintió, pensativa, sin decir palabra. Me removí en la silla, incómodo por la presencia de mi padre en la conversación. Había esperado que llegara esa charla en algún momento, pero no la había evocado de madrugada, con una infusión de tomillo y caléndula entre las manos. Observé a Ailish. Bajo la luz sinuosa de la llama del candil, se mostraba más misteriosa que nunca. De todos los Callaghan, ella era a la que más me costaba leer.

—¿Era eso de lo que queríais hablar, *lady* Ailish? ¿De mi padre?

Ella asintió con la cabeza.

—Algo así. Todavía queda mucho para el solsticio, pero nunca es demasiado temprano para empezar a prepararse. Por eso deseaba saber si vuestro padre tenía intenciones de acudir a la boda.

Bufé, y ella inclinó la cabeza con un gesto interrogante. Un mechón de pelo rubio le tapó la frente.

—¿Tiene algún problema con ello?

—Mi padre no querrá venir. Lo dejó muy claro cuando le dije que la ceremonia sería aquí.

—Me extrañaría que no quisiera —musitó con un deje de desconcierto genuino en la voz—. Tengo el presentimiento de que le interesará.

Me quedé mirando la textura de la mesa. Era de madera maciza, y podía contar la historia del árbol que había sido antes de llegar a esa cocina. Igual que él, yo también quería transformarme. Y, aun así, el pasado seguía persiguiéndome, al igual que la sombra de un padre y su ausencia de cariño. Ahora entendía que ninguna distancia podría separarme de los terrores que él me había enterrado en el corazón. Había huido de él, pero no de sus huellas.

Quizá era mejor que Benjamin Blackwell asistiera a la boda. Quizá era mejor que se asegurara, con sus propios ojos, de que su hijo no volvería a llevar su apellido nunca más.

Quizá necesitaba cerrar ese capítulo de mi vida con él delante.

La reina dibujó una sonrisa plácida en su rostro y se mantuvo, imperturbable, ante mí. Desde el momento en el que la había visto por primera vez, me había parecido una fuerza de la naturaleza

indomable. Una mujer que perseguía aquello que deseaba hasta su último aliento. Y, sin embargo, era incapaz de saber qué querría con tanta intensidad: escondía sus deseos y anhelos en las profundidades de su ser, tan hondo que no parecía que existieran.

No dije nada más, a la espera de que ella reanudara la conversación. La reina se mantuvo en silencio, y este se extendió como mermelada en demasiado pan. La picazón de la incomodidad ya me recorría la piel, así que me puse en pie, dispuesto a irme. Estaba seguro de que, después de esa conversación, el sueño sería todavía más huidizo, pero no me importaba.

—Mi hijo Ronan me ha explicado su interés por las Cortes Feéricas —constató Ailish. Sus ojos no se habían apartado de mí en ningún momento. La vergüenza me paralizó mientras maldecía, para mis adentros, al príncipe Callaghan—. No es algo malo. Puedo entender su curiosidad, al fin y al cabo, las leyendas sobre Sidhe y sus habitantes se perdieron en el continente hace tiempo.

—¿No le molesta?

—Nunca me molestará la curiosidad, venga de donde venga. Es una de las energías más poderosas del ser humano. —Se hizo el silencio, como si estuviera esperando que contestara a su contundencia. No lo hice. No habría podido ni aunque lo hubiera deseado—. ¿Qué quiere averiguar del mundo feérico?

Dudé. Tenía tantas preguntas que ansiaban respuesta y ninguna me parecía lo suficientemente importante como para molestar a la reina de Lonmore. Despacio, volví a sentarme, con las manos sobre los muslos y la mirada baja.

—Quiero saber sobre el Pacto de Sidhe —dije al fin—. ¿Por qué se sellaron los dos mundos?

Ailish tomó un trago de té antes de contestar. Estaba seguro de que la bebida ya se había enfriado, pero no pareció molestarla.

—¿Usted conoce quién habitaba Balainn antes de la llegada de los humanos?

Asentí. Esa parte de la historia también se consideraba una leyenda, el único documento oral que explicaba los orígenes de

nuestro reino.

—Bien. Creo que Nuada ya le ha contado un poco sobre la guerra, sobre el rey que lleva su nombre y el pacto que hizo con Morrigan —expuso. Asentí de nuevo—. El rey unificó todos los Clanes para luchar contra los Tuada y arrinconarlos en Storr. Y aquí, en la frontera de nuestro mundo con Sidhe, sucedió la última batalla.

Miré mi taza, en silencio. Aquello no era información desconocida para mí. Sin embargo, la voz de *lady* Ailish era tan envolvente que me vi de nuevo inmerso en ese pasado que nunca conocería.

—Aunque la valentía del rey Nuada fue importante, no fue lo que decidió el enfrentamiento.

—¿Fue Morrigan?

—Exacto. La ayuda de la diosa de la guerra fue definitiva. Morrigan envalentonó a los nuestros y atemorizó a los suyos. Controlaba a hordas de cuervos que se lanzaban contra los Tuada, hacía que los muertos la obedecieran. Fue una batalla cruenta y, al final del décimo día, los Clanes ganaron.

»Para evitar la aniquilación total de los Tuada, una de las Cortes de hadas, la del Crepúsculo, intervino y propuso un trato. El Pacto de Sidhe; mis hijos le habrán hablado de él.

—Sí —admití. Nos acercábamos a la información de verdad y me notaba nervioso.

—Los Tuada y los humanos aceptaron esas condiciones y cerraron el tratado entre ellos.

—Pero ¿por qué sellar los puentes entre los dos mundos?

—Para evitar represalias de los Tuada —explicó—. Para proteger a los humanos. Y, sobre todo, para proteger el pacto. Tres fueron los que intervinieron en él, tres nombres se firmaron en el pergamino. Tienes que saber que un pacto con un ser feérico es más vinculante que nada en este mundo. A cambio de los Tuada, las hadas nos dieron la capacidad de protegernos de ellas.

»Además, se aislaron del todo. Seguro que Nuada te ha hablado de la puerta que hay en el bosque, la entrada a Sidhe. Esa es la única vía que se mantuvo y que solo los humanos podemos abrir. El

pacto puso el poder en nuestras manos.

—Has dicho una de las Cortes… ¿hay más?

*Lady* Ailish dibujó una sonrisa melancólica que no alcancé a comprender.

—Sidhe es grande. La geopolítica feérica es tan complicada, o más, que la humana. Así que, sí, por supuesto que hay más Cortes. Cercanas a Balainn, solo hay dos: la del Crepúsculo y la del Alba.

Sus palabras se quedaron rondándome por la cabeza. No obstante, me costaba creer en su historia. Parecía el material con el que se creaban las leyendas, tan inventado y fantástico que era imposible que se asociara con el mundo real. Intenté disimular mi escepticismo, pero, como siempre, la reina leyó a través de mi fachada con una facilidad asombrosa.

—Usted no cree en Sidhe, ¿verdad? —preguntó, seria.

—No sé en qué creer…

El rostro de Ailish se ensombreció, y no dijo nada, perdida en unos pensamientos que no me sentía capaz de adivinar. Su quietud me invitó a levantarme de nuevo y, esta vez, no pareció interponerse. Musité un «buenas noches» tan débil como yo me sentía, y me dispuse a volver a la habitación. Antes de cruzar el umbral, su voz volvió a atraparme una última vez:

—Mi hijo es una persona responsable, señorito Finn. A veces lo es demasiado. Tiene la tendencia a asumir todas las cargas, incluso las que no le pertenecen, y se está esforzando para hacerlo sentir bienvenido. Por favor, téngalo en cuenta.

—Lo haré —aseguré.

El silencio me envolvió a medida que recorría Eren Glen de vuelta a mi habitación. La noche había avanzado y cubría de oscuridad la construcción de piedra. En medio del pasillo, me paré y contemplé a mi alrededor. Con el candil encendido y el corazón trémulo, me pareció estar solo en el mundo, como si la penumbra hubiera engullido todos los habitantes del castillo. Durante unos instantes, me quedé así: mirando el techo y rezándole a la Diosa para que todo saliera bien, para que Nuada no resultara más herido de ese

compromiso.

Poco después, cuando me dormí, lo hice con un descanso aséptico, sin sueños ni pesadillas.



La fiebre había desaparecido en su totalidad a la mañana siguiente, pero no había tenido tanta suerte con el dolor de cabeza ni el malestar físico, así que necesité unos minutos para prepararme antes de salir de la cama. Cuando Yilda acudió a abrir las cortinas, le pedí que me preparara otra infusión de tomillo y caléndula. Aunque me miró con una expresión preocupada, analizándome en silencio, aceptó sin rechistar. Lo agradecí con palabras mudas: no quería tener que mentirle.

Respiré hondo y me levanté con lentitud. Tenía el cuerpo helado, como si hubiera dormido con las ventanas abiertas, y la piel tenía el tacto pegajoso del sudor. Mientras esperaba a la doncella, me limpié con un trapo húmedo y me vestí. Me puse uno de los chalecos que había heredado de mi hermano Lean, de seda azul marino. Lo elegí por su tela acolchada: con la salud tan débil, el frío era mi peor enemigo. Acompañé esa prenda con una camisa blanca y unos pantalones de un color similar al chaleco.

Estaba a punto de salir de la habitación cuando los vi. Los dos cinturones de la familia Callaghan, que había evitado usar durante el tiempo que llevaba ahí. Todavía no me sentía un Callaghan, pero algo en mi interior me atrajo hacia ellos.

Me incomodaba llevarlos, pues aún no formaba parte del Clan. Sin embargo, algo había cambiado. Después de la discusión que habíamos tenido ayer el príncipe y yo, después de las palabras que me había dirigido la reina antes de irme a dormir, pensé que se lo debía. A él, sí. Y también a mí mismo. Si quería encajar en ese

pueblo, sentirme en casa rodeado por la familia Callaghan, tenía que poner de mi parte. Y, aunque sabía que el gesto no solucionaría el dolor que había provocado en el corazón de Nuada, esperaba que pudiera limar las primeras asperezas.

Cuando Yilda volvió con una bandeja en las manos y me vio, la sorpresa se marcó en su expresión. Me dedicó una sonrisa amplia, radiante.

—¡Os habéis puesto los cinturones! —exclamó, feliz. Asentí, cohibido y satisfecho—. Os quedan de maravilla.

Acaricié el tejido de cuadros verdes y azules, sintiendo su rugosidad bajo las yemas de los dedos. ¿Qué pensaría Nuada cuando lo viera? ¿Se alegraría? ¿O se sentiría peor? Temía que el gesto insultara su orgullo, pero ahora que cargaba su peso sobre mis hombros, creía que había tomado la decisión correcta.

Mi preocupación fue en balde: cuando bajé al comedor, lo encontré vacío de su presencia. Saoirse estaba devorando unas galletas de mantequilla y limón sin prestar atención a sus alrededores, ensimismada con una carta de varias páginas. Ronan, delante de ella, leía una novela gótica que iba dejando a un lado cada vez que quería picotear su desayuno. Ni rastro de Ailish ni de Moira.

Ni rastro de Nuada.

—Buenos días. ¿Dónde está…? —empecé a preguntar.

Ronan alzó la mirada por encima del libro y enarcó una ceja.

—¿Nuada? Está ultimando los detalles de la cena de mañana.

—¿Cena? Pensaba que era un baile —comenté, intentando disimular el pinchazo que había notado en el pecho al saber que había desayunado sin mí—. ¿Habrá comida también?

—Ahora entiendo por qué decías que los bailes en Aeda eran aburridos.

Forcé una sonrisa y rehuí su mirada para que no leyera la verdad en mis ojos. Había dicho eso para salir del paso, pero la realidad era que no había ido a un baile en los últimos diez años. Algo que me costaba admitir.

El príncipe me echó un último vistazo antes de volver a meter la nariz entre las páginas de su lectura. No intenté revivir la conversación; tenía el corazón y la mente demasiado centrados en Nuada. O, más bien, en su ausencia. Mi prometido, si es que todavía podía llamarlo así, había estado ocupado desde que habíamos llegado de Aeda. Pese a eso, no se había saltado ni un desayuno conmigo: siempre me esperaba delante de la habitación y no se levantaba de la mesa hasta que yo había acabado de picotear la comida. Por primera vez en dos semanas, me sentí como el Finn del pasado, inseguro y a solas.

El dolor de cabeza volvió y maldije mi debilidad por lo bajo. Tenía que aceptar que el té de tomillo y caléndula tampoco hacía milagros. Me había ayudado a regular la temperatura, sí. Por desgracia, el malestar seguía ahí, esperando su oportunidad. Suspiré y comí un par de uvas antes de retirar el plato. Mi hambre, de normal parca, había menguado aún más.

Cuando me levanté de la mesa, Saoirse me vio por primera vez. Abrió los ojos, sorprendida; había estado tan enfrascada en su lectura que no me había oído llegar.

—¡Buenos días, Finn! —exclamó con su vitalidad acostumbrada —. Perdona, estaba repasando todos los preparativos que deben hacerse para el baile de mañana, y ni te he escuchado llegar. Quiero ayudar a mi hermano, ¿sabes? Aunque tampoco es que Nuada la necesite, claro, se las apaña muy bien solo. Pero no me cuesta nada, ¿verdad? Y a mí me gusta.

—¿Qué hay que hacer? Quizá puedo ayudar un poco…

Se le iluminó la mirada: en sus ojos resplandecieron pequeñas estrellas de luz que me recordaron a su hermano.

—¿En serio? Me encantaría, claro. Pero ¿qué podemos hacer? Hay algunos preparativos que no se pueden hacer entre dos, claro, así que esos están descartados. ¿Quizá podríamos ir a visitar las cocinas? No, no, Nuada se encarga de la comida. ¡Ah! —Dio una palmada—. ¿Y si vamos a coger flores? Quiero poner ramos en todas las mesas.

Me mordí el labio, dudando durante unos instantes. Había imaginado que podría colaborar en una actividad de interiores, donde no tuviera que enfrentarme al frío otoñal de Storr. ¿Y si la fiebre empeoraba? No obstante, rechazar su propuesta me parecía todavía más incómodo que el viento helado.

—De acuerdo.

Saoirse se levantó de un salto y le pidió a uno de los sirvientes que nos trajeran los abrigos. Me coloqué la capa de Nuada con un sentimiento de culpabilidad que, por suerte, la joven no pareció descubrir: no había parado de parlotear desde que habíamos salido del comedor. Cogió una cesta de mimbre con una mano y entrelazó la otra en mi brazo.

—¿Vamos?

Algo más relajado, asentí. La compañía de Saoirse me transmitía una sensación agradable, un calor en el estómago que me recordaba a la amabilidad de Lean. Me había dado cuenta de que la sinceridad era una característica de la que todos los Callaghan hacían gala, de formas distintas. Saoirse siempre era directa y afable. Sin complejos.

La chica empezó a tararear, animada, y no intentó entablar conversación. En mi fuero interno, lo agradecí. Aunque ella solía llevar la voz cantante, no me sentía capacitado como para contestar a nada con cierto sentido. Todavía absorto en la discusión del día anterior, era incapaz de dejar de rememorar las palabras de Nuada. Cada una de ellas era un proyectil que me atravesaba el pecho. Era todavía peor al ser consciente de que no tenía derecho a culparlo. ¿Acaso no había hecho yo lo mismo? Después de ver el rostro compungido del príncipe Callaghan, no podía autoengañarme de ninguna manera.

Nuestros pasos nos condujeron hasta la orilla del lago, y pronto entendí la equivocación que había cometido: si quería recolectar flores silvestres, tendríamos que adentrarnos en la naturaleza, y eso solo significaba una cosa: Sombras. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Solo habían pasado dos semanas desde que había llegado a Lonmore, y ya estaba cometiendo errores de novato. Como si no

llevara años conviviendo con esos monstruos. Como si no hubiera aprendido todos los trucos para evitarlos.

Repasé las posibles excusas que podía decirle a la princesa Callaghan. Sin embargo, cuando la miré de reojo, con su sonrisa de oreja a oreja y sus ojos brillantes, no tuve valor para soltar ninguna de ellas. Quizá no encontraríamos Sombras. Quizá tenía suerte y se alejaban de mí al notar a la pelirroja. Demasiados quizás para tan pocas certezas.

—Aún no has venido por aquí, ¿verdad? —me consultó sin borrar la sonrisa—. Por esta parte del lago, quiero decir.

Nos alejábamos ya de las zonas transitadas cuando empecé a notar una sensación desagradable en la boca del estómago. La reconocí al instante, así como sus consecuencias: había Sombras cerca. Miré a mi alrededor en busca del humo negro y delator que conformaba sus figuras amorfas.

«Ahí está», pensé.

Entre los árboles, a lo lejos, había visto un par. Conocía mi maldición lo suficiente como para saber que no serían las únicas.

—No —musité, intentando controlar el temblor de la voz—. Es la primera vez.

—Por aquí hay un prado lleno de flores que me encanta. Justo coincide con la parte más honda de la costa, y el lago parece que se adentra hasta el infinito. Las aguas son tan negras que da miedo. ¿Quieres verlo?

No respondí. Había visto otra Sombra que se acercaba, poco a poco y sin pausa. Me paré en seco, a sabiendas de que, por mucho que quisiera, no podría acompañar a la princesa. Tenía que decírselo, dar media vuelta y huir, pero las palabras se habían quedado atrapadas en mi interior.

—¿Finn? ¿Estás bien?

Saoirse me miraba con expresión preocupada. Intenté dibujar una sonrisa que la tranquilizara, aunque lo único que me salió fue una mueca. El vientre me dio otro vuelco y noté la presencia de la Sombra antes de poder olería. Empezaban a rodearme. Intenté

tragar saliva, intenté hablar. Fue en vano: tenía un nudo en la garganta que me aprisionaba las cuerdas vocales.

—¿Finn?

—Estoy bien —farfullé.

No coló. La joven se acercó a mí y me presionó la mano contra la frente. No me había dado cuenta de que estaba perlada de sudor hasta que noté su tacto helado.

—¡Estás ardiendo!

Maldije por lo bajo. La fiebre había retornado en el peor momento. Respiré hondo para intentar recobrar fuerzas. Tenía que analizar la situación y buscar una salida. Pero no podía pensar. La cabeza me daba vuelta tras vuelta en un mareo incapacitante. Me apoyé en Saoirse y cerré los ojos, inútilmente.

—Creo que… debería volver.

—De acuerdo —dijo ella, resolutiva. En silencio, agradecí que no me hiciera más preguntas—. ¿Podrás aguantar?

Asentí, demasiado débil como para verbalizarlo. Ella me pasó un brazo por debajo de la axila y cargó con parte de mi peso. Me condujo a trompicones por el camino que habíamos recorrido de ida. Cuando alcé la mirada, vi que eso también era un error: la senda estaba obstaculizada por otra Sombra. Esta era enorme, tanto que parecía igualar al tamaño de los árboles a su alrededor. Sus tentáculos oscilaban sobre el barro, a la espera.

—Por ahí.

Señalé una parte del camino vacía, entre abetos, y la muchacha me miró con una expresión extraña. No obstante, no protestó y me hizo caso. Esquivamos a la Sombra gigantesca y tuve que eludir otra, más pequeña y aplanada, saltando por encima.

No tuve tiempo para cantar victoria. De repente, un dolor desgarrador me derrumbó y caí de rodillas sobre la hierba, ahogando un grito de dolor. Un tentáculo de esencia negra me rodeaba la pantorrilla, quemándome la piel a su paso. La sensación descorazonadora que me abrumaba cuando estaba cerca de las Sombras me avasalló y cerré los ojos con fuerza para no ver al ser

negruzco. No quería preocupar más a Saoirse, pero notaba el grito en la punta de la lengua, hiriente y feroz.

Un olor a carne asada me mareó y, entre las brumas del dolor, entendí que era el de mi propia piel la que se quemaba. Sentía que el tentáculo de la Sombra se había adentrado hasta el hueso, hasta mi propia alma. Lo único que quería era gritar, gritar, gritar hasta que todo acabase.

El dolor se agudizó. Apenas podía notar nada más allá de la tortura que atenazaba todo mi cuerpo. Las lágrimas, traicioneras, hacía rato que habían escapado de mi control. Lo único que me mantenía anclado a la tierra era el brazo de Saoirse, frío en contraste con mi piel ardiente.

Escuché la voz de la joven Callaghan, lejana, llamándome. Una voz a la que no pude contestar. Antes de poder decir nada con sentido, el dolor creció de intensidad y, como una marea imparable, se lo llevó todo por delante.

# Capítulo 12
## Piel muerta

Cuando me desperté, la luz a mi alrededor había cambiado. El cielo nublado que había visto antes de caer inconsciente se había transformado en un techo en penumbra. La única fuente de iluminación provenía de una ventana por la que entraba el resplandor argénteo de la luna. Gracias a su brillo, pude distinguir que estaba en una habitación, aunque tardé unos instantes en entender que no era la que me había pertenecido en Aeda, sino mi cámara en Eren Glen. Los aposentos de mi nueva vida.

Me incorporé de golpe, y el mareo me volvió a tumbar. Sentía un dolor palpitante en la pierna y todo el cuerpo debilitado. ¿Qué había pasado? Los recuerdos se escondían tras una neblina blanca, y era incapaz de rememorar lo sucedido. Intenté abrir los ojos de nuevo y, esta vez sí, conseguí estabilizarme.

Con la fuerza de un huracán, me volvió la memoria y, con ella, el lago, Saoirse y las Sombras. Noté cómo las arcadas me ascendían por la garganta, y me apreté el pecho con fuerza para controlarlas. La Sombra que me había atacado había sido tan enorme y terrorífica que todavía podía escuchar el eco del miedo en mi piel. ¿Cómo había salido vivo de esa? Bajé la mirada para destaparme y comprobar los daños. Y fue entonces cuando lo vi.

Nuada descansaba a los pies de mi cama, su cabeza apoyada en

los brazos. El largo flequillo moreno le caía por encima de la cara, y de su moño se escapaban varios mechones enredados. Todavía llevaba abrigo y guantes, como si no hubiera tenido tiempo de acomodarse antes de dormir. Alargué la mano para apartarle el pelo de la cara y, justo en el último momento, me acobardé. Su expresión calmada me había llenado tanto de paz que casi había olvidado mi propia resolución.

Me di cuenta entonces de que ya no importaba; todos mis esfuerzos habían sido en vano. Saoirse había presenciado el ataque, así que ya no podía esconder mi habilidad. Me pregunté qué habría pensado de la escena, pues ella no podía ver las Sombras. Quizá creía que me había desmayado por la fiebre o por pura debilidad. Suspiré. ¿Acaso importaba? Fuera por la maldición o por el cuerpo enfermizo, mis defectos habían salido a la luz, y ya no podría volverlos a esconder.

Desde que había llegado a Eren Glen, me había sentido aceptado, uno más en esa comunidad estrecha. Ahora volverían las miradas por encima del hombro, las palabras de lástima, los comentarios mordaces. La puerta de la jaula de oro volvía a cerrarse ante mis narices.

Eso si Nuada no decidía romper el compromiso.

El dolor de la pierna se intensificó, y solté un grito ahogado. Era la primera vez en muchos años que una Sombra me tocaba, y casi había olvidado el mal de su contacto. Tenía que ver el estado de la herida. Saber a qué me enfrentaba.

Aparté las mantas con cuidado de no despertar a Nuada. Fue en vano: en cuanto las moví un poco, él se levantó, sobresaltado. Tenía la marca de la textura del tejido sobre la mejilla y una expresión que nunca había visto en su rostro, de desasosiego. El corazón se me aceleró cuando entendí que el príncipe estaba preocupado por mí.

—¡Finn! —exclamó y se acercó a mí. Me buscó el brazo en un gesto cariñoso que no me esperaba—. Finn, ¿cómo está? ¿Le duele algo?

—¿Qué… qué ha pasado? —Tenía la garganta rascada,

seguramente por culpa de mis aullidos de dolor. La voz me sonaba pastosa, apelmazada.

—Algo lo atacó en el lago… No sabemos qué. Por suerte, un hombre escuchó los gritos de ayuda de Sao y pudo llevarlo en brazos hasta el castillo.

Me sonrojé ante esa imagen y bajé la mirada. Había tenido una leve esperanza de que el accidente hubiera quedado entre la familia Callaghan y yo. Sin embargo, a estas horas, el rumor de que el prometido del príncipe Nuada era débil ya habría llegado a todos los rincones de Lonmore. Cogí la manta con fuerza, intentando ahogar la ansiedad. ¿Qué pasaría si Nuada rompía el compromiso? ¿Tendría que volver a casa de mi padre? La simple idea de que eso pasara me acongojó.

—¿Qué le pasa? ¿Le duele la pierna?

Negué con la cabeza y me forcé a sonreír.

—Estoy bien, perdone. Ya casi no me duele —disimulé.

Nuada frunció el ceño y se cruzó de brazos, analizándome.

—Me está mintiendo.

El corazón me dio un vuelco, y volví a mover la cabeza con fuerza. Demasiada, pues noté como mil agujas se me clavaban en la sien. El malestar con el que me había levantado volvió con más intensidad.

—No tengo razones para hacerlo —expliqué, intentando sonar razonable.

—Eso es verdad, no tiene razones para mentirme. Así que cuénteme, Finn. ¿Por qué lo hace?

Nuestras miradas se encontraron y sus ojos azules me atravesaron como una flecha certera. Quise sumergirme en ellos, aunque sabía que, a cada palabra que decía, más se alejaban de mí. Tenía que buscar una excusa que explicara las heridas, algo que lo tranquilizara.

Nuada se inclinó hacia mí. Nuestros rostros estaban tan cerca que me olvidé de todo: del dolor, de la vergüenza, de la ansiedad. Incluso me olvidé de cómo respirar.

—No lo entiendo, Finn. Llevo días intentándolo y no soy capaz. —Me sorprendió encontrar frustración en su tono—. A veces, parece que esté cómodo conmigo. Me siento a gusto y, al verlo sonreír, siento que usted también lo está. Pero, entonces, pone esa cara —soltó, señalándome—, una expresión de miedo y agonía, y temo que esté confundiendo las cosas. ¿Es eso, Finn? ¿Quiere volver con su padre? Por favor, contésteme. Odiaría que se sintiera obligado a estar conmigo por la promesa que hicimos en Aeda.

Abrí mucho los ojos. Me había centrado tanto en mi propia ansiedad, en los miedos con los que había aprendido a convivir, que no me había dado cuenta de que el príncipe se guardaba los suyos propios tras su expresión amable. Había dado por hecho que él tenía la seguridad y la confianza que a mí me faltaban. No obstante, en ese momento, vi la magnitud de mis errores. En el rostro de Nuada se podían leer todas sus dudas, y no eran tan diferentes a las mías.

—No —aseguré con toda la sinceridad que pude reunir—. No me siento obligado. Lo prometo, príncipe Nuada: nada me haría más feliz que formar parte del clan Callaghan.

Y no mentía. En las dos semanas que llevaba viviendo con ellos, me había sentido más querido y respetado que en los últimos años de convivencia con mi padre.

Nuada se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Yo lo seguí con la mirada. Sentía que cada paso que daba podía enviarme al abismo y, a la vez, su intranquilidad me calmaba. Verlo así, tan desnudo de la confianza que siempre asociaba con él, me ayudaba a sentirlo más cercano.

—Entonces no lo entiendo. ¿Cuál es el problema? Por favor, Finn, necesito comprenderlo. No quiero fallar. —De repente, pareció comprender algo y se paró en seco en medio de la estancia—. ¿Es por mi confesión?

—¡No! —exclamé. La voz me falló, y una tos me arrebató las pocas fuerzas que me quedaban.

Me recosté contra los cojines de la cabecera de la cama, demasiado débil como para fingir que estaba bien. La herida de la

pierna me palpitaba de dolor y sentía todo el cuerpo debilitado por el ataque de las Sombras. Él, preocupado, se sentó a mi lado y me tocó la frente con el dorso de la mano.

—No tiene fiebre —aseguró—. Lo siento, señorito Finn. Fie volcado mis preocupaciones en usted.

—Príncipe Nuada… —dije. Él hizo una mueca, pero me instó a continuar—. Yo también lamento lo que dije anoche. No… no me gusta esta formalidad. Con «Finn» es suficiente.

—De acuerdo —aceptó él y dibujó una sonrisa amplia—. Me gusta más que señorito Finn.

—Señorito Finn es horrible.

—Príncipe Nuada también.

Una risa suave nos envolvió, y sentí cómo el pecho se me hinchaba con ella. Durante unos instantes, tuve la sensación de que habíamos vuelto atrás, de que la discusión entre ambos nunca había existido. No obstante, cuando sus ojos se posaron en mí y su mirada me atravesó como si mi piel fuera de cristal, me acordé de la conversación del pasillo.

—Finn… ¿qué ha pasado en el lago? ¿Cómo te has hecho la herida en la pierna?

Me mordí el labio, sin saber cómo salir de esa situación. No quería volver a mentirle, no después del momento de intimidad que acabábamos de tener. Pero ¿cómo contarle sobre las Sombras? ¿Acaso me creería?

—¡Espera! —Su voz me interrumpió. Me tocó con cariño por encima de la manta, acercándose a mí—. No hace falta que me cuentes nada. No ahora, al menos. Lo último que quiero es volver a presionarte como hice ayer. Además, tienes que descansar para mañana.

Fruncí el ceño, intrigado. ¿Mañana? ¿Qué pasaba mañana? Entonces, me acordé y ahogué un suspiro.

—¡El baile!

—¿Prefieres cambiarlo de día? Podemos aplazarlo.

Negué con la cabeza con toda la intensidad que pude reunir.

—No, no. Cuanto antes, mejor.

—¿Qué pasa? ¿Acaso le tienes miedo a un baile?

Lo fulminé con la mirada y me crucé de brazos.

—¿Debería? ¿Cómo son los bailes en Lonmore? ¿Hacéis sacrificios humanos o algo así?

La carcajada de Nuada llenó toda la habitación. Levantó las manos en modo de disculpa y me miró con expresión risueña.

—Supongo que me lo he buscado —dijo, sonriendo—. Te voy a dejar descansar. Yilda te traerá la cena en un rato.

La luz de la luna acariciaba sus facciones y quise hacer lo mismo yo, notar la suavidad de su piel bajo mis dedos. Por suerte, Nuada no pareció notar ese anhelo. Ya estaba en el umbral de la puerta cuando se giró y me miró con una expresión extraña.

—Finn, yo… también tengo algo que decirte. —Pese a la distancia, escuché cómo tragaba saliva. El silencio se alargó en la espera, nuestras miradas separadas por un mar de dudas. Fue Nuada el primero en romper el contacto. Negó con la cabeza y se giró—. Olvídalo.

—Espera, Nuada. Puedes contármelo —le aseguré.

Él se dio la vuelta de nuevo y me sonrió. Había un brillo indescifrable tras el añil de sus iris.

—Mañana te lo contaré. Te lo prometo. Ahora descansa.



Me desperté temprano a la mañana siguiente. Notaba la piel tensa y adolorida alrededor de la quemadura y un malestar que se extendía por casi toda la pierna. Aun así, me sentía descansado, como si las palabras de Nuada hubiesen tenido un efecto reparador. Con dificultad, me arrastré fuera de las mantas y hasta el alféizar interior de la ventana. En el tiempo que llevaba en Lonmore, había

descubierto que me gustaba empezar el día contemplando ese pueblo que cada vez sentía un poco más mío.

Ahí sentado, fui quitando poco a poco las vendas que me cubrían la pierna. Me temblaban las manos, pero no paré de desenrollarlas hasta que se cayeron al suelo, sucias de sangre y piel muerta. La zona alrededor de la herida estaba arrugada y más clara de lo normal, mientras que el interior brillaba con un rojo intenso. La marca de la quemadura dibujaba una figura extraña que tardé en identificar como los tentáculos de las Sombras. Eran líneas alargadas que recorrían todo el músculo, una espiral ascendente que llegaba hasta la rodilla.

—¡No se toque la herida! —exclamó una voz. Alcé la mirada, sorprendido. En el umbral estaba Yilda, sujetando una bandeja llena de vendas nuevas y pequeños tarros cuyo contenido, intuí, no quería descubrir—. La puede infectar si la toca con la mano.

La muchacha se acercó a mí y se arrodilló para estar a la misma altura que mi pierna. Se limpió las manos con alcohol y empezó a palpar los alrededores de la quemadura con dedos ágiles y seguros. Yilda me había acompañado y ayudado desde mi llegada y, aun así, descubría ahora que tenía buena mano con la medicina. Como si me leyera el pensamiento, ella alzó la cabeza y dibujó una de sus sonrisas divertidas.

—Mi abuela fue sanadora del ejército durante las guerras de Tír. Cuando era pequeña, me enseñó un poco su oficio. —Hablaba sin mirarme, sus ojos concentrados en la pantorrilla—. No se preocupe, sé lo que hago.

—No me preocupaba —aseguré.

Ella soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Qué inesperada sinceridad de su parte, príncipe Finn.

Le había dicho varias veces que no me sentía cómodo con el título de príncipe; palabras que Yilda había decidido ignorar. Al parecer, ya me había aceptado como uno más en la familia Callaghan y, por alguna extraña razón, me tenía tanta estima como a los habitantes del castillo. No la corregí. Sabía que era inútil, así que

la dejé hacer lo suyo. Con ella era mejor así.

—Está curando bien, pero tengo que desbridar la piel muerta —dijo—. Aunque ayer avancé mucho, todavía hay zonas de la quemadura que no he podido tratar.

—De acuerdo —musité.

Ella sacó unas pinzas que centellearon bajo la luz de la mañana. Tragué saliva. ¿Cómo podían tener un aspecto tan amenazante? Miré hacia el agua cristalina que se veía a través del vidrio, intentando tranquilizarme en su resplandor. No funcionó: la visión del lago solo me traía malos recuerdos.

—¿Qué hacía tu abuela en el ejército? —La pregunta me salió sola. Yilda me miró y yo me encogí de hombros, incómodo. Era lo primero que me había pasado por la cabeza—. Me vendría bien una distracción.

La doncella asintió y apoyó su mano libre sobre mi rodilla en un gesto tranquilizador.

—No la recuerdo demasiado, murió cuando yo era muy jovencita. Lo que sí recuerdo son sus anécdotas de la guerra. Participó en la última.

—La batalla de los doce días —comenté en voz baja. Las pinzas rozaron un poco la herida y me mordí el labio para no gritar—. La… última guerra… con Tír.

—Sí. Ella estuvo en la retaguardia. Siempre me contaba que lo peor era la tensión, la espera —continuó—. Decía que se pasaban las horas del día de brazos cruzados, oteando el frente para ver si aparecían heridos. Y que apenas llegaban. Todos los soldados se quedaban en el campo de batalla, muertos o moribundos.

—Es… horrible.

Yilda dibujó una sonrisa triste.

—Lo fue. Solía tener pesadillas por culpa de esas historias, y mi madre se enfadaba con mi abuela. Pero yo quería saber más. —Estiró un trozo de piel muerta, y apreté los dientes—. Perdonad.

La insté a que continuara con un gesto de la cabeza.

—Siempre solía quejarse de los nobles de Aeda, que habían

permitido esa matanza.

—No podrían… haberla evitado —dije, entrecortadamente.

—Sí podían —contestó en un tono enfadado—. Se dejaron cegar por la tecnología de Tír al quererla para ellos. En vez de enfrentarse con su propia fuerza, intentaron que el ejército llevara armas con las que no habían entrenado.

La batalla de los doce días había sido uno de los episodios más cruentos de la historia de Balainn, y mucha gente opinaba como Yilda. Yo había crecido en casa de uno de esos generales y sabía que no todo era tan sencillo. Sin embargo, había algo en lo que la doncella tenía razón: los reyes del Clan de Aeda habían ansiado tanto la tecnología de Tír que habían vendido a todo el reino por ella. Muchos habían defendido la decisión como una estrategia para hacer que Balainn avanzara, para traer la tecnología del vapor y el carbón hasta el reino. Mi padre era uno de ellos.

—Es obvio que Balainn necesitaba esa tecnología. Pero priorizaron el avance armamentístico a su propio pueblo. ¿Vale la pena tener un tranvía en Aeda a costa de todas esas vidas? —La voz de Yilda era seria, y no podía saber si era por la concentración o por el tema de la conversación—. Esas vías, las fábricas alrededor de la ciudad, las minas automatizadas con vapor… todos esos lugares están construidos sobre ríos de sangre.

Tragué saliva y no respondí. No sabía qué decir. Mi familia había sido una de las que se había enriquecido más con esos avances, aunque la economía familiar se había vuelto a ir a pique cuando mi padre había cogido las riendas. Mi abuelo tenía muchas esperanzas puestas en Lean. Por suerte para él, murió antes de que mi hermano desapareciera.

—Esto ya está —comentó Yilda. Abrió uno de los tarros y el olor a antiséptico me inundó las fosas nasales. Tuve el instinto de apartar la pierna, pero la doncella fue más rápida y la atrapó antes de que pudiera moverla—. No se mueva —ordenó.

La muchacha untó el ungüento amarillo sobre la herida con movimientos delicados y calculados. Escocía tanto que apreté los

puños hasta que las uñas me dejaron marcas en la palma de la mano, cuatro semilunas rojizas. No obstante, cuando la tortura pasó, me embargó una calma extraña, casi somnífera: la crema era refrescante y balsámica. Poco a poco, el dolor de la quemadura se convirtió en una sensación sorda.

—Tendrá que cambiarse las vendas cada ocho horas y añadir el ungüento cada vez, ¿de acuerdo? —expuso. Yo asentí—. Y nada de alcohol esta noche.

Acepté sin rechistar. La joven amplió su sonrisa y me cogió de las manos para levantarme. Pese a que iba un poco cojo, la frescura del ungüento me ayudaba a caminar. Le pedí que me acercara hasta el armario para pensar en la ropa que tendría que ponerme esa tarde.

Todavía no habían llegado el resto de mis cosas, así que mi armario en Eren Glen era más bien reducido. Estaba seguro de que mi padre no tenía demasiada prisa en deshacerse de las cajas, ahora que ya no me tenía en la casa, lo que significaba que no tenía nada para ponerme en el baile. Después de varios minutos dando vueltas sobre las mismas prendas, Yilda apareció a mi lado con un paquete blanco. Ni siquiera la había visto salir de la habitación.

—¿Qué es eso?

—El príncipe Nuada me pidió que se lo diera el día del baile —explicó—. No sé si los pantalones serán demasiado apretados ahora que lleva la pierna vendada. Tendremos que probar.

—No me importa —salté.

Ella suspiró y se rio por lo bajo.

—Ya veo que tendré que repetir todas las curas mañana.

Le dediqué una sonrisa tímida como disculpa y abrí la caja que me cedía. En el interior, encontré una chaqueta de corte militar negra con botones dorados y un cuello bordado con filigranas de hilo del mismo color. Los pantalones y la camisa eran de un blanco cálido: contrastaban a la perfección con el oscuro de la chaqueta. Era un conjunto muy bien pensado, ideado para destacar sobre la multitud.

Con lentitud, por culpa de la herida, me puse los pantalones

abombados, la camisa, el chaleco negro y la chaqueta militar. Yilda me ayudó con el pañuelo para el cuello y con las botas negras, que ató algo sueltas para no presionar la pierna vendada.

—¿Y los cinturones?

—Los cinturones son para el día a día —explicó. Cogió un broche y se acercó a mí—. Para bailes como el de esta noche, es mejor esto.

Colocó la joya en cada solapa del cuello de la camisa. Estaba formada por dos piezas que simulaban dos alas negras, de cuervo, unidas por cadenas de plata azulada. Lo contemplé en mi reflejo y tuve que contenerme para no acariciarla con los dedos.

Yilda expulsó el polvo de uno de mis hombros y estiró la tela. Luego dio dos pasos atrás y sonrió, satisfecha.

—Sí, ya estáis listo.

Justo como si estuviera esperando dicha señal, dos golpes en la puerta indicaron que Nuada había llegado a buscarme. Yilda le abrió y el príncipe entró con sus mejores galas. Llevaba una ropa similar a la mía, pero con los colores invertidos: Los pantalones y la camisa eran oscuros y la chaqueta, con la cola larga, era blanca. Los botones negros eran de un bonito tono mate.

—Veo que he acertado con las medidas.

—No hacía falta el traje…

—Intuí que tus cosas no llegarían con la prisa que nos gustaría.

—Príncipe Nuada, el príncipe Finn tiene que cuidarse la quemadura —intervino Yilda—. Por favor, no le exija demasiado.

Nuada sonrió y negó con la cabeza.

—No te preocupes, Yilda. No tengo intención de hacerlo.

Satisfecha con esa respuesta, y sin mucho más que hacer, la doncella nos dejó a solas. Yo miré a Nuada de soslayo, nervioso por su presencia. ¿Qué me pasaba? Habíamos estado a solas en más de una ocasión. Aun así, la conversación de la noche anterior había dejado en mí una huella de intimidad que me abrumaba.

—¿Deberíamos… ir? —pregunté, incómodo por romper el silencio.

—Sí. Deberíamos.

Pero el príncipe no se movió. Analicé su perfil, intentando entender en qué estaba pensando. Y, entonces, lo comprendí. Me veía a mí mismo en su expresión, pues en sus ojos brillaba una emoción que conocía bien. Nuada estaba inquieto.

—¿Por qué estás nervioso?

Eso pareció sobresaltarlo. Se giró hacia mí, sus mejillas enarboladas, y sonrió tenuemente.

—Mi hermana Saoirse ha insistido en que se bailen danzas de Tír. Dijo que tú te sentirías más cómodo si conocías los pasos y yo acepté. El problema… —Nuada bajó la cabeza y se miró las botas altas y negras— el problema es que no conozco esas danzas. No se me da muy bien bailar.

Durante unos segundos, el silencio se alargó. Y, luego, sin poder evitarlo, se me escapó una carcajada sonora.

—Así que no soy yo el que tiene miedo al baile…

Sus mejillas se enrojecieron todavía más, y noté como el corazón se me aceleraba. «Finn, estúpido, no es momento para emocionarse», pensé. Pero era demasiado tarde: podía escuchar el sonido sordo de mis latidos.

—Hace bien en acudir a mí, príncipe Nuada. —Hice una reverencia exagerada que le arrancó una risotada—. No tengo problema en mostrarle los misteriosos secretos de los bailes tirnenses.

—¿Vas a hacer eso toda la noche?

Me encogí de hombros y le dediqué una sonrisa traviesa. Nuada enlazó su brazo con el mío antes de decir:

—Vámonos, anda.

Teníamos que llegar antes que el resto de la población de Lonmore para acabar de ultimar los preparativos del baile. Pero yo ya no podía pensar en decoración ni comida. Ni siquiera me acordaba ya de la quemadura.

Lo único que tenía en la cabeza era la expresión de rubor del príncipe.

# Capítulo 13
## Concédeme este baile

La sala de audiencias, donde se celebraría el baile, tenía un aspecto regio. Era amplia y alargada, con corredores separados por columnas que delineaban dos zonas: el área central y los dos laterales. Por lo que Nuada me había explicado, aquel era uno de los centros neurálgicos del pueblo: no solo servía para que los reyes pudieran ayudar al resto de miembros del clan, sino que también se usaba para celebrar los grandes acontecimientos, como elecciones reales o bodas importantes.

Contemplé a mi alrededor, anonadado por la transformación. No había entrado ahí desde que había recorrido el castillo con el príncipe, así que no recordaba demasiado su aspecto anterior. Pero sí era consciente de que la decoración había metamorfoseado la sala: habían tapado el trono con una cortina de los colores del clan y habían colocado varias mesas que, juntas, cubrían toda la extensión de los pasillos laterales. Habían apartado también el mobiliario inútil para dejar sitio en el centro, que actuaría como zona de baile. Sobre el techo, habían abierto las maderas que tapaban las claraboyas para dejar pasar la luz de la tarde.

Durante el tiempo que había estado en cama, herido por la Sombra, Saoirse se las había apañado para decorar todo con flores silvestres. Había ramos en las mesas, guirlandas en los pilares y

cestos que colgaban del techo, con hojas, setas y musgo para darle un aspecto boscoso al ambiente. También habían colgado coronas de hierba en las lámparas de araña, llenas de cera a medio derretir.

Parecía un lugar diferente, casi mágico.

—¿Te gusta? —preguntó Nuada.

Estaba sin palabras. El príncipe había decorado el salón de manera sencilla y, sin embargo, la sensación que transmitía era muy diferente. Un punto intermedio entre la magnificencia de lo real y la franqueza de lo rural. En la capital, había asistido a bailes en salones lujosos llenos de joyas y adornos brillantes, pero en Eren Glen habían suplido lo que le faltaba de pompa con una naturalidad cercana.

—Es… demasiado. En el buen sentido de la palabra.

Nuada rio ante aquel comentario y me condujo por el lugar, comentando todos los detalles que él y sus hermanos habían pensado: los diferentes platos preparados para la cena, que ya reposaban sobre los manteles blancos que cubrían las mesas, el escenario, la zona de baile o las decoraciones que habían colocado Ronan y Saoirse.

Poco a poco fueron llegando los invitados. Como aquella velada estaba pensada para darme la bienvenida a Lonmore, teníamos que ser nosotros los que los recibiéramos. Nuada y yo nos habíamos colocado cerca de la entrada y saludábamos a todo aquel que accedía al baile. Uno a uno, todos nos hicieron reverencias y nos dieron saludos afectuosos antes de alejarse en grupos para charlar.

El resto de la familia Callaghan no tardó en hacer su aparición. Ailish entró primero, seguida por Saoirse, Ronan y Moira. Me sorprendió ver a la hermana mayor de Nuada en el baile, y al instante pude ver que estaba muy incómoda. Avanzaba encogida, como si temiera el contacto, aunque fuera accidental, con cualquiera de los invitados.

—Un trabajo excelente, Nuada, como siempre —dijo la reina cuando se colocó a nuestro lado. Me dedicó una sonrisa enigmática —. No veía la Sala del trono tan bonita desde mi propia coronación.

Abrazó a Nuada y luego hizo lo mismo conmigo. Saoirse la imitó, apretándome contra sus costillas con una fuerza inusitada. Su melena rizada me hacía cosquillas en las mejillas, y no pude evitar reír por lo bajo. A su lado, Ronan me atusó el pelo con su sonrisa taimada de siempre. Los dos estaban más cariñosos conmigo desde el incidente, como si temieran que volviera a desmayarme ahí mismo. El único miembro de la familia que no me saludó con esa efusividad fue Moira. La princesa movió la cabeza y musitó un «hola» tan ligero que casi se lo llevó el viento.

El ambiente se fue animando y al sonido ascendente de las conversaciones se unió la música. Sobre el escenario había solo cinco intérpretes. Las melodías de las flautas y los instrumentos de cuerda se alzaron hasta el techo, inundando de armonía el lugar.

A medida que entraban los invitados, Nuada me fue presentando a los nobles y vecinos de Lonmore. La sala estaba tan llena que parecía que todo el pueblo había acudido a la fiesta. No era así: solo aquellos cercanos a la familia o las figuras importantes del Clan podían participar. El resto del pueblo tenía una celebración paralela en la plaza central.

Un hombre se acercó y se quitó el sombrero para hacer una reverencia ante nosotros. Le tendió una mano a Nuada, que la estrujó con cariño.

—Es un placer ver que ha podido venir, señor Doyle. ¿Cómo está la granja?

—En perfectas condiciones, príncipe Nuada.

—Finn, tengo el placer de presentarte a Shain Doyle, el granjero que te trajo a casa después del incidente del lago.

Abrí mucho los ojos y analicé al hombre que tenía ante mí. Era grande, de piel tostada y cabello entrecano. Parecía entrado en sus cincuenta. Se adivinaba, a través de su camisa blanca, su constitución fuerte. No quería ni imaginar el aspecto que habría tenido entre esos brazos enormes.

—Lamento muchísimo lo ocurrido.

—¡No pasa nada, príncipe Finn! —exclamó y me golpeó el

hombro con tanta fuerza que casi me hizo tambalear—. No pesa mucho más que una de mis caora, y estoy acostumbrado a llevarlas de un lado a otro. Me dijeron sus altezas que ya está mejor de la herida. ¿Es así?

—Así es —confirmé.

Complacido, volvió a darme una palmadita en el hombro y se integró con el resto de la multitud. Nuada contempló su espalda con una expresión indescifrable.

—Tiene una granja con caoras en una de las orillas orientales del lago. Quizá por eso escuchó los gritos de Saoirse. Es una suerte.

—Espero que sus animales sean enormes y pesados —musité, enfurruñado.

Nuada soltó una carcajada tan fuerte que casi pareció apagar la música que nos rodeaba.

—Son más grandes que las de Aeda, eso seguro. Aunque no sé si es un gran consuelo.

—No demasiado.

Él abrió la boca para contestar, sin duda para hacer algún comentario jocoso sobre el tamaño de las caoras, pero no llegó a tiempo: cuando me giré hacia la puerta, vi que Igritt y Beltaine habían llegado al baile. Llevaban dos vestidos largos de colores pastel: uno naranja melocotón y el otro verde claro. Las dos traían una bandeja tapada que, adiviné, contendría comida. Para no perder las tradiciones.

—Príncipe Finn, príncipe Nuada —saludaron—. Se los ve radiantes.

—Eso es porque las han visto a ustedes —dijo una voz a nuestras espaldas. Ronan. Hizo una reverencia leve, y su pelo ondulado y negro quedó enmarcado por la luz de las lámparas colgantes—. ¿Me acompañan a la mesa? Quiero saber qué plato delicioso han preparado para hoy.

El príncipe ofreció sus brazos a las dos mujeres y las condujo hasta una de las mesas. Antes de perderse entre el gentío, giró la cabeza hacia mí y me guiñó un ojo.

—Me debes un baile, Finn —dijo en voz alta.

Miré a Nuada, que intentaba reprimir una sonrisa.

—¿Por qué le debo un baile?

—Hoy eres el invitado de honor, Finn. Todo el mundo querrá bailar contigo.

Los rostros se sucedieron, algunos conocidos, otros totalmente ajenos. Pese a que Lonmore era un pueblo pequeño, la población del Clan se extendía por toda la isla de Storr y, al parecer, ninguno de ellos se había quedado en casa.

Cuando ya sentía que no podría decir una palabra más sin que la lengua se me secara del todo, apareció Saoirse y me tendió una copa. Llevaba un líquido rojizo dentro que, según me confesó, era zumo de frambuesa y menta.

—Me ha contado Yilda que no puedes beber alcohol —dijo con su sonrisa—. Es una pena, claro, porque Cormac ha traído su mejor hidromiel, especiada con lavanda. ¿O es tomillo? No lo sé, nunca puedo diferenciarlos. Aunque estoy segura de que si se lo pedimos, te guardará un poco para cuando estés mejor. ¿Quieres que se lo pregunte?

Mientras parloteaba, pude contemplar a la princesa. Estaba más resplandeciente que nunca. El vestido que llevaba, verde esmeralda, era largo y le tapaba los pies. Se había puesto un cinturón plateado bajo el pecho que le daba forma a la tela. Lo único que no cambiaba de su aspecto era esa melena, asalvajada y pelirroja, imposible de domar. Entre los rizos anaranjados se intuía una diadema con dos alas de cuervo incrustadas, una a cada lado de la cabeza.

—De hecho, estoy segura de que te guardará. Voy a preguntárselo.

Antes de que pudiera decirle nada, se giró y oteó la sala en busca del tabernero. Cuando lo encontró, se cogió los bajos del vestido y se dirigió hacia él. No llegué a perderla de vista; de pronto, se volvió hacia mí y regresó corriendo.

—Querrás bailar conmigo, ¿verdad? Me lo debes por el susto que me diste en el lago.

La hermana de Nuada ya se había disculpado la noche anterior por lo que había sucedido. Le había asegurado, una y otra vez, que no tenía responsabilidad alguna, pero Saoirse era, como su hermano, inasequible al desaliento: no me dejó descansar hasta que supo, por mis propios labios, que estaba bien y que no había pasado nada.

—De acuerdo.

Contenta con esa respuesta, volvió a marcharse en busca de Cormac.

Parecía que casi todos los invitados estaban ya en la cena, por lo que el gentío nos concedió unos minutos de descanso. Aproveché para beberme la copa de un trago. El líquido era espeso y dulce, delicioso. Aun así, habría preferido que tuviera un poco de graduación: aunque no solía beber alcohol, sabía que los bailes eran más soportables con un par de copas encima.

—Tengo que bailar con todos los Callaghan, ¿verdad?

—Parece que esa es su intención, sí —dijo Nuada, risueño—. Creo que le gustas a mi familia.

Había un tono satisfecho en su voz.

—Y ellos me gustan a mí —confesé. A mi lado, el príncipe pareció resplandecer todavía más, y no pude evitar sonreír—. Por cierto, ayer dijiste que me contarías algo… ¿Qué es?

Nuada suspiró y la burbuja de felicidad en la que nos habíamos sumido durante unos instantes se rompió.

—Ahora no. Quiero enseñarte algo primero.

—¿Cuándo, entonces?

Nuada escaneó la habitación antes de contestar:

—Creo que podremos escaquearnos después de un par de bailes. —Se giró hacia mí y su sonrisa se amplió—. Además, si no recuerdo mal, ha prometido usted enseñarme a bailar al estilo de Tír.

Como si los músicos hubieran escuchado al príncipe, la melodía cambió y auguró el inicio del baile. Nuada me ofreció el brazo y yo lo cogí, agradeciendo el agarre para esconder el temblor de mis manos. Había soportado bien el nerviosismo hasta ahora, pero,

cuando noté todas las miradas de Lonmore puestas en mí, este volvió con una intensidad arrolladora. El estómago se me cerró y agradecí no haber comido nada. Al menos, podría ahorrarme las arcadas.

Sin embargo, la inquietud que Nuada había mostrado en mi habitación parecía haber desaparecido. Me condujo hasta el centro de la sala y me acercó a él. Con una mano en el hombro y la otra entrelazada entre mis dedos, me miró. Contemplé sus ojos azules una vez más, dejándome arrullar por esa calma familiar. Habían pasado los días y todavía me sorprendía esa facilidad que tenía para mostrar una faceta tranquila al mundo. Y para compartirla conmigo.

Cuando los primeros compases empezaron a sonar, esperé a que Nuada se moviera. No lo hizo, y solo entonces recordé que era yo el que tenía que liderar. Cerré los ojos un instante y dejé que mi cuerpo se inundara de la música. Conocía esa balada. Solo tenía que guiar al príncipe. Lo apreté contra mi pecho y comencé a moverme al son de la melodía. Un paso, luego otro. Y otro. Y otro más. El príncipe cogió el ritmo rápido. Sus pies se movían con torpeza, pero su sonrisa era tan amplia que parecía que era él quien me conducía por la pista de baile.

El compás de esa danza iba *in crescendo*, primero lento y luego cada vez más rápido, a medida que avanzaba la canción. Yo acomodé el paso, siguiendo a las flautas y los violines. Nuada, sin embargo, me seguía con dificultad, su expresión algo nublada por la concentración. Era la primera vez que veía al príncipe Callaghan así, de modo que lo agarré con más fuerza. Quería apaciguarlo, hacer que se sintiera seguro. Una vocecita en mi cabeza me recordó que era Finn, que no podía hacer eso. Una voz que la melodía acalló. La música lo apagó todo y solo quedamos Nuada y yo, dando vueltas en la sala.

—Estoy sorprendido —dijo entonces Nuada. Su voz me devolvió al mundo real, pero no me importó demasiado—. No me esperaba que fueras tan buen bailarín.

—¿Tengo que tomarme eso como un cumplido?

Él rio y movió la cabeza en un asentimiento.

—No ha sonado como tal, ¿verdad? —preguntó y volvió a reír—. Pero pretendía que lo fuera. Me alegro de haber añadido danzas de Tír al repertorio.

A nuestro alrededor, otras parejas se habían unido a la pista y acompañaban nuestros movimientos. Las faldas se abrían, amplias, en cada vuelta, casi tanto como las risas de los bailarines. Nuada miró a una de ellas: Saoirse bailaba con Shain Doyle, el granjero que me había salvado en el lago. Ambos tenían una actitud desenfadada, y descubrí que la joven no paraba de pisar, sin querer, los pies del pobre hombre.

—Saoirse le prometió un baile como agradecimiento por que te llevara al castillo.

—Debería ser yo el que hiciera eso… —susurré.

Nuada negó con la cabeza.

—Fue decisión de Saoirse, no tuya. Además, se la ve contenta.

Tenía razón. Contemplé a la pareja de baile con ternura unos instantes. El príncipe me sonrió y apretó mi mano en un gesto cariñoso.

La melodía dio sus compases finales y todas las parejas pararon de bailar. Yo tenía la respiración acelerada y notaba las mejillas calientes. Hacía tiempo que no me divertía tanto en un evento así. Aunque había asistido a varios bailes en Aeda, ninguno se parecía a aquel. Y no por la presencia de Nuada o por la ausencia de miradas de reproche. No, había una cercanía en el ambiente, una familiaridad que parecía unirnos. Todos reían, se divertían, charlaban. Era la pista de baile más caótica que había visto nunca. Y también la más divertida.

—¿Quieres descansar?

Dudé unos instantes antes de negar con la cabeza. El ungüento todavía hacía su función, así que no me dolía demasiado la pierna. Tampoco tuve tiempo de cambiar de opinión: los intérpretes enlazaron la canción anterior con una nueva, y la música volvió a sonar.

Me quedé paralizado, con las manos todavía sobre la piel de Nuada. No reconocía la melodía.

—¿Qué pasa?

—No conozco esta canción…

—Ah, eso es porque es una danza de Storr. Ven, te la enseñaré.

Me cogió de la mano y me condujo por la pista de baile hasta el resto de parejas. Los bailarines se habían colocado uno frente al otro, creando dos hileras a las que nos unimos. Ante mí, Nuada tenía las mejillas arreboladas por el esfuerzo y le brillaban los ojos. Un mechón de pelo se había escapado de su peinado y le caía sobre la frente. Cuando nuestras miradas se encontraron, su sonrisa se amplió, contagiosa.

La música empezó más rápida, frenética. La flautista tocaba ahora un instrumento más agudo, también de viento, que no reconocí. Era ella quien llevaba el compás de la canción. Habían subido otros músicos al escenario y la melodía de un par de tambores se unió a las cuerdas y los vientos.

A mi alrededor, todos comenzaron a bailar, alzando las rodillas y brincando sobre las puntas de sus pies. Al contrario que la anterior danza, esta era caótica y controlada a la vez: los pasos eran más complicados que los del vals tirnense, pero todos se movían al unísono. Me descubrí imitando, como podía, los movimientos del príncipe.

La melodía cambió y las dos hileras se juntaron. Cogidos de los brazos, el príncipe y yo giramos y giramos, saltando. Una carcajada desbordante se me escapó de los labios y, de pronto, no podía parar. Nuada tampoco, aunque su risa me llegaba lejana, escondida entre la música cada vez más intensa.

—¡Cambio! —gritó alguien.

Y, de repente, rotábamos hacia el otro lado. Cuando noté que mi cuerpo se descontrolaba, el príncipe me sujetó de la cintura para que no me saliera de la pista.

La música se aceleró una vez más y el baile con ella. Volvimos a la posición inicial, pero apenas había distancia que nos separara.

Brincaba a su lado, cansado: la respiración acelerada me empezaba a fallar.

—¡No puedo, Nuada! —le chillé al oído.

—¡Ven!

Me cogió de la cintura y acercó más mi cuerpo al suyo. En el momento en el que el mundo se emborronó a nuestro alrededor, quise sumergirme en el mar azul de sus ojos. No obstante, la melodía volvió a cambiar y, con ella, el baile. Los giros volvieron de nuevo, cada vez más y más rápidos. Grité. No de miedo, sino de alegría.

—No te preocupes, Finn. Yo te sujeto —me susurró Nuada.

Mis manos reaccionaron solas a esas palabras, y me aferré con más fuerza a su ropa. ¿*Qué* tenía esa voz que lograba tranquilizarme como un bálsamo?

Seguimos bailando hasta que la música cesó, por fin, y el príncipe Callaghan me ayudó a parar la inercia del giro. Me costaba respirar. Al alzar la mirada, vi que no era el único que estaba extenuado: Ronan se había despeinado y su cabello rizado le caía sobre la frente apelmazada de sudor. El moño de Nuada también se había deshecho en mechones desordenados. Imaginé que yo presentaría un aspecto similar.

—Creo que es momento de ir a descansar.

El príncipe me ofreció un brazo que acepté con alivio. Me condujo hasta uno de los bancos, al lado de las mesas llenas de comida, y me ayudó a sentarme. Ahora sí iba un poco cojo. Aun así, sentía que había valido la pena. No habría cambiado ese momento por nada: era la primera vez que sentía esa sensación exaltante en el pecho, como si la alegría se hubiera desbordado de mi corazón. Bailando con Nuada, había olvidado el resto del mundo. No pude evitar preguntarme si todo habría sido diferente de haber sentido eso en algún evento de Aeda. Quizá, si hubiera tenido una mano amiga que me llevara a la pista de baile, no me habría sentido tan desgraciado y solo en un lugar tan lleno de gente.

—Ahora entiendo por qué todo el mundo se emocionaba tanto

con los bailes —susurré para mis adentros.

—Pensaba que eran aburridos.

Ronan estaba de pie, a mi lado, con una copa llena de hidromiel y una sonrisa ladina en los labios. Se había adecentado un poco y ya no parecía que acabara de correr varias vueltas alrededor del lago.

—Nunca más diré que los bailes son aburridos —confesé—. O, más bien, nunca más diré que *todos* los bailes lo son.

Ronan rio ante la aclaración y me rodeó los hombros con un brazo.

—Así que la solución no era dejar de bailar, sino acudir al evento adecuado.

—Será eso.

—O ir con la compañía adecuada.

Nuada había vuelto y llevaba dos copas en la mano. Las dos contenían el mismo líquido rojizo que me había bebido antes: zumo de frambuesa. Me ofreció una, sonriendo. No dudé y me la bebí de un solo trago. La frescura de la frambuesa me dio nuevas energías, que agradecí. No aguantaría el ritmo de la fiesta si no comía y bebía más. Al parecer, mi apetito había vuelto con el esfuerzo.

—Hermanito, sí quieres enseñarle eso, tendríais que iros ya —comentó Ronan. Se levantó y le robó la copa a Nuada.

Él puso los ojos en blanco ante el apelativo, pero asintió. Después de levantarse, me tendió la mano con una sonrisa.

—¿Vamos?

La cogí, indeciso.

—Todavía no me has dicho a dónde.

Se encogió de hombros en un gesto enigmático.

—Eso le quitaría la gracia.

Un pinchazo de dolor me recordó que tenía una quemadura grave. El príncipe Callaghan pareció verlo, pues me pasó el brazo por la espalda y cargó con parte de mi peso para evitar que lo hiciera con la pierna herida. Al mirar atrás, vi que Ronan había vuelto a la pista de baile.

—¿No nos van a echar de menos?

—No te preocupes, Ronan sabrá qué decir para distraerlos. Es especialista en ello.

Al salir de la sala iluminada, el frío de la noche me revolvió la capa. Cogí los bordes de la tela para taparme mejor y, cuando Nuada lo notó, me acercó más a él. Avanzamos hasta un edificio que reconocí incluso en la oscuridad nocturna: la sicarería.

—¿A dónde vamos? —repetí con una nota de ansiedad en la voz.

¿Tan lejos estaba el lugar que teníamos que usar montura? Nuada posó sus manos sobre mis hombros y me miró con una intensidad inesperada. Me quedé paralizado, contemplando sus ojos azules que brillaban incluso ante la parca luz de la luna menguante.

—Te prometo que no es un sitio peligroso.

Entró en el establo y salió con dos sicas. Su musgo resplandecía bajo la luz argéntea gracias al rocío que se acumulaba en las hojas de los cuernos. Eran de un marrón precioso y suave. Uno de ellos me miró con esos ojos oscuros como pozos y soltó un bramido flojito, como de saludo.

—Buenas noches a ti también —le susurré.

Nuada me ayudó a montar e hizo lo mismo. Pronto, mi sica trotaba tras el del príncipe, y agradecí no tener que guiarlo demasiado. Con la curiosidad a flor de piel, en lo único en lo que podía pensar era en nuestro destino.



Tomamos una de las calles céntricas del pueblo. La avenida llegaba hasta la muralla, y pronto descubrí que daba a una entrada lateral. Aunque la puerta de madera era mucho más pequeña que la de la entrada principal, cupieron los dos sicas sin problemas. Los guardias, apostados a cada uno de los lados, nos hicieron un gesto de saludo antes de proseguir con su labor.

La salida daba justo a un sendero de tierra que se perdía entre los árboles. Lo había visto desde el balcón de la cuervería, pero era la primera vez que me adentraba en él. Una sensación, a medio camino entre la emoción y el miedo, se instaló sobre mi piel erizada. Nunca había entrado en un bosque de noche. Miré de reojo al príncipe: al contrario que yo, Nuada no parecía nada preocupado por la oscuridad que poco a poco se intensificaba ante nosotros.

Estábamos en la naturaleza, y sabía por experiencia qué significaba eso. Me tensé, a la espera de que las Sombras aparecieran como el día anterior. Sin embargo, por mucho que avanzáramos, ninguna se sintió atraída por nuestra presencia. ¿Era por culpa de la quemadura? Una vez más, no podía entender su comportamiento errático.

—Llegaremos en diez minutos —aseguró Nuada. Su voz sonaba apagada.

Poco a poco, la foresta se fue haciendo más densa y, con ella, las tinieblas que nos rodeaban. La única luz que teníamos era la llama del candil que Nuada sujetaba con una mano. Desde mi posición, a unos metros, esa luz parecía más bien una estrella caída de un cielo cubierto de una negrura insondable. Durante unos largos minutos, sentí que la oscuridad se lo tragaba todo.

Y, entonces, a nuestro alrededor empezaron a aparecer otras luces. Semillas, flores, setas y bichos brillaban en varios colores: el lugar parecía haber recobrado vida bajo nuestros pies. A medida que avanzábamos, ese resplandor se hizo más intenso y numeroso.

El camino se amplió en un círculo rodeado por árboles. El bosque era igual de denso fuera de ese pequeño claro, pero el interior estaba plagado de musgo y setas brillantes. Era la primera vez que pisaba el lugar. Aun así, supe al instante dónde me había llevado Nuada.

Estábamos ante la puerta a Sidhe.

# Capítulo 14

## Una puerta a otro mundo

Giré sobre mí mismo para contemplar aquel lugar que parecía tan mágico como las leyendas contaban. El brillo de la luz de la luna se entremezclaba con el de las setas y flores luminosas que nos envolvían. Su resplandor plateado cubría toda la extensión de tierra y le daba un ambiente especial al claro. Me di cuenta, entonces, de que la flora se despejaba en una línea sinuosa; un sendero creado para conducir a sus visitantes hasta la puerta. La entrada a Sidhe.

Era redonda, construida con láminas de piedra grisácea y cubierta de musgo, plantas salvajes y flores blancas. El interior resplandecía con una luz imposible, multicolor, que atraía mi mirada. Tuve que resistir el impulso inexplicable de acercarme, de atravesar ese umbral. Nuada bajó del sica y yo lo imité con torpeza. Al igual que había hecho en el baile, me rodeó con el brazo y soportó parte de mi peso para ayudarme a caminar hasta el arco rocoso. Mantuvo su agarre firme mientras nos acercábamos a la puerta, como si quisiera protegerme de la tentación.

—Cuidado, acercarse más es peligroso. —Cogió aire y me miró—. Sabes dónde estamos, ¿no? —me preguntó, su voz solo un susurro.

Asentí en silencio. Lo sabía bien. Lo que no entendía era el porqué. Miré al príncipe y noté cierto nerviosismo en sus gestos.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Hace tiempo que quería mostrarte este sitio. La puerta de Sidhe… Sé que todavía no crees en el mundo feérico, no del todo,

pero estamos en un lugar muy especial para el Clan. Aquí fue donde el rey imperfecto pactó con las Cortes para sellar los dos mundos.

—Tu madre me explicó la historia.

Nuada se acercó hasta la puerta lunar y acarició las piedras. En su expresión leí una mezcla de sentimientos que no pude reconocer. En ella se dibujaban la tristeza, la angustia, la rabia… ¿y la culpa?

—Ailish lo sabe bien. Su abuela vivió el Pacto.

Se me heló la sangre ante ese comentario. Por lo que me había contado la reina Callaghan, la guerra de los Túmulos había sucedido hacía más de once siglunares. ¿Cómo podía ser que su abuela estuviera viva hacía tanto tiempo? Nuada se giró hacia mí, en sus ojos un brillo indescifrable que no había visto nunca. Me daba la sensación de que podía leerme la mente. Con un escalofrío, recordé por qué esa impresión me era tan familiar: era la misma que notaba en la mirada de Ailish.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Qué edad tendría si eso fuera verdad?

—432 años, exactamente.

Bufé, incrédulo. Sin embargo, al abrir la boca, dispuesto a seguir su broma, vi en su expresión que iba en serio. No había ni una pizca de humor en sus ojos. Se sentó en el suelo mullido, delante de la puerta, y me indicó que hiciera lo mismo. Las luces de la noche todavía brillaban a nuestro alrededor con intensidad: era un ambiente tan tranquilo, tan mágico, que por primera vez desde que me había adentrado en el bosque, me sentí a salvo de las Sombras. No sabía por qué, pero me daba la sensación de que aquel era un lugar al que ni ellas se atreverían a entrar.

—La puerta significa mucho para el Clan, pero significa todavía más para mí. —Pude escuchar cómo tragaba saliva. Apoyó la cabeza en la roca y sus cabellos se enredaron en el musgo—. Llevo días pensando en cómo decirte esto y todavía no se me ha ocurrido nada. —Suspiró y alzó el rostro hacia el cielo, como si buscara las respuestas en la silueta de los árboles—. ¿Recuerdas que te hablé de mis padres adoptivos? Los que me pusieron el nombre que tengo

ahora.

—Me acuerdo.

—La razón por la cual Ailish me acogió es porque, cuando tenía diez años, empecé a cambiar. Empecé a mostrar un aspecto… diferente.

—¿Qué significa eso?

Nuestros ojos se encontraron en la distancia y, pese a la oscuridad, pude ver el refulgir de su mirada. Había una intensidad en ellos que no reconocí: casi parecían mimetizarse en el ambiente. Tuve que resistir la tentación de acariciarlo, de notar su piel contra la mía. De comprobar que todavía era real.

—Soy un changeling.

Pude notar la fuerza en su voz, la contundencia de lo que parecía una confesión vergonzosa. Sin embargo, esa palabra me era desconocida. Cuando me sondeó, a la espera de mi reacción, sonreí con nerviosismo.

—¿Qué es un changeling?

—Supongo que es normal que no los conozcas —dijo, ahogando un suspiro—. Después del Pacto, apenas han existido en nuestro mundo: creo que soy el primero en años. Las leyendas hablaban de nosotros como «los niños cambiados». Antes de la guerra, era común que las hadas intercambiaran sus bebés por niños humanos.

—¿Por qué? —Lo que acababa de decir me golpeó, y me incliné hacia él, incrédulo—. ¿Qué? ¿Eres una hada?

Asintió con una expresión de rabia que me sorprendió. Habría esperado alivio o satisfacción, pero no… esa furia. Cerró los ojos e hizo una mueca de concentración. Entonces, poco a poco, empezó a cambiar. Su piel adquirió un tono más paliducho, con un toque de gris extraño. Sus orejas se afilaron, el añil de sus ojos se intensificó y se tiñó de esmeralda, turquesa y otros azules vivaces. Ante mí apareció un Nuada que no acababa de ser el Nuada que yo conocía. Era extraño, y una sensación de inquietud se apoderó de mi vientre.

La transformación que duró apenas unos segundos, me dejó mudo. De todas las confesiones que podría haber esperado de él,

esa era la más inverosímil.

—*Lady* Ailish me enseñó a ponerme un *glamour* para esconder mis características feéricas —dijo él, rompiendo el silencio—. Por desgracia, no llegó a tiempo: mis padres ya me habían visto. Nunca consiguieron aceptarme tal cual era, así que Ailish acabó llevándome con ella a Eren Glen.

No encontré palabras que decirle, a pesar de que conocía bien el dolor del que me hablaba Nuada. El de saberse sin amor ni sin familia, el de existir en un vacío. En ese momento, entendí que el príncipe no era tan diferente a mí. Esa noche, por primera vez, conocía facetas imperfectas de él: lo había visto nervioso, patoso, avergonzado… Lo había visto vulnerable.

Sin poderme contener, llevé una mano hasta su piel para acariciar el vello de sus mejillas. Hacía días que no se recortaba la barba, y unos pelos incipientes empezaban a asomar. El príncipe levantó la cabeza ante el contacto y dibujó una sonrisa que me desarmó. Estaba hablando de algo tan doloroso y, aun así, Nuada podía sonreír con amabilidad. Pese a que lo habían abandonado dos veces, Nuada había continuado con su vida. Yo, al contrario, me había escondido entre las cuatro paredes de mi habitación como el cobarde inútil que era.

Noté un pinchazo en el corazón y giré el rostro para esquivar su mirada, incapaz de soportar la sinceridad directa de sus ojos.

—Ojalá pudiera ser tan fuerte como tú, Nuada…

Fue un pensamiento que se me escapó. Al instante, el príncipe me cogió de la barbilla y me obligó a encararlo. Aunque todavía se me hacía raro su aspecto feérico, vi al Nuada que tan bien conocía en el brillo sincero que mostraba su expresión.

—¿Qué tiene que ver la fuerza con esto?

El recuerdo de nuestra primera conversación, en esa zona de la capital desconocida, me sacudió. En esa ocasión había desechado su comentario sin entenderlo. Esta vez le respondí:

—Se necesita fuerza para afrontar todo lo que has tenido que vivir. Fuerza para seguir viviendo. Fuerza para encajarlo todo con

una sonrisa.

Nuada frunció el ceño.

—¿Y quién te dice que tú no tengas esa fuerza? —dijo. Bufé, y su expresión se ensombreció más—. Finn, desde que llegamos a Eren Glen, te he visto reír, bailar y bromear. Te he visto preocuparte y sufrir. Te he visto vivir. ¿Acaso no crees que eso también es una fortaleza?

—No… —Bajé el rostro de nuevo.

—No. Mírame, Finn. Quiero que veas la sinceridad en mis ojos cuando digo que eres una de las personas más extraordinarias que he conocido. Eres divertido, amable, inteligente. Y, sí, aunque no te lo creas, eres fuerte.

Agradecí que la oscuridad escondiera mi sonrojo. Me desembaracé de su agarre y me levanté, dispuesto a poner distancia entre el príncipe y yo. La necesitaba. Sus palabras me turbaban, repitiéndose como un eco indeseado en mi cabeza. Palabras que no podía creerme.

—Espera, Finn. Todavía no… —Un graznido interrumpió su voz, y Nuada alzó la vista hacia el cielo, preocupado.

Me sobresalté cuando un cuervo, negro como la noche, atravesó el claro cual rayo. El príncipe, en cambio, no pareció extrañarse: alzó el brazo e invitó al pájaro a posarse en él. Con gracilidad, el animal aterrizó sobre su hombro y empezó a picotear las plumas de su ala izquierda en un gesto cargado de orgullo, como si alardeara de haber llegado hasta ahí.

No necesitaba identificar al ave para saber que era una de las que Saoirse cuidaba en Eren Glen.

—¿Nemain? ¿Te han enviado desde el castillo?

Por un momento, tuve la sensación de que el pájaro contestaría. Lo único que hizo, sin embargo, fue extender la pata derecha, en la que había un mensaje ligado. Con cuidado, el príncipe deshizo el nudo y abrió el papel. Al instante, su rostro empalideció. Agarró con fuerza la nota y se levantó con prisas. El animal ni se inmutó: aleteó un par de veces antes de quedarse quieto en su hombro de nuevo.

—¿Nuada? ¿Qué pasa?

—Tenemos que volver —dictaminó—. Ahora.

—D-de acuerdo —farfullé.

Me encaminé hacia el sica cojeando, sin esperar a que Nuada viniera a ayudarme. Supuse que estaría tan concentrado en lo que fuera que había pasado en el castillo que no se acordaría de mi herida. Tampoco quería que lo hiciera. Podía cuidarme yo solo. Cuando montó en el cérvido y asió con fuerza la lámpara, se giró para comprobar que estaba listo.

—¿Podrás seguirme el ritmo?

—Lo haré —aseguré con más confianza de la que sentía.

Enseguida, entendí el porqué de su pregunta: cuando el animal arrancó a trotar, su velocidad era tal que la luz del candil se perdió entre la oscuridad con rapidez. Serré los dientes y espoleé a mi propia montura para intentar alcanzarlo o, al menos, seguir la pista de esa luz llameante.

El vaivén del trote y las tinieblas del bosque que rodeaba el camino facilitaron que rememorara todo lo que había pasado esa noche. Contemplé la espalda lejana del príncipe, sin saber muy bien qué pensar de su confesión. Me había dado cuenta de que Nuada guardaba un secreto durante todo este tiempo, pero nunca había imaginado que sería algo así ni las implicaciones que ello conllevaría. ¿Estaba prometido a un ser feérico? Negué con la cabeza, la simple idea me parecía demasiado. Unas horas atrás dudaba de la existencia de las hadas y ahora estaba a punto de casarme con una.

«Pero es Nuada», dijo una voz en mi interior. Fuera lo que fuera que significara eso. Aunque en el fondo, sí era consciente de la magnitud de aquella revelación. Suspiré. No era la primera vez que esquivaba mis propios sentimientos, pues conocía bien las consecuencias de aceptarlos: entregarme a ellos y volver a exponerme me podía hundir en un pozo oscuro del que temía no poder salir. Sin embargo, el Finn que quería soltarse y explorar los recovecos de mi corazón era cada vez más insistente. Me mordí la lengua y fijé la mirada en esa luz que cada vez era más pequeña,

más lejana. «No te distraigas, estúpido».

Trotamos así durante un rato que se me hizo interminable. Los seres bioluminiscentes fueron quedándose atrás, y pronto la única fuente de luz que quedó era la llama que nos guiaba a ambos. Había conseguido mantener el ritmo de Nuada, a duras penas, y sabía que, a la menor distracción, me quedaría atrás irremediablemente.

Por eso maldije por lo bajo cuando noté el tirón en el estómago, característico de la presencia de Sombras. Un dolor pesado se instaló en mi pecho y me hizo ahogar un grito. Cogí con más fuerza las riendas del sica. Si corría suficiente, las podría dejar atrás. Si corría suficiente…

La cercanía de las Sombras puso nervioso al cérvido, que se tambaleó. Lanzó un bramido que rompió la quietud nocturna y, entonces, de improviso, me tiró al suelo y arrancó a saltar hacia el interior del bosque.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —musité.

Miré a mi alrededor. La negrura se había comido la luz de Nuada y ahora solo quedaba yo, en medio de una oscuridad total. Apenas alcanzaba a ver mi propio cuerpo. Intenté retroceder, alejarme de la sensación insoportable que me presionaba el corazón. Pero no podía huir. Las Sombras habían vuelto y, esta vez, estaba seguro de que no podría librarme de ellas.

El mundo se paralizó. Los segundos se estiraron hasta que el tiempo se volvió infinito, retorcido, incomprensible.

El miedo se apoderó de mi cuerpo como si fuera la primera vez que me topaba con varias Sombras. De alguna manera, lo era, pues mis encuentros con ellas siempre habían sido bajo la luz de Aeda. Ahora que no las podía ver, ahora que mi única ventaja frente a ellas se había desintegrado entre la negrura, sentía que todo había acabado antes de empezar. Estaba paralizado como la aguja de un reloj roto, sin saber qué dirección tomar.

Había algo de poético, de cruel, en esa muerte.

«No, Finn. No malgastes tu último aliento con la desesperanza» pensé. Era algo que habría dicho Lean, algo que sonaba a Nuada. Yo

quería creer en ellos de la misma forma en la que ellos creían en mí. Me pellizqué la mejilla para reaccionar y retrocedí un par de pasos. Si iba a morir ahí, no lo haría escondido, huyendo. Por una vez, quería mirar a ese terror de frente.

El viento removió las copas de los árboles y la luz de la luna cayó sobre mí como una lluvia plateada. No ofrecía mucha más iluminación, pero me permitió distinguir las Sombras de la oscuridad. Había muchas, demasiadas. Algunas eran lisas, parecidas a un guijarro. Otras eran bulbosas, como si el líquido bajo su piel estuviera hirviendo. Sus protuberancias, esos tentáculos de humo solidificado, se estiraban hacia mí con pereza, sin pausa. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo enfrentarme a ellas?

Analicé todos los monstruos que podía distinguir de la penumbra forestal. La Sombra más cercana estaba a apenas unos centímetros, a mis espaldas. Justo por la ruta más accesible para huir. Solo tenía que saltar por encima de ella y retornar al claro de Sidhe. Quizá no pudieran acceder al círculo de hadas. Y, si lo hacían, al menos tendría mejor luz para esquivarlas. Ahí podría esperar al sol o a Nuada, lo que fuera que llegara antes. Si algo bueno tenían esos seres es que eran lentos y patosos, por lo que, si corría suficiente, tendría una posibilidad.

Cogí aire y respiré hondo. Conté hasta tres. Pasaron dos segundos, cuatro, cinco. Cuando ya pensaba que no me atrevería, que no sería capaz, mi cuerpo respondió por sí solo. Salté. Me impulsé por encima de la Sombra y aterricé al otro lado con los dos pies juntos. ¡Lo había conseguido!

No tuve tiempo de cantar victoria. La pierna herida se resintió por el impacto y me falló, haciendo que cayera de bruces sobre la hojarasca otoñal. Un dolor agudo, intenso, me atravesó el tobillo, cerca de la quemadura. Podía reconocer bien esa sensación, pues era la misma que me había afectado en el lago: una Sombra me estaba tocando.

—¡No!

Me desgañité, intentando librarme de su agarre, y retrocedí hacia

atrás gateando con todas mis fuerzas. Apenas me quedaban. La pierna me abrasaba tanto que estaba seguro de que volvería a perder la consciencia, como había sucedido en el lago. Si eso pasaba, no volvería a despertar.

—¡Finn!

Un destello iluminó la noche y, de repente, un haz de luz se clavó en la Sombra que me sujetaba. El ser se desintegró en un polvo similar a la ceniza. Liberado, con la voz rota por el dolor, seguí reculando hasta alejarme del resto. Y entonces vi cómo Nuada aparecía de entre los árboles, trotando a una velocidad casi imposible. Llevaba un arco de luz azulada en la mano, tan alto como él. Cuando el príncipe desmontó con premura y se arrodilló ante mí, el arma desapareció en volutas de humo azul, como si nunca hubiera existido.

Me llevó con cuidado hasta un árbol y me ayudó a sentarme contra su tronco. El mal me obnubilaba la mente y apenas podía concentrarme en nada, pero su tacto cálido y su voz suave me abrazaron. Abrí los ojos y, entre la bruma del dolor, lo vi: su frente estaba amarada de sudor y sus ojos, inundados de preocupación.

—¿Estás bien?

Asentí, aunque «bien» era la última palabra que habría usado para describir cómo estaba. «Confuso» se habría parecido más. «Aterrorizado o adolorido» habría sido más realista.

—¿Dónde está tu sica?

—Huyó —musité—. ¿De dónde has sacado el arco? —pregunté a mi vez.

Nunca había visto algo parecido. El arco se había desvanecido como si estuviera hecho de luz. Bajo el tenue resplandor de la luna, todavía semiescondida entre las ramas, me fijé en sus manos vacías, a la espera de que el arma apareciera de nuevo.

Antes de que Nuada dijera algo, el hedor de las Sombras volvió a mí como el oleaje de una marea temprana, y me giré en su dirección. Se acercaban a nosotros poco a poco, impulsadas por mi presencia.

—¿Qué pasa? —preguntó él, leyendo el terror escrito en mi rostro.

—No… no es nada.

—Finn, por favor. Sé que todavía no confías plenamente en mí… pero necesito saberlo. Necesito que me digas dónde están.

—¿Eh?

Alcé la mirada, confuso. ¿A qué se refería? ¿Es que acaso Nuada conocía la existencia de las Sombras? No, no podía ser, ¿verdad? Sus ojos, siempre sinceros, me atravesaron y fue en ese momento en el que entendí que el príncipe, de alguna manera, conocía su existencia.

Intenté retroceder, asustado de repente, y me golpeé la espalda contra la corteza del árbol. ¿Cómo lo había adivinado? ¿Se lo había dicho mi padre? No, eso no podía ser. Mi padre tampoco conocía mi maldición. Entonces, ¿qué era? ¿Y por qué había fingido todo ese tiempo que no tenía ni idea?

—Finn…

—¿Cómo sabes que puedo verlas? ¿Tú también las ves? ¿Puedes notar las Sombras? ¿O solo te estás riendo de mí, de mis debilidades?

Nuada me cogió con fuerza de los brazos.

—Sé que quieres averiguarlo todo, Finn. Y te prometo que, cuando esto acabe, te lo contaré. Pero, por la Diosa, necesitamos sacárnoslas de encima ahora. Antes de que vuelvan a hacerte daño.

—¿Qué más…?

No pude seguir hablando: la peste me taponó la nariz y empecé a toser. Nuada me sujetó con su mano artificial, que había perdido el guante, y me levantó como pudo. Bajo mi piel, noté cómo su cuerpo estaba tenso, en una posición que auguraba peligro. Lo cogí fuerte por el hombro y miré a todos los lados de la foresta. Con la llama del candil y el fulgor lunar, podía ver la posición de las Sombras mucho mejor.

Estábamos rodeados.

El mundo se me cayó encima. Boqueé, intentando buscar aire

para respirar, y lo único que me entró por las fosas nasales fue el terrible hedor de las Sombras. ¿Lo sentía también él? La idea de que había escondido en vano mi capacidad para ver esos seres me mareaba. ¿Desde cuándo lo sabía el príncipe? ¿Por qué no me había dicho nada? Las dudas me zarandeaban, y yo solo quería gritar.

Me apreté el pecho, notando el palpitar acelerado de mi corazón. Iba tan rápido que me daba la sensación de que, en cualquier momento, se me saldría de la boca y lo vomitaría ahí mismo, sobre el lecho de hojas del bosque. Rojo otoñal contra rojo sangre.

En esa espiral de terror y oscuridad, una mano me agarró con fuerza. Ese gesto, tan simple y a la vez con tanto significado, me salvó.

—Cálmate, Finn. Estoy aquí contigo. —La voz de Nuada era un bálsamo en el que me quise refugiar—. Yo no puedo verlas, pero, si tú me guías, podremos salir de esta. —Apretó mi mano—. Respira hondo. Puedes hacerlo. Tengo absoluta confianza en ello.

Una sensación de calidez se adentró en mi pecho. Era casi como escuchar la voz de Lean, como volver a sentir su mano sobre la mía. Me dejé guiar por sus palabras y cogí aire. Cuando el oxígeno entró en mis pulmones, me dio la sensación de que salía a la superficie después de un largo buceo: ahora podía ver con claridad.

Su mano apretaba la mía. Su espalda cubría la mía. Su calor envolvía mi cuerpo frío.

Lo pude distinguir entonces. Pese a la peste y los gemidos, pese al miedo y el dolor, pude ver con lucidez todo lo que me rodeaba, como si la oscuridad se hubiera vuelto más diáfana.

—¿Cuál está más cerca?

Como si esas palabras invocaran el arma, en la mano artificial de Nuada apareció, de nuevo, el arco. Su luz azulada iluminaba el lado izquierdo de su rostro y le daba un aspecto enigmático.

—¡Ahí! —grité. Señalé una Sombra que caminaba a dos patas y que se acercaba más de prisa que las demás—. ¡A tu derecha, en el suelo!

Sin un atisbo de duda, Nuada siguió la dirección de mi dedo,

estiró la cuerda invisible del arco luminoso y disparó. Un nuevo haz de luz alumbró la noche y se clavó en la Sombra bípeda, disolviéndola en el mismo polvo negro y pesado.

—Ahí hay una grande —dije y señalé hacia una que se escondía detrás de un tronco. Nuada disparó—. Ahí hay otra, por el suelo.

El príncipe obedecía sin rechistar, y yo cada vez me sentía más seguro con mis indicaciones. Por primera vez en mi vida, me veía capaz de enfrentarme a esos seres. Con precisión, fui señalando su posición, una a una. Las flechas seguían la trayectoria indicada con exactitud milimétrica y desintegraban a cualquier Sombra que estuviera en su camino.

¿Cuánto tiempo estuvimos ahí? Cada proyectil mataba una Sombra, pero estas seguían apareciendo, una tras otra. Me pregunté si esa extraña arma de luz tendría un límite de munición o si tendríamos que estar ahí toda la noche hasta que el sol despejara algo el camino.

—¿Quedan muchas? —me preguntó Nuada con un hilo de voz. Respiraba con dificultad.

Miré a mi alrededor. Quedaban. Siempre quedaban más. ¿De dónde habían salido tantas? Nunca, ni en mis peores temporadas, había visto un cúmulo tan grande. A la luz del arco, descubrí que las hojas rojizas del suelo se estaban tiñendo de la ceniza negra que quedaba tras la muerte de cada uno de esos seres. La única prueba de que estábamos haciendo algo.

—No… no lo sé —confesé.

—No sé cuánto más podré… aguantar.

Apreté su mano y señalé otra Sombra. Él disparó. Pero noté su agotamiento en el movimiento de su cuerpo, en la falta de reflejos. No podíamos continuar así. Sondeé nuestros alrededores. El camino seguía plagado. ¿Y si intentábamos esquivarlas corriendo? No. Así no lograríamos nada.

—Tenemos que irnos —farfulló.

—¿Cómo? No podemos montar los dos en el sica.

Otra Sombra me atacó, y yo esquivé como pude el tentáculo que

se alargaba hacia mí. Sentía que mi velocidad, de por sí no demasiada, se resentía por el cansancio. No solo era Nuada: yo tampoco aguantaría mucho más.

—¿Y si te vas tú y avisas a Lonmore? A mí no me pueden hacer nada —propuso.

—No. O nos vamos los dos o ninguno.

El príncipe me atravesó con la mirada con una expresión a medio camino entre la diversión y la suspicacia.

—Pues tendremos que montarnos los dos en el sica. No hay otra solución.

—No aguantará nuestro peso…

—Si no he calculado mal, nos quedan 4 kilómetros hasta Lonmore. Una vez ahí, podremos desmontar.

Nuada dio un paso adelante, como si quisiera comprobar sus alrededores. Y, entonces, pasó algo imposible. Las Sombras se apartaron de su pie.

Era habitual que los monstruos rehuyeran de las multitudes. Lo había visto en muchas ocasiones y solía aprovecharme de ello, refugiándome en las calles más atestadas. Aun así, eso no significaba que la presencia de otra gente pudiera ayudarme. En muchas ocasiones, había visto cómo se enganchaban a algunos humanos en particular, alimentándose de ellos. O cómo los rozaban. Sí, las Sombras no se encontraban a gusto cuando había muchas personas. Pero tampoco eran inmunes a su presencia.

Así que no tenía sentido ese comportamiento. Que una se apartara de Nuada no era extraño. Que lo hicieran todas, a la vez… era imposible.

—Nuada, espera.

Giró la cabeza hacia mí, sin entender; el arco alzado, a punto para disparar.

—Da un paso al lado.

Desconcertado pero complaciente, el príncipe obedeció. De inmediato, las Sombras se alejaron, como si fueran gotas de aceite en un vaso de agua. Fruncí el ceño y Nuada se acercó a mí,

preocupado.

—¿Qué pasa?

—No puede ser…

—¿Finn, qué pasa? —exigió.

Lo miré. Miré a las Sombras, que habían vuelto a ocupar el mismo lugar. Y, sin embargo, nunca se acercaban por su lado. Siempre se mantenían a una distancia prudencial del príncipe. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora? Todas habían atacado por mi lado, como si él estuviera rodeado de una protección invisible que los seres no podían traspasar.

—Nuada, las Sombras… las Sombras no pueden tocarte.

# Capítulo 15
## Los hijos de la diosa

—¿Eso no es lo normal?

Negué con la cabeza.

—Lo normal es que no se acerquen a las multitudes. Lo normal es que ignoren a ciertos humanos. Pero… ¿apartarse? No, no lo es.

El príncipe pareció inquieto ante esa idea. Tuve la tentación de dejarlo estar, de no presionarlo con el tema. Pero, si tenía razón y las Sombras no podían tocarlo, quizá había una posibilidad de salir de ahí que no implicara matar de agotamiento a nuestra montura.

—Las Sombras te evitan, Nuada.

—Lo dudo.

—Sí, lo he visto —aseguré con una vehemencia que sonaba extraña en mi voz—. Y si es así… Nuada, podemos salir de aquí ahora.

La mirada se le iluminó y los labios se le torcieron en una sonrisa involuntaria.

—¿Sí? ¿Cómo?

Abrí la boca para contestar. De repente, fui consciente de lo que quería pedirle, y un sonrojo me cubrió las mejillas. «No seas estúpido, Finn», me susurró mi consciencia, «este no es momento para dejarse llevar por la vergüenza». Me pellizqué el dorso de la mano para olvidar mi bochorno y contesté:

—¿Puedes… —carraspeé—… puedes alzarme? Desde ahí las Sombras no podrán atacarme. Y son lentas, una vez las hayamos dejado atrás, puedes montar en el sica mientras yo te sigo.

Nuada se quedó mirándome unos instantes. Y, entonces, inesperadamente, estalló en carcajadas. Era una risa contagiosa, cantarína.

—Perdona, no me río de tu idea —explicó—. Solo es que… me has parecido muy mono al decir eso.

El sonrojo aumentó, y aparté el rostro para disimularlo.

—Entonces, ¿es un buen plan o no?

Su respuesta fue alzarme en brazos hasta su pecho. Lo hizo con una facilidad insultante, y mi cabeza, taimada como solo ella sabía serlo, me recordó las palabras del granjero que me había salvado dos noches antes: «No pesáis mucho más que una de mis caoras», había dicho. Maldito él y malditas sus caoras.

—Vaya, el señor Doyle tenía razón…

—Ni se te ocurra —musité.

—No creo que sea algo insultante, Finn. Y, mira, pesar poco puede resultar útil. Gracias a eso, ahora podemos huir de las Sombras.

—Aun así, ni se te ocurra.

Me sonrió y no dijo nada más.

De esa guisa, iniciamos la lenta marcha. Yo sujetaba las riendas del sica, que nos seguía, obediente, y Nuada me llevaba en brazos, lo suficientemente alto como para poder esquivar los tentáculos de las Sombras. Así, caminamos durante cinco largos minutos. Al poco tiempo, noté cómo el príncipe empezaba a sudar y me tensé, intentando molestarlo lo mínimo posible.

—Nuada.

—¿Sí?

—No es la primera vez que oyes hablar de las Sombras —dije. No era una pregunta—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

El príncipe suspiró y alzó la mirada para no toparse con la mía. Contemplé su rostro desde abajo, su barba incipiente, sus ojos

azulados. Era un rostro al que había aprendido a interpretar con el paso de los días. Y ahora podía leer su incomodidad en él.

—Nosotros las llamamos *taran*. Espíritus.

—¿Qué son?

Nuada suspiró.

—Te he prometido que te lo contaré y no voy a romper mi promesa. Pero será mejor que sea Ailish quien te lo explique.

—Quiero respuestas, Nuada —exigí—. Quiero saberlo todo.

Ahora sí, bajó el rostro hacia mi dirección y nos miramos.

—Y las tendrás —repitió—. Te lo prometo.

Tardamos varios minutos más en alejarnos lo suficiente de las Sombras. Una vez lejos del peligro, Nuada me ayudó a montar en el cérvido y, entonces sí, acabamos de cruzar el bosque. El viaje de retorno se me hizo eterno, en un silencio cargado de dudas. Sin embargo, esa noche había descubierto mucho más sobre mí mismo y sobre Nuada que en todos los días anteriores juntos.

Rememoré sus orejas puntiagudas, que volvían a estar escondidas ahora con su *glamour*. Recordé su expresión compleja que no podía entender. Evoqué su silueta, disparando con el arco, elegante y decidida.

Algo me decía que esa noche era solo la punta del iceberg de los secretos que se escondían tras las murallas de Lonmore.



Pasaron menos de tres horas desde que el cuervo nos había enviado la misiva hasta que pisamos la plazoleta de la entrada a Eren Glen. Tres horas que se me habían hecho infinitas. Sentía todo mi cuerpo magullado y cansado. Las dos quemaduras, tanto la nueva como la vieja, palpitaban bajo la ropa medio rota.

Había un silencio insólito en el patio de armas. La puerta de la

sala de audiencias, colindante al castillo, estaba abierta y chirriaba en sus goznes, movida por el viento. La luz de la luna entraba en ángulo al interior y permitía ver los restos del baile que habían sobrevivido a la noche: las decoraciones seguían colgadas de las vigas, la comida sobre las mesas. Sin embargo, había algo raro en la escena. Algo que no encajaba.

Entonces, lo vi. Los bancos, tumbados en el suelo. Las marcas de rueda de carruaje que paraban ante la puerta. Las gotas de sangre. Cogí el brazo de Nuada para avisarlo, pero no era necesario: en su rostro estaba escrito el mismo terror que me atenazaba el pecho.

—¿Estarás bien? —preguntó.

Asentí y, sin esperar ni un instante, Nuada dio media vuelta y corrió hacia el interior del castillo. Yo bajé con cuidado del sica y lo llevé hasta el establo. Ahí me topé con un carruaje que no pertenecía a los Callaghan. El vehículo estaba destartalado, con las ruedas llenas de barro y la pintura levantada en los bajos. La puertecita estaba entreabierta. ¿Qué había pasado durante nuestra ausencia? Era obvio que aquel carruaje desmadejado y la nota que había llegado con el pájaro estaban relacionados.

—¡Finn!

Saoirse llevaba a un cuervo sobre el brazo y tenía los ojos anegados de lágrimas. En cuanto me detectó, se abalanzó sobre mí y me rodeó en un abrazo estrecho de los suyos. Vigilando para no molestar a Nemain, se lo devolví.

—¿Saoirse? ¿Qué ha pasado?

—Ay, Finn, ¡estaba tan preocupada! No volvíais y os estábamos esperando para el baile final, y entonces han llegado y, claro, os necesitábamos aquí, pero no sabíamos si enviaros un cuervo o no. Yo estaba decidida a hacerlo y Ronan me decía que no, que no os quería molestar. Hasta que ha venido *lady* Ailish, claro, y entonces nos ha dicho que os enviáramos a Nemain. Os ha llegado, ¿verdad? —Me miró con intensidad—. Es el cuervo más rápido y bonito, aunque bonitos lo son todos, ¿no crees?

Saoirse estaba más ansiosa que nunca. Le acaricié la espalda con

torpeza para intentar calmarla.

—No pasa nada, Sao. Estamos bien. Solo hemos tenido un pequeño… percance.

—¿Percance? —preguntó, su voz un tono más agudo por la ansiedad—. ¿Qué clase de percance? Ay, por la Gran Diosa, no necesitamos más percances esta noche, la verdad. Aunque, claro, tampoco es que podáis evitarlo, ¿no? ¿Qué ha pasado?

—¿Dónde están los demás? —Rehuí de su pregunta con otra—. ¿Dentro?

Saoirse asintió con un gesto apenado y pasó su mano por mi cintura para ayudarme a caminar. Juntos, recorrimos la corta distancia que nos separaba de la entrada. En el interior, nos esperaba un vestíbulo tan iluminado que parecía que había salido el sol entre sus paredes. Una multitud de velas decoraban diferentes candelabros, uno de los cuales Saoirse cogió para guiarnos por los pasillos en penumbra. Cojeé hasta la biblioteca, mientras la princesa parloteaba sobre el baile y lo sucedido. Sin embargo, estaba tan nerviosa que sus frases se cortaban y derivaban hacia derroteros que yo no lograba entender.

Con la luz, pude ver el aspecto de la muchacha pelirroja. Su pelo estaba más enmarañado de lo habitual y tenía los ojos enrojecidos por culpa de las lágrimas. Su vestido, inmaculado cuando nos habíamos ido de la fiesta, estaba destrozado, con los bajos deshilachados y sucios. ¿Qué había pasado?

Los metros que separaban el vestíbulo de la biblioteca me parecieron kilómetros. Llegué a la puerta, resollando; no sabía si por el cansancio o por mi debilidad. Lo más seguro era que fuera un poco por los dos. Había sido una noche movida.

—Mi hermana… —La voz era de una desconocida y estaba llena de aflicción.

Al abrir la puerta, me encontré con que toda la familia Callaghan estaba reunida alrededor del fuego. Ailish, sentada en una butaca, se cruzaba de brazos. Sus cejas dibujaban una sola línea, cargada de una rabia que nunca había vislumbrado en ella. A su lado estaba

Moira, de pie, y más separada del resto.

En el suelo, sobre la alfombra, había dos mujeres. Una estaba quieta, paralizada. La otra sollozaba tanto que era imposible entenderla. Ronan le cogía la mano, intentando tranquilizarla.

—Mi hermana está…

Entonces fue cuando me fijé en la otra mujer. Noté cómo se me helaba la sangre de la impresión. Retrocedí un paso con la pierna mala y, al apoyar el peso sobre ella, la quemadura me envió un ramalazo de dolor que me tiró al suelo. Paré la caída con las rodillas y las manos.

—¿Finn?

Nuada levantó la cabeza. Estaba al lado de la otra mujer, y yo quería decirle que se fuera, que se alejara de ella. Pero no me salían las palabras. Mi garganta se había cerrado y sentía que ni el aire ni la voz podrían salir nunca de ella. Tenía una Sombra ante mí. Bajo un techo. ¿Cómo podía ser? Cuando ahogué un grito, el ser giró la cabeza hacia mí y plantó sus ojos dorados en los míos. Había inteligencia en ellos. Había una consciencia.

El príncipe se me acercó y me ayudó a incorporarme.

—¿Qué pasa, Finn? Estás más pálido de lo normal.

Tragué saliva de nuevo y nuestras miradas se encontraron. Pude ver que sabía que algo iba mal al instante: sus pupilas se dilataron de la preocupación y el miedo.

—¿Qué es?

—Esa chica… —susurré—. Esa chica tiene una Sombra encima…

—Esta chica, Finn, es una hija de Morrigan —dijo Ailish, levantando la voz. Todos se giraron para mirarme y me encogí—. Igual que tú. Igual que todos los Callaghan que hay bajo este techo.

La reina del Clan me penetró con la mirada, y pude ver el peso de su edad en sus ojos verdosos. Y presentí al instante que tenía razón. No sabía qué tenía que ver la Diosa en todo esto. No sabía qué significaba ser hijo de Morrigan. Lo único que sabía era que, fuera lo que fuera eso, yo formaba parte de ello.

# Capítulo 16

## Promesas rotas

Se hizo un silencio sepulcral en la sala, solo roto por los sollozos de la muchacha desconocida. Las miradas de la familia Callaghan me incomodaban, pero ni aun así me encogí. Por una vez, planté los pies en el suelo y alcé la barbilla. Quería saberlo todo. Llevaba toda mi vida buscando respuestas sin tener idea de dónde poder encontrarlas. Y, en ese instante, después de diecinueve años, veía una luz al final del túnel.

—¿Qué significa eso?

Mis palabras rompieron el hechizo, y la quietud tensa que nos había rodeado se deshizo. Ronan volvió a centrarse en la muchacha. Saoirse, en su madre. Nuada, en mí. El príncipe se inclinó y me cogió del brazo para intentar llevarme fuera de la biblioteca.

—Será mejor que descansemos. Mañana podremos hablar sobre todo esto.

—No —objeté. Y había tal firmeza en mi voz que él me miró, sorprendido—. Llevo toda la vida queriendo comprender esto. Lo que sea que es esto. Sé que *lady* Ailish tiene razón, que formo parte de algo más grande. Y necesito entender qué es. —Con cuidado, cogí su mano y la aparté—. Para mí, ver las Sombras es una maldición. Creo que tengo el derecho de saber, al menos, quién es el responsable de ello.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. El ambiente de la sala se había enrarecido, y yo era consciente de que era por mi culpa. Pero no me amedrenté. A pesar del cansancio del viaje, a pesar del dolor de las quemaduras, la determinación de saber me alimentaba de energía.

El suspiro de Nuada cortó la opresión que reinaba en la biblioteca. Miró a su madre antes de contestar un «de acuerdo» que sonó por toda la estancia. Como si Ailish hubiese estado esperando esas palabras, se levantó y se acercó a la muchacha sollozante. La chica pareció estremecerse ante su cercanía. La reina se arrodilló y posó las manos sobre sus mejillas húmedas: los temblores de la chica se atenuaron. Poco a poco, las convulsiones y los gemidos se fueron calmando hasta convertirse en un llanto silencioso.

—Nealie, quiero que me escuches con atención —le dijo. La chica asintió, sus ojos enormes clavados en la reina—. Quiero que acompañes a Anna —señaló una sirvienta que acababa de entrar con el té—, hasta la habitación que ella te indique. Y quiero que descanses bien.

—Pero Enyd… ¡Mi hermana está mal!

Ailish asintió. Cogió sus dos manos y las estrechó contra su pecho.

—Lo sé. Haremos lo posible por ella. Pero estás cansada, ha sido una noche larga. Mañana por la mañana hablaremos de lo que le pasó a Enyd. Ahora toca descansar.

La muchacha llamada Nealie bajó la mirada hasta sus manos, todavía envueltas por las de la reina Callaghan.

—No creo que pueda dormir…

La sonrisa de Ailish se ensanchó. Estaba tan acostumbrado a su expresión seria y regia que me sorprendió ver la calidez que desprendía ese gesto. Al parecer, Nealie también quedó embelesada con ella, pues no rechistó más.

—Anna te traerá una infusión para calmar los nervios. Finn, el nuevo miembro de la familia, nos enseñó la receta, y verás que te ayudará muchísimo a dormir.

Miré a Moira, sorprendido. Recordaba haberle comentado que la infusión de caléndula, tomillo y semillas de fenogreco ayudaba con el insomnio, pero me sorprendió que esa información hubiera llegado a *lady* Ailish. Estaba tan concentrado en eso que tardé en darme cuenta de que la reina me había incluido entre los Callaghan. «El nuevo miembro de la familia», había dicho. Sonaba tan irreal que tuve que pincharme el brazo para asegurarme de que no estaba soñando. Sin poderlo evitar, mis dedos se pasearon por los broches de ala de cuervo que aún llevaba en el cuello de la camisa. El símbolo Callaghan. El símbolo familiar.

La joven cedió y se dejó guiar por Anna hasta una de las habitaciones de invitados. Otra doncella se llevó a su hermana, susurrándole palabras de ánimo que la chica vacía no parecía escuchar: al contrario que Nealie, ella y su Sombra se dejaron movilizar sin decir palabra, sus pasos vacilantes y temblorosos. La quietud que dejaron tras de sí me estremeció.

La expectativa de la conversación borró cualquier mal presentimiento. Temía que Ailish se arrepintiera y rechazara mi petición. Al contrario. Cuando la puerta de la biblioteca se cerró tras la espalda de las dos hermanas, la reina se sentó de nuevo en su sillón e hizo un ademán para que el resto hiciéramos lo mismo. Ronan y Saoirse se acomodaron en una butaca, como si necesitaran la compañía del otro. Moira ocupó la otra. Yo me senté con cuidado sobre un cojín, en la alfombra, pues notaba los aguijones de dolor que me enviaba la pierna: necesitaba estirarla. Me sorprendió cuando Nuada se sentó a mi lado, tan cerca que notaba el calor de su brazo.

Ailish nos miró a todos. En esa posición, sentía que éramos solo niños esperando a escuchar una historia emocionante. Una parte de mí, de alguna manera, lo era.

La reina Callaghan se tomó su tiempo. Llenó de té todas las tazas de la bandeja que había traído la doncella, preparando cada bebida según las especificaciones de cada uno. Le puso dos terrones de azúcar a Ronan, un poco de leche a Saoirse, un toque de limón a

Moira y se lo entregó, tal cual, sin edulcorar, a Nuada. Solo cuando quedaban dos tazas alzó la mirada y me interrogó con ella.

—Un terrón de azúcar y un chorro de limón —musité.

Ella siguió mis indicaciones con una sonrisa. Era su expresión habitual, aunque, después de haber visto el gesto que le había dedicado a Nealie, me dio la sensación de que era más amable, más cercana.

—¿Cómo era la Sombra que llevaba encima esa chica, Finn?

Su pregunta me pilló de improviso. No solo porque había usado mi palabra, Sombra, en vez de la suya, *taran*. También por la naturalidad de su voz, como si el hecho de poder ver esos seres no fuera nada extraño. Me dio la sensación de que esa era una conversación que Ailish había tenido más veces.

Farfullando, sin encontrar las palabras adecuadas, hice lo que me pedía. Intenté especificar, con todo lujo de detalles, cualquier elemento que hubiera notado en el ser negruzco. Sus ojos dorados, su forma sinuosa, su aspecto como de humo solidificado. Le hablé de que me había encontrado otras Sombras así, y le describí la de la chica en Aeda y la de la joven en Leesine. Con un dolor sordo en el pecho, le hablé también de la que había llevado mi hermano encima el día de su desaparición, aunque no dije que lo sabía gracias a un sueño.

—Gracias —dijo cuando acabé—. Siempre me había preguntado cómo eran las *taran*.

—¿No las puedes ver?

Ailish negó con la cabeza.

—Solo las noto.

—¿Qué son?

—Espíritus. Eso es lo que significa *taran* —explicó. Asentí, consciente de ello. Era un modismo de la región este de Balainn que ya no se usaba en Aeda—. O, más bien, lo que queda de ellos. Verás, cuando morimos, nuestras almas acaban en los salones de Morrigan. La Gran Diosa nos protege hasta que podamos volver a la tierra, volver a vivir.

»Pero las emociones negativas, los malos pensamientos, el dolor, el odio, la envidia… todo eso se queda aquí. Hay algunas personas que apenas dejan huella, y sus emociones negras se evaporan con el tiempo. Otras… otras han acumulado tanto odio que su esencia es suficientemente fuerte como para sobrevivir en el mundo después de que la Diosa se lleve el espíritu.

Ailish cogió aire antes de continuar, como si fuera un tema doloroso para ella.

—Hay casos peores aún. Hay algunos espíritus que se consumen por esas emociones negativas.

—¿Qué les pasa a esas almas?

—Mueren para siempre —dijo con gravedad—. Nunca más volverán a los salones de la Gran Diosa. Nunca más podrán formar parte de la vida de Balainn.

Tragué saliva, incómodo. En mi imaginación, esas Sombras eran almas que se habían quedado atrás, ancladas en el mundo por alguna razón que desconocía. Seres que pagaban así las consecuencias de sus malas acciones. Pero la realidad era mucho peor de lo que esperaba, pues… ¿qué les deparaba a esas almas buenas que habían tenido una mala vida? ¿Podía la tristeza ser tan fuerte que acabara convirtiendo la bondad en… eso? ¿Acabaría yo así también; todas mis inseguridades transformadas en un ser negruzco y temible?

Una caricia suave me desconcertó. Al bajar la mirada, vi que Nuada había capturado mi mano con la suya. Entre sus dedos, noté ese cariño que siempre me transmitía, y me sentí más ligero y menos apesadumbrado, gracias a él.

Interrumpiendo a la reina, Yilda entró con una bandeja que conocía bien: llena de vendas y tarros. Me asesinó con la mirada e hizo una reverencia ante Ailish antes de hablar:

—¿Puedo revisar la pierna del príncipe Finn? He visto que estaba herido y me gustaría desbridar su quemadura para que no se infecte.

La reina asintió, y la doncella se arrodilló a mi lado. Sin apenas

mirarme, destrozó el pantalón, quitó las vendas y analizó el estropicio. Chistó, como si la herida fuera mi culpa, y empezó a trabajar con esos dedos rápidos y hábiles. Me concentré en la cara de Ailish para no fijarme en el dolor que cada tirón de piel muerta me provocaba. Yilda no estaba siendo delicada como por la mañana y, en parte, intuí que me lo merecía. Nuestra excursión a la puerta de Sidhe había echado por tierra todo su trabajo, así que ahora me tocaba pagar las consecuencias.

Cogí aire, intentando ignorar el dolor, antes de volver a romper el silencio:

—¿Por qué? —pregunté. Ella ladeó la cabeza, sin entender—. ¿Por qué yo? ¿Por qué solo yo puedo verlas?

—No estás solo, Finn —aseguró Nuada. Su tono de voz era acogedor e intenso—. Antes, en la entrada de Sidhe… Hay una cosa que no he podido decirte.

Aunque lo había intuido, noté cómo me estremecía. Sin embargo, el príncipe me apretó la mano y su calor me traspasó la piel con facilidad. Todavía me sorprendía esa habilidad innata que tenía y que conseguía tranquilizarme con solo un gesto, un apretón, una sonrisa.

—El día que nos conocimos, en tu habitación, me pediste que te explicara mis razones para aceptar el compromiso. Prometí contártelo en el viaje y… rompí esa promesa. Todo lo que te dije en el carruaje es verdad, pero no es toda la verdad. —El sonrojo cubrió las mejillas de Nuada, pero él ignoró su vergüenza y siguió hablando —: No te expliqué que había una razón por encima de todas las demás, una que pesaba más que nada. —Cogió aire antes de continuar—: Fui a Aeda con la intención de prometerme contigo. Sabíamos que sería la única manera de sacarte de ahí, de liberarte de tu padre.

—No lo entiendo —confesé—. ¿Cómo descubristeis quién era?

—Estábamos buscándote, Finn —medió Ailish—, porque eres uno de los nuestros. Eres un hijo de Morrigan.

Otra vez ese concepto y, de nuevo, la sensación en mi vientre de que había algo familiar en él. Miré a los Callaghan, a la espera de

que continuaran, pues intuía que faltaba mucho por explicar.

—Finn, ¿recuerdas la historia que te conté sobre la guerra contra los Tuada? ¿Sobre cómo la Gran Diosa perdió su lugar en los Bosques infinitos por ayudar a los humanos? —me sondeó Nuada. Asentí—. La Gran Dama no solo los ayudó a ganar la batalla. Dotó a algunos de una Gracia, un poder; y creó así a los Hijos de Morrigan.

—Hay muchas Gracias diferentes —continuó Saoirse—. Yo, por ejemplo, puedo hablar con los cuervos.

—¿Por eso te encargas tú de la cuervería? —le pregunté a la pelirroja. Ella asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y el resto?

—Yo soy capaz de sentir las conexiones con la Diosa —dijo Ailish —. Es decir: puedo detectar y rastrear a los que son como nosotros.

La cabeza me daba vueltas. Había sido una noche larga, por lo que absorber tanta información me mareaba. Aun así, vibraba de la emoción. Después de diecinueve años buscándola, había encontrado esa conexión que tanto anhelaba. Esa afirmación de que no estaba solo.

Tenía tantas preguntas… la montaña de dudas que las palabras de Ailish habían levantado era tan alta que apenas alcanzaba a ver la cima. Y, sin embargo, la primera que me vino a la cabeza no fue sobre los dones ni sobre la Diosa.

—¿Por qué me lo habéis escondido todo este tiempo?

Era una cuestión dirigida a toda la familia Callaghan, pero mi mirada estaba fija en Nuada. Era la primera vez que lo veía así, tan abatido. La carga de la que me había hablado Ailish parecía pesar ahora sobre sus hombros más que nunca. Fue ella la que contestó por él:

—Fue por tu padre. Después de lo que pasó con Lean… no queríamos arriesgarnos.

Me quedé helado, intentando comprender sus palabras. ¿Cómo conocían el nombre de mi hermano? ¿Acaso habían investigado mi pasado? No obstante, eso no era lo que me transmitía su voz. Había algo descolocado, una pieza que me faltaba. Intenté coger aire,

acompasar de nuevo la respiración acelerada. No lo conseguí.

—¿Qué pasa con Lean? ¿De qué lo conocéis? ¿Qué sabéis de él? —Las palabras se me escapaban de la boca sin control.

—¿Tu hermano no te habló de su Gracia? —Saoirse parecía extrañada y, al mirar hacia el resto de la familia, vi que no era la única—. Él también era un Hijo de Morrigan. Ailish habló con él hace tiempo, antes de que llegáramos. Ha hablado con todos los hijos de la Diosa que hemos encontrado, claro.

—Lean tenía la capacidad para desdoblarse y crear copias de sí mismo —musitó la reina—. Cuando me encontré con él, me prometió que te hablaría de ello cuando llegara el momento adecuado… ¿No lo hizo?

Negué con la cabeza. ¿Por qué Lean nunca me lo había dicho? Con dolor, recordé todos esos momentos en los que habíamos hablado de mi poder (todavía se me hacía raro llamarlo Gracia). Él me había prometido que me protegería de todo, que nunca volvería a pasar miedo a su lado. Y, en parte, lo había conseguido. Había logrado que las Sombras fueran menos terroríficas. Hasta que su desaparición derrumbó lo poco que habíamos construido juntos.

—Tu padre tuvo un papel importante en la desaparición de Lean —añadió ella—. Creemos… estamos bastante convencidos de que forma parte de una organización que persigue a gente como nosotros. Tenía ya la sospecha cuando hablé con tu hermano, pero él me tranquilizó. Me dijo que su padre nunca le haría daño, así que no sabemos muy bien qué pasó.

—Teníamos miedo de que fueras un espía de tu padre. Después de que aceptara el compromiso tan rápido…

Se me escapó una carcajada sarcástica.

—Eso es un comportamiento normal para él —musité, aunque solo Nuada pudo escucharme.

—Necesitábamos comprobar que eras de fiar —continuó Saoirse —. Por eso hemos tardado tanto en contártelo.

—¿Y cómo sabéis que soy de fiar?

—Yo lo sé —aseguró Nuada. Y en su voz pude ver una seguridad

que me conmocionó.

—Entonces, mi padre… —No pude continuar. Apretaba con tanta fuerza los puños que noté el pinchazo de dolor. Cuando abrí los dedos, vi que las uñas se habían marcado sobre cicatrices antiguas. Esas heridas eran mucho más dolorosas que las que Yilda estaba curándome, pues hablaban de algo más que de sangre y carne. Hablaban de traición, de duelo. Hablaban de tiempo perdido.

—¿Qué le hizo? ¿Qué les han hecho a esas chicas? ¿Qué está pasando?

La rabia dominaba mi voz iracunda y salía de mi pecho a borbotones. Una furia que hablaba de Lean y de mí mismo.

—No lo sabemos —explicó Nuada—. La única certeza que tenemos es que hace meses que hay alguien persiguiendo a los Hijos de la Diosa para arrebatarles sus poderes. Eso es lo que le pasó a Lean, lo que le ha pasado a Enyd, la chica que estaba antes aquí. Lo que le pasó a Coira, la chica que viste en Leesine.

No acababa de asumir que mi hermano hubiese tenido poderes como yo, que había entendido, durante los años que compartimos, mi tormento con las Sombras. Me pregunté qué habría sido de nosotros, de nuestra relación, si me lo hubiera contado. ¿Habría crecido con más confianza? ¿Habría sido capaz de mirar al futuro con más alegría? Lo dudaba. Y, sin embargo, la idea de que Lean y yo habíamos compartido eso me hacía sentir menos solo.

La reina se levantó y se acercó a mí. Su mirada esmeralda desprendía un brillo cariñoso que no me esperaba de ella. Más allá de su fachada de reina estricta, había una mujer que quería y protegía a los suyos. Y, por alguna razón, yo me había convertido en uno de ellos.

—Quizá estés pensando que tu Gracia no es como las demás. Que es un castigo de la Gran Diosa. Todos pensamos lo mismo al principio —dijo con voz pausada—. Es importante que aprendas a quererte y a querer tu don. Las decisiones de la Gran Dama son inescrutables, y por eso estoy convencida de que te dio ese poder por alguna razón. Cuando aprendas a dominarlo, espero que pienses

así también.

Se levantó y nos miró a todos, uno por uno, antes de volver a centrarse en mí.

—Por supuesto, es tu elección y nadie te obligará a tomarla. Puedes elegir darle la espalda a tu Gracia, olvidarte de nosotros. Me aseguraré de que te reciban en un hogar, de que tu futuro esté a salvo de las garras de tu padre. —Alzó la barbilla y sus ojos se perdieron en el techo decorado de la sala—. Aun así, espero que te quedes. Que explores el don que te ha dado Morrigan con nosotros.

—Yo…

Ella negó con la cabeza.

—No tienes que decidirlo ahora, Finn. Necesitas descansar, reposar el cuerpo, la herida y la nueva información. Mañana hablaremos con Nealie y, quizá, descubramos algo más sobre la organización de tu padre. Pero, mientras, descansa. De hecho, es una petición para todos. Descansad. Mañana será otro día.

# Capítulo 17
## Un brazalete esmeralda

Apenas pude dormir esa noche. Pese al té relajante, sentía todo el peso de las palabras de Ailish retumbar en mi cabeza. El exceso de información se me había indigestado, y notaba todo el cuerpo pesado, tenso. Me removí en la cama, incapaz de quedarme quieto y, a su vez, agotado por todo lo vivido. La quemadura me palpitaba bajo las vendas, y la nueva capa de ungüento que había puesto Yilda me recordaba al ataque en el bosque.

Todavía me costaba aceptar esa nueva realidad. Si bien era consciente de que mi habilidad para ver Sombras no era común, nunca me había considerado alguien especial. Desde que era pequeño, había intuido que no podía ser el único que las viera. Que, en ese mundo enorme y extenso, tenía que haber, por fuerza, más personas que compartieran esa maldición. La corazonada se había reafirmado en esa visita a la médium. El encuentro había sucedido hacía apenas un mes; pero parecía que había pasado toda una vida desde esa conversación.

Siempre había anhelado entender el porqué de mi poder. Quería saber más sobre las Sombras, pues estaba seguro de que ese conocimiento me permitiría descubrir también cómo librarme de ellas. La conversación en la biblioteca había resuelto muchas de esas dudas y, aun así, todavía me sentía confuso, extraño. Como si

tuviera dos pieles y no supiera cuál me pertenecía realmente.

Una parte de mí ansiaba ser como Saoirse o Ailish: dominar mi Gracia y conseguir hacer algo bueno con ella. Devolver todo lo que le había arrebatado al mundo con mi existencia. Si las Sombras eran la esencia negativa de las almas humanas, entonces tenía que haber una contraparte, algo que equilibrara la oscuridad. ¿Y si mi poder era esa luz necesaria? Había otro Finn que me repetía, una y otra vez, que eso no era posible.

Suspiré y me incorporé sobre el cabezal de la cama, incapaz de dormir, incapaz de calmarme. Mi cabeza volvía una y otra vez a las palabras de la reina, a su voz cargada de esperanza. Una que no sentía que pudiera corresponder nunca. Quizá Saoirse o Ailish, o el resto de la familia, habían sido capaces de enfrentarse a sus Gracias, dominarlas, domesticarlas a placer. Pero la mía no era así. Mi maldición me arrastraba hacia unos pantanos demasiado profundos, de los que no podía salir. Ver Sombras nunca me había traído nada bueno, y no veía cómo eso podría cambiar con el tiempo.

No entendía por qué alguien querría conservar un don como este.

Me encontraba de nuevo ante una encrucijada. Ailish me había asegurado que no tenía que permanecer en Lonmore, que podía olvidarme de los Callaghan, de Morrigan y de todo lo demás. Seguir con una vida que acababa de empezar. Ese camino me parecía tan imposible que rechazaba la simple idea de tomarlo. ¿Cómo vivir en paz si seguía notando Sombras? ¿Cómo existir tan lejos de aquellos que veía, cada vez más, como mi familia? Lejos de Nuada…

Cuando el sol se asomó por el horizonte, el descanso apenas me había rozado. Había pasado la mitad de la noche dando vueltas en la cama y la otra en una duermevela incómoda que me había dejado más agotado que cuando me había ido a dormir. La quemadura de la pierna me ardía como si tuviera la piel envuelta en fuego. Me costó horrores levantarme de la cama.

Y, sin embargo, debía hacerlo. Si había sacado alguna conclusión de los delirios nocturnos que me habían acompañado en el

insomnio, era que necesitaba tener más información: de mi padre, de las Sombras de ojos dorados y, sobre todo, de mi don.

Al abrir la puerta, me encontré con que Nuada me estaba esperando en el pasillo con una expresión ausente. Su ropa cotidiana contrastaba con la elegancia del traje que había llevado el día anterior, aunque ver el color verdeazulado familiar de los dos cinturones me reconfortó. Me llevé la mano a los míos. De alguna forma, después de la conversación del día anterior, ya no los sentía tan pesados.

—No estaba seguro de si saldrías —me confesó.

Desde el umbral de mi puerta, pude ver el brillo apagado de sus ojos. La alegría que hacía resplandecer su rostro estaba más débil que nunca. Él levantó la mirada y nos encontramos ahí, en ese territorio conocido. Era curioso cómo, en tan poco tiempo, me había acostumbrado a cada surco de sus iris.

—Tenía hambre —dije, levantando los hombros en un gesto que quedó más forzado de lo que me habría gustado.

—¿Quieres desayunar? ¿O prefieres que responda a todas tus preguntas?

Una carcajada leve se me escapó de entre los labios y rompí el contacto para mirar hacia la ventana que presidía el pasillo. La luz del nuevo día entraba, todavía tímida. Más allá del cristal se podía ver el lago vestido de rocío helado.

—¿No pueden ser las dos cosas a la vez?

Nuada sonrió con un gesto que me desarmó. Me cogió del brazo, su calidez inundándome la piel, y me condujo hasta su habitación.

Alguien había colocado una mesa baja sobre una alfombra, a los pies de la cama. La superficie de madera estaba llena de platos deliciosos que conocía bien, pues eran una réplica exacta del desayuno que se servía en el comedor cada día: tostadas, mantequilla, bollos, pastelitos de limón, fruta, fiambre frío y algo de té. Dos platos vacíos a la espera de que los llenaran. Dos cojines en el suelo para que nos sentáramos. Lo había preparado bien.

—Pensé que, después de la charla de ayer, preferirías algo de

intimidad. Ronan me ha prometido que nos avisará cuando Nealie y Enyd estén preparadas para hablar, así que, mientras, podemos comer tranquilos. —Nuada miró hacia la mesa llena—. La conversación de ayer fue abrumadora. Por eso quería crear un oasis de paz, aunque fuera temporal.

—Gracias —musité, notando cómo su amabilidad invadía cada rincón de mi ser—. De verdad.

Nuada sonrió y se sentó en el cojín más cercano a la puerta, dejándome a mí el que estaba junto a la pared exterior. Me paré un momento a observar el paisaje. Aunque la escarcha cubría una de las esquinas del cristal, el resto se hacía perfectamente visible. Un lago y sus bosques colindantes. Era el mismo que veía a través de mi ventana, el mismo que hacía apenas un mes había encontrado novedoso. ¿En qué momento había dejado de considerarme un extranjero en ese lugar?

Me serví el desayuno. Tenía un hambre lobuna, algo extraño en mí. Después de todo lo sucedido anoche, parecía que mi cerebro necesitaba alimento. Cogí un pedazo de pastel y me serví un poco de té con azúcar. Añadí también una fruta que no conocía; verde, redonda y con un aroma delicioso.

—¿Qué es?

—Una ubhal —explicó—. Es una variedad de manzana de Storr.

—¿En serio? En Aeda solo hay manzanas rojas. Nunca había visto una de este color.

Comimos en un silencio cómodo durante varios minutos. Había sido una noche agotadora y me sentía cansado, así que la comida me revitalizó. Probé una cucharada de pastel y saboreé el azúcar de la nata y la fruta y el bizcocho. No solía tener mucho paladar para los dulces, pero, en ese instante, todo mi cuerpo me lo pedía. Ninguno de los dos habló, concentrados como estábamos en el plato. Al parecer, no era el único muerto de hambre.

Nuada fue el primero en romper el silencio:

—Finn, sé que todavía tienes dudas… ¿qué quieres saber?

Me puse la cuchara en la boca, dudando. Aunque todavía había

muchas cosas que no entendía y muchas que quería preguntar, en mi cabeza había una que se repetía con insistencia.

—¿Por qué tú?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué te ofreciste voluntario para… —carraspeé— para casarte conmigo?

Nuada dibujó una sonrisa triste y se concentró en su taza de té, todavía humeante. La sujetaba con las dos manos, como si buscara el calor de la bebida en su piel.

—¿Cómo estás tan seguro? Quizá fue una cuestión de azar…

—Te conozco y sé que te ofreciste voluntario.

Nuada me miró y su sonrisa se amplió. Había una tristeza extraña en ella, una cuyo origen era incapaz de discernir.

—Me conoces demasiado bien, Finn.

Apreté con fuerza la cucharilla y la dejé sobre el plato. No podía aguantar la presión de su mirada, así que me fijé en las migas de bizcocho repartidas alrededor del pastel.

—Finn…

Me tocó el brazo con cuidado y yo me giré hacia él, sobresaltado por el contacto y agradeciéndolo a su vez.

—Hace un tiempo quisiste saber si me arrepentía. Me dijiste que, si quería romper mi promesa, no pasaría nada —Tomó aire, preparándose—. Bien, te devuelvo la pregunta. Ahora que conoces toda la verdad, que sabes lo que he escondido y lo que he mostrado… te toca a ti tomar una decisión.

Bajé la mirada. Las palabras eran distintas a las de su madre, pero la intención era similar: los dos me ofrecían una oportunidad para elegir, algo que había escaseado en mi vida.

—¿Qué es lo que deseas tú, Nuada?

Él abrió los ojos, sorprendido por mi pregunta inesperada. Las palabras se me habían escapado, como si mis labios tuvieran vida propia. No intenté rectificar, a pesar de que no las había pensado; no me arrepentía de esa cuestión.

—Lo que yo desee no debería importar en tu decisión. —Sus

dedos rozaron los míos, y noté esas chispas de calor que siempre sentía cuando nuestras pieles entraban en contacto—. Sea cual sea tu elección, la apoyaré. Eso es lo único que debe importarte.

Me cogió la mano y la apretó con cariño. Bajé la mirada para contemplar esa unión. Casi podía ver la piel grisácea que se escondía bajo el *glamour*, las uñas afiladas de sus dedos. Casi podía ver el Nuada real. Y lo más sorprendente era que no me importaba el aspecto que tuviera esa mano sobre la mía. Quería mantenerla ahí.

Pero ¿qué significaba eso? ¿Quería Nuada lo mismo? Me tembló el corazón ante la posibilidad de estar imponiéndome a su voluntad, de estar forzando un matrimonio que él no había deseado en ningún momento. Confuso, quise hablar. Antes de que las palabras forzaran su camino por mi garganta, alguien golpeó la puerta con suavidad.

—¿Nuada? ¿Hermanito? —La voz de Ronan, con su sarcasmo inconfundible, traspasó la puerta—. *Lady* Ailish nos está esperando en la biblioteca.

La atmósfera se quebró, y nos separamos sin darnos cuenta. Una parte de mí agradecía que Ronan hubiera aparecido, aunque otra, cada vez más ruidosa, se había enfadado por la interrupción. Nuada se levantó y me tendió la mano, esta vez la enguantada, para levantarme.

—¿Vamos?

Pude notar en su voz un reflejo de la mía. Sonreí por lo bajo.

—Vamos.



Nealie y Enyd estaban en los mismos asientos que la noche anterior, sus posiciones similares. Lo único que había cambiado eran sus ropas y los sollozos: la joven parecía mucho más calmada

después de un sueño reparador. Al menos, la infusión le había hecho efecto a alguien.

Ailish estaba sentada en la misma butaca de anoche, en una posición que hacía que todo su alrededor tuviera un aspecto más regio. Casi daba la sensación de que el asiento fuera un trono real, pese a que la tapicería estaba deshilada y el color, desgastado. A sus pies, sobre la alfombra, Saoirse se había sentado con las piernas cruzadas. Moira, al contrario, permanecía de pie como siempre, apartada de la conversación y del resto de los Callaghan. Me dio la misma sensación que había tenido en el baile: parecía que temiera tocar por accidente a cualquiera de sus hermanos.

Cuando entramos, la joven nos miró con una expresión nerviosa. Sujetaba una taza de té entre las manos y el líquido ambarino desprendía un vapor cálido que la rodeaba. Ronan se acercó a ella, como había hecho la última vez, y nosotros nos incorporamos al círculo, eligiendo una silla cada uno.

Me fijé en Nealie. Se la veía necesitada de hablar y, sin embargo, no parecía querer dar el paso. Solo cuando dejó la taza sobre la mesita al lado de su asiento y nos sondeó con la mirada, supe que iba a explicarnos su historia.

—Mi hermana ha tenido poderes toda la vida —empezó en una voz baja pero sólida, nada comparada a la de ayer—. Sus dones, lo llamaba mamá. Su poder es algo extraño.

—¿Cuál es? —preguntó Ronan con suavidad. Me di cuenta de que sujetaba su mano como había hecho la noche anterior.

—Es capaz de calmar a cualquier sica. Siempre dice que conecta con ellos a niveles imposibles, que puede escuchar sus pensamientos. Suele estar con ellos, les habla, les cuenta su día a día… —Nealie sonrió con nostalgia al hablar de su hermana—. Todos en el pueblo la queremos mucho. Su don no es ningún secreto para nadie, pero nunca hemos tenido problemas ni nada parecido. Nos aceptan como una familia más.

Hizo una pausa y contempló el contenido de su taza. Pude ver en sus ojos una sensación de malestar que ninguna bebida podría

calmar.

—Hasta hace dos noches. Fue de repente. Había tormenta y los árboles golpeaban el tejado del establo con una violencia terrorífica. Enyd… —Cogió aire—. Mi hermana quiso ir a asegurarse de que los sica estaban bien. Yo le pedí que no fuera, que no valía la pena arriesgar su vida. Pero ella… ella… —balbuceó—. Me miró, dolida —dijo entre sollozos—, y salió al jardín. Yo estaba tan enfadada… me negué a seguirla.

Se quedó callada de nuevo, unos instantes que se convirtieron en años. En mi interior, nació el impulso de consolarla, aunque no sabía cómo hacerlo. Su historia me era familiar: yo también había perdido a mi hermano de repente. Quizá Nealie, igual que yo, sentía su ausencia como una herida. La mía nunca había dejado de sangrar.

Posé la vista en la muchacha, en Enyd. Tenía el pelo castaño y ondulado, parecido a un mar en otoño. Sus ojos, ahora vacíos, eran del mismo color y, estaba seguro, habían brillado con alegría en el pasado. Casi podía imaginármela en los establos, hundiendo la cara en el pelaje marrón de los sica, acariciando el musgo de sus cuernos. Había tenido una vida y ahora era solo una cáscara vacía.

—Está bien, Nealie —le aseguró Ailish cuando vio que la muchacha no hablaba—. No hace falta que nos expliques más si no te sientes capaz.

—No. Quiero continuar —afirmó con contundencia—. Por Enyd. —Cogió aire—. Cuando llevaba un par de minutos en la sicarería, escuché de repente un grito. Recuerdo que me extrañó, pues los sonidos de la tormenta apagaban cualquier otro ruido. Sin embargo, la escuché. Escuché su aullido, tan claro como el cielo en verano. —Se secó una lágrima, casi con rabia, que le resbalaba por la mejilla —. Los siguientes minutos… son muy confusos. No los recuerdo bien. Sé que salí corriendo pese a la tormenta. Me acuerdo de que grité su nombre. Pero, cuando llegué al establo…, mi hermana estaba tumbada en el suelo con la mirada perdida.

Sin poderlo evitar, observé de nuevo a la muchacha, que lo contemplaba todo con expresión ausente. Su hermana cerró los

puños con fuerza. Me dio la sensación de que se echaría a llorar. Al contrario: mantuvo la cabeza firme y la mirada fija. Cuando continuó hablando, sus palabras parecían un desafío al mundo:

—La subí al carruaje como pude y vine corriendo.

—¿Por qué viniste aquí? —pregunté. Al instante, me arrepentí de haber intervenido.

Por suerte, ella no pareció enfadarse con mi interrupción.

—Es lo que usted me dijo, ¿no? —Observó a la reina con fijeza—. Cuando vino a visitarla, le dijo que era una Hija de… —dudó.

—Morrigan —acabó ella.

—Eso. Que era Hija de la Diosa y que, si alguna vez pasaba algo, tenía que venir aquí…

—Está bien, Nealie. Has hecho bien —le aseguró Ronan.

Recordé que la reina había hablado de eso la noche anterior; un comentario que se había entremezclado con los demás y en el que no había vuelto a pensar. Había estado tan centrado en los poderes de Lean que no había caído en que él y *lady* Ailish se habían conocido. No pude evitar preguntarme cuántas personas más en todo Balainn habían heredado las Gracias de la Diosa. Y cuántas de ellas habían acabado como Enyd o Lean, vacíos de vida y alma.

«Creemos que forma parte de una organización que persigue a gente como nosotros».

*Lady* Ailish había hablado de mi padre con la convicción de quien tiene pruebas para acusar a un culpable, y yo podía entender su seguridad. Lord Blackwell había sido un misterio toda mi vida: conocía bien a la figura paterna, pero no al hombre que había detrás, el que se mostraba al resto del mundo. ¿Qué hacía mi padre en esa organización? ¿Qué motivaciones tenía? Era incapaz de leer las razones que había tras sus actos. ¿Era algo patriótico? ¿Algo económico? Ni siquiera conocía las finanzas de nuestra casa, excepto por el hecho de que los Blackwell no pasaban por su mejor momento.

No obstante, que mi padre formara parte de una organización despertaba una nueva duda. Siempre había imaginado que mi padre

me había prometido a Nuada para apartarme de su vista, pero ¿y si me había mandado lejos para que no descubriera sus secretos? ¿Y si lo había hecho por dinero? Un escalofrío me recorrió cuando una tercera posibilidad, mucho más terrible y cruel que las anteriores, asomó por mi mente. Pues, aunque no era un espía de lord Blackwell, quizá él no necesitaba uno. Quizá solo necesitaba una excusa para presentarse aquí en busca de Hijos de Morrigan. En busca de los Callaghan. Me mordí el labio y volví a centrarme en la conversación. Esas elucubraciones no ayudaban a nadie ahora.

—¿Había algo más en el establo? ¿Algún detalle fuera de lugar? —preguntó Ailish.

Nealie negó con la cabeza. Entonces, su rostro se iluminó y empezó a buscar por los bolsillos de su abrigo hasta que encontró lo que estaba buscando. Con cuidado, sacó un brazalete. El color verde esmeralda brillaba con intensidad bajo la luz del sol que se colaba por las cortinas. La joya era redonda, poco decorada y de una belleza extraña, casi mágica. No pude apartar la mirada de esta, no hasta que *lady* Ailish la cogió y la guardó bajo su manga.

A mi lado, Nuada se tensó. Antes de que pudiera preguntar nada, Saoirse se me adelantó:

—¿Qué es eso?

Sus ojos estaban clavados en el lugar en el que su madre había escondido el amuleto.

—No lo sé con exactitud. Pero sí sé lo que no es: no es una joya humana. Esta pulsera ha sido creada por un ser feérico.

—Eso es imposible, ¿no? Se suponía que los dos mundos estaban sellados…

Nuada negó con la cabeza.

—No sería la primera vez. Si han cruzado sin invitación para atacar humanos, significa que las Cortes están rompiendo el pacto de Sidhe —musitó, la rabia impregnándole la voz.

—No pueden hacer eso. —Saoirse miró alternativamente a su madre y a su hermano—. O, ¿sí? ¿Qué pasa si rompen el pacto? ¿Podemos ir entonces nosotros a Sidhe?

*Lady* Ailish se levantó, y los comentarios cesaron al instante. Sujetaba la joya entre las manos y yo desvié la vista hacia ella sin poderlo evitar. Ese verde esmeralda tenía un resplandor enigmático que me atraía desde lo más profundo.

—Saoirse. ¿Recuerdas cuál era la relación entre las hadas y los humanos antes de la Guerra de los Túmulos? —preguntó. Parecía una profesora dando una lección, aunque pude ver un deje preocupado tras su rostro en calma.

La joven pelirroja pensó unos instantes antes de contestar:

—¿Comercio? —apuntó, dubitativa—. Las hadas no pueden fabricar nada artificial, así que venían al mundo humano a intercambiar, ¿no?

—Así es. Los seres feéricos no pueden hacer ninguna artesanía que implique modificar la esencia de un elemento natural. Su magia les permite modificar la naturaleza a su antojo, mientras mantengan su esencia. Es decir, pueden cambiar las ramas de un árbol para convertirlo en una silla, pero no pueden cortar ese árbol.

—¿Y eso qué importa ahora?

El tono de Nuada era más cortante de lo normal. No me extrañó demasiado. Siempre actuaba así cuando aparecían Sidhe o sus habitantes en la conversación. Lo observé, y mi mente traspuso su imagen actual con aquella que había visto bajo la luz plateada de la luna. Ahora que conocía su verdadera naturaleza, podía entender la batalla que había en su interior. A mí, sin embargo, me gustaban los dos. Veía la belleza en ambos Nuadas: el humano que se mostraba ante mí y el feérico que se escondía tras su piel.

Sin ser muy consciente de mis propios movimientos, busqué su mano, como si el Finn que ansiaba tocarlo, sentirlo cerca, hubiera tomado el control de mi cuerpo. Nuada no me miró, pero sus dedos se entrelazaron con los míos con una naturalidad que me dejó sin aliento.

—Importa, porque esta joya es un producto feérico. Y solo hay una Corte que es capaz de modificar así una gema.

—Los Tuada —susurró Ronan.

—Sí. Son la única Corte que podría hacer algo así —sentenció la reina.

Un silencio asfixiante se instaló en la estancia. Aunque no conocía todas las implicaciones de que los Tuada se saltaran el pacto, sabía que podían ser muchas y muy peligrosas. Al parecer, no era el único que pensaba algo así.

—No puede ser —susurró Saoirse, a medio camino entre el espanto y la negación—. Si los Tuada están atacando humanos, ya no es que estén rompiendo el trato… ¡están declarando la guerra!

*Lady* Ailish negó con la cabeza y acarició la mata de pelo pelirrojo de su hija, que se había apoyado sobre su pierna. Ese gesto simple, tan cargado de cariño, pareció tranquilizar a la joven.

—La reina Edrielle nunca lo permitiría —aseguró—. Aun así, es posible que ese sea el futuro que buscan los Tuada, sí.

Miré a Nuada de reojo. Había una preocupación en el fondo de sus ojos. Su pasado lo perseguía tanto como el mío a mí, y estaba seguro de que ahora estos recuerdos, o la ausencia de ellos, se enquistarían en el fondo de su corazón. Y no solo era el príncipe. Las caras de sus hermanos hablaban de la misma ansiedad que transmitía la palma de la mano de mi prometido.

—Perdonad… —Nealie fue quien rompió el silencio. Miraba a un lado y al otro con una expresión confusa, una que podía entender bien: hacía un par de días, esa habría sido también mi reacción—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué le pasa a mi hermana?

—Los Tuada son seres feéricos de la Corte de los Túmulos —contestó Ronan—. Antes eran los habitantes de Balainn, pero hubo una guerra con los humanos, una que ganamos nosotros. Para evitar represalias, se acordó un Pacto que separaba los dos mundos. Si hay hadas de los Túmulos atacando a humanos como tu hermana, eso significa que están rompiendo ese tratado.

Eso pareció confundirla todavía más. Se abrazó, como si entre sus dedos guardara las respuestas que la familia Callaghan era incapaz de dar. El Finn que todavía lloraba por la desaparición de Lean podía ver a través de ese gesto. Pues a Nealie no le interesaba

el porqué ni el cómo. Solo quería saber cómo solucionarlo. Solo quería a su hermana de vuelta.

—A mi hermana… ¿qué le pasará?

*Lady* Ailish se arrodilló frente a ella como había hecho la noche anterior. El cariño que iluminaba sus ojos era igual de intenso, igual de entregado, al que le había transmitido durante la velada.

—Enyd ha perdido sus poderes y, con ello, ha perdido una parte importante de su ser. No sabemos cómo hacerla recuperar esa parte de ella, pero ahora que tenemos el brazalete…

No acabó la frase. No hizo falta. Todos pudimos sentir en nuestras carnes la resolución que empapaba su voz. Pues, aunque no tuviera certezas sobre el futuro, aunque no supiera si aquel era un estado reversible, *lady* Ailish era consciente de que lo que más necesitaba Nealie en esos momentos, lo que más necesitábamos todos ahora, era esperanza.

**Fin de la segunda parte.**

# Interludio

## Regin

Estaba rodeado de idiotas. Pese a que hacía tiempo que Regin se había dado cuenta de ello, no era una situación que pudiera cambiar si quería que su plan siguiera hacia adelante. Eso significaba lidiar con estúpidos humanos y contentarlos lo suficiente como para que colaboraran sin rechistar. Una faena que cada vez parecía más titánica.

Aunque, si algo sabía con seguridad, era que esa tortura valía la pena para conseguir su *vendetta*.

Era una fuerza poderosa, la venganza. Regin nunca se había considerado un fae rencoroso, más bien al contrario. Sin embargo, todo había cambiado durante su exilio. ¿Cómo no iba a estar resentido después de haber vivido durante un tiempo entre esos seres estúpidos? ¿Acaso podían sobrevivir los seres feéricos en ese mundo sin magia?

La respuesta era simple: no. Y, por eso, necesitaba volver a Sidhe. Cuanto antes, mejor.

Por supuesto, no era una tarea sencilla. La reina de la Corte del Crepúsculo lo había exiliado de por vida, por lo que no podía retornar a su mundo por la puerta oficial. Tampoco habría sido capaz: tanto humanos como hadas vigilaban la entrada para evitar que se rompiera el jodido pacto.

Como hada exiliada, Regin solo tenía dos opciones. Una era resignarse a perder su magia y hacerse un hueco en el mundo de los humanos. La otra, crear su propio camino de vuelta. La elección había sido fácil. Pero, por muy claro que tuviera su objetivo, a veces tratar con la necedad humana era agotador.

—¿Qué? ¿No piensas dar explicaciones? —lo increpó el humano —. Empiezo a estar cansado de tus mierdas.

—¿Mis mierdas, Ben? —El hada juntó las dos manos en actitud pensativa—. ¿A qué te refieres con «mis mierdas»?

—¡No nos avisaste de lo poderosa que era la última chica, y casi la jodemos!

El hada miró a Benjamin Blackwell a los ojos, en silencio. Vio, con cierto placer, cómo el humano se estremecía. Aun así, el lord le aguantó la mirada. Algo tenía que decir de él: era estúpidamente atrevido.

Blackwell era uno de los humanos que trabajaba para él. Depender de ellos había sido esencial para su plan, una decisión de la que hacía meses que se arrepentía. Tener que capotear todas las necesidades mortales empezaba a cansarle.

—Ay, Ben, Ben… Te falta confianza.

—¿Qué tiene que ver la confianza con esto, Regin? No me jodas.

Regin suspiró y tuvo que recordarse a sí mismo que la violencia no le conseguiría la venganza que tanto ansiaba. A veces, era tentador volver a dejarse llevar por la agresividad que lo había llevado al exilio. El antiguo Regin le habría roto el cuello ahí mismo, aunque solo fuera para hacerlo callar. Sin embargo, después de lo sucedido con Oren, el hada había entendido que había cosas que no se solucionaban a base de insultos y sangre. Por mucho que le doliera.

—Durante todo este tiempo hemos estado probando, tanteando el terreno. Preparándonos para esto. Y ahora, estamos listos para hacer historia, Ben, ¿acaso no lo entiendes?

—No me puede importar menos la historia o la épica de los tuyos, Regin. Sabes bien lo que busco.

—Sí, sí. —Regin movió la mano, como si quisiera disipar sus dudas—. Te he dicho mil veces que la puerta es una fuente de energía. Ya sabes que las hadas no podemos mentir.

Ah, los humanos… qué fáciles eran de engañar. Había usado esa vieja leyenda para manipularlos. Desde la guerra de la Traición, los conocimientos sobre Sidhe en el mundo humano se habían perdido, así que no había sido demasiado difícil. Los siglunares que habían pasado alejados de las hadas no los habían ayudado a volverse más avispados. Apenas recordaban las tradiciones antiguas ni el *folklore* sobre los de su especie. Ninguno de esos peleles sabía que las hadas sí podían mentir: el único inconveniente era que hacerlo era terriblemente doloroso.

Ben trataba a Regin como si fuera un humano más. Eso, por supuesto, era un error, pero el hada se había «olvidado» de comentarlo.

El lord pareció satisfecho con esa respuesta. Parecía un niño pequeño que necesitara asegurarse, una y otra vez, que todo saldría bien. En cuanto Regin había descubierto qué deseaban lord Blackwell y los suyos, había podido usarlos a placer. Una fuente de energía eterna… algo que los pusiera en el mapa, por encima de su país vecino. Eso es lo que más ansiaban. Después de tantos años en el exilio, el hada seguía sorprendiéndose de la imbecilidad humana.

Y en el presente, además, se aprovechaba de ella.

—Y, ahora, vete. Tienes trabajo que hacer —dijo. Ben lo asesinó con la mirada. Regin sabía que odiaba recibir órdenes y, justo por eso, le satisfacía todavía más dárselas. El hada sonrió y apoyó la cabeza en ambas manos—. Espero no enterarme de que me traéis más cadáveres.

No es que le importara que un humano muriera, al contrario. No obstante, no podían dejar que nada los relacionara con las desapariciones de los Hijos de Morrigan.

La tranquilidad de Regin no duró demasiado después de que lord Blackwell se marchara. Antes de que pudiera volver a su trabajo, Basil entró.

Ah, Basil. Su mejor aliado y su grano en el culo más molesto. Habría querido prescindir de él, pero le ayudaba mucho no ser el único ser feérico de aquel plan. A veces sentía que acabaría olvidándose de Sidhe si seguía encerrado ahí, rodeado de la estupidez mortal.

—¿Cuántos humanos más vas a vaciar, Regin? —le soltó. El aludido puso los ojos en blanco. Basil era demasiado directo e impaciente y eso le enervaba. No por primera vez, se preguntó cómo había sobrevivido a una corte envenenada como la de la reina Meredydd.

—¿Es que te dan pena?

El rostro de Basil se ensombreció, pero, como siempre, no le siguió el juego. Al contrario que con los humanos, controlar al hada se había convertido en una faena a tiempo completo. Todavía estaba decidiendo si el esfuerzo valía o no la pena.

—Sabes bien que no —afirmó con entereza—. Es solo que estoy harto de esperar. Hace ya cinco años que no piso Sidhe. ¡Cinco años sin mi hija! ¿Eres consciente de lo que cinco años sin magia puede hacerle a un cuerpo feérico?

Regin tuvo que contenerse para no romperle el cuello ahí mismo. Por supuesto que lo era. ¿Quién, sino él, había sufrido más esa abstinencia? Llevaba treinta y dos años, seis meses y veinte días en ese mundo horrible e inerte. Treinta y dos años de no vivir en su verdadero hogar. Si alguien estaba listo para volver, era él.

Sin embargo, había aprendido por las malas que acelerar los planes nunca salía bien. La prisa era la peor aliada. Basil tendría que aprenderlo también.

—Todavía necesitamos algunos brazaletes de poder. Además, mientras no consigamos un catalizador, no importa cuántos brazaletes tengamos, que no servirá de nada.

Después de tantos años, Regin había entendido las antiguas leyendas que se contaban en Sidhe. Como cualquier hada, sabía cómo abrir una puerta a otros mundos. Pero su conocimiento estaba fragmentado, inconcluso. Había tardado tanto en descubrir los

nexos, las piezas sueltas…

En estos momentos, por fin empezaba a cosechar los frutos de las semillas que había plantado. Ya tenían suficientes brazaletes como para realizar el ritual. Solo necesitaban un último humano, uno cuyos dones pudieran mantener la puerta abierta. Un sacrificio que cediera todo su poder a esa nueva entrada.

Y, cuando encontrara a ese humano, podría volver a Sidhe por fin.

# Tercera parte
## Taran - Sombra

# Capítulo 18
## Cuatro pétalos

Quedó un hueco en el espacio que Nealie y su hermana habían ocupado. Se marcharon de Eren Glen unos días más tarde, todavía aferradas a la esperanza que les había entregado Ailish. Las paredes de piedra del castillo parecían más frías después de que el carruaje se alejara por el puente que cruzaba el lago hasta Lonmore. Los aires helados del invierno se habían instalado como un miembro más de la familia Callaghan, y todos notamos su presencia. Incluso Saoirse, siempre parlanchína, siempre alegre, se mostraba más apagada que nunca.

La visita de las dos hermanas había cambiado un poco el ambiente del hogar. Esa amenaza, de la que yo no había sido consciente hasta entonces, se percibía más real y cercana. Sin embargo, no podía parar de darle vueltas a todo aquello que había descubierto en los últimos días. A mi padre, vendiendo a su hijo. A Lean, mintiéndome para protegerme. A la Diosa, concediéndole a alguien como yo un poder que era, más bien, una maldición. Todo me daba vueltas en un torbellino que sentía que, por mucho que lo intentara, nunca podría parar.

Y había un pensamiento que predominaba por encima de los demás. La idea de que, hiciera lo que hiciera, mi presencia en ese castillo, en esa familia, era solo un truco para mi padre. Una

estratagema en la que yo solo había sido un peón sin voluntad ni voz. ¿Cómo pretendía usarme mi padre? ¿Qué estaba buscando en el Clan Callaghan? No podía desprenderme de la horrible sensación de que estaba condenándolos a todos con mi simple presencia.

La mañana después de la marcha de las hermanas, bajé más tarde de lo normal a desayunar. Llevaba unos días haciéndolo adrede, intentando huir de las preguntas y miradas de mi prometido. Fue en vano: cuando entré en el comedor, me encontré a Nuada sentado en la mesa, esperándome. Su plato estaba vacío. Sus ojos, fijos en la puerta. Mi suspiro no le pasó desapercibido.

—¿Me estás evitando?

—No —mentí.

Empecé a llenarme el plato con mucha más comida de la que querría comer, buscando, en parte, cualquier distracción que me mantuviera lejos de esos ojos azules y sinceros que me atravesaban como flechas.

—Mientes fatal.

Suspiré de nuevo y, ahora sí, me encaré a él. Mirarlo era como sumergirse en las profundidades de un mar cálido: aunque notaba cómo el agua me envolvía, no sentía miedo ni ahogo. Solo afecto. Solo cercanía.

No dijo nada más. Me dejó comer, mientras mordisqueaba, sin mucho entusiasmo, un pedazo de pan con queso. Elegante como era él, desvió el rostro hacia un periódico antiguo de Aeda para no incomodarme. Solo cuando acabé y aparté el plato medio lleno, volvió a observarme con atención.

—¿Podemos ir a un sitio?

Mis dudas solo duraron unos instantes. Con la boca todavía llena de pan, asentí. Le di un sorbo al té para ayudar a tragar.

—De *acuegdo* —dije con la boca llena.

Nuada me condujo en silencio por los pasillos del castillo. El primer día me había enseñado todas las habitaciones y estancias, pero, aun así, todavía había zonas que no había visitado desde entonces. A pesar de que Eren Glen no era un edificio demasiado

grande, había muchas salas vacías o poco usadas.

Seguimos envueltos en quietud hasta que llegamos a una especie de galería. El pasillo era circular y estaba abierto a un jardín interior al que rodeaba. La luz de la mañana entraba con fuerza, convirtiendo el verde de las plantas en un color intenso y brillante. Contemplando aquel lugar, casi tuve la impresión de que la conversación con Nealie no había existido, que la sensación de asomarme al abismo que me había acompañado desde esa noche se había esfumado.

Nuada se adentró en el vergel hasta su parte más umbría, protegida por la copa de dos árboles altos vestidos de otoño. Había una fuente ahí, cubierta de enredaderas, flores y arbustos. El agua manaba de las manos de una estatua. Levanté la mirada y observé la figura femenina que representaba: su melena caía sobre sus hombros y reseguía toda su espalda. Llevaba un vestido antiguo, ribeteado en el pecho y las mangas, y una corona negra sobre la cabeza. A su espalda, dos alas de pájaro se extendían. A pesar de que sus facciones se habían borrado con el tiempo, seguía siendo preciosa.

Morrigan, la Diosa de la muerte.

El príncipe cogió dos flores y me tendió una.

—Esta flor es el jazmín de la Diosa. Dice la tradición que cada pétalo que lanzas a la fuente es una respuesta. —Se sentó de piernas cruzadas en la piedra blanquecina y golpeó el suelo delante de él en una invitación silenciosa—. Podemos hacer lo mismo. Cada flor tiene cuatro pétalos. Cuatro preguntas. Empieza tú.

Alcé una ceja y lo miré desde las alturas. De todas las situaciones que me había imaginado, esa era la más inverosímil. Sin embargo, era un trato que estaba dispuesto a realizar. Me senté delante de él y barajé todas las dudas que me llenaban la cabeza antes de elegir una.

—La noche del baile, cuando nos enfrentamos a las Sombras… ¿cómo las mataste?

—Sin tapujos, ¿eh? —soltó. Me encogí de hombros y dibujé una

sonrisa inocente—. De acuerdo… El arco aparece por el brazo feérico y solo puedo usarlo si lo sujeto con él. —Se quitó el guante y me mostró esa mano negra y opaca. Un instante después, sujetaba el arma luminosa entre los dedos. El arco desapareció con la misma rapidez y ahogué un grito de sorpresa. Todavía no me había acostumbrado—. Es tecnología de los Tuada, así que no tengo ni idea de cómo funciona.

Dicho esto, se inclinó hacia mí y arrancó un pétalo de la flor nivea.

—De acuerdo, me toca.

—¿Tú también vas a preguntar?

—¿Eso es una pregunta?

—Si lo es, también has perdido una tú —alegué, desafiante.

Él levantó las manos en un gesto de tregua y dibujó una sonrisa pilla. Sus ojos azules resplandecían de diversión.

—De acuerdo, de acuerdo, no cuenta. Y sí, yo también quiero saber cosas de ti. —Apoyó la barbilla en la palma de la mano y me miró, pensativo. Durante unos instantes solo se pudo escuchar el chapoteo del agua al caer—. Ummm, vale. Tengo una. Ahora que conoces el origen de tu poder, ¿qué quieres hacer con él?

Suspiré y bajé la mirada. Incapaz de enfrentarme al azul de sus iris.

—¿Acaso ha cambiado algo? —Negué con la cabeza—. Para mí no. Ver las Sombras no sirve de nada más que para sucumbir a su poder. Lo odio.

—¿Quieres eliminarlo? —preguntó, alarmado.

—¿Eso es otra pregunta?

—Contesta. —Había fuego en su voz, una exasperación que no había visto antes en él. Cogí aire antes de responder.

—Sí, quiero librarme de él. Si pudiera, lo haría ahora mismo.

—No puedes.

No entendía por qué Nuada estaba enfadado. ¿De dónde venía esa rabia? Además, por mucho que lo deseara, sabía bien que no era posible eliminar mi poder. El único método que había descubierto era

el que le había arrebatado la humanidad a Enyd o Lean. Quería perder esa maldición, sí, pero no a costa de perderme a mí mismo, como les había pasado a ellos.

Tardé en darme cuenta de que, en su expresión, había algo más que ira: detrás de su mirada vi también temor.

—Existe una manera —dije, enfático. No era una pregunta.

—¿Qué?

Arranqué un pétalo y lo lancé, impetuoso, al agua de la fuente.

—¿Existe una manera de borrar las Gracias, Nuada? Dime la verdad.

Él suspiró e hizo lo mismo con dos de su propia flor. Los contempló en la palma de su mano, tan pequeños, tan blancos, tan solos…

—Existe. Pero es una mala idea.

—¿Cómo?

El silencio se alargó en unos instantes que parecieron semanas.

—Podrías hacer un trato con las hadas —respondió, al fin—. Es muy peligroso, Finn. No solo es atravesar la puerta, ir a Sidhe y sobrevivir al mundo feérico… los tratos en sí, con las hadas, son difíciles. Para ellas, es solo una apuesta, un juego divertido. Para ti, puede ser mortal. —Bajó la mirada e inclinó la mano para dejar caer su contenido al agua—. Las hadas saben de la manera de retorcer tus palabras para convertir tu deseo en una maldición. Podrías acabar peor que ahora.

—Eso es imposible —musité.

Nuada se acercó a mí y me cogió del brazo. Había intensidad en su agarre, aunque no apretaba con fuerza.

—¿Confías en mí, Finn?

Mi boca y mis labios se movieron más rápido que mi mente.

—Sí.

—Te lo mostraré, entonces. Te mostraré que este poder puede ser también un don.

—¿Cómo?

—Practicando.

Negué con la cabeza, incrédulo. Aun así, no me aparté de él.

—No servirá de nada. ¿Para qué se puede usar mi poder? ¿Qué utilidad puede tener ver Sombras?

—No sabemos si tu Gracia consiste en verlas. ¿Y si hay algo más? ¿Acaso lo sabes tú? —inquirió. Negué con la cabeza y él dibujó una sonrisa confiada—. Dame tiempo para demostrarte que eso no es verdad, Finn. Hasta el solsticio de invierno. Hasta nuestra boda. Si todavía quieres hacer el pacto, entonces buscaré la manera de que podamos ir a Sidhe.

—¿En plural?

Nuada alzó una ceja, divertido.

—¿Prefieres ir solo a un mundo desconocido? Aunque yo tampoco he ido nunca, no sé si sería muy útil…

Suspiré y apreté sus dedos en un gesto cariñoso.

—De acuerdo. —Me levanté y señalé el último pétalo que quedaba en la flor que Nuada sujetaba todavía—. Te debo una pregunta.

Sonriendo y sin decir nada más, él se colocó la flor en el bolsillo de la levita y se levantó conmigo.

—No lo olvidaré.



A la mañana siguiente, me desperté con la luz del sol golpeándome los párpados. Todavía no me acostumbraba a los horarios lunares de Storr, algo diferentes a los de Aeda. En la isla, amanecía tan temprano como temprano se ponía el sol. Me costaba asumir que, poco después del mediodía, ya empezaba a anochecer. Ese día agradecí el desequilibrio de mi reloj interno, que me permitió remolonear en la cama.

No me levanté hasta que Yilda entró con su acostumbrada

bandeja médica. Ya no estaba enfadada conmigo, aunque a veces soltaba comentarios sarcásticos para recordarme que no había olvidado lo que había pasado la noche del baile. Como cada mañana, revisó mi vendaje, aplicó ungüento y volvió a envolverme la pierna.

—Me ha dicho el príncipe Nuada que vais a entrenar al Bosque para luchar contra los monstruos esos que os hicieron la quemadura. —Alzó el rostro y nuestras miradas se encontraron—. Por favor, príncipe Finn, nada de tonterías. Están sanando bien las heridas, no quiero tener que desbridar más piel muerta.

—Te prometo que me mantendré fuera de peligro.

Farfulló algo que no alcancé a comprender, y que sonaba parecido a un «ya veremos», antes de tenderme varias prendas: pantalones de montar, una camisa ancha de tela resistente y una casaca cómoda por encima. Ropa para ejercitarse. Al parecer, el príncipe Nuada no dejaba nada al azar. Por encima del conjunto, me puse la capa de piel que me había regalado el primer día. La acaricié, distraído: la había llevado tanto tiempo que ya la sentía como una parte más de mí.

Me contemplé en el espejo, sin saber qué pensar de mi aspecto. Estaba tan delgado y consumido como siempre, pero, al verme con esas ropas anchas, me sentí más poderoso que nunca. O quizá era el significado detrás de tal vestimenta. Era la primera vez que me atrevía a hacer un esfuerzo físico y la idea, lejos de asustarme, me motivaba.

Pese a que no había querido esperanzarme demasiado con el entrenamiento, sentía que por fin empezaba a tomar las riendas de mi vida. Había decidido darle un voto de confianza al príncipe. La idea de hacer un pacto feérico todavía me revoloteaba por la cabeza. Aun así, también podía ver lo inviable que era esa posibilidad. ¿Cómo atravesaría la entrada a Sidhe? ¿Cómo podría sobrevivir a ese mundo mágico y desconocido? ¿Y si causaba un conflicto político con las hadas? Suficientes problemas había traído ya a la casa de los Callaghan como para sumar uno más.

En el patio de armas, me topé con Nuada y *lady* Ailish. La reina se inclinaba hacia él, susurrándole algo que no podía escuchar. Los observé de lejos, con miedo a interrumpir. Nuada iba vestido con ropajes resistentes como los míos. Ella llevaba un vestido largo y regio, de esos que favorecían su altura. Los verdes y marrones de la tela se entremezclaban con sus iris del mismo color. Sujetaba las riendas de un sica, que pastaba con tranquilidad la hierba que sobresalía de entre las piedras.

Fue ella la primera en detectar mi presencia.

—Finn —me saludó—. Me ha comentado Nuada que quieres entrenar tus poderes.

—De momento —confirmé.

—Me alegra saber que seguirás con nosotros.

Nos hizo una reverencia a ambos antes de alejarse, con el cérvido siguiendo sus pasos. Cuando estaba lo suficientemente lejos como para que mi voz no llegara a ella, me giré hacia Nuada.

—¿A dónde va?

—A la puerta de Sidhe —susurró él, como si compartiera un secreto conmigo.

—¿Cómo? ¿Va a ir al mundo feérico?

El príncipe negó con la cabeza. Se giró hacia la entrada del establo y la abrió con cuidado, la madera gimiendo por el óxido de sus bisagras. Me miró por encima del hombro y sonrió.

—Los sica son animales sagrados para las hadas. Son los únicos que pueden atravesar la puerta lunar sin problemas. De hecho, Ronan tiene la teoría de que ni la necesitan, que pueden cruzar a Sidhe desde cualquier punto de la frontera. —Señaló a su madre adoptiva con la barbilla—. Es la manera que tiene *lady* Ailish de comunicarse con las Cortes.

Nuada entró en la sicarería. Lo seguí.

—Entonces, ¿*lady* Ailish se comunica con las hadas? ¿Por qué? Pensaba que eso estaba prohibido por el Pacto.

—No, comunicarse no. De hecho, una hada puede atravesar la puerta si recibe una invitación humana.

El príncipe se acercó a uno de los cubículos donde había dos sicas y se dispuso a acicalar uno con cuidado. Antes de que pudiera decir nada, me tendió un cepillo para que hiciera lo mismo con el otro. En cuanto empecé, el animal se tranquilizó bajo mi contacto. Me descubrí agradeciendo esa actividad monótona que me permitía mantener la cabeza en la conversación.

—Ailish estuvo durante muchos años en la Corte del Crepúsculo. Ya te lo dije, ¿verdad? —preguntó. Asentí—. No habla nunca de esa época, pero tengo la sospecha de que dejó atrás a alguien querido. Una amante, quizá.

—¿Crees que se cartea con ella?

El príncipe asintió, pensativo, y ya no continuó con la conversación. Cuando acabamos de cepillar nuestras monturas, Nuada me pasó las riendas y se las coloqué.

—¿Tan lejos vamos que necesitaremos a los sica?

—No es tan lejos. Aun así, prefiero ir con montura, por si acaso.

Supe al instante que estaba pensando en la noche del baile. Ese día, habíamos salido de ahí, en parte, gracias al sica. ¿Qué nos habría pasado sin él? ¿Habríamos podido huir? Había sido una noche dura y, por mucho tiempo que pasara, no se me olvidaba la sensación abrumadora de terror que había sentido entre los árboles.

Salimos de Lonmore trotando. Tal y como había asegurado el príncipe, el trayecto no fue demasiado largo: nos dirigimos a las afueras, hacia los bosques que cubrían las laderas colindantes. Cuando nos adentramos en la foresta, descubrí que aquel lugar era muy diferente al que habíamos recorrido para llegar a la Puerta de Sidhe. Ahí los árboles estaban esparcidos, espaciados entre ellos. Había más visibilidad, la vegetación era menos frondosa. Parecía un bosque más joven.

Aquí y allá fuimos encontrando rocas, troncos caídos, arbustos florecidos y pequeños charcos cubiertos de hojas podridas. Nuada siguió un sendero apenas visible que se adentraba cada vez más en la arboleda.

Avanzamos durante unos diez minutos en un silencio cómodo, él

tarareando una canción y yo observando su espalda. Estaba nervioso, incapaz de imaginarme qué me esperaba a donde fuese que íbamos. Sin embargo, tampoco podía contener esa curiosidad que a veces parecía apoderarse de mi cuerpo. Quería saber qué había preparado el príncipe para ayudarme a controlar mis dones, si es que eso era posible.

Al fin, llegamos a un claro. Estaba encajonado entre montículos, como un valle redondeado, y los pocos árboles que marcaban el lugar estaban repartidos por la explanada, dándole un toque rojizo al sitio. En medio del prado, cubierto de hierba verde y hojarasca amarillenta, había varias figuras de madera y latón que simulaban ser seres antropomórficos.

—¿Dónde estamos?

Miré de reojo a Nuada. Estaba atando las riendas de los sica alrededor de un tronco ancho. Ajenos a esa falta de libertad, los dos cérvidos pastaban hierba tranquilamente. El príncipe se giró y estiró los brazos como si quisiera tocar el cielo.

—Aquí es donde solía entrenar. La reina me regaló la prótesis poco después de llegar a Eren Glen, así que me obligué a familiarizarme con el brazo nuevo. Aunque…

—¿Aunque?

Nuada bajó la mirada y los brazos antes de continuar.

—Aunque tardé mucho en aceptar la idea de que tendría que recibir un regalo de las hadas. Al principio lo odiaba, quería rechazarlo. Y, a su vez, sabía que Ailish había pagado un precio desorbitado por él, nunca he llegado a descubrir cuál. No quería desperdiciar su sacrificio. —Su mirada se endureció y bajó hasta contemplar la mano enguantada—. Es una sensación horrible, la de no sentirse de ningún lugar. De pequeño, era consciente de que mi sitio no estaba al lado de mis padres adoptivos y, cuando descubrí que por mis venas corría sangre hada, también intuí que no formaba parte de su mundo. Pero entonces… —Cerró la mano con fuerza—. Entonces, si no soy una cosa u otra, ¿qué soy? ¿A dónde pertenezco?

—Aquí —solté casi sin pensar.

Él me sonrió, más apagado de lo normal.

—Tienes razón.

Me acerqué a él, cogí su prótesis con cuidado y extendí sus dedos uno a uno. Con el guante, era imposible adivinar que aquello que tocaba no era carne y hueso, que bajo la tela solo había piel negra, plateada y artificial.

—Finn… —Nuada extendió la otra mano y la alzó, como si quisiera tocarme la melena. No llegó a hacerlo—. Hay una razón más que no te he contado.

—¿Razón de qué?

—Un motivo para aceptar nuestro compromiso. —Tragué saliva y asentí, instándole a que continuara—. Cuando te vi en el salón, al lado de un padre que te había vendido sin pestañear, pensé… pensé que nos parecíamos. Que aquella mirada apagada era la misma que habría mostrado yo cuando Ailish me había acogido. Y me pareció cruel negarte esa posibilidad que yo sí había tenido.

Ese sentimiento de familiaridad del que hablaba Nuada era el mismo que había notado yo al conocernos. Me había sentido cómodo junto a él desde el primer día, desde ese primer trayecto en carruaje. Ahora que sabía que Nuada y yo habíamos vivido situaciones similares y que estábamos marcados por una huella indeleble, entendía el porqué. El príncipe, como yo, había conocido el abandono. Y eso es algo imposible de olvidar.

Empezó a despejar la zona de ramas caídas y arbustos molestos: se notaba que el campo había estado en desuso durante mucho tiempo. Luego, movió los maniquíes de madera a diferentes distancias.

Cuando me acerqué, se estaba quitando el guante. Como por arte de magia, el arco apareció entre sus dedos, su luz más apagada por culpa del sol. Ya había comprobado esa noche que era un arma preciosa: tan larga como alto era Nuada, las filigranas luminosas bailaban a su alrededor como si estuvieran vivas.

—¿Cómo funciona?

—Ni yo lo sé muy bien —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero no difiere mucho de un arco normal. Solo tengo que tirar de la cuerda y apuntar para que la flecha aparezca.

Levantó el arma, apuntó hacia uno de los monigotes y soltó la cuerda de humo azul. No hubo explosión ni fuego: antes de que pudiera enterarme, un rayo de luz iluminó el claro y golpeó la madera. Una marca negra en el hombro del maniquí fue el único indicativo de que el proyectil lo había golpeado.

—Ojalá mi poder pudiera hacer algo así…

—El arma canaliza mi energía feérica, así que no podrías usarla. Además, estás demasiado centrado en usar tu Gracia como un ataque. Tienes tus propias armas, Finn —comentó—. Cuando ves Sombras… ¿qué sientes?

—Terror —respondí embarazosamente rápido—. Asfixia. Siento una opresión en el pecho, como si no pudiera respirar con facilidad. Es una especie de… ¿peso? ¿Carga? No sé cómo explicarlo mejor.

Nuada me miró con una expresión indescifrable. Quise abrir la boca, seguir explicándome, pero él se me adelantó.

—¿No hay nada más? —Lo miré, dubitativo—. Todas esas emociones tienen su origen en las taran, son síntomas de su misma esencia. Pero tiene que haber algo más. Algo que nazca de ti, de tu poder, no de ellas.

Cambié el peso de pierna, sin saber muy bien qué contestar. Nunca lo había analizado tan a fondo. Cuando estaba ante una Sombra, el horror atenazaba todo mi ser, músculos y pensamientos. Cualquier otra idea que pudiera tener era borrada y lo único que me pedía el cuerpo era huir, escapar para salvarme.

O eso había creído. Analicé las últimas veces que había visto una. Ante la pregunta de Nuada, me descubrí ignorante a lo que mi interior quería de verdad. ¿Era solo terror? ¿O había algo más? Entendí, en ese momento, que nunca había ahondado más allá, que las cadenas del miedo me habían paralizado todo ese tiempo.

Cogí aire y negué con la cabeza.

—No lo sé —admití.

Nuada asintió, como si esperara esa respuesta.

—Descubrirlo será nuestro primer entrenamiento.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo?

El príncipe dibujó una sonrisa sibilina y abrió los brazos. Las líneas plateadas de su prótesis brillaron bajo el sol.

—Fácil. Esperaremos a la aparición de una Sombra.

Sin querer, retrocedí un paso. La simple idea de tener que lidiar con una me hacía temblar y me odié a mí mismo por ser tan débil, tan incapaz.

—¿Cómo? —pregunté, toda la fuerza de voluntad que pude reunir acumulada en esa única palabra.

—Se sienten atraídas por tu presencia, ¿no?

Asentí. Siempre había sido así, una persecución sin final ni escapatoria. Y, sin embargo, desde que había llegado a Lonmore, me había sentido mucho más tranquilo. El palpitar de la herida me recordó lo que esa calma podía provocar. Aun así, era consciente de que me habían dejado en paz más de lo habitual, pese a las dos quemaduras marcadas a fuego en mi piel.

—Desde que llegué a Lonmore, eso ha cambiado.

—No es cierto. Si no ves tantas es porque estoy contigo.

Recordé el incidente en el bosque, la manera en la que las Sombras habían huido del contacto, como si tocar a Nuada las hiriera.

—¿Por qué crees que es?

—Es raro, ni yo entiendo por qué. Las Sombras suelen ir ahí donde hay magia feérica, así que no tiene sentido que rehúyan de mí. Desde que pasó lo del bosque, le he estado dando vueltas y no he llegado a ninguna conclusión.

—Pero yo no tengo magia feérica.

—No, pero la Gracia de Morrigan te permite tratar con las Sombras, para lo bueno y para lo malo. Además, tu conexión con la Diosa no solo es fuerte, sino que está cargada de sentimientos negativos.

—¿Y eso es malo?

—No lo es en sí mismo. Sin embargo, cuanto más oscuros sean tus pensamientos, más se sentirán atraídas las Sombras. La combinación entre tu Gracia y tu negatividad es demasiado deliciosa para ellas.

Me mordí la lengua, frustrado. Nuada estaba verbalizando aquello a lo que llevaba dándole vueltas en mi cabeza durante los últimos días. Me pregunté, una vez más, qué sería de mi alma cuando mi cuerpo falleciera. ¿Acabaría sucumbiendo a mi oscuridad? ¿Habría alguna manera de evitarlo? Si hubiera crecido rodeado de una familia cariñosa, ¿seguiría sufriendo esa maldición?

En el fondo, sabía que aquel era un pensamiento inútil. Una situación hipotética que no había vivido y en la que no valía la pena pensar. No ahora, al menos.

Nuada me cogió del brazo y me devolvió a la realidad.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona.

—Entonces, ¿estás listo? Para el entrenamiento.

—¿Listo? ¿Qué vas a hacer?

—Me voy a ir —dijo, contundente—. Si estoy aquí, las Sombras no aparecerán nunca. Me mantendré alejado para que vengan a ti. Tendrás que enfrentarte solo a ellas. ¿Podrás?

Quise asentir, demostrar una confianza que no sentía, pero mi cuerpo estaba paralizado.

—No me iré lejos. Lo suficiente como para que la atracción que sienten hacia ti sea más poderosa que la repulsa que sienten hacia mí, como pasó en el bosque. No te preocupes, no te perderé de vista. —Me apretó la piel ahí donde sus dedos me agarraban, y nuestras miradas se encontraron. Había un brillo serio en sus ojos—. No pasará nada.

Cogí aire y lo saqué poco a poco, notando cómo la energía volvía a mis músculos. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Y no solo porque le había prometido al príncipe que me esforzaría en ese entrenamiento. Había algo más que me impulsaba hacia esa locura: la curiosidad. Una vez más, esa fuerza conseguía llevarme por

caminos inesperados.

—De acuerdo. Que vengan.

La sonrisa del príncipe se ensanchó y, con un último vistazo, me dejó a solas en el prado. Pronto, su figura desapareció entre los árboles, el follaje escondió su espalda. Me había prometido que no se iría demasiado lejos y me descubrí confiando en él.

El impulso de la curiosidad pronto fue consumido por el temor. Miré a mi alrededor, a sabiendas de lo que venía a continuación. Esa sensación de expectativa me arañaba las entrañas, y una parte de mí chillaba, pidiéndome que corriera, que me alejara de aquel lugar. El mismo grito que me envolvía cada vez que salía a la calle, que atravesaba Aeda, que estaba ahí. Junto con el miedo. Junto con la cobardía.

Ahora tenía que ser valiente y me sentía incapaz. Me picaba la piel, me dolían las piernas. Todos mis nervios se tensaban. Y, en el fondo de todo ese pánico, uno con el que había convivido toda mi vida, vi algo más.

Estaba harto. Harto de vivir aterrado. Harto de vivir huyendo.

Cuando me giré, todavía sin saber muy bien si hacerle caso al miedo o al fastidio, vi una Sombra. Salía entre los árboles y avanzaba hacia mí, más rápida de lo normal. Me quedé ahí, paralizado de terror, viendo cómo el ser bulboso se acercaba. Era una de esas Sombras delgadas y temibles que parecía que se las llevaría el viento. Flotaba por encima de la hojarasca, cada paso humeante acercándose a mí. Reculé de manera inconsciente.

«Céntrate en lo que sientes, Finn», me reprendí a mí mismo.

No servía de nada: todas esas palabras se colaban por el desagüe del terror. Volví a mis antiguas rutinas y me costó mucho quedarme ahí, resistir contra esa sensación insoportable de pánico. Pronto, el olor a podredumbre me inundó las fosas nasales. La asfixia que sentía ante la presencia de esos seres me atenazó el pecho. Di otro paso hacia atrás, pero ya era demasiado tarde para huir.

«Piensa», me repetía, una y otra vez. «Piensa, Finn». No pude.

Tenía la mente en blanco, absorta por la visión del ser negruzco.

Pronto, a esa Sombra se le unieron varias más. Sin la presencia de Nuada, la normalidad era esa. Y estaba tan acostumbrado que no me costó nada volver a caer en los mismos pozos, en las mismas actitudes. Retrocedí más, alejándome despacio de las Sombras. Cuando choqué de espaldas contra una de las figuras de madera y sentí el material frío contra la piel de mis brazos, supe que tenía que cambiar de estrategia. Tenía que encararme a ellas.

Una de las Sombras estiró una de esas protuberancias oscuras hacia mí. La quemadura me dolió solo con pensar en repetir esa experiencia. Intenté apartar la pierna de su camino. No fui lo suficientemente rápido. Gracias a la diosa, cuando la Sombra estaba a punto de tocarme, un rayo de luz iluminó la penumbra del prado. Se incrustó en ella y la convirtió en cenizas y humo, igual que las que Nuada había eliminado en el bosque.

Al ver la luz blanca, algo cambió. La desesperanza que había inundado mi corazón desapareció.

—¡Tienes que luchar, Finn!

La voz de Nuada llegó alta y clara, pese a la distancia. Era todo lo que necesitaba. Contemplé las Sombras, sus masas amorfas, negras y burbujeantes. Eran temibles.

En contra de lo que todo mi cuerpo decía, cerré los ojos y respiré hondo. Amparado en la oscuridad tras mis párpados, la negrura de esos seres no era tan terrorífica. De esa manera, podía sentir la textura de la corteza arañarme la espalda, el viento removerme el cabello, las hierbas altas golpearme las piernas con suavidad. Y, aunque todavía sentía el pecho cargado de temor y el olor a podrido, en ese instante, las Sombras dejaron de existir y solo quedé yo, en un vacío natural.

El miedo desapareció. La angustia se esfumó. Y, ahí, debajo de todas esas barreras, encontré algo más. Una luz. Era negra pero brillante. Amable. Me atraía y yo seguí su llamada. Pues ahí, debajo del miedo y la opresión, había poder. Sin destilar, puro, salvaje.

Lo dejé ir y todo mi cuerpo se estremeció cuando la oleada

escapó de mi control. Abrí los ojos para contemplar cómo la ola escapaba de mi piel. Aunque era invisible, podía intuir la luz del sol reflejándose en ella. Al golpear a las Sombras, no las mató. No se convirtieron en ceniza a su paso. Pero se quedaron ahí, inmóviles.

Ya no podían alcanzarme.

Con la oleada, también se fue toda mi fuerza. Las piernas no pudieron soportar mi peso, y me caí de rodillas. Tenía los músculos temblorosos, resentidos por el esfuerzo. Sin embargo, el dolor no importaba. Lo había conseguido.

Las Sombras ya no podían hacerme daño.

# Capítulo 19

## Un lugar en el que refugiarse

Poco a poco, el otoño fue dejando paso al invierno. El lago empezó a amanecer congelado cada mañana, aunque en los días soleados la superficie de hielo todavía se resquebrajaba y creaba un espejismo de color que duraba poco. La niebla que cubría las montañas que rodeaban Eren Glen y Lonmore bajaba para revestir las calles de la pequeña villa.

Después del baile y de toda la emoción de esa noche, las cosas volvieron a calmarse. Me daba la sensación de que toda la familia Callaghan vivía conteniendo el aliento, a la espera de algo que estaba al llegar, pero que no acababa de aparecer. Una expectativa que también sentía en mis carnes.

Las confesiones de Ailish y Nuada trajeron una cotidianidad nueva, más cómoda y cercana. La hospitalidad se convirtió en una amistad que me pilló desprevenido. De repente, Eren Glen se había convertido en un lugar en el que podía refugiarme.

Nuada y yo seguimos entrenando cada mañana. La emoción que había sentido ese primer día no tardó en esfumarse cuando me di cuenta de que no podía replicar mi proeza. La idea de que aquella ola de poder había sido la primera, y también la última, se repetía en mi cabeza con insistencia, y no me dejaba en paz. Me aterraba. Ahora que había saboreado por fin la independencia, no me veía

capaz de dejarla ir. El príncipe me aseguraba que era normal, que podría volver a ese poder. Sus palabras eran el bálsamo que pretendían ser. Su efecto, por eso, era temporal: la preocupación intrusiva volvía siempre, una y otra vez, terca.

La sensación de desasosiego que me perseguía no ayudaba a mi ansiedad; un mal presentimiento que se acostaba conmigo por las noches y se despertaba cada amanecer a mi lado. No podía ponerle nombre ni cara. Era incapaz de adivinar su origen. Pero estaba ahí: una constante insoportable.

La imagen de las dos hermanas, una con la Sombra a su alrededor y la otra con los ojos llorosos, no me abandonaba. Sabía que *lady* Ailish estaba moviendo sus fichas para descubrir qué había detrás de los ataques. Aun así, yo no podía evitar sentir que corríamos una carrera que ya estaba perdida.

Una tarde, después del entrenamiento infructuoso de la mañana, me dirigí hasta la biblioteca, donde pasaba la mayoría de mi tiempo muerto. Al principio, no noté nada raro en la estancia. Sus estanterías estaban tan llenas de libros como siempre. La misma luz blanquecina del invierno se asomaba por los ventanales. Las butacas se hallaban vacías, el fuego en brasas calentaba la estancia. Nada parecía fuera de lugar. No obstante, cuando mi mirada escaneó la sala, supe que había algo diferente.

Un rayo de sol pareció querer indicarme qué buscaba. Sobre un escritorio antiguo y lleno de cajones, encontré el brazalete de esmeralda que había traído Nealie, el que le había arrebatado el poder a Enyd. Me acerqué, indeciso. No sabía si podía tocarlo, así que me senté ante él y lo analicé en la distancia.

La pulsera era preciosa, la esmeralda, tan brillante que dejaba sin aliento. Era una joya que se alejaba del estilo recargado de Tír o del tosco de Balainn. Las gemas verdes estaban encastadas en un molde de oro, dibujando la figura de dos hojas casi entrelazadas. Esa belleza era diferente, tan ajena a todo lo que había conocido nunca que me sentía atraído hacia ella irremediablemente.

No lo había podido examinar bien la pasada noche. Ahora, en la

soledad de la biblioteca, me di cuenta de que ya la había visto antes. Como un relámpago, me acordé de dónde. Pues no era la primera vez que me encontraba un brazalete sobre una mesa. No era la primera vez que me topaba con la esmeralda así, tan brillante, tan bien pulida.

Mi padre tenía una igual.

Ahogué un grito y me alejé de la mesa. No podía ser. ¿De cuándo era ese *déjà vu*? ¿Y por qué no lo había reconocido hasta ahora? Poco a poco, los recuerdos volvieron a mí y pude rememorar el momento.

Había sucedido poco después de la desaparición de Lean, cuando todavía había tenido el corazón destrozado por su ausencia. Rememoré cómo había ido al despacho de mi padre en busca de un cariño que, intuía, no recibiría. Pero con diez años, aún no había perdido la esperanza de encontrar una figura paternal en lord Blackwell.

El despacho había estado vacío. Al entrar, mi mirada se había desviado por sí sola hacia la mesa. Y ahí había estado el brazalete, tan brillante como ese que tenía ahora ante mí. No pude observarlo mucho más: mi padre había entrado en la habitación en ese momento y lo había arrebatado de mi vista, enfadado.

A esa edad, no pude entender qué había encendido su furia. Ahora, nueve años después, por fin era capaz de intuir sus razones. Algo en mi corazón me decía que ese era el brazalete que contenía los dones de Lean. La desesperación con la que mi padre había agarrado lo poco que quedaba de él me lo demostraba.

Y, por muy mal padre que fuera Benjamin Blackwell, el día de la desaparición de Lean él también había perdido: había cambiado la vida de su primogénito, de su futuro heredero, por algo que yo desconocía. Había cambiado un hijo por una joya de esmeralda y poderes.

En mi interior se encendió un fuego. Uno que el miedo y la ansiedad solían apagar. Quise quemarlo todo, romper libros, mesas y sillas. Arrasar la tierra hasta llegar a Aeda, a la calle Blackenor, a mi

padre.

—¿Finn?

La voz de Ronan me devolvió a la realidad, y la llama se apagó tan rápido como se había encendido. La súbita entrada de aire a mis pulmones me hizo toser y me incliné hacia adelante. Durante unos segundos, mientras me golpeaba con suavidad la espalda, el príncipe no dijo nada.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona. Es solo que me has sorprendido.

La mirada de Ronan se desvió hacia la pulsera, y su rostro se ensombreció. Él sí se atrevió a cogerla: la sujetaba, por eso, con cuidado.

—¿Qué hacías aquí, mirando… esto?

—Pues… —Dudé unos instantes, pero no encontré razones para mentirle. Tampoco quería hacerlo—. Me he acordado de algo que había olvidado. Después de la desaparición de mi hermano, encontré un brazalete así en el despacho de mi padre.

Él abrió mucho los ojos. Dejó la joya sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—¿Tu padre? ¿Lord Blackwell? —Su cara se consternó todavía más, y me cogió de los brazos—. ¿Tu padre tenía un brazalete de esmeralda?

Asentí, convencido. Ahora que recordaba todos los detalles, sabía que ese momento había sucedido, que había sido tan real como los dedos del príncipe sobre mis muñecas. Ante la convicción en mi cara, Ronan suspiró y se hundió en la butaca más cercana. Sus mechones rizados cayeron sobre su cara, desordenados.

—No lo puedo creer…

—¿Qué pasa? Pensaba que ya sospechabais de mi padre…

—Sospechar no es lo mismo que saber con certeza.

Acerqué una butaca a la de él y me senté. Él se acomodó: pasó una pierna por encima del reposabrazos y se tumbó, mirando al techo. No entendía esa actitud de derrota tan repentina.

—Ronan… ¿cómo sabíais que mi padre podría estar implicado?

El príncipe suspiró antes de contestar:

—Cuando te hablamos de los Hijos de Morrigan, no te contamos sobre mi poder, ¿no?

—Ahora que lo dices, es verdad.

—Eso es porque a Ailish no le gusta mucho hablar de ello. Sabe que me hizo sufrir cuando todavía vivía con mi madre.

Un silencio asfixiante nos envolvió y noté cómo la pregunta, que tenía en la punta de la lengua, se resistía a salir. Siempre había visto a Ronan como un vividor, alguien divertido, entretenido, social. Alguien que no se reflejaba en la imagen que tenía ante mí: la de un príncipe vencido.

—¿Cuál es tu poder?

Ronan escondió la cara bajo el antebrazo antes de contestar.

—Puedo viajar a los Salones de Morrigan.

—¿Qué?

No podía ser. ¿Podía ir al mundo de los muertos? Según la religión que adoraba a la Diosa, los Salones de Morrigan eran los bosques donde las almas de los fallecidos vivían, junto a ella, hasta que podían volver a la vida. Yo siempre había considerado ese mito como una explicación bonita y fantasiosa sobre la muerte. Una historia que suplía la necesidad de esperanza ante el duelo.

Desde que había llegado a Lonmore, estaba descubriendo que muchas de las leyendas de Balainn eran reales.

—No puedo hacerlo a voluntad —explicó—. Cuando lo hago, el cuerpo se me vacía, pues mi alma viaja hasta ahí.

—Si no puedes hacerlo a voluntad… ¿cómo lo controlas?

—No lo hago. Cuando se me queda la mente en blanco, el alma se desprende del cuerpo. Es decir, siempre que dejo de pensar. Las reflexiones, las ideas, los libros, las conversaciones… todo eso me liga al mundo terrenal.

Tragué saliva. Incluso después de todo lo que había vivido, después de las Sombras y los haces de luz y el aspecto feérico de Nuada, aquello me parecía demasiado.

—No puede ser…

Ronan soltó una carcajada irónica y me miró a través de la corva de su brazo.

—Si alguien te dijera eso mismo de tu capacidad para ver las *taran*, ¿cómo te sentirías?

Bajé la mirada, algo arrepentido por mis palabras precipitadas.

—Perdona. Es solo que me parece demasiado…

—¿Fantasioso?

Negué con la cabeza.

—Doloroso.

—La primera vez que me pasó, mi madre me acusó de mentiroso —dijo con amargura—. Lo que estuvo diciendo los primeros años.

—Tu madre…

—Nunca me creyó. Por eso, cuando *lady* Ailish se presentó en casa para hablarme de Morrigan y sus Gracias… me sentí aliviado. Accedí al instante a venir con ella. Y mi madre no rechistó. Nunca llegó a aceptar que no era, ni nunca había sido, esa hija que ella deseaba.

—Ronan… lo siento.

El príncipe recibió mis disculpas con una sonrisa conciliadora.

—Fue duro, pero Ailish me enseñó a controlar mi poder. A poner barreras. A pensar constantemente —rio, esta vez con un toque de cariño en su sonido—. Aprendí quién soy gracias a ella.

—Entonces… ¿puedes hablar con fantasmas?

—Así es. Aunque tiene sus límites. Cuando morimos, nuestras almas van borrando sus recuerdos de quiénes fueron poco a poco. Solo puedo hablar con aquellos que acaban de morir, que todavía no han empezado ese proceso.

—¿Así es como descubristeis que mi padre estaba implicado en… —Miré el brazalete— lo que sea que es esto?

Ronan volvió a observarme por el hueco de su codo. Suspiró y se incorporó, hasta que nuestras miradas estuvieron a la misma altura.

—Hay otra cosa que puedo hacer con mi Gracia. Esa Sombra que describiste, la de ojos dorados que viste sobre Enyd… ¿te acuerdas de ella?

Como olvidar algo así. Asentí con vehemencia.

—Puedo hablar con ellas. —Su voz sonaba apagada—. No sabemos muy bien lo que hacen los brazaletes, solo que quitan los poderes a los hijos de Morrigan. Sin poderes, no están vivos. Pero tampoco mueren, así que la Diosa no puede reclamar su alma. Creemos que por eso salen esas Sombras tan raras. Es la fusión entre la parte positiva y negativa del alma.

La cabeza me daba vueltas. Todo lo que me estaba explicando me parecía demasiado complejo, demasiado enrevesado. ¿Sombras con alma? ¿Visitar los Salones de Morrigan? Noté un dolor sordo en las sienes y me las masajeé, cerrando los ojos para refugiarme en la oscuridad tras mis párpados.

—No sabemos nada con certeza. Tampoco importa todo eso. Lo único que importa es que tenemos que evitar que vuelva a pasar. Y descubrir qué quieren hacer con tantas Gracias…

Ronan se levantó y echó un último vistazo al brazalete antes de dirigirse hacia la puerta.

—¿Ronan?

Se giró ante mi llamada y me miró, expectante. Pese a la frustración que había visto en él hacía apenas unos minutos, ahora estaba como siempre: sonriente, esbelto, consciente de su propio atractivo. Casi parecía que el Ronan tumbado en la butaca con posición derrotada hubiese sido una invención de mi mente.

—Alguna vez… —dudé—. ¿Alguna vez te has planteado hacer un pacto con las hadas para perder tus poderes?

De alguna manera, sentía que su don y el mío estaban conectados. Y, por cómo había hablado de él, sabía que para Ronan también había sido una especie de maldición. Podía entenderlo. Quizá por eso, en ese momento, me atreví a formular una pregunta tan atrevida; una que no habría podido verbalizarles ni a Saoirse ni a Moira ni a *lady* Ailish.

Él apoyó el hombro en una estantería, con los brazos cruzados y en posición pensativa.

—Por mi Gracia, no, no lo he pensado nunca. Pero… —Se calló y

yo dejé que reordenara las palabras en su cabeza—. Pero sí me tentó, en el pasado, hacer un pacto con las hadas. Para cambiar mi cuerpo. —Se contempló las manos, como si buscara una respuesta entre los dedos.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque comprendí que ningún trato podría darme lo que yo ya tenía —dijo—. No necesitaba que mi cuerpo cambiara, porque mi cuerpo siempre ha sido el mío. En mi caso, solo tenía que aprender a quererlo.

Por primera vez desde que había llegado a Lonmore, vi a un Ronan diferente al príncipe que se escondía bajo la máscara de cautivador y encantador. El brillo en su mirada, la expresión de alegría… nunca había visto una sinceridad tan resplandeciente como la que Ronan me mostró en ese momento.

—Cada persona es un mundo, Finn, así que lo que yo hiciera o dejara de hacer no va a cambiar tu opinión. Pero tu Gracia… estoy seguro de que encontrarás algo positivo en ella.



Después de la conversación con Ronan, me quedé en la biblioteca. Mientras rememoraba, una y otra vez, la expresión desesperada de mi padre en ese lejano día, el cielo fue tintándose de gris. Al atardecer, los nubarrones que habían oscurecido el horizonte ya lo cubrían todo y, a medida que la luz se apagaba, empezó a caer también una lluvia de aguanieve. Estaba demasiado agotado para leer, así que me acomodé en la butaca y dejé que mis músculos descansaran un poco. Cuando las gotas, blancas del frío, cubrieron los cristales entelados, me quedé embobado mirándolas. Como siempre, la nieve traía consigo un silencio devastador, casi absoluto.

Pronto, los copos de hielo cubrieron los alrededores del lago con su manto. El paisaje se tiñó de un blanco oscuro, uno que solo podía ver en las cercanías gracias a las luces que salían del castillo. A lo lejos, la oscuridad nocturna ya había engullido el resto de la vista.

Me dejé llevar por una tranquilidad extraña. Poco a poco, todas mis preocupaciones, mis cargas, mis ansiedades… todo se desprendió, se camufló entre la nevada.

En algún momento me dormí, aunque no fui consciente de cuándo se me cerraron los párpados. Al despertar, la negra noche y la fina nieve se había convertido en una ventisca. Estaba helado, todo mi cuerpo tembloroso por el ambiente gélido de la biblioteca. Maldiciendo mi despiste, me cubrí con la capa de piel de orsa que me había regalado Nuada y me quedé ahí, encogido sobre la butaca, hasta que recuperé un poco el calor.

No era suficiente. El frío invernal me había calado hasta los huesos. Sin saber muy bien la hora, bajé hasta la cocina para tomar un poco de la infusión que siempre me ayudaba a subir la temperatura y la energía. Pero cuando llegué al umbral que conducía hasta ahí, descubrí que se me habían adelantado: dentro de la estancia, bebiendo ese mismo té, estaba Moira.

—¿Moira?

Ella saltó, sorprendida por mi voz. Me analizó en silencio con una mirada firme y segura bajo la luz del único candil que iluminaba la sala.

—Perdona, no quería asustarte.

Negó con la cabeza, más tranquila. Tenía la taza de té entre las dos manos y la observó, antes de volver a fijarse en mí.

—¿Quieres un poco?

Me senté en la mesa, manteniendo las distancias como sabía que ella deseaba. Conocía poco o nada a Moira, pero sí sabía que detestaba el contacto humano, así que respeté sus deseos y me coloqué en la otra punta de la mesa, en una posición cómoda para ella y lo suficientemente cercana como para poder hablar en murmullos.

—Me alegro de que te haya gustado la infusión de caléndula —dije, algo incómodo.

—Me la preparo cada noche.

La quietud volvió a rodearnos. Había hablado tan poco con ella que no sabía muy bien cómo hacerlo. Me daba la sensación de que éramos dos almas afines, y eso, lejos de llevarnos a una buena relación, nos impedía hablar con normalidad. Me molestaba que nuestros silencios fueran tan similares. Aun así, había algo que me tranquilizaba de ella.

—Moira… ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Después de la conversación que había tenido con Ronan esa tarde, sentía curiosidad hacia el resto de poderes que concedía la Diosa. Desde esa conversación con los Callaghan, había imaginado que mi poder sería uno de los peores. Pero después de escuchar lo mal que lo había pasado Ronan, empezaba a dudar de ello. Quizá él no tenía que enfrentarse a Sombras cada día, pero, sin duda, era igual de terrible no poder dejar la mente en blanco por temor a viajar al mundo de los muertos. ¿Qué habría visto ahí? ¿Se acordaría? Me estremecí con solo pensarlo.

Moira asintió y le dio un trago tímido al té.

—¿Qué Gracia te concedió la Diosa? —indagué.

La pregunta me puso más nervioso a mí que a ella. Necesitaba hacer algo con las manos, así que acerqué la tetera para llenarme una taza de infusión. El aroma a caléndula y tomillo me inundó las fosas nasales, y dejé que el ardor de la mezcla me calentara por dentro.

Tardó tanto que estaba seguro de que no me contestaría. Me equivoqué. Cuando ya estaba dispuesto a cambiar de tema, su voz trémula me llegó como un susurro.

—Puedo controlar las pesadillas.

Se me hizo un nudo en la garganta. Morrigan era la divinidad de la vida y la muerte, de los cuervos y las almas. Y era la diosa del mundo onírico.

—¿Cómo? —musité.

—No son voluntarias. Cada noche, a menos que las transmita, sueño. A veces son pesadillas inofensivas. La mayoría de veces son terroríficas. Siempre son premonitorias.

—¿Puedes ver el futuro?

Negó con la cabeza, buscando mi mirada con sus ojos, de un amarillo casi imposible. Parecía un gato a punto de atacar.

—No es tan fácil —explicó—. La interpretación no siempre es obvia. A veces, son galimatías indescifrables. Aun así, nunca se sabe… lo que los sueños pueden revelar.

Me callé, abatido por la confesión de la princesa. Había pasado toda mi vida sintiéndome desgraciado por la suerte que me había tocado. Y, durante todo ese tiempo, Moira había estado sufriendo pesadillas. Una noche tras otra, incapaz de huir, de escapar de su propia mente. Suspiré y di un sorbo a la bebida. Quería creer que Morrigan nos había dado esos dones para protegernos, pero no podía entender qué tenían de bueno los poderes de Ronan o los de Moira.

—Eso que has dicho… lo de transmitir pesadillas… ¿es por eso que te mantienes apartada de los demás?

Moira bufó y dibujó una sonrisa sarcástica.

—Ahora entiendo qué ve Nuada en ti. —Asintió, pensativa—. Sí. He dicho que puedo controlar las pesadillas. Eso significa también que puedo desprenderme de ellas, pero necesitan un receptor. Alguien que las sueñe por mí. —Soltó la taza y se contempló las palmas de sus manos, como si pudiera leer el futuro en ellas también—. No puedo evitarlo. Cuando toco a alguien, mi poder se transfiere a esa persona…

Sin saber muy bien por qué, extendí el brazo y lo dejé apoyado justo al lado de su taza, a su alcance. Ella saltó y se apartó, temerosa. Me miró, buscando comprensión.

—Dame la pesadilla —dije.

—¿Qué?

—Dices que, si no le das la pesadilla a alguien, la tienes que sufrir tú, ¿no? —Indiqué. Ella asintió—. Bien, pues dame la pesadilla

de esta noche. Es injusto que las tengas que soportar todas tú.

—¡No! —gritó, escandalizada—. Esta es mi carga. Me ha tocado a mí aguantarla.

La princesa se levantó sin perder el contacto de nuestras miradas. Pese a su respuesta, me sentía extrañamente calmado. Alargué más el brazo hacia ella.

—Moira, nadie debería llevar una carga así. Tú también tienes que descansar. —Suspiré y me apoyé en el respaldo de la silla—. Solo será esta noche.

Esperé, con los brazos estirados. Poco a poco, como un animal salvaje y asustado, Moira se acercó. No perdía de vista mi mano, como si temiera que tuviera vida propia y fuese a tocarla en contra de su voluntad.

—¿Estás seguro? Tendrás que recordar todo lo que pasé en la pesadilla.

Asentí.

—Una vez te la pase, no habrá vuelta atrás.

—Estoy seguro.

Suspirando, la mujer asintió y me cogió del brazo. Su agarre tenía una fuerza inusitada, y me sobresalté al notar la presión. Una sensación, cálida y desagradable a la vez, me recorrió desde el punto de contacto. Picaba, como si todo mi cuerpo estuviera rodeado de paja seca, picaba tanto que quise gritar. Me mordí la lengua para contenerme.

Tal y como había empezado, acabó. Moira apartó la mano y la contempló, anonadada.

—Es la primera vez que lo hago en mucho tiempo —confesó.

—Eso significa que hace mucho tiempo que no tienes una noche tranquila. —Me levanté y cogí la taza—. Buenas noches, Moira.

Ella me persiguió y me cogió del brazo. Ese contacto nos sorprendió a los dos, y me giré hacia ella. Había un brillo en su mirada que me pedía perdón y me daba las gracias a la vez.

—Finn…

Dibujé una sonrisa amplia.

—No te preocupes, Moira.

—Gracias —musitó a mi espalda.

Cuando llegué a la habitación y me quedé a solas, la seguridad que me había sujetado en el camino de vuelta se disolvió y tuve que agarrarme al marco de la puerta para no caerme. ¿En qué había estado pensando? ¿Quién era ese Finn confiado que se mostraba voluntario a sufrir? Pese a mis dudas, no me arrepentía. No habría podido actuar de otra manera. No sabía si era por culpabilidad o por otra razón que no discernía aún, pero no había podido evitarlo. No había querido hacerlo.

Suspirando, me tumbé en la cama y contemplé el techo decorado. La luz de la luna se filtraba por la ventana y dibujaba sombras en la superficie blanca.

—Pronto será luna llena —susurré para mí mismo.

Ese fue el último pensamiento que tuve antes de que mi cuerpo se rindiera a brazos del sueño.



Me desperté en el prado de entrenamiento. A mi alrededor, los árboles iban mudando de hojas, como si el viento que zarandeaba sus copas cambiara la estación. De repente, era una arboleda en otoño. Y, de pronto, el verano volvía a aparecer. No seguía un orden concreto ni establecido: las etapas iban cambiando de forma aleatoria. En el centro del prado, las estatuas de madera y latón que usaba Nuada para entrenar se habían colocado en un círculo amplio.

La curiosidad me movió hacia allí. No era apenas consciente de mis acciones ni de mis decisiones, pero no tenía miedo. Aquel era un lugar conocido, familiar. Uno que había explorado con Nuada muchas veces. Me acerqué hacia el círculo y toqué la madera de uno de los maniquíes. Estaba caliente al tacto, como si un sol inexistente la

hubiera calentado. Paseé los dedos por la superficie, apreciando la textura envejecida con el tiempo. Tenían marcas por todo el cuerpo, señales de que Nuada había entrenado ahí con sus proyectiles de luz.

De la nada, sin saber cómo, estaba en el centro del círculo. Las estatuas me rodeaban, contemplándome con sus ojos vacíos. Marrón contra marrón, pero había algo antinatural en esos rostros esculpidos. Me acerqué a una de las figuras y, al tocarla, la madera se pudrió bajo mis dedos. Miles de gusanos serpentearon por la superficie, así que aparté la mano, pero ya era demasiado tarde: la figura estaba cambiando. Del tronco al moho, del moho a la podredumbre. De la podredumbre… a la Sombra.

Estaba rodeado. ¿Cómo me había dejado atrapar así? Retrocedí en vano, pues el resto de figuras se habían transformado también. Su hedor no me dejaba respirar. Quise gritar, huir, hacer algo. Quise rescatar ese poder que había sentido el primer día, esa llamada que me había salvado de los seres negruzcos. Pero nada apareció. El miedo y la asfixia me envolvían como una manta de la que no me podía liberar, por mucho que luchara.

—Déjate llevar —susurró una voz en mi oreja, tan cerca que casi pude sentir su aliento—. Ven conmigo a Sidhe…

Intenté girarme, aunque fui incapaz. Las Sombras ya me inmovilizaban. Mientras sus tentáculos de humo negro me envolvían, y yo sentía cómo sus pieles carcomían la mía, descubrí que ya no estábamos en el prado de entrenamiento. Lo único que alcancé a ver de ese lugar desconocido fueron las piedras, colocadas en círculo. No pude distinguir mucho más, antes de que las Sombras cubrieran cada centímetro de mi cuerpo.

Me desperté gritando. Todavía sentía la presencia de esos seres a mi alrededor, como un abrazo mortal del que no me podía liberar. Luché con piernas y brazos para desenredarme.

—¡Finn! —gritaba una voz—. ¡Finn, soy yo!

Tardé un buen rato en darme cuenta de que no eran Sombras lo que me rodeaba, sino una manta cálida y suave. Que no era su

fuerza la que me retenía, sino la de los brazos de Nuada. Inconscientemente, sin poder evitarlo, me eché a llorar. El príncipe me rodeó y me acarició el pelo hasta que el sueño volvió a mí, esta vez libre de pesadillas y terrores.

# Capítulo 20

## A cinco centímetros

A pesar de que la habitación estaba vacía cuando me desperté, había algo raro en el ambiente; un aroma que no encajaba. Las pesadillas de la noche anterior se habían diluido en la memoria del sueño, y solo podía recordar fragmentos, jirones del miedo que me había atenazado mientras dormía.

Moira había dicho que las pesadillas provocadas por la Gracia eran premonitorias, pero lo único que recordaba eran las Sombras, numerosas, constantes, imposibles de esquivar. Sombras que se alimentaban de mi cuerpo hasta dejarme seco. ¿Qué tenía aquello de presagio? ¿Acaso no tenía que enfrentarme siempre a ellas en el campo de entrenamiento? ¿Eso es lo que había querido decirme Morrigan?

Fruncí el ceño. No estaba tan seguro de ello. Si había soñado algo más, mi memoria no acababa de descifrar qué era.

Me incorporé, intentando recordar. Poco a poco, me vestí a desgana, sin darme cuenta de qué me ponía. Aunque no tenía hambre, mi cuerpo se movía por la inercia de la rutina. Asearse, vestirse, bajar a desayunar. Hacía solo unas semanas que había adoptado esa costumbre y ya había aprendido a apreciarla.

Cuando abrí la puerta, esa rutina se rompió. Al otro lado, esperando contra la pared del pasillo, estaba Moira. Su presencia en

Eren Glen era más similar a la de un fantasma, y las únicas situaciones en las que podía verla e interactuar con ella eran en esas noches en las que el insomnio nos reunía. Verla ahí, con la luz del sol levantando resplandores dorados en su melena castaña, me sorprendió.

—¿Moira?

La chica me lanzó una mirada afilada antes de hablar.

—¿Qué has soñado?

Cerré la puerta tras de mí. No sabía si contarle a Moira aquel sueño que había parecido cualquier cosa menos un presagio. ¿Acaso no me enfrentaba a Sombras cada día? ¿Qué tenía eso de adivinación? Suspiré y negué con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal.

Me di la vuelta, dispuesto a reincorporarme en la cotidianidad de cada mañana, pero ella se colocó ante mí.

—Dímelo.

Bufé, intentando esquivarla.

—Apenas me acuerdo de nada. Lo único que recuerdo son Sombras, abalanzándose contra mí…

—¿Sombras? ¿Cómo eran? ¿Dónde estabas?

Traté de evocar, echar la vista atrás y recuperar lo que había vivido bajo el poder de la Diosa. Por desgracia, la escena estaba rodeada de la neblina del olvido, y cada vez me costaba más acordarme del sueño.

—Estaba… ¿en un bosque? No, no era exactamente un bosque, pero había árboles. Y… ¿hombres de madera? —divagué—. Es raro.

—¿Hombres de madera? ¿Como guerreros?

Negué con la cabeza.

—No, más bien… —Entonces caí en la cuenta. Una imagen, vivida, como si nunca hubiera abandonado mi cabeza, apareció ante mí—. Era el prado de entrenamiento al que voy con Nuada. Estaba ahí. Luego no recuerdo nada más, excepto que las Sombras me rodeaban y no podía huir.

Conseguí esquivarla y avancé por el pasillo en dirección al

comedor. Sabía que su mirada me perforaba la espalda y decidí ignorarla. No sabía qué más decirle. Cuando ya estaba al final del pasillo, escuché los pasos de Moira, furiosos como un terremoto.

—¿Y ya está?

—Sí. —Volví a girarme hacia ella y dibujé una sonrisa titubeante —. No creo que sea nada premonitorio, Moira. Entreno contra las Sombras todos los días.

—Todos los sueños lo son, de una manera o de otra.

—Quizá este no lo…

—¿Esto es una broma para ti, Finn? —me interrumpió, enfadada.

—No he…

—¿Es que acaso no te importa? ¿No te preocupa el futuro de esta familia? ¡Los sueños de Morrigan nos permiten adelantarnos al futuro! —Se cruzó de brazos y retrocedí, sorprendido por la violencia que entreveía en su mirada—. Y, ahora, por tu culpa, hemos perdido una oportunidad valiosa para ver qué se nos echa encima.

—Lo siento…

—¿Esa era tu propósito cuando me tentaste para que te cediera la pesadilla? ¿Es que querías fastidiarme, Finn?

—No…

—Moira, ya basta.

La voz de Ronan atravesó el pasillo y rompió los gritos de la princesa. Moira retrocedió, asustada consigo misma y con sus acciones. Me miró, con esa expresión de animal asalvajado que me había mostrado la noche anterior, y, sin decir nada más, huyó por las escaleras hacia su propia habitación. Solo cuando su espalda se perdió por el pasillo, respiré hondo.

—¿Estás bien? —inquirió el príncipe. Asentí. Las palabras de Moira habían sido más dolorosas que su furia. Todavía podía notar cada una de ellas clavada en mi piel—. Perdónala. Como tú y yo, Moira ha sufrido toda su vida con su don. Cree que es su responsabilidad protegernos a todos, así que a veces se puede poner un poco… irascible.

—Solo quería hacer algo por ella…

El príncipe sonrió y me golpeó con suavidad el brazo con su hombro.

—Lo sé. A veces nos hemos ofrecido a hacer lo mismo que hiciste tú anoche, pero siempre acaba… así. Nadie puede recordar tantos detalles de un sueño como ella.

—Eso es injusto, tanto para ella como para vosotros. Si puede librarse de vez en cuando, ¿por qué no hacerlo?

El rostro de Ronan se ensombreció. Se encogió de hombros y empezó a bajar las escaleras. Cuando llevaba un par de metros, giró la cabeza hacia mí.

—¿Vienes a desayunar?

Miré en la dirección por la que había desaparecido Moira, con el corazón encogido. No estaba enfadado, pero sí dolido. Por no haber podido estar a la altura de lo que ella necesitaba. Por haberla herido cuando lo único que pretendía era ayudarla.

«Tienes que recordar la pesadilla, Finn. Tienes que acordarte de todo».

Caminamos por los pasillos en silencio, yo todavía con la cabeza metida en ese sueño medio olvidado, él tarareando una tonadilla desconocida. La conversación que habíamos tenido en la biblioteca estaba latente entre los dos, como si cada una de esas palabras tirara de un hilo demasiado corto.

—Ahora entiendo tus gritos de ayer.

Ronan fue el primero en romper el silencio. Su frase me pilló de improviso, y se me enredaron los pies. Tropecé, pero pude sujetarme a la pared antes de caerme.

—¿Mis gritos?

—¿No te acuerdas? Ayer gritabas tanto que creíamos que te había pasado algo.

Oh, por la Diosa. Noté cómo toda mi cara se teñía de rojo y bajé la cabeza, como si concentrando la mirada en el suelo, la sustancia viscosa que me presionaba en el vientre fuera a desaparecer.

—Pensaba que eso formaba parte del sueño… —musité—. Un momento. ¿Creíamos? ¿Tú y quién más?

—Nuada y yo. Saoirse no se despertaría ni aunque todos sus cuervos le graznaran al oído a la vez.

Darme cuenta de que el sueño que había tenido con Nuada no había sido una invención de mi cabeza, sino la realidad, me desestabilizó. No sabía cómo mirarlo a la cara, cómo enfrentarme de nuevo a esos ojos que todo lo veían. Me llevé la mano al pecho, notando su movimiento agitado. El tamborileo de mi corazón no se debía a la pesadilla, tan solo a sus consecuencias: a los brazos de Nuada rodeándome hasta que mi mente se rindió al sueño, a su mano acariciándome el pelo, a sus palabras inentendibles y llenas de calidez.

No me lo había imaginado. Todo eso había sucedido de verdad.

—Emmm —farfullé. Ronan me miró, sus cejas mostrando una interrogación expresiva—. Me he dejado algo en la habitación. Adelántate tú.

¿Qué estaba haciendo? Era consciente de que no pensaba con claridad, pero mis piernas ya se movían solas, mis pensamientos enmarañados entre la vergüenza y el calor. Corrí hasta la puerta de la habitación de Nuada y me quedé plantado ahí, paralizado. Como si el suelo fuera de un hielo que ascendía por mi piel ardiente.

Así, con la mano alzada y un rostro anegado de pánico, me encontró él.

—¿Finn? ¿Qué pasa?

Tenía pinta de haber pasado una mala noche: tenía ojeras y la piel mortecina. Sus ojos, que siempre parecían contener un océano de emoción azul, estaban oscuros y apagados. Aun así, y pese al cansancio que mostraba su expresión, vi una curiosidad conocida, resplandeciente, en sus iris.

«¿Qué estás haciendo aquí, Finn?», fue el primer pensamiento racional que tuve. A mi cabeza acudieron de nuevo las imágenes de la noche anterior, y tuve que morderme la lengua para no gritar de frustración y vergüenza.

—¿Te encuentras mal? ¿Es por la pesadilla de anoche?

Desvié la mirada hacia un lado, rezando para que la penumbra

del pasillo escondiera mi sonrojo.

—No es nada. Perdona, no quería despertarte. Ya me…

—Entra —me interrumpió.

Se apretó contra la pared para dejarme pasar. Ya me había olvidado de la calidez que transmitía la habitación de Nuada. El espacio era similar al de mi cámara, pero el príncipe la había hecho suya, y eso me gustaba. Olía a él. Casi me daba la sensación de haber entrado en un pedazo de su mundo.

Cerró la puerta tras él y se sentó en la cama. Me miró, como si fuera natural que lo siguiera hasta ahí. Incapaz de moverme, apreté la espalda contra la puerta.

—Y yo que estaba preocupado por un abrazo —musité.

Nuada soltó una carcajada y me miró con esa expresión divertida que tanto lo caracterizaba. Había sido una noche extenuante en la que la pesadilla me había dejado agotado. Sin embargo, ahora todo mi cuerpo parecía activarse ante esa risa.

—Así que esa es la razón de tu sonrojo —comentó—. El abrazo.

—Sí —solté—. ¿Algún problema? Pensaba que lo había soñado…

—Entonces, ¿has imaginado que soñabas conmigo?

Había pensado que era imposible, pero el calor me subió todavía más a la cara. Me crucé de brazos y me apreté más contra la entrada de madera.

—La Gracia de Moira, no yo.

Nuada soltó otra carcajada que sabía a miel y sol de primavera.

—La pesadilla provocada por Morrigan se acabó cuando te despertaste gritando. Créeme, estaba ahí —comentó él—. Si no es por el abrazo, ¿por qué estás tan a la defensiva? —Sonrió y una parte de mi quiso lanzarse sobre él y borrarle ese gesto de la cara.

—No estoy a la defensiva.

—Estás ahí, contra la puerta, como si fuera a morderte.

—¿Dónde debería estar si no?

Nuada amplió su sonrisa y golpeó el colchón a su lado. Una invitación que solo incrementó mi vergüenza. Di un paso hacia él y eso pareció sorprenderlo. Abrió los ojos y, por fin, descubrí cómo el

color anidaba también en sus mejillas. Sintiendo el poder de mis acciones, di un paso más. Y otro. Al final, sin saber muy bien qué hacía o por qué, me senté a su lado.

—Te has quedado mudo. —Me reí.

Él me miró, serio. Un contraste inesperado: mi sonrisa inusual contra su solemnidad extraña.

—Estamos prometidos, ¿sabes?

Asentí, nervioso.

—Lo más normal en un matrimonio es consolar a la otra persona después de un mal sueño.

Volví a asentir, con las imágenes vividas de la noche anterior superponiéndose al Nuada nervioso, sonrojado, que me miraba ahora.

—De hecho, lo normal es que, cuando nos casemos, compartamos cama, ¿no crees?

Su voz era solo un susurro, pero retumbaba en mi interior como si estuviera gritando cada palabra en el eco de una caverna. Nervioso, me apoyé en la cama y mi mano se hundió en la manta suave que cubría el colchón. Lo miré. La seguridad que él mostraba siempre parecía haberse esfumado y sus ojos temblaban tanto como el resto de su cuerpo.

Quería sumergirme en el azul de sus iris. Volver a sentir su calor rodeándome, como la noche anterior. Quería saborear sus labios, torcidos en una sonrisa insegura y nerviosa. No podía apartar la mirada de ellos, de su carnosidad, del color rosado que tintaba toda su superficie. Tragué saliva.

—Finn… —susurró él.

Sus dedos rozaron los míos, y el corazón me dio un vuelco. No era la primera vez que estábamos solos ni que nuestras manos se tocaban. Siempre había una familiaridad en su contacto, como si nuestras pieles estuvieran destinadas a rozarse. Pero, en ese momento, todo se desbocó. Atrapé su mano, piel contra piel. No era suficiente. Su rostro estaba todavía más cerca, tanto que podía notar cómo su aliento me recorría las mejillas. Cogí aire y su aroma me

inundó las fosas nasales.

—¿No decías que no era… adecuado? —susurré y fui consciente de cómo cada una de mis palabras chocaba contra sus labios.

—No le hagas caso a mi yo del pasado, no tenía ni idea de lo que decía.

Solté una risita y él se acercó todavía más.

A cinco centímetros. A esa distancia estaba la boca de Nuada. Cinco centímetros que separaban unos labios solitarios de un beso. Cinco centímetros en los que nuestros rostros bebían el uno del otro. Quería salvar es espacio, pero no sabía cómo.

No sabía si debía hacerlo.

No obstante, Nuada borró todas las dudas que pudiera tener en mi interior. Como siempre. Estrechó mis dedos antes de acortar esos cinco centímetros ridículos que nos separaban. Nos besamos, y el mundo acabó a nuestro alrededor. Ya no existía castillo ni Sombras ni Balainn. No existía nada excepto la boca del príncipe sobre mis labios, su mano sujetando con fuerza la mía.

—Finn…

Me rozó la nuca para acercarme a él. Yo hice lo mismo con su espalda ancha. Sentía que todo su calor me envolvía, un abrazo agradable que acepté sin tapujos. En ese momento, no me importaba nada más que él: su piel, sus labios, sus ojos azules. Nada más.

Con delicadeza, Nuada me tumbó sobre la cama y empezó a desabrocharme el chaleco. Sus dedos temblaban tanto que cada botón era una victoria que celebrábamos con una sonrisa. Una a una, fue descartando capas de mi vestimenta, hasta que sus manos rozaron mi piel nívea.

Se apartó y me contempló con una expresión cargada de algo que no supe reconocer. ¿Amor? ¿Deseo? Quizá era una mezcla de las dos.

—Me gustas tanto… —susurró.

Trazó un camino de besos por mi cuello y mi pecho y, a cada contacto, sus labios dibujaban un «me gustas» que todavía no podía

creerme.

Mi respiración acelerada y sus caricias eran el único sonido que se escuchaba en la habitación. El resto del mundo podría haber ardido en ese momento, que nosotros seguiríamos en esa cama, paralizando el tiempo a nuestro placer.

De repente, unos golpes en la puerta rompieron el hechizo. La quietud húmeda que se había adueñado de la estancia se quebró.

—¿Nuada? ¿Estás despierto? —La voz de Ronan traspasó la puerta y la burbuja en la que nos habíamos refugiado—. Tenemos visita.

Sorprendido, Nuada se separó, mirándome con una expresión a medio camino entre el asombro y la frustración. La temperatura bajó varios grados de golpe, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Reacio, el príncipe empezó a colocarse mejor la ropa. De espaldas a mí, solo podía ver sus hombros alicaídos y su cabello largo, recogido en un moño bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó, su voz aún empañada por el placer.

—Tenemos visita… del otro mundo —dijo su hermano. Nuada se giró hacia mí, y vi que el amor brillante que expresaba su mirada unos minutos atrás se había oscurecido—. Ha llegado la reina de la Corte del Crepúsculo. Edrielle.

# Capítulo 21

## Una reina feérica

Al principio, me costó entender lo que había dicho Ronan. ¿La reina de una Corte feérica? ¿En el castillo? No me lo podía creer. ¿Acaso no había una barrera mágica que impedía esa clase de visitas? No obstante, cuando vi la rabia en los ojos de Nuada, supe que decía la verdad. Solo Sidhe y sus habitantes lograban despertar esa ira en la mirada del príncipe.

Un silencio extraño nos rodeó. Mientras Nuada se agachaba para atarse las botas, yo me levanté y también empecé a adecentarme. Tenía una sensación extraña y pesada en el pecho y, a cada botón que cerraba, recordaba las caricias de Nuada, sus besos, sus gestos de cariño. Todavía sentía los caminos de fuego que él me había dibujado en la piel, pero ahora que ya no nos separaban solo cinco centímetros, podía notar cómo su contacto era cada vez más difuso. Era evidente que lo que fuera que hubiéramos estado haciendo unos segundos antes se había acabado. Aun así, no podía evitar desear que Ronan no nos hubiera interrumpido. Me apreté el pecho para intentar calmar mis pulsaciones, con escaso éxito.

Durante unos minutos que se convirtieron en eones, ninguno de los dos dijo nada. La quietud que nos rodeaba era tensa y yo quería decir algo que rompiera esa incomodidad, algo que restaurara el aire empapado a nuestro alrededor. Fui incapaz: tenía la lengua seca y

las palabras perdidas en el interior del fantasma de su beso.

Cuando Nuada ya se había recogido el pelo en un moño más alto, se giró hacia mí y me analizó sin decir nada. Le devolví la mirada. Ahora que llevaba de nuevo toda mi ropa, el chaleco y la capa se me antojaban extrañamente pesados.

—Puedes quedarte aquí, si quieres…

—No —dije con contundencia.

No tenía intención de romper la promesa que le había hecho al príncipe, pero una parte de mí ansiaba saber más, comprender más sobre ese mundo que estaba tan lejos y, a su vez, tan cerca de los Callaghan. Quizá esa sería mi única oportunidad para conocer a un ser feérico aparte de Nuada, y no pensaba desaprovecharla, aunque el miedo me creara retortijones en el estómago.

Él alzó la mano, dispuesto a abrir la puerta. Entonces, y para sorpresa de ambos, se giró hacia mí y me robó un beso. Pese a que fue un contacto corto, casi un roce de labios, cuando nos separamos su rostro estaba iluminado con una de sus sonrisas amplias. Un cosquilleo nervioso se paseó por mi vientre cuando se la devolví.

—Ojalá Ronan no nos hubiera interrumpido… —musitó, verbalizando el pensamiento que se había repetido en mi cabeza con insistencia.

Nuada no me dejó tiempo para responder a ese comentario: abrió la puerta, dejando pasar a su hermano. Ronan tenía mal aspecto. El color marrón claro de su piel estaba más pálido de lo normal, y sus mechones negros caían, apelmazados, sobre su frente. Cuando alzó la cabeza y me vio, pareció sorprenderse de que estuviera en la habitación con Nuada. El color me subió por las mejillas de nuevo, y aparté la mirada, azorado.

—¿Molesto?

Nuada soltó una carcajada fingida.

—Para nada.

Ronan entró en la estancia y cerró la puerta tras de sí. Levantó una ceja cuando vio la manta revuelta que cubría la cama. Gracias a la Diosa, no hizo ningún comentario. Se sentó donde antes habíamos

estado nosotros, y se cruzó de piernas. Incluso con el rostro macilento, parecía una escultura recién cincelada.

—¿Dónde está? —preguntó Nuada.

—Con *lady* Ailish. Saoirse y yo estábamos desayunando en el comedor con ella, pero nos ha echado cuando ha llegado la reina para poder hablar a solas. ¿Crees que…?

—No. Ella la invitó, ¿recuerdas? No está rompiendo el Pacto.

Ronan asintió, aceptando esa sencilla explicación. «Una hada puede atravesar la puerta si recibe una invitación humana», me había dicho Nuada. Una frase que no había acabado de entender hasta ahora.

—¿Qué hacemos? ¿Esperamos?

—Una mierda —musitó mi prometido.

Su hermano sonrió, divertido con su respuesta, pero no dijo nada. Juntos, salimos de la habitación y nos dirigimos al comedor. Tras sus pasos, pude contemplar las espaldas de los dos príncipes: la de Ronan era estilizada, delgada pero fuerte bajo la camisa de lino. La de Nuada, amplia y confiable. Me centré en ellos para no sumergirme de nuevo en lo que había pasado en la habitación.

Fue inútil. No podía quitarme de la cabeza su beso, sus ojos estudiándome como si fuera la primera vez que me veían, con ese azul marino cargado de amor. Nunca me había imaginado que alguien pudiera mirarme así, y ahora que lo había probado, sus caricias me sabían a poco. Todo mi cuerpo estaba acelerado, sediento.

«Ojalá Ronan no nos hubiera interrumpido…», había susurrado él. Su voz, cargada de anhelo se repetía en mi cabeza como un eco infinito.

Llegamos a la puerta que daba al comedor y nos encontramos con Saoirse sentada en el suelo, la cara cubierta por las rodillas. De su cabeza solo sobresalía esa melena indomable que la cubría como una manta rojiza.

—¿Qué ha pasado, Sao? ¿Han dicho algo?

Ella alzó la cabeza e hizo un gesto de negación. Se mostraba

circunspecta, más seria de lo que nunca la había visto.

—No he podido escuchar nada, claro. La puerta está cerrada y hablan en susurros, así que es imposible. Aunque, quizá, si me acercara por la ventana… ¿debería hacerlo? O quizá puedo enviar a Nemain, que es la más inteligente. —Se levantó, resoluta, como si la expresión que nos había mostrado a nuestra llegada fuera cosa del pasado—. Tenemos derecho a saber qué dicen, ¿no? Yo creo que sí. Voy a hacerlo.

Nuada la cogió del brazo antes de que la muchacha se perdiera pasillo abajo.

—No.

—Pero…

—No vamos a espiar a *lady* Ailish. Esperaremos. Ella es la primera que es consciente de que necesitamos saber todo lo que…

Ronan, sin embargo, no parecía estar de acuerdo. Sin hacer caso a las palabras de su hermano, lo esquivó y abrió la puerta de golpe. Las voces, que habían llegado enmudecidas por la madera y la piedra, se interrumpieron.

Las dos mujeres se giraron hacia nosotros en cuanto la puerta se abrió. Sus cuerpos estaban muy juntos: la mujer feérica le cogía ambas muñecas a la reina Callaghan. Aunque era una posición violenta y se respiraba un ambiente tenso en la estancia, ninguna de las dos parecía azorada por la presencia de la otra. Tampoco por nuestra interrupción. Con lentitud, el hada se separó de Ailish y nos miró, uno a uno. Sus ojos eran de hielo, de un azul tan pálido que parecía contener todo el invierno en sus iris.

El único ser feérico que había visto hasta entonces era Nuada, por lo que había imaginado que todas las hadas se parecerían a él. No obstante, la reina que tenía ante mí no era para nada como me la había imaginado. Era alta y esbelta, tanto que empequeñecía la estancia. Su piel era tan negra como la noche, su cabello, de un blanco tan intenso que parecía bendecido por la luz de la luna. Caía sobre sus hombros como una cascada de nieve interminable. Era regia y elegante, un ser de una belleza inhumana. Como un *déjà vu*,

su aspecto me trasladó al pasado. Tardé unos instantes en recordar dónde había visto alguien así: el cuadro del corredor, el que representaba el Pacto de Sidhe. Sin duda, se trataba de la misma persona.

Al fin, volvió su rostro hacia Ailish y preguntó:

—¿Qué hace aquí? Pensaba que se había quedado en una familia humana.

Todos entendimos al instante que hablaba de Nuada. De reojo, vi cómo él se tensaba a mi lado, dispuesto a responder. Su madre adoptiva se le adelantó y se incorporó, desafiante.

—Lo acogí cuando tenía diez años.

—¿Por qué?

—Lo que pase en el mundo humano no la incumbe, *alteza*.

La reina hada se quedó mirando a Ailish unos instantes antes de soltar una carcajada sonora que rompió la incomodidad que se respiraba en el comedor. Con movimientos gráciles y bellos, se plantó delante de Nuada. Sin que el príncipe pudiera evitarlo, le tocó la mejilla con una expresión a medio camino entre el asco y la socarronería.

—¿Quién te ha puesto esta chapuza *de glamour*?

Nuada, con la mandíbula tensa y el mar de sus iris en llamas, la apartó de un manotazo.

—Yo mismo.

Edrielle suspiró y negó con la cabeza. Entonces, sus ojos se posaron en mí. Fue como caer dentro de un huracán, como dejarse llevar por el oleaje furibundo. Retrocedí un paso inconscientemente, pero no sirvió de nada: el azul casi blanco de sus iris me acompañaba ahí donde fuera.

—No me has hablado de este en las cartas, Aish.

«Aish». Un apelativo tan cariñoso que sonaba extraño en la voz poderosa de aquella mujer.

—Este es Finn Blackwell, el prometido de Nuada. Lleva poco tiempo con nosotros.

—¿Es otro de los tuyos? —Pronunció esa palabra con un deje

extraño.

—Sí. Y ahora, deja de molestar a mis niños.

Aunque la sonrisa se mantuvo en el rostro de Edrielle, una sombra le cubrió la mirada. Un escalofrío me erizó la piel y, durante unos instantes, tuve la pavorosa idea de que iba a matarme ahí mismo si parpadeaba. Cuando se giró hacia la reina Callaghan, noté cómo una ola de alivio me recorrió y tuve que agarrarme al brazo de Nuada para evitar una caída.

—Tus *niños* no viven en esta tierra seca, Aish. Ya lo sabes.

*Lady* Ailish la fulminó. No hizo aspavientos ni mostró el enfado en su rostro, pero, cuando habló, su voz era tan grave y tan contundente que podría haber competido con la de la mujer feérica. El eco de sus palabras retumbó por toda la instancia, y todo se paralizó unos instantes.

—No te permitiré que hables así de mi familia, Edrielle.

La mujer no pareció impresionada. Dio la vuelta a la mesa y se acercó de nuevo a Ailish. Me daba la sensación de ser el espectador de una escena atroz e íntima, como si la reina hada fuera a devorarla. De reojo, percibí a Nuada y sus hermanos. Estaban tan paralizados como yo.

—¿Qué quieres entonces, humana? —La cogió de la barbilla y la alzó. Ailish ahogó un grito y todo el aire de sus pulmones se escapó de entre sus labios por la sorpresa—. ¿Me has llamado por los viejos tiempos? ¿Me echabas de menos? ¿O solo quieres restregarme lo feliz que eres sin mí? —Resiguió la línea de su mandíbula con un dedo—. Ya sabes que puedo leer a través de tus mentiras.

Ailish sujetó con fuerza su muñeca y la apartó de su cara.

—Le he llamado, alteza, para pedir justicia.

Eso pareció llamar su atención. Se separó de ella y se sentó en la mesa, todavía con los brazos cruzados. Su pelo, largo, cayó sobre su espalda y dibujó figuras indescifrables sobre la superficie de madera. Blanco contra marrón.

—¿A qué te refieres con justicia, Aish?

La reina Callaghan rebuscó en sus bolsillos. Cuando lo encontró,

le mostró el brazalete esmeralda a la mujer feérica. Algo mudó en el rostro de Edrielle. El asombro y la turbación se adueñaron de su mirada y su expresión satisfecha se disolvió unos instantes.

—Eso es…

—Confección Tuada, sí —afirmó Ailish. Dejó la joya sobre la palma abierta de la reina hada y Edrielle se llevó la pulsera ante sus ojos—. Obra de tu marido.

La reina asesinó con la mirada a Ailish. Pese a eso, no dijo nada, sino que analizó el brazalete en silencio. Lo sujetaba con una delicadeza inusitada, girándolo y analizando cada detalle con el mismo cuidado y la misma exhaustividad que cuando nos había estudiado a nosotros.

—Espero que recuerdes cuál es el precio a pagar por las acusaciones infundadas, Aish.

—No estamos en Sidhe.

—No, pero estás acusando a mi marido. Además, sabes bien que a Oren no le pueden interesar menos los humanos. Si por él fuera, la puerta nunca se volvería a abrir. Así que explícate.

*Lady* Ailish suspiró y se apoyó en la pared, su vestido ondeando bajo sus pies por el movimiento. Parecía cansada, aunque noté una determinación imbatible en su mirada.

—Alguien lo está usando para quitarle los poderes a varios Hijos de Morrigan. Y, como puedes ver, es un artefacto Tuada. Fabricado en tus Cortes, bajo tus narices.

—Nada que pase en mis Cortes me pasa desapercibido, humana. Algo así… no ha sido fabricado en Sidhe.

Nuada, a mi lado, saltó hacia adelante. Al parecer, esa afirmación había descongelado sus movimientos. Golpeó la mesa con ambas manos y se inclinó hacia el hada.

—¿Qué quieres decir? Es claramente un artefacto feérico.

La reina lo miró con una expresión indescifrable antes de dejar el brazalete sobre la mesa, a su lado.

—Lo es.

—¿Entonces?

Edrielle suspiró antes de contestar.

—Desde el Pacto, pocos son los que viven fuera de Sidhe. Pero existen. Hay hadas exiliadas en el mundo humano, castigadas por sus acciones.

¿Cuánto tiempo llevaba hablando la reina hada? No estaba seguro, pero, a cada palabra que decía, más entendía que todavía no sabía nada de Sidhe ni de sus habitantes. Ni siquiera se me había ocurrido la posibilidad de que existieran hadas exiliadas, de que hubiéramos estado compartiendo el mundo con ellas. Pero Edrielle lo dijo con una naturalidad que me hizo comprender que nada de lo que estaba contando era mentira.

—¿Eso no implica romper el Pacto? —soltó Ronan de repente.

—No —explicó *lady* Ailish—. Los exilios se hacen con el consentimiento de los reyes de Clan.

—Vamos, que el Pacto no sirve de nada.

—Sí sirve, criatura —dijo Edrielle—. El Pacto no es un simple papel firmado. Las hadas están atadas a él de formas mágicas que son inconcebibles para ti.

Vislumbré cómo Ronan se mordía la lengua a mi lado para no soltar un comentario sarcástico. Edrielle, ignorándolo, se giró hacia *lady* Ailish y señaló el brazalete con la barbilla.

—¿Cuántos hay? ¿Dos? ¿Cinco?

Ailish negó con la cabeza.

—Hemos contado sesenta y dos Hijos desaparecidos o afectados.

—¿Y me dices esto *ahora*? —dijo, poniendo énfasis en la última palabra. La reina feérica bufó y negó con la cabeza—. De verdad, Aish, pensaba que eras inteligente pese a ser humana. Este mundo te ha carcomido el cerebro.

—El brazalete es la primera pista real que tenemos —escupió Nuada, enojado.

Durante unos momentos, nadie dijo nada. Edrielle volvió a coger el brazalete y pasó un pulgar por su superficie pulida. Parecía pensativa, aunque no podía estar seguro. Sus facciones eran humanas y, a su vez, a veces parecían tan extrañas, tan

antinaturales, que me costaba leerlas.

—Esmeralda… ¿De qué materiales eran los otros brazaletes?

—Mi padre tenía uno igual, también de esmeralda —intervine yo, algo inseguro.

La reina se giró hacia mí con una sonrisa sardónica y dio una palmada.

—Vaya, el humano tiene boca —comentó con sarcasmo. Cuando se encaró hacia *lady* Ailish, sin embargo, pude ver que en sus ojos solo había espacio para una seriedad sombría—. Aish, esto es peligroso. La esmeralda almacena poderes. Y solo se me ocurre una cosa para la que se necesite tanto poder.

—¿Cuál?

—Si estoy en lo cierto, lo que busca quien sea que está detrás de los ataques es abrir una puerta nueva a Sidhe.

El mundo tembló bajo mis pies. Nuada se colocó a mi lado y me apretó el hombro con fuerza para insuflarme ánimos. Él también parecía tan serio que asustaba, el brillo de sus ojos apagado por la furia. Estaba tan inquieto que podía notar todo su cuerpo rígido. Al alzar el rostro hacia él, vi que esa palidez que recorría su piel era la misma que parecía afectarme a mí.

—No pueden hacer eso, ¿no? —comentó Saoirse. No había participado en toda la conversación y ahora lo hacía con una voz tímida que no se correspondía con su personalidad—. Usted ha dicho, alteza, que hay restricciones mágicas para evitar que las hadas rompan el Pacto…

—Solo hay una forma de llegar a vuestro mundo desde Sidhe, pequeña, y es con una invitación humana. Si son humanos los que abren la puerta… eso sería como enviar una invitación a todo ser feérico que habite nuestro mundo. —Negó con la cabeza—. Si consiguen abrirla, el Pacto dejará de tener validez.



Pasamos el resto del día ahí, en el comedor, mientras la reina hada nos explicaba las complejidades de aquella magia que tan imposible me parecía. Nos habló de cómo funcionaba el proceso de abertura de una puerta, de qué tipos diferentes de piedra usaban los Tuada y de las consecuencias que tendría si la organización de mi padre conseguía sus objetivos.

Al mediodía, Yilda y Anna trajeron varias bandejas llenas de viandas naturales: uvas, ubhales, manzanas de Aeda y otras frutas frescas acompañaron las patatas ahogadas en mantequilla, los pasteles de vegetales y la sopa de ajo y cebolla. Nuada me explicó, en susurros, que las hadas no estaban acostumbradas a comer nada animal, así que todo alimento que consumían era vegetal. La comida estaba tan buena que tampoco eché de menos la carne asada.

El momento de la comida fue el único descanso que tuvimos de esa jornada agotadora. A pesar de que no había podido ir a entrenar esa mañana con Nuada, notaba todo mi cuerpo tan cansado como si lo hubiera hecho. Ya había anochecido cuando la reina hada se levantó y declaró que no había nada más que enseñar.

—Pequeña —dijo, dirigiéndose a Saoirse. De alguna manera, parecía haberle cogido cariño a la joven Callaghan—. Avisa al sirviente humano para que me traiga mis cosas.

—Es de noche, Edrielle. Puedes quedarte en el castillo, si quieres.

La reina dibujó una sonrisa traviesa y se inclinó hacia *lady* Ailish para acariciar su mejilla.

—¿En tu cama?

Me sonrojé ante esa alusión y aparté la mirada, cohibido. Me pregunté si todas las hadas serían así de directas o era solo una característica de una reina como Edrielle.

—No comparto cama con mujeres casadas —replicó Ailish.

—Es una pena, habría sido divertido. Los humanos tenéis muchas normas absurdas.

Encogiéndose de hombros, besó la mejilla de la reina Callaghan y se marchó sin despedirse de nosotros. Observé su espalda perderse por la penumbra del pasillo, sus pasos elegantes rebotando por las paredes de piedra. No había decidido seguirla cuando ya me había puesto de pie, con la capa en la mano.

—¿Finn? —Nuada me miró desde la mesa, sentado ante un mapa marcado con círculos.

—Ahora vengo —musité como excusa.

No sabía qué estaba haciendo. Lo único que tenía seguro era que ansiaba el conocimiento, las respuestas, que esa mujer enigmática y taimada parecía tener.

Me la encontré en el jardín de armas, saludando con cariño a unos sica que estaban fuera del establo. Se había puesto una capa por encima y, con cada movimiento, parecía que los colores de la tela se confundían y transformaban. A veces, parecía blanca, otras azulada, otras verdosa. El jardín estaba cubierto de nieve y la luz de la medialuna se reflejaba sobre ese blanco níveo.

Cuando la reina hada escuchó mis pasos hundidos, se giró hacia mí. No parecía sorprendida de que la hubiera seguido. Su sonrisa ladina se amplió al acercarme.

—¿Qué quiere el nuevo humano de la reina de las hadas?

Pese a que mostraba una expresión divertida, había un tono solemne en sus palabras. Tragué saliva, recordando los avisos que me había dado Nuada sobre hacer tratos con los seres feéricos.

—Pues…

Ella se cruzó de brazos, esperando, como si no tuviera ninguna prisa. Como si no le importara el frío que nos rodeaba o los varios palmos de nieve que mojaban los bajos de su vestido.

—Quisiera saber las implicaciones que conlleva hacer un pacto con las hadas —solté al final.

La reina soltó una carcajada y se pasó el pelo por detrás de la oreja.

—Esa respuesta requiere pagar un precio, pequeño humano. Y no creo que estés dispuesto a hacerlo.

Me mordí el labio, frustrado.

—Aunque tengo curiosidad. ¿Qué necesitas con tanta desesperación como para querer hacer un pacto conmigo?

Bajé la cabeza y observé las pisadas que había dejado en la nieve antes de contestar.

—Deshacerme de mi poder.

Otra carcajada, esta vez más grave y maliciosa. Negó con la cabeza y se agachó para ponerse a la altura de mis ojos.

—¿Quieres perder tu poder, pequeño humano?

—Yo… no lo sé.

—Cuando lo tengas claro, puedes venir a verme. Pero, te aviso, no va a ser barato. —Me dedicó una última sonrisa y giró la cabeza en dirección al castillo—. Parece que te están esperando.

Seguí la dirección de su mirada y vi que Nuada nos observaba desde el umbral. Con la luz a sus espaldas, ensombreciendo su rostro, no podía ver su expresión. Volví la vista hacia Edrielle, pero la reina ya se alejaba por el puente de piedra. La observé marcharse y, solo entonces, me di cuenta de que sus pies no se hundían en la nieve. Como una figura mágica, su silueta se desvaneció en la oscuridad nocturna sin despedirse.

—¿Pasa algo? —me preguntó Nuada cuando llegué a su lado.

Negué con la cabeza.

—Solo quería preguntarle una duda —respondí. El príncipe me miró en silencio y le dirigí una sonrisa tranquilizadora—. No he roto la promesa, si eso es lo que te preocupa. Nunca lo haría.

—Lo sé —me dijo, y su sonrisa, tímida, iluminó su rostro—. Confío en ti.

Me cogió la mano y agradecí la calidez de su contacto.

—Vamos. *Lady* Ailish ha ideado un plan.

Con los dedos entrelazados, nos alejamos de la entrada, de la nieve y de la reina de las hadas. Me mordí el labio para obligarme a no mirar atrás, a no buscar su silueta entre la nieve que caía. Pues,

aunque había mantenido mi promesa con Nuada, tal y como le había asegurado, había necesitado toda mi fuerza de voluntad para hacerlo.

# Capítulo 22
## Esperando a Benjamín

A solo diez días del solsticio, los preparativos para la boda se aceleraron. Eren Glen se sumergió en un frenesí de decoraciones, trajes y comidas en el que me sentía, una vez más, inútil. Desde que había conocido a Nuada, había sido consciente de que ese momento llegaría. Y, ahora, después de todo lo que había pasado, después del beso furtivo y los latidos delatores, después de Enyd, Lean y la reina hada, me sentía menos preparado que nunca.

No ayudaba que el plan de *lady* Ailish tuviera lugar durante la ceremonia. La reina Callaghan estaba convencida de que mi padre vendría y de que traería consigo a un séquito que podríamos interrogar. Según ella, la posibilidad de capturar tantos Hijos de Morrigan en un mismo lugar sería demasiado suculenta para la organización a la que pertenecían. El plan estaba trazado alrededor de esa idea, pero podían salir tantas cosas mal que solo pensar en ello me mareaba.

La sensación terrorífica de que mi padre estaba usándome a su favor no desapareció con el paso de los días. Al contrario. Cual anzuelo, fue insertándose más y más en mi carne. Benjamin Blackwell era una persona calculadora y nunca había dejado que nada se interpusiera entre sus deseos y él. En un principio, había considerado esa la principal razón por la que le había entregado mi

mano a Nuada, y ahora me daba cuenta de que, quizá, había un deseo más poderoso que el de hacerme desaparecer. Si estaba usándome de peón para hacerle daño a Nuada o a los suyos… no podría perdonármelo nunca.

Después del beso que habíamos compartido, el príncipe y yo apenas nos quedábamos a solas. Había mucho que preparar y, al parecer, a Nuada se le daba bien organizar a los habitantes de Lonmore para hacerlo. Nuestros únicos momentos en privado eran esas mañanas de entrenamiento infructuosas. Mi poder había decidido desaparecer, así que nos concentrábamos en volverlo a sacar. La preocupación eliminaba cualquier intento de conversación seria.

Tampoco podía quitarme de la cabeza la sonrisa taimada de la reina hada ni nuestra conversación bajo la nieve nocturna. No había roto la promesa que le había hecho al príncipe, pero nuestra conversación me perseguía como si fuera un fantasma, y me sentía culpable por no haberla compartido con él. Cada vez que acabábamos de entrenar, durante el camino de vuelta, sentía cómo las palabras pujaban por escapar de entre mis labios. Sin embargo, al final, era la cobardía la que me robaba la voz: nunca era capaz de sacar el tema.

Así pasaron los días. Una tarde, cuando solo faltaban cinco para la boda, llegó una carta. El sobre era bonito, tintado de un malva que reconocí al instante: el color de la familia Blackwell. Como si quisiera confirmármelo, la reina giró el envoltorio y me mostró el escudo de armas de la parte delantera: el jabalí bajo un hacha, sobre fondo cuadriculado de malva y blanco. Una simbología que había acompañado a nuestra familia desde sus tiempos de Clan.

—Es de tu padre —comentó ella mientras leía la carta—. Dice que al final sí podrá acudir a la boda. Tal y como esperaba que hiciera.

—¿Dice si vendrá acompañado? —preguntó Ronan.

*Lady* Ailish negó con la cabeza. No parecía preocupada.

—Seguimos con el plan.

Una sensación extraña se instaló en mi estómago. Una especie de inquietud de la que no podía deshacerme. Después de esos meses de calma, volver a ver a mi padre era una fuente de ansiedad. Tenía la sensación de que todo lo que había conseguido lejos de su sombra se destruiría en un instante, con solo una palabra suya. Y había algo más, algo que no podía nombrar, algo que esperaba ahí, agazapado en mi interior.

Aparté el plato del desayuno, incapaz de tragar con esa sensación de asfixia que me bloqueaba la garganta. No importaba las veces que repasara el plan de *lady* Ailish, daba igual lo consistente y cuidado que estuviera este: no podía sacarme de encima la sensación de que estábamos corriendo directamente hacia las fauces del lobo.

Y de que yo, de alguna manera, lo podía impedir.

El problema es que era incapaz de adivinar cómo. Si Moira no siguiera cabreada conmigo, le habría pedido, una y otra vez, poder ver de nuevo esa pesadilla. Quizá, así lograría recordar esa pieza que faltaba, ese pedazo de información que, a lo mejor, podría cambiarlo todo.

Nuada mordía su quinta tostada con mantequilla cuando se dio cuenta de que yo no estaba comiendo. Me observó con un deje de preocupación.

—¿No tienes hambre, Finn?

—No demasiada. Creo que estoy nervioso por la boda.

—¿Nervioso por qué? Tienes al mejor prometido de Storr —bromeó, en su rostro una sonrisa zorruna.

Ronan soltó una carcajada y me dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes, Finn. Todavía estás a tiempo de cambiar de príncipe, si quieres.

Ambos hermanos rieron y yo puse los ojos en blanco, aunque una sonrisa asomaba por la comisura de mis labios. Al menos ellos dos sabían disimular mejor su intranquilidad que yo.

—Creo que quiero esperarlos en la cuervería, madre —soltó de repente Saoirse, cambiando de tema—. Es el sitio más lógico. Y si

estoy rodeada de cuervos, mi poder se amplificará.

—No es una mala idea. ¿Podrás esconderte ahí, Ronan?

—En el balcón hay un hueco —comentó él—. Cerca de la puerta.

—Sí, es una buena idea.

Si *lady* Ailish tenía razón, la organización de mi padre tenía una manera de detectar las Gracias de Morrigan. Aprovechando eso, Saoirse se había presentado voluntaria para usar su poder y atraerlos, así, a un lugar apartado. Ronan la acompañaría, escondido, para ayudarla, y también acudirían la reina Callaghan y Moira. Si todo salía bien, conseguiríamos información privilegiada sobre sus intenciones. O, más bien, confirmar nuestras sospechas.

Pues si Edrielle tenía razón y su misión era abrir una puerta a Sidhe y destrozar el pacto que nos había protegido durante más de quinientos años, teníamos que impedirlo. Cuanta más información tuviéramos, más fácil sería pararles los pies.

Por debajo de la mesa, Nuada me apretó la pierna en un gesto reconfortante. Le sonreí, tratando de borrar tanto sus inquietudes como las mías. Funcionó a medias. Nuada era mejor actor que yo, pero yo sabía que, en el fondo, él también estaba preocupado por el plan. Para que todo saliera bien, teníamos que realizar esto durante la ceremonia, y eso significaba que ninguno de los dos podía intervenir.



Esa misma noche, atacado de nuevo por el insomnio, bajé a hacerme una infusión. A medida que se acercaba la boda, me costaba más y más dormir. Estirado en la cama, repasaba, intranquilo, todo lo que podía salir mal. Lo único que conseguía calmarme en ese estado mental era un té, por lo que había convertido en costumbre los paseos de madrugada hasta la cocina.

Por una vez, quise cambiar de bebida. Encontré todo lo que necesitaba en el armario sobre la encimera y lo añadí a la tetera con agua hirviendo: dos cucharadas de raíz de sinen desecada, salvia y un poco de miel. Una receta que me había enseñado Lean y que, siempre que la tomaba, me recordaba a él. Ahora que sabía lo que le había pasado, necesitaba esa nostalgia más que nunca.

Me aterraba la idea de enfrentarme a mi padre. Jamás lo había hecho, ni cuando Lean había desaparecido. Mi única rebeldía en diecinueve años había sido escoger a Nuada antes que a él y, aun así, había sido conforme a sus deseos, así que, ¿realmente lo había desobedecido? Temía encontrarme con él y temía aún más las implicaciones del encuentro. Pues sabía que venir a verme estaba en el último lugar de su lista de prioridades. ¿Qué buscaba mi padre en Eren Glen? ¿Cuál era la razón para emprender un viaje tan largo?

Con la taza humeante llena de té, me dispuse a volver a mi habitación. Y, entonces, en un impulso que ni yo reconocí, mis pasos me condujeron hasta la puerta de la entrada. Sentía una necesidad imperiosa, y extraña, de salir, de sentir el frío en la cara. Cogí la capa que Nuada me había regalado, y le recé a la Diosa para que fuera suficiente para combatir la noche invernal.

El exterior era tan frío como había augurado. Faltaban solo cinco días para el solsticio, pero la estación se había anticipado en la isla, congelando todo a su paso. La nieve cubría con su manto homogéneo toda superficie y tintaba de blanco el paisaje. Cuando salí, el hielo que reinaba en el ambiente me mordió los pedazos de piel que tenía al descubierto.

Alcé la mirada y contemplé el cielo despejado. La nevada de la noche anterior se había llevado las nubes con ella, y ahora en el cielo brillaban las constelaciones, los planetas y la luna. Estaba casi llena: su luz argéntea creaba una pátina de color que le daba una atmósfera submarina a los alrededores del castillo. A lo lejos, las luces de Lonmore titilaban como si fueran un astro más en el espacio.

Dejé que el frío helado aclarara mis pensamientos. Aunque era

incapaz de borrarla del todo, mi ansiedad se fue disipando poco a poco. Era consciente de que preocuparme por lo que pudiera o no hacer mi padre no servía de nada. Tenía que confiar en *lady* Ailish. Tenía que confiar en que su plan saldría adelante. Y, sobre todo, tenía que confiar en Nuada.

Con el paso de los minutos, los ojos se me acostumbraron a la penumbra. Y, entonces, las vi. Sombras que se acercaban por el puente, por la muralla. Cubrían cada resquicio de piedra, Había muchas, tantas como esa noche en el bosque. La irrealidad de la escena me desestabilizó, y solté la taza, que resbaló de entre mis dedos y fue a romperse en el suelo. El ruido me espabiló, y retrocedí hasta que me choqué contra la madera. No podía evitar que las escenas que había vivido en la pesadilla premonitoria de Morrigan se reprodujeran en mi cabeza. ¿Eso es lo que la Diosa había querido decirme? ¿Me había advertido de ese momento? La sensación de asfixia volvió a mí, como si el sueño estuviera aún impregnado en mi piel.

Algo en mi interior me decía que no, que aquello solo era el principio. Que había un resquicio que todavía no estaba teniendo en cuenta, un detalle del sueño que era incapaz de recordar. Observé cómo las Sombras se acercaban a mí y, solo cuando sus tentáculos de oscuridad podían alcanzarme y su hedor me mareó, abrí la puerta del castillo y entré.

Estaba frustrado. Subí a mi habitación, consciente de que la cabeza no me dejaría dormir. Cuando llegué al primer piso, me encontré con una luz más allá del círculo que creaba mi candil. Entre la penumbra, descubrí las facciones de Nuada. Me miraba fijamente, preocupado.

—Finn, he escuchado la puerta. ¿Eras tú? ¿Qué ha pasado?

Se acercó a mí y me acarició el brazo con su mano libre, casi un roce inintencionado. Era la primera vez que estábamos a solas, a excepción de los entrenamientos, y mi cabeza se trasladó a esa mañana, a los besos que habíamos compartido. Me puse rojo y bajé el rostro.

—Sí, no pasa nada. Solo que… he salido a tomar el aire y había muchas Sombras. Demasiadas.

—¿Qué quieres decir con demasiadas?

—No sé, he tenido un mal presentimiento. Ha sido igual que en la pesadilla…

—¿Estás bien?

Asentí con una sonrisa tímida. Él alzó una ceja, incrédulo, pero no dijo nada. Yo quería decirlo todo. Tenía, una vez más, las palabras en la punta de la lengua. Y, una vez más, la cobardía pudo conmigo. Me dispuse a abrir la puerta de mi habitación, más frustrado todavía, cuando me cogió del brazo con cuidado para pararme. Me volteé hacia él, expectante.

—Tengo la pregunta.

—¿Eh?

—Me debes una pregunta, ¿te acuerdas? Y ya sé cuál quiero hacerte. ¿Puedo entrar?

Asentí, cohibido. De normal, me gustaba esa actitud directa que tenía el príncipe. En ese momento, sin embargo, la idea de quedarme a solas en una habitación con él me ponía nervioso. Mi corazón ya había empezado a latir con más prisa, anticipándose a unos acontecimientos que quizá no sucedieran, y tuve que respirar hondo un par de veces antes de entrar para calmarlo.

Agradecí que Nuada no se sentara en la cama. Esperaba en medio de la habitación, mirando a su alrededor. Mis paquetes habían llegado unos días atrás y había podido decorar un poco el lugar, hacerlo más mío. No estaba acostumbrado a su presencia ahí y cuando lo vi, su silueta delineada por la luz del candil, se me aceleró el pulso otra vez.

«Eres tonto, Finn», pensé.

No tenía asientos y estaba demasiado nervioso como para hacerlo en la cama, así que me quedé quieto ante él, de pie.

—¿Qué querías preguntarme?

Nuada sonrió y sus ojos me encontraron. Esa noche, su azul estaba más resplandeciente que nunca.

—Hacía mucho que no entraba en tu habitación. Me gusta cómo la has cambiado… —Se acarició la nuca y solo en ese momento pude ver que, aunque lo disimulara bien, Nuada también estaba inquieto —. Verás, yo… No he podido dejar de pensar en lo que pasó el otro día.

«El otro día». No tenía que especificar más para que supiera al instante a qué se refería, pues yo tampoco había dejado de pensar en ello desde entonces. Me sonrojé, sin poderlo evitar y, una vez más, odié la facilidad que tenía para mostrar mis emociones.

—Sí. Yo tampoco —susurré, tan flojo que no estaba seguro de si me había escuchado.

Nuada soltó una risa floja y desvió la vista hacia la ventana. La noche impedía ver más allá de los jardines colindantes a la pared de piedra, pero yo sabía que, tras la roca y el cristal, amparadas en las tinieblas, había Sombras. Un escalofrío me recorrió y giré el rostro hacia él.

—La pregunta…

—¿Qué sientes por mí, Finn? —soltó de repente. La cuestión me pilló de improviso, y me olvidé del miedo y la frustración. Iba a contestar cuando él alzó las manos, una petición silenciosa para que no lo interrumpiera. Dejé que continuara—: Sé que ya me rechazaste una vez y prometo que, en caso de que esos sigan siendo tus sentimientos, no me interpondré más. Viviremos como si fuéramos hermanos o dos amigos que comparten el mismo apellido. Nada más. Y no volveré a decir nada ni a comentar el tema, mis labios estarán cerrados para siempre. Pero… —Bajó la cabeza y vi que él también estaba ruborizado—. Pero después de lo que pasó el otro día, no he podido dejar de pensar en que, quizá, tus sentimientos han cambiado. —Cogió aire—. Te quiero, Finn. Estas semanas que he pasado contigo han sido maravillosas. Y aunque este compromiso empezó como una responsabilidad para mí, ya hace tiempo que no lo es. La idea de ser tu marido, de unirme a ti, me llena de alegría. —Soltó una carcajada nerviosa—. Por la Diosa, soy muy torpe y he hablado demasiado. Perdona.

Desde ese beso compartido… no, desde antes. Era consciente de que este momento llegaría. Aun así, no me había preparado para él. No había pensado una respuesta clara, definitiva, pues no la conocía ni yo. Y, mientras la cabeza me daba mil vueltas, recordándome lo bien que me sentía a su lado, lo cómodo que estaba con él, otra parte de mi ser se planteaba la posibilidad de perder todo aquello. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si nos hacíamos un daño irreparable? El miedo a abrirme, a mostrarme vulnerable ante él, seguía latente en mi interior.

Me mordí el labio, dubitativo. Su mirada era anhelante y comprensiva a la vez, y lo conocía suficiente como para saber que aceptaría mi confesión sin importar cuál fuera. Nuada era amable, empático, tolerante. Trataba a todo el mundo con calidez y confianza. Era consciente de que tenía defectos. No obstante, cuando estaba con él, eran esas cualidades las que me venían a la cabeza. Y quería conocerlo más. Descubrir otras facetas suyas. Igual que lo veía ahora sonrojado y cohibido, quería ver otros Nuadas que todavía no había descubierto.

¿Cómo contestar a su pregunta?

Solo había una respuesta correcta.

Mi cuerpo la entendió antes que yo. Sin ser apenas consciente, me acerqué a él con timidez y apoyé la frente en su pecho. El corazón me latía, desbocado, y notaba que las mejillas me ardían. No quería que él me viera así, tan indefenso, así que enterré la cara en su camisa de lino.

—Creo que yo también te quiero —susurré.

Nuada me cogió de los hombros, pero no intentó que alzara la cara hacia él. Durante unos segundos, todo se paralizó a nuestro alrededor.

—Dilo otra vez —musitó, su aliento rozando mi mejilla.

—Yo… creo que te quiero.

—Finn… quiero verte la cara. ¿Puedo?

—¿Eso es una pregunta? Porque ya las has gastado todas —dije con voz queda.

Soltó una carcajada y no se movió, sus brazos rodeando mis hombros, su pecho protegiendo mi rostro. Inhalé su aroma, disfrutando de ese instante de quietud. Me habría gustado ser como él, tener la seguridad de sus palabras. Me habría gustado saber cómo amarlo mejor.

—Nuada yo… lo siento. No sé cómo expresar mejor mis sentimientos. Yo también me alegro de que sea contigo —titubeé—. El compromiso, digo.

—Finn…

—¿Sí?

—¿Me dejas besarte?

Esta vez no hice ningún comentario. Simplemente asentí. Con delicadeza, Nuada me cogió de la barbilla y me alzó el rostro hasta que nuestras miradas se encontraron. Estábamos tan cerca que notaba cómo su corazón latía con fuerza entre sus costillas. De alguna manera, eso me tranquilizó.

Cuando se inclinó hacia mí, cerré los ojos y me dejé llevar por el oleaje de su amor. Lo abracé y profundicé el beso, hasta que nuestras lenguas se encontraron también. Pronto, la pasión se desbordó y borró todas las dudas que siempre me paralizaban. Mis manos le buscaron la piel, mis besos buscaron su cuerpo, mis ojos buscaron su belleza.

Nuada me cogió en brazos y me tumbó en la cama. El colchón abrazó mi espalda de la misma manera en la que yo rodeaba el cuello del príncipe. Igual que había hecho unos días antes, Nuada empezó a desnudarme. Pero, esta vez, no me quedé quieto: mis dedos buscaron los botones de su chaleco.

—Finn, espera.

El príncipe me paró las manos y me besó los dedos antes de clavar sus ojos azules en mí.

—¿Estás seguro? No quiero hacer nada que no quieras hacer tú.

Dudé. No, no estaba seguro. Había tenido encuentros casuales con algún hombre o mujer en el pasado, pero siempre habían sido superficiales, algunos besos a escondidas. Las ocasiones habían sido

pocas y breves. Era la primera vez que sentía algo así por alguien, la primera vez que dejaba que mis emociones se desbordaran de esa manera.

Y, aunque una parte de mí no estaba preparada, la otra quería aceptar a Nuada sin condiciones.

—Lo único de lo que estoy seguro es que quiero que sea contigo.

# Capítulo 23

## La unión de cuervos y serpientes

El día de la boda, Lonmore se vistió de los colores de las dos casas para celebrar la unión entre la familia de Nuada y la mía. La mayoría de banderas que ondeaban en postes, balcones y tejados eran verdiazules. Solo en Eren Glen podían verse también algunas con el escudo de armas del Clan Blackwell. Mi familia se había desentendido del sistema de clanes durante la guerra tirnense, pero habíamos mantenido sus símbolos: el blanco, el malva y el jabalí.

Los invitados habían ido llegando durante la víspera, entre ellos mi padre y sus hombres. Apenas habíamos intercambiado palabra: alegando un cansancio claramente fingido, se había ido temprano a dormir. *Lady* Ailish me había asegurado que vigilarían toda la noche sus habitaciones. Aun así, dormí intranquilo. No por la ausencia de cariño de lord Blackwell, pues ya me la esperaba. Al contrario, que todo continuara igual me había calmado un poco. Lo que me provocaba insomnio era más bien esa idea, insistente, de que mi padre había aceptado el casamiento con Nuada para acercarse a su familia. A solo unas horas de la boda, ese pensamiento intrusivo gritaba cada vez más fuerte en mi cabeza.

Una parte de mí quería reaccionar como siempre lo había hecho: huyendo. Algo en mi interior, sin embargo, auguraba que correr no serviría de nada. Además, ¿cómo podría fallar así a la familia

Callaghan con la confianza que había depositado en mí? ¿Cómo herir así el amor que Nuada me había demostrado?

Cuando llegó la mañana, lo único que quería era quedarme en la cama, enterrar la cabeza bajo las mantas hasta que la boda pasara. Yilda entró en la habitación con los primeros rayos de sol y me sacó a rastras de ahí. Con voz pastosa del cansancio, quise pedirle que me dejara dormir un poco más.

—No me pagan para consentirlo, príncipe. Me pagan para ayudarlo a prepararse.

La doncella se pasó la mañana rechistándome mientras intentaba arreglarme los desperfectos que el insomnio había provocado en mi piel. Me dejé vestir con la ropa tradicional. Al igual que en el baile, me puse unos pantalones de botones altos, negros, y las botas marrones por encima. La camisa de lino era color crema y el chaleco, de un tono castaño con filigranas malva. Por encima, Yilda me ayudó a anudarme el pladh tradicional. Ailish lo había mandado tejer especialmente para la boda, con un estampado a cuadros de los colores familiares. Lo até alrededor de mi hombro con un pasador en forma de cuervo y lo dejé suelto a mi espalda para que ondeara. Como último toque, me envolví el cuello con un pañuelo *beige* claro.

Los colores contrastaban con mi pelo marrón rojizo, así que Yilda no me lo peinó demasiado. Solo lo recogió hacia atrás y colocó, sobre mi frente, una corona de jazmín de la Diosa.

—¿Y esto? —pregunté.

—Es una tradición de Storr. Se llevan las flores de Morrigan para que ella honre el matrimonio. Nuada ya te lo habrá explicado, ¿no?

Tenía razón. Pese a que los últimos días habían sido frenéticos, organizando los preparativos de última hora, Nuada se había encargado de enseñarme las tradiciones nupciales de Storr. Me había explicado el porqué tras la elección de la fecha, qué significaba la corona de flores o las palabras que diría el druida que oficiaba la ceremonia. No era la única costumbre que teníamos que seguir: las bodas en Storr eran mucho más intrincadas que las de Aeda. Gracias

a la Diosa, Nuada me había asegurado que iría guiando mis pasos uno a uno durante el día.

El Clan Callaghan era muy tradicional, por lo que *lady* Ailish se había asegurado de que todo estuviera en orden. «Eso es lo que las gentes del Clan esperan de nosotros», había dicho. La boda era una excusa para celebrar, beber y jugar, por lo que, durante una semana, Eren Glen y Lonmore estarían invadidos de invitados, comida y alcohol.

Mientras Yilda acababa de ultimar los detalles de mi traje, llegó Saoirse. Llevaba un vestido azul largo hasta los pies, con un escote alto que se ceñía debajo del busto. Para taparse parte de la piel, llevaba el pladh tradicional de los Callaghan cruzado alrededor del pecho. Los colores del clan se entremezclaban bien con el añil del vestido.

—¡Finn! ¡Qué bien te queda! —Dio una vuelta a mi alrededor, comentando todos los aspectos de mi traje y los detalles en los que ni yo había reparado—. ¿Estás nervioso? ¿Preparado? ¿Cómo te sientes? Me encanta cómo te ha dejado el pelo, Yilda. Me dio rabia que me la robaras, claro, pero me caes bien, así que te perdono.

—¿Eras su doncella, Yilda?

—Así es. Y que sepa que Saoirse no se hace quemaduras terribles que tengo que curar durante días.

Fingí un suspiro que mi sonrisa divertida delató.

—Me lo vas a recordar siempre, ¿verdad?

Me contestó con una mirada que lo decía todo.

—Mira, Finn. —Saoirse se puso ante mí y se levantó la falda hasta el pecho de sopetón. Me sobresalté e hice el ademán de taparme la cara. No hacía falta; debajo de la tela llevaba unos pantalones ajustados—. Por si acaso tengo que correr —comentó con su mejor sonrisa.

Le devolví el gesto. No podía evitar preocuparme. Odiaba que fuera ella la que tuviera que exponerse así; y, aunque no tuviera nada que ver con lo que mi padre estaba haciendo, fuera lo que fuera eso, no podía evitar sentirme culpable por ello. Si lord

Blackwell no existiera, ¿seguiría habiendo ataques a los Hijos de Morrigan? Hacerse ese tipo de preguntas era una manera estúpida de hacerme daño. Aun así, no podía dejar de darle vueltas.

La mano de Saoirse apartó esa clase de pensamientos al fondo de mi mente. Me había cogido el brazo y, cuando giré el rostro hacia ella, vi que me contemplaba con los ojos cargados de un cariño que me calentó el corazón.

—Me alegro que seas tú, Finn —susurró, tan flojo que solo yo la pude escuchar—. No podría desear un mejor hermano.

Quise decirle que no era verdad, que Nuada podría haber elegido a alguien más especial, alguien que supiera amarlo mejor que yo. Algo me frenó. Por una vez, sentí que esos pensamientos eran mentira. Que, por mucho que fuera imperfecto, era yo a quien el príncipe había elegido. Que a veces la respuesta correcta era sonreír y dar las gracias.

—No habría podido pedir una mejor hermana —contesté, y le apreté la mano con la misma calidez que me había transmitido ella.

La plaza principal de Lonmore se había transformado para la ceremonia. Todo el pueblo quería asistir, por lo que se habían instalado suficientes asientos para que ningún miembro del Clan se lo perdiera. Habían construido un escenario de madera sobre el agua congelada, donde estaríamos Nuada, yo y el druida. Todas las sillas estaban encaradas en esa dirección, por lo que el puente a Eren Glen quedaba más apartado. Ailish así lo había querido: lo que fuera que pasara con mi padre no podía afectar al resto de miembros del Clan.

Cuando llegamos a la plaza, el gentío ya empezaba a ocuparla. Entre sus cabezas, vi que Nuada se había colocado en el lugar ideal para vigilar a todo aquel que quisiera entrar en la ceremonia. Igual que habíamos hecho en el baile, el príncipe saludaba a todos los vecinos, miembros del clan e invitados. Saoirse y yo nos acercamos a su posición. Al llegar, la muchacha deshizo el agarre, me besó en la mejilla y se acercó a su hermano para hacer lo mismo.

—Cuídamelo bien, Finn —me susurró cuando pasó por mi lado.

Me giré para prometerle que lo haría, pero ya se había perdido entre la muchedumbre, esquiva como el humo. Nuada me ofreció un brazo y sonrió.

—¿Listo para unirte a la familia Callaghan, Finn? —musitó.

Asentí, incapaz de articular nada que describiera el cúmulo de sentimientos que se entrelazaban en mi interior. La voz de Saoirse me había dejado una impresión cálida en el vientre. La sonrisa de Nuada hacía que se me acelerara el corazón. Las decoraciones y las reverencias de los invitados me ponían nervioso. Todo eso se me acumulaba en el pecho, pero no era una sensación cargante, sino al contrario. Había algo de emocionante en ello.

Los invitados siguieron llegando, saludándonos con formalidad y unas palabras de ánimo. Igritt y Beltaine nos abrazaron con una fuerza que no me sorprendió en ellas. Otros vecinos que conocía de vista me dieron palmadas en el brazo, felicitándome por la futura unión. Había un sentimiento de festejo contagioso en el aire y, aunque todavía sentía la inquietud en el fondo de mi cabeza, me dejé arrastrar por el ambiente.

Quería que la boda acabara para saber que todo había salido bien, que el plan de *lady* Ailish había tenido éxito y que estábamos un paso más cerca de impedir que abrieran una puerta al mundo feérico. Y, a la vez, quería disfrutar de ese instante, alargar la felicidad que sentía junto a Nuada en ese momento especial.

La aparición de mi padre hizo que esa felicidad se tambaleara. Se colocó ante nosotros con esa sonrisa amplia que reservaba para los desconocidos. Me habría gustado creer en ella, pero sabía demasiado bien que se escondía tras sus labios.

—Mi querido hijo, ¡casado! —exclamó. Me golpeó el hombro con fuerza mientras saludaba también a Nuada—. Hoy es el día más feliz de mi vida. ¿Cómo está usted, alteza? Ha hecho un trabajo exquisito con la decoración del lugar.

—Gracias, lord Blackwell. Me alegra saber que ha podido unirse a nosotros.

—Claro, claro, el placer es mío. ¡Y eso que Storr está

jodidamente lejos! Gracias a la Diosa que he venido con compañía.

El séquito de mi padre nos saludó con sonrisas educadas y palabras de alegría. Reconocí algunos por haberlos visto en la casa de la calle Blackenor: lores aburridos y ociosos como mi padre que se gastaban el dinero en apuestas y alcohol. Me pregunté cuántos de esos estaban implicados en la desaparición de mi hermano, cuántos le habían robado el alma a Enyd y los demás Hijos.

—Su padre no cabe en sí de contento, señorito Blackwell —comentó un hombre que reconocí como Eliott Baddeley.

—Muchas gracias, lord Baddeley. Espero que el trayecto no haya sido muy tedioso.

—Ah, no, no, ¡para nada! Nos lo hemos tomado con calma… ¿no cree usted que deberíamos viajar más? Balainn es un reino precioso lleno de lugares encantadores…

—¿Por dónde habéis pasado?

—Ah, por aquí y ahí. Hemos visitado Poera. ¿Le suena el lugar?

Sonreí y negué con la cabeza. Pero la cuestión es que me sonaba. ¿Dónde había escuchado antes aquella palabra? Entonces, como un relámpago, recordé esa conversación que había oído en casa, el día antes de marcharme. En ese momento, los amigos de mi padre habían hablado de un fiasco sucedido en… ¿Leesine? Y habían hablado de Poera. Estaba seguro de ello. ¿Por qué eso era importante?

«Qué cansado estoy del orejas picudas ese», había dicho mi padre. Orejas picudas… en su momento, ese apelativo me había parecido extraño, pero no le había dado más vueltas. Sin embargo, ya sabía que las hadas tenían las orejas así. Ya sabía que había hadas que convivían con nosotros. ¿Qué había pasado en Leesine que tanto le había molestado a mi padre?

—¿Me escuchas, niño? —La voz de lord Blackwell, grave y violenta como siempre, me sacó de mis pensamientos.

—Perdone, padre. No lo he entendido.

Él chistó por lo bajo y pude ver cómo se mordía la lengua para no insultarme ante los vecinos de Lonmore.

—Te decía que no podremos quedarnos después de la ceremonia. Me temo que lord Andrews tiene un asunto urgente que resolver en Aeda y hemos venido con su carruaje.

—De acuerdo —musité.

Me había prometido a mí mismo que no me dejaría molestar por su presencia. Y ahí estaba, cayendo en los viejos patrones una vez más. Le cogí con fuerza el brazo a Nuada en una petición silenciosa y él me condujo por entre el gentío, lejos de mi padre y sus amigos, lejos de mí.

—¿Estás bien, Finn? —me preguntó, preocupado como siempre.

—Sí. Ha sido solo…

—¿Un golpe de nostalgia?

—Algo así.

Ya se acercaba la hora de la ceremonia, por lo que Nuada me condujo hasta el escenario flotante. Lo habían llenado de flores de jazmín de la Diosa por todo el suelo, dibujando un recorrido para guiarnos hacia nuestras posiciones. Cuando estábamos lo suficiente lejos del resto de invitados, suficientemente lejos de mi padre, me acerqué a su cuello y le susurré:

—Tengo una sospecha sobre mi padre —dije.

—Ahora no. Podrían oírnos.

—Pero… es importante.

Nuada sonrió.

—No te preocupes. Confía en tu familia, Finn.

Intenté relajarme en vano. Si mis sospechas eran ciertas, mi padre estaba colaborando con hadas y eso era algo para lo que *lady* Ailish no estaba preparada. ¿O sí? Quizá ya tenían en cuenta la posible presencia del Tuada. Quizá estaba preocupándome demasiado. Quizá Nuada tenía razón y me faltaba confianza.

No tuve tiempo de pensarlo más. El druida se acercó hasta el escenario y se subió a un taburete para alzarse sobre nuestras cabezas. Llevaba una túnica larga con los colores del clan Callaghan. Sobre su frente, una corona que entremezclaba las flores de jazmín que también vestíamos Nuada y yo con ramas y musgo.

Miré de reojo al público y vi que todos habían tomado asiento. Mi padre estaba en una de las filas del medio, con esa sonrisa sardónica plantada en la cara. *Lady* Ailish y Moira se habían colocado atrás, en uno de los asientos más privilegiados, para observar todo lo que sucedía en la boda. Si alguien se levantaba, ellas serían las primeras en saberlo.

Nuada me cogió la barbilla y me dirigió el rostro hacia él. Gesticuló un «confía» con los labios que entendí a la perfección y que me sacó una sonrisa. Tenía razón. Yo también tenía que hacer mi papel y, si estaba preocupado por el resto de la familia, no lograría ser convincente.

—Nos hemos reunido hoy aquí, bajo la mirada de la Diosa, para celebrar una unión de dos familias, dos tradiciones, dos clanes. Finn Blackwell, del antiguo clan Blackwell, se unirá en matrimonio a Nuada Callaghan, del clan Callaghan de Storr.

El druida cerró los ojos y alzó las manos.

—Finn Blackwell. ¿Unirá su sangre con la sangre de los Callaghan?

—Sí.

—¿Juntará, en la muerte, sus huesos con los de Nuada Callaghan?

—Sí.

—¿Ofrecerá su alma al amor de vuestro matrimonio?

—Sí.

—¿Quiere tomar a Nuada Callaghan, hijo del Clan Callaghan, como su esposo?

Cogí aire antes de contestar.

—Sí.

El druida le hizo las mismas preguntas a Nuada. Él no dejó de mirarme mientras sus labios pronunciaban cada uno de los síes. Me miraba cuando prometió que juntaría su sangre con la mía, sus huesos con los míos, su alma con mi amor. Me miraba cuando me tomó como su esposo.

Con una reverencia, el hombre cambió las dos coronas de flores

por unas más elaboradas, hechas con filigranas de plata que simbolizaban las hojas del musgo, los pétalos de jazmín y las alas de cuervo. Parecían ligeras, pero noté cómo la mía se clavaba en mi cuero cabelludo.

Dos doncellas se acercaron entonces hasta el druida. Cada una de ellas llevaba una daga afilada en las manos, envuelta en una tela. Una de las telas era del color de mi familia, malva y blanco. La otra, de los colores de los Callaghan, verde y azul. El hombre cogió la daga de los Blackwell y dibujó un tajo superficial en la muñeca de Nuada. Luego cogió la otra arma e hizo lo mismo con la mía. Juntó las dos heridas y cogió cada una de las telas que habían envuelto las dagas para hacer un lazo alrededor de nuestras manos unidas.

—Con estas cuatro preguntas, la Diosa ha bendecido vuestra unión. Que las alas de Morrigan os vigilen desde el cielo, que el trigo de Morrigan os alimente desde el suelo. Que Morrigan cuide vuestros días, vuestras mañanas y vuestras noches.

El público estalló en una algarabía ininteligible y feliz. Nos lanzaron flores y felicitaciones, pero yo solo tenía ojos para Nuada, que me sonrió y me besó, casi un roce, antes de girarse a saludar al público.

Ahora formaba parte, oficialmente, de la familia Callaghan.

# Capítulo 24
## Bendecidos por la Diosa

Durante el tiempo que había durado la ceremonia, solo había podido pensar en Nuada. Ahora que la Diosa nos había dado su bendición, fui consciente de que aquello era solo una distracción, que estaban sucediendo cosas más importantes en el castillo. Como si Nuada hubiera adivinado mis preocupaciones, empezó a arrastrarme hacia la multitud. Ya había comprobado la habilidad del príncipe para ser cordial y escueto a la vez. Igual que en el baile, se dedicó a saludar a todos aquellos que se cruzaba, sin pararse a hablar o aceptar felicitaciones.

Habíamos dejado la comida lista para que se sirviera justo en ese momento y distrajera al público de nuestra marcha. Por encima del gentío, vi que ya estaban sirviendo las mesas y, poco a poco, los habitantes de Lonmore fueron despejando nuestro camino. En cuanto tuve más visibilidad, busqué con la mirada a Ailish, Moira o mi padre. A ellas dos no las encontré por ningún lado, pero lord Blackwell se había quedado quieto en la silla, todavía sonriente.

Había algo raro en él. Algo que no pude descifrar. ¿Por qué no se había movido? ¿Qué estaría pensando? No tuve tiempo de indagar más, pues Nuada nos había conducido hasta el puente de piedra a una velocidad pasmosa. Me fijé en su perfil. Lejos del gentío, pude ver que la ansiedad le tintaba el rostro. Si algo había entendido de

Nuada era esa necesidad imperiosa de proteger a los suyos.

Caminaba cada vez más rápido y la actividad ya me estaba agarrotando los músculos. Noté cómo se me resentía el cuerpo. No estaba acostumbrado a esa velocidad, y era consciente de que no podría mantener el ritmo. A su vez, no quería ralentizar al príncipe.

—Adelántate —le dije.

—¿Qué? No, no, no hace falta.

—Nuada, adelántate. No pasa nada, voy justo detrás de ti.

Me miró con una expresión ansiosa, pero al final asintió, me dio otro beso rápido y echó a correr. La diferencia fue palpable al momento: era evidente que se había estado conteniendo por mí. Maldije mi debilidad física, una vez más. Pese al cansancio, seguí caminando. Tenía que hacer algo, lo que fuera.

El patio de armas estaba silencioso y vacío: todos los guardias habían asistido a la ceremonia. Los únicos sonidos que llegaban hasta ahí eran los del bullicio de la plaza de Lonmore, un ruido lejano cargado de alegría. Miré a mi alrededor y no observé nada fuera de lugar: los carruajes de los invitados estaban aparcados ahí, los establos, cerrados. Todo parecía dentro de lo normal.

Entonces, por el rabillo del ojo, entreví el movimiento de una sombra. Me giré en esa dirección y descubrí a mi padre corriendo hacia uno de los jardines laterales del castillo. En ese momento, no pensé en por qué se dirigía hacia allí. No pensé en que no estaba corriendo hacia el Nido de Cuervos, como *lady* Ailish había previsto. No pensé en que, hacía apenas unos instantes, lo había visto en la plaza, sonriente, inmóvil. Extraño. No pensé en nada de eso. La única idea que habitaba mi mente en ese momento era que tenía que parar a mi padre, fuera como fuera.

Lo seguí a trompicones, rezándole a la Diosa para no perderlo de vista. Cuando dejé la cuervería atrás y me adentré en el jardín, vi que no me había equivocado. Era lord Blackwell el que estaba ahí, en la otra punta. Solo podía ver su espalda, así que era incapaz de descifrar lo que estaba haciendo.

No sabía que lo iba a encarar hasta que me planté delante de él

y lo llamé.

—Padre.

Él no pareció sorprendido por mi presencia. Se levantó y clavó sus ojos fríos en mí. Había soportado tantas veces esa mirada juzgadora… y, aun así, tuve que morderme el labio para aguantarla, para no desfallecer ante su fuerza.

—Mi hijo —se burló. Su voz ya no sonaba con cariño fingido. Era cruel y densa. El tono al que estaba acostumbrado—. Mírate. Tan ufano, solo porque has conseguido un matrimonio que te arreglé yo.

—¿Qué hace aquí, padre? Debería estar en la plaza, atiborrándose a caora asada, como los demás.

Él soltó una carcajada ante ese comentario y negó con la cabeza.

—No he venido hasta aquí para comer ni beber, hijo.

—Eso es obvio.

—Si tan obvio es, dime, ¿por qué crees que lo he hecho? —Su sonrisa se amplió, despiadada—. Los dos sabemos que no me importas lo suficiente como para desplazarme hasta la otra punta del reino.

Me fastidió notar el pinchazo de dolor que me provocaban sus palabras. Después de varias semanas lejos de él, había olvidado lo afilada que era su lengua. Sin embargo, ya era consciente de que había algo más detrás. Mi padre intentaba distraerme. ¿Por qué? O, más bien, ¿de qué? Titubeé, sin saber qué hacer. ¿Estaba siguiendo de nuevo su plan? Quizá debía marcharme, alejarme de ahí. Di un paso hacia atrás, pero mi padre pareció adivinar mis pensamientos: eliminó en dos zancadas la distancia que nos separaba, y me cogió con fiereza de la muñeca. Había olvidado lo fuerte que era, lo violento que podía llegar a ser.

—Suéltame.

—¿Ya te has cansado de jugar a las adivinanzas, Finn?

—¡Déjame!

Me resistí para liberarme. No pude. La mano de mi padre era como un grillete de hierro, inamovible. Cual garra, clavaba sus dedos en mi piel. Gruñí del esfuerzo, intentando que me soltara.

—He venido aquí para recuperar mi propiedad. ¿O pensabas que te dejaría marchar de buena gana? —se rio y me acercó más a él. Su aliento no olía ni una pizca a alcohol—. No. Tu poder me pertenece igual que me pertenecía el de tu hermano.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Forcejeé con más ahínco hasta que conseguí liberarme y retrocedí varios pasos, aunque lo único que me pedía el cuerpo era recortar esa distancia, enfrentarme a él, golpearlo con fuerza. De nuevo, el fuego de la ira apagó cualquier otro pensamiento que pudiera tener. Alcé el rostro hasta que nuestras miradas se encontraron.

—¿Fuiste tú?

—¿No era obvio, hijo mío?

—¡¿Fuiste tú quien mató a Lean?!

Eso pareció enojarlo. Se lanzó contra mí y me empujó. Mis piernas se enredaron y caí de culo sobre la hierba mullida. Apenas noté que estaba mojada.

—¿Te atreves a culparme a mí? ¡Tú! ¿Me culpas a mí? ^—escupió en el suelo, justo a mi lado—. ¿Quién escondió sus poderes durante años? ¿Quién se refugiaba detrás de las faldas de su hermano? Si a Lean le pasó lo que le pasó, fue solo por tu culpa. No lo habría sacrificado a él si hubiera sabido que tú también eras uno de… esos.

—Está hablando usted de mi familia, lord Blackwell. Le pido un mínimo respeto hacia los Hijos de Morrigan. Ellos, y no usted, han sido bendecidos por la Diosa.

La presencia de Ailish me pilló por sorpresa. Alcé la mirada y la vi ahí, tan alta, tan regia, tan poderosa. Una sensación de alivio se adueñó de mí, y sentí que, pasara lo que pasara, mi padre ya no podría salirse con la suya. Estaba seguro de que la reina Callaghan no entraba en sus planes, y su mirada, desesperada, parecía decir lo mismo.

—Puede que mi hijo forme parte de su familia ahora. Pero sigue siendo mi hijo. Carne de mi carne. Todavía tengo derecho sobre él. Ahora, apártese.

La reina soltó una carcajada incrédula y negó con la cabeza.

—Finn, ¿cómo te llamas ahora?

—Finn Bla… Finn Callaghan —tartamudeé.

Ella sonrió y me ofreció una mano para ayudarme a levantarme.

—¿Ve? La ceremonia ya ha acabado.

Mi padre empalideció, como si aquella noticia lo pillara de improviso. Sin embargo, se recompuso rápido. Desde la distancia, sondeó los ojos de Ailish, el fuego de la cólera en sus pequeños iris marrones.

—Voy a llevarme a mi hijo hoy. Y, si se interpone en mi camino, no tendré problema en acabar también con usted.

Eso pareció sorprender a Ailish, pero mi padre no se amilanó. Al contrario. De su manga ancha sacó una daga larga, afilada, parecida a la que habíamos usado en la boda. En ese instante, recordé que Ronan me había explicado que la reina del Clan era la más diestra en el uso de cuchillos. Estaba tan acostumbrado a compartir con ella la rutina del día a día que me chocó verla así, plantada delante de mi padre, con una daga en la mano… Nunca la había visto tan majestuosa.

Benjamin Blackwell levantó una ceja y rebuscó algo en sus bolsillos. Cuando lo sacó, ahogué un grito. En la mano tenía un brazalete de esmeralda, idéntico al que Ailish guardaba en la biblioteca. Clavado al que había visto en el estudio de la casa de Aeda, tantos años atrás. ¿Era esa la pulsera que contenía el alma de mi hermano? Tuve que resistir el impulso de lanzarme hacia él y arrebatársela, pues así solo molestaría a la reina.

Durante unos instantes, no pasó nada. Lord Blackwell y *lady* Ailish se quedaron así, mirándose mutuamente, estudiando los movimientos del otro. Entonces, con una velocidad inusitada, mi padre se puso la pulsera. Durante unos instantes, no pareció tener efecto alguno. De repente, empezó a sufrir espasmos. Movía brazos y piernas de manera incontrolada, con una furia que me sorprendió que no lo tirara al suelo.

Fueron apenas unos segundos: todo acabó tan rápido como

había comenzado. Parecía la misma persona, como si no hubiera pasado nada. Pero, cuando alzó la cabeza, en sus ojos ya no se veía el marrón castaño de sus iris: en ese momento, brillaba un tono dorado parecido al de la Sombra que había acompañado a Enyd. *Lady* Ailish frunció el ceño, pero no dijo nada. Mi padre cogió aire y sonrió, con una confianza que no había mostrado antes. Buscó en uno de sus bolsillos hasta que sacó un puñado de granos de arroz marrones. Lo miré, extrañado. ¿Qué pensaba hacer con eso?

Mi padre sopló y los granos volaron hacia nosotros. Durante la inercia del movimiento, la semilla fue creciendo más y más. Apenas alcancé a ver la progresión, pues de repente el arroz se había convertido en afiladas cañas que se dirigían hacia nosotros. *Lady* Ailish entrecerró los ojos, sin asustarse. No pude evitar admirar su entereza. Plantó bien los pies en el suelo y, con movimientos fluidos, cortó todas las cañas que suponían un peligro. Algunas, las más alejadas, se clavaron en la hierba.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Eso, hijo mío —respondió mi padre—, ha sido el poder de la Diosa.

Entonces lo entendí todo. Los brazaletes… no solo les arrebataban el poder a los Hijos de Morrigan. También lo almacenaban. De esa manera, mi padre podía usar la Gracia de otra persona. Así había conseguido mantener su fachada en la boda: usando el don de mi hermano.

¿Cuántos poderes habían arrebatado? ¿Qué otras Gracias podía usar contra nosotros? Según los cálculos de *lady* Ailish, había más de sesenta Hijos de Morrigan afectados. Más de sesenta dones con los que mi padre podía combatir.

—Finn, apártate —musitó la reina—. No puedo luchar contra él y protegerte a la vez.

—De acuerdo.

Empecé a retroceder y ellos volvieron a cargar. Al parecer, mi padre estaba valiéndose de un don que consistía en controlar el crecimiento de la vegetación a su alrededor. Era una Gracia poderosa

que él usaba con normalidad, como si esta no fuera su primera vez. Lanzaba ataques fieros contra la reina, que Ailish esquivaba con facilidad y gracia.

Pronto, no pude seguirles la pista. Los embistes eran rápidos; la agilidad de los movimientos de ambos, intensa. Nunca habría imaginado que mi padre pudiera luchar así, moverse así, pensar así. Pero la reina era todavía mejor. Entendí la confianza con la que Ronan me había asegurado que nadie la podía ganar.

Una caña de arroz se clavó en mis pies y maldije por lo bajo. Seguía estando demasiado cerca. No podía alejarme y dejar a la reina a solas con lord Blackwell. Temía que, si apartaba la mirada del combate, algo malo le pasaría a Ailish. A su vez, sabía que mi presencia ahí solo era una carga para ella. Tenía que hacer algo, lo que fuera. De repente, me di cuenta de que sí había algo que podía hacer: ir a buscar refuerzos. Pese a mi temor de dejarla sola, no tardaría mucho en llegar a Nido de cuervos.

Me giré, dispuesto a buscar a Nuada o a alguno de sus hermanos. De repente, alguien me cogió por la espalda y me inmovilizó los brazos. Forcejeé inútilmente para liberarme; el agarre era firme, demasiado. El desconocido me tapó la boca para que no gritara y me susurró algo que no entendí. El combate seguía ante mí, el ruido de los embistes disimulando mi lucha.

—Cálmate, Finn. No voy a hacerte daño.

Era una voz conocida, que no sabía situar. ¿Dónde la había escuchado antes? Al intentar girarme para descubrir la identidad de mi captor, él me sujetó con más fuerza. Pateé el aire, me debatí contra él, tratando que me soltara. No me importaba quién fuera o si me decía la verdad o no. No quería quedarme a descubrirlo: el plan de mi padre consistía en capturarme. Si lo hacían, todo habría acabado. Si lo hacían, nuestros esfuerzos habrían sido en vano.

—Si sigues así, te va a escuchar la reina humana. No querrás distraerla, ¿no?

Se me heló la sangre. Estaba tan obcecado en huir que no había pensado en las consecuencias. Sin embargo, ya era demasiado

tarde. Cuando alcé la mirada, vi que *lady* Ailish nos había visto. Sus ojos, abiertos de la sorpresa, parecían desesperados. Se giró hacia mí, dispuesta a ayudarme, pero mi padre la bloqueó y la tiró al suelo.

—¡Finn! —gritó la reina.

Intenté llamarla, decirle que luchara, que no se preocupara por mí. No tuve tiempo. Ese despiste fue lo único que él había necesitado: se lanzó contra ella y le agarró la muñeca de la misma manera que había hecho conmigo. La reina se resistió, lo pateó, lo golpeó, le gritó. Pero había perdido la daga en la caída y, sin ella, era incapaz de luchar en igualdad de condiciones.

Con una tranquilidad exasperante y odiosa, mi padre rebuscó en su chaleco hasta que encontró lo que buscaba. Otro brazalete esmeralda. Se me cortó la respiración cuando entendí lo que iba a suceder.

—¡No! —grité, intentando liberarme con todavía más ahínco. Era imposible. No podía hacerlo—. ¡No lo hagas!

Mi padre alzó la cabeza un instante y me sonrió. Y, entonces, sin que yo pudiera hacer nada, le puso el brazalete a Ailish.

—¡No!

Mis gritos no sirvieron de nada. La reina empezó a aullar de dolor y a convulsionarse en el suelo. Durante unos instantes que parecieron durar toda una vida, vi cómo todos sus músculos se estremecían de dolor. Y cuando esos momentos pasaron, Ailish se quedó tumbada en el suelo, su mirada perdida en el cielo azul. Su cuerpo, tan fuerte y regio, parecía ahora el de una muñeca rota.

No pude ver nada más. Algo me golpeó la nuca y, de repente, todo se volvió negro.

**Fin de la tercera parte.**

# Interludio

## Edrielle

La reina hada no sabía cómo disimular. Nunca había necesitado hacerlo. Como parte de la realeza feérica, siempre había hecho y dicho lo que quería, sin preocuparse por las consecuencias. Algo así no existía para hadas como ella.

Todo había cambiado después de conocer a Ailish. Todavía recordaba a la jovencita de quince años que había llegado a Sidhe, cruzando una ruta secreta que nunca le había enseñado. Su madre la había enviado con las hadas, y ella había obedecido con esa responsabilidad filial que se le antojaba, a la reina feérica, como algo extraño. Edrielle se había encaprichado con ella con el paso de las primaveras. No le gustaba solo por su belleza diferente, humana, sino también por esa mirada que parecía a punto de conquistar el mundo.

Después de tantos años juntas, Edrielle no sabía cómo volver a esos primeros días en los cuales tenía que esconder su fascinación. No sabía cómo no mostrar que, después de tanto tiempo sin verla, la única razón por la que había ido hasta Lonmore era para estar con ella.

Llevaban varias horas en la biblioteca, pero para la reina hada habían sido solo un parpadeo. La presencia de Ailish la volvía ligera, y no podía dejar de admirarla. Cuando ella la observó desde el otro

lado de la sala, Edrielle estuvo tentada, una vez más, a echar a esos humanos molestos que Ailish llamaba hijos, y hacerla suya ahí mismo, en esa misma butaca, bajo la mirada juzgadora de los cuadros colgados en las paredes.

—Entonces, si es posible abrir una puerta a Sidhe, ¿por qué no se ha hecho antes? —preguntó uno de los jóvenes humanos. Edrielle no sabía distinguir quién era quién.

¿Cuántas horas llevaba la reina respondiendo esa clase de dudas? El tiempo no había pasado en vano para los humanos desde que los dos mundos se habían sellado. La mayoría de conocimientos se habían perdido en el olvido del pasado, por lo que ninguno de esos niños de ahora conocía el *folklore* básico de Sidhe. «Para eso estoy aquí» tuvo que recordarse Edrielle. «Para eso me ha llamado Ailish».

Por desgracia, Ailish no le había pedido que acudiera a Lonmore para reconciliarse, así que tenía que hacer ese papel desagradecido. Habría hecho cualquier cosa para complacerla, aunque nunca se lo reconocería en voz alta.

—Para abrir una puerta a Sidhe, se necesita un equilibrio de los dos poderes esenciales —explicó. Miraba solo a Ailish, la única existencia que le interesaba—. Por un lado, la magia natural del mundo. Por otro, la magia divina, que, en el caso de vuestro mundo, solo corresponde a la de Morrigan.

Al principio, la reina feérica no se había tomado demasiado en serio la amenaza de la que hablaba Ailish. Eso había cambiado después de ver el brazalete y de entender qué perseguían esos humanos: abrir una segunda puerta a Sidhe también le traería problemas a ella.

Si se había casado con Oren, el príncipe de la Corte de los Túmulos, en primer lugar, había sido para intentar paliar los choques entre las dos cortes principales. Un casamiento político por culpa del cual había perdido a Ailish. En ese momento, había pagado cualquier precio para conseguir estabilidad en su reinado. Incluso ese. Pese a la añoranza y al deseo de tenerla a su lado, Edrielle seguía

convencida de que había obrado como debía.

La apertura de otra puerta lo cambiaría todo. Echaría por el suelo su sacrificio y no pensaba dejar que eso sucediera.

—Vuestro mundo carece de magia. Por eso, es un castigo que las hadas exiliadas sean enviadas aquí, pues es una tortura vivir en un lugar tan inerte. Es horrible. La única pizca de poder que hay está en lugares fronterizos con Sidhe —continuó Edrielle—. Nuestro mundo rebosa magia, y el vuestro la parasita.

—¿Como el claro de la puerta? —preguntó el muchacho con el pelo negro y rizado.

—No, no, eso no tiene nada que ver. El claro donde está la entrada a Sidhe es un lugar común, compartido. Ahí la magia traspasa directamente.

—Son sitios donde el poder es más sutil —explicó Ailish—. Como los círculos feéricos.

Edrielle clavó su mirada en ella, gesto que la humana esquivó; parecía inmune a su magnetismo. De nuevo, la reina feérica tuvo el impulso de lanzarse contra ella, de forzar su rostro hasta que sus ojos se encontraran. Era suficientemente poderosa para hacerlo, para imponerle cualquier orden. Ya había tenido ese anhelo en el pasado, cuando Ailish había anunciado su retorno al mundo humano. En ese momento, Edrielle había deseado poder convencerla para que se quedara en la Corte, a su lado. Para que no la abandonara jamás.

Pero, aunque la tentación era fuerte, Edrielle se había negado. No la quería así. Eso no había cambiado con la ausencia ni el paso del tiempo.

—Son círculos concéntricos de piedras. Nadie sabe cómo aparecieron. Nadie sabe quién los construyó. Quedan muy pocos ya, pero la mayoría de los de Balainn están en Storr…

Estaba tan concentrada en la reina Callaghan, que Edrielle había desconectado de la conversación durante unos instantes. Miró al muchacho de pelo negro y cara chupada. Parecía muy unido al *changeling*. La reina recordó que Ailish lo había presentado como prometido del hada. Curioso. Cuando vio que el joven la miraba, le

dedicó una sonrisa.

—Adorable —musitó.

La mirada asesina del niño hada solo incrementó su sonrisa.

—¿Quieres decirme algo, *changeling*?

—Si empiezo, no acabaré nunca.

La comisura de sus labios se estiró todavía más. Le divertía la beligerancia del príncipe.

—Entonces, alteza, ¿los círculos de hada están colocados en la frontera con Sidhe? —preguntó Saoirse.

—No exactamente. Hay algunos que sí, otros que son imitaciones o rituales humanos. Solo los que están cerca de Sidhe son los que reciben su poder.

—¿Y cómo los distinguimos?

—Nunca hemos tenido necesidad de hacerlo —dijo, algo desinteresada.

El silencio se alargó unos instantes.

—¿Y si solapamos los dos mapas? —preguntó entonces el chico de pelo ondulado. Edrielle lo miró, genuinamente sorprendida. Era una idea que no se le había ocurrido nunca—. Madre, tienes un mapa de Sidhe, ¿verdad?

Sin mediar palabra, Ailish empezó a buscar entre sus archivos y papeles. Edrielle no pudo evitar observarla. Inclinada hacia el escritorio, el pelo le caía como dos cascadas doradas, y Edrielle quiso capturarlo entre sus dedos, volver a inhalar su aroma. Por suerte o por desgracia, la reina Callaghan encontró el mapa y se incorporó; la oportunidad fue desaprovechada con ese movimiento. Edrielle reconoció Sidhe al instante. El mapa mostraba su reino, con todas las pequeñas Cortes colindantes a las dos centrales unidas en el espacio: la del Crepúsculo y la de los Túmulos. El documento también mostraba, en el sur del continente, la Corte del Alba. Un sentimiento de intranquilidad se apoderó de ella cuando vio las líneas fronterizas, como siempre que pasaba cuando pensaba en el territorio de la reina Meredydd.

Uno de los humanos colocó ambos mapas sobre una mesa de

cristal y dejó el candil debajo para que la luz incidiera hacia arriba. El *changeling* rodeó los puntos que se solapaban; lugares donde las fronteras colisionaban: posibles puntos de encuentro.

—Tres puntos. Curioso —musitó Edrielle.

—¿Por qué?

Fue Ailish la que contestó:

—Por lo poco que sé, el tres era un número sagrado para los antiguos dioses. También para Morrigan. En Sidhe, los Tuada hablaban de la capacidad de la Diosa para dividirse en tres personalidades.

—Hay tres salas en los Salones de Morrigan —añadió el moreno.

—Tres son los elementos esenciales. Tres son los minerales para contenerlos —recitó la reina hada.

—Perdone, alteza… —musitó Saoirse.

Edrielle se giró con una sonrisa amable hacia ella. De todos los humanos que había en la sala, aquella era la única que le transmitía una sensación de afectuosidad extraña. ¿Quizá era porque le recordaba a la Ailish de quince años, la que había llegado hasta su Corte con la cabeza baja y la mirada de fuego?

—Antes ha dicho que para abrir la puerta son necesarios dos poderes. Consiguen el poder de Sidhe en esos lugares, pero ¿cómo consiguen el poder de la Diosa?

Edrielle suspiró y negó con la cabeza.

—El otro poder lo conseguirán de los brazaletes. Por eso han atacado a tantos Hijos de Morrigan. Para reunir suficiente.

# Cuarta parte
## Doras - Puerta

# Capítulo 25
## En la oscuridad

Me desperté en un sitio desconocido. La cabeza me daba vueltas, y un dolor martilleante me retumbaba en el cráneo. Tenía todo el cuerpo agarrotado, como si llevara días en la misma posición. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Tenía los recuerdos enredados en una maraña incomprensible. Como si algo los hubiera borrado. Recordaba la ceremonia, recordaba la espalda de Nuada corriendo hacia la cuervería. Recordaba el castillo y luego… ¿luego qué? ¿Qué le habría pasado a Nuada? ¿Y al resto de los Callaghan?

No podía pensar. El olor a paja húmeda y a sudor me llenaba las fosas nasales y me impedía concentrarme. Intenté alzar la vista para explorar mis alrededores. Sin embargo, tenía la cabeza tan embotada, tan pesada, que no fui capaz. Un gemido quedo salió de entre mis labios secos. Al final, conseguí entreabrir los párpados y examinar la penumbra que me rodeaba. Estaba en una estancia cerrada cuya única fuente de luz era un candil lejano. La llama parpadeaba, titilante como una estrella, pero no me transmitía la paz de un cielo nocturno. Al contrario. Me sentía más inquieto que nunca.

Abrí más los ojos y vi que, inclinados sobre una tabla de madera, había dos hombres. Jugaban a cartas bajo la luz de la lámpara, hablando en susurros que no llegaba a entender. Carraspeé para

poder hablar, para pedirles ayuda, pero de mi boca solo salió un gruñido áspero que me rasgó las cuerdas vocales. Todo me dolía y cerré los ojos, buscando alivio en la oscuridad tras los párpados.

No sé cuánto rato pasó mientras dormitaba. Cuando volví a alzar la mirada, había otro hombre al lado de los dos jugadores. Estaba tumbado sobre un lecho de heno y soñaba sin hacer ruido. Carraspeé otra vez, con nulo resultado. Tenía que levantarme, llamar su atención. Cuando quise moverme para acercarme a ellos, me di cuenta de que estaba inmovilizado. Me habían atado las manos a un poste de madera, a mi espalda.

Volví a gemir y, esta vez sí, uno de los hombres levantó el rostro y clavó sus ojos en mí. A esa distancia, no pude distinguir sus iris de las tinieblas que lo rodeaban.

—Se ha despertado —comentó—. ¿Avisamos a Ben?

¿Ben? ¿Se referían a mi padre? Y, entonces, como si aquel nombre fuera la clave secreta a mi memoria, todos los recuerdos volvieron en una avalancha ensordecedora. Cerré los ojos, mientras mi mente recreaba, una y otra vez, la escena que había presenciado antes de perder el conocimiento. La lucha entre *lady* Ailish y lord Blackwell. El momento en el que alguien me había capturado. Y ese instante de desesperación, ese instante infinito, en el que mi padre le había puesto el brazalete a la reina Callaghan.

Ailish era ahora una mujer vacía. Y todo había sido por mi culpa.

—… ocupado. —El otro hombre había hablado, pero yo estaba tan ensimismado en el dolor y la pérdida que no me había enterado de lo que había dicho—. Será mejor que pases de él.

—Dale un poco de agua —dijo el tercero, el que descansaba a un lado. Al parecer, no estaba dormido—. No creo que lord Blackwell desee que su único hijo vivo se muera de sed.

Quise soltar una carcajada, explicarle que había sido ese mismo lord el que había encerrado a su único hijo vivo en este lugar oscuro. Aun así, no rechisté en voz alta. Fuera porque el hombre era más compasivo o porque no quería hacer enfadar a mi padre, tenía razón: me notaba la garganta árida como si hubiera tragado arena.

Y no iba a renunciar al agua por un orgullo vacío.

Uno de los hombres renegó por lo bajo, pero obedeció: se acercó con una calabaza de agua, me cogió la mandíbula y me obligó a abrir la boca. No pude resistirme. Empezó a verter líquido en mi garganta y yo tragué como pude, deglutiendo menos agua de la que se caía por las comisuras de mis labios. Pronto, tenía la camisa empapada y la mandíbula adolorida.

Aunque el agua sabía a barro, la disfruté. Estaba fría, estaba húmeda. No necesitaba más.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz tímida cuando el hombre me soltó.

Él me miró desde arriba con un gesto despectivo, bebió un trago de su propia calabaza y, sin decir palabra, se sentó de nuevo al lado de la lámpara. Quise volver a preguntar, molestar tanto que no pudieran hacer caso omiso de mi presencia. No lo hice. Algo en mi interior me decía que sería un esfuerzo inútil. Esos hombres estaban siguiendo órdenes, y nada de lo que yo dijera lo cambiaría.

Volvieron a ignorarme y, en esa quietud asfixiante, no pude evitar recrear otra vez la imagen del cuerpo inerte de Ailish. Sabía bien que era culpa mía. No importaba que fuese la mano de Benjamin Blackwell la que había puesto el brazalete en la muñeca de la reina, habían sido mis acciones las que lo habían conducido a ello. Si yo no hubiera perseguido a mi padre, nada de eso habría pasado. Si no hubiera distraído a *lady* Ailish durante el combate, no habría perdido con tanta facilidad.

No importaba que mi corazón y mi alma fueran leales a Nuada y su familia ni que ya me considerara tan Callaghan como sus hermanos. Al final, era el traidor que mi padre había querido que fuese. Todo había salido tal y como él deseaba. Él me había dado en matrimonio a los Callaghan, y él me había arrancado de sus manos después. Había vivido durante semanas con la ilusión de que era libre, de que podía tomar mis propias decisiones. Una vez más, lord Blackwell me había demostrado que eso nunca sería posible.

En la oscuridad de ese edificio hediondo, reviví una y otra vez la

boda y el combate de *lady* Ailish. Lo reviví sabiendo cuál había sido el plan de mi padre desde el principio. Lo reviví conociendo bien mis errores. Lo reviví recreándome en las miradas y palabras de amor que Nuada nunca más volvería a decirme.

¿Qué estaría pensando ahora?

Un escalofrío de tristeza me erizó la piel. Nuada… no, todos estarían llorando esa terrible pérdida. Y yo no solo no podía ayudarlos, sino que era el causante de ese dolor. Me habría gustado estar a su vera, apoyarlos, llorar con ellos. Pero estaba seguro de que en Eren Glen no quedaba ni un Callaghan que me quisiera ahí. ¿Se arrepentiría el príncipe de los votos que había jurado en la boda? Esperaba que no, incluso sabiendo bien, en mi fuero interno, que sí.

«Por la Diosa, que no les haya pasado nada a ellos».

Las horas de oscuridad se alargaron hasta el infinito mientras yo me torturaba, una y otra vez, con todo lo que podría haber hecho, todo lo que podría haber dicho, para evitar la muerte de Ailish. A la herida de haber perdido a una mujer que poco a poco empezaba a considerar una madre se unían la culpa, el miedo y la desesperación.

¿Cuánto tiempo pasé encerrado en la penumbra de ese lugar? ¿Cuánto tiempo estuvo mi mente vagando por las posibilidades muertas, por los caminos no tomados? Esa fue la noche más larga de mi vida.

Después de unas horas, no supe cuántas, hubo movimiento entre mis vigilantes. Uno de ellos, el que me había dado de beber, se levantó y se dirigió hacia lo que, en la penumbra, parecía una pared de madera. Cuando oí el chirriar de las bisagras y vi el destello de luz lunar más allá, entendí que no era una pared, sino una puerta. De repente, una voz vivida, inadecuadamente alegre, inundó la estancia.

—¿Cómo está nuestro invitado? —preguntó. Era la misma voz que había escuchado a mis espaldas cuando me habían capturado. Una que reconocía de algún lugar, aunque no pudiera recordar cuál —. ¿Lo habéis tratado bien? Es una pieza importante para hoy. ¿Te

han tratado bien, Finn?

Gemí, sin saber muy bien qué decir. Él dio por buena la respuesta porque no siguió indagando. Se acercó al candil y espió al otro guardia por encima del hombro. A la luz de la lámpara, pude verlo por primera vez: era un hombre alto, de piernas estilizadas y rostro atractivo. Llevaba ropas humanas, pero no tardé en darme cuenta de que sus orejas eran tan afiladas como las de Edrielle. Era un ser feérico, una hada exiliada. Cuando se giró en mi dirección, sentí cómo sus ojos, del color rojizo del atardecer, me atravesaban cual flecha. Igual que me había pasado con la reina, un escalofrío me recorrió la espina dorsal y tuve la sensación ilógica de que quería matarme ahí mismo y devorar mi carne.

De repente, algo pareció llamarle la atención. Se acercó y me tocó el pelo, apelmazado por el sudor y el frío. Se inclinó hacia mí y olisqueó el mechón que sujetaba entre las manos.

—Hueles a hada —soltó. Como si necesitara asegurarse, inhaló mi cuero cabelludo, mi cuello y mi pecho—. Sí, sin duda. Hueles a hada.

—¿Qué…?

—¿Por qué hueles a hada, humano? ¿Es que te has portado mal?

Soltó una risita y se sentó ante mí con las piernas cruzadas. Su pelo era más corto que el de Edrielle, pero caía con la misma suavidad sobre sus hombros. Tenía el color de los helechos bajo la lluvia, el del musgo en un día soleado. Un verde tan intenso que parecía inverosímil. Empezaba a acostumbrarme a los imposibles de los seres feéricos.

—No…

—¿Has comido algo? —me interrumpió. Giró la cabeza hacia uno de los hombres—. ¿Le habéis dado algo de comer?

—No. Ben no nos ha dado instrucciones…

—Humanos —rechistó el hada—. Incapaces de tener pensamientos propios.

Como si aquello fuera una orden, otro de los hombres que estaba jugando a cartas se levantó y le tendió una cesta llena de pan y

queso al feérico.

Pese a que no tenía hambre, me obligué a engullir los pedazos de miga que me daba el ser. Parecía distraído y me pregunté si se habría olvidado del aroma que había olido. Pronto descubrí que no: simplemente, había divagado hacia otros parajes.

—¿Por qué hueles a hada? —repitió.

—No lo sé —musité.

—¿Acaso has ido a Sidhe? ¿Sabes ir? ¿Puedes ir? —Bajó la voz, como si quisiera contarme un secreto—: ¿O es que te has colado?

Soltó otra risita, aunque en el fondo de sus iris pude ver que esa alegría fingida no llegaba a sus ojos. No podía saber lo que pasaba por su cabeza, pero sí era consciente de que aquello no era un juego, por mucho que lo pareciera.

—No sé ir a Sidhe —confesé con sinceridad.

El hada chistó y me tiró un trozo de pan a la cara, con furia.

—No servís para nada —musitó, antes de levantarse y volver a marcharse.

Quise gritarle que no se fuera, que se quedara conmigo. Cualquier cosa habría sido mejor que volver a la soledad y la tortura, que retornar al punto oscuro en el que había estado antes de su conversación. Sin embargo, las palabras se me quedaban atrapadas en la garganta, inmóviles.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté al fin—. ¿Dónde está lord Blackwell?

—Pensaba que había quedado establecido que nunca te he considerado hijo mío.

Las palabras de mi padre fueron como un jarrón de agua fría. No lo había escuchado entrar y, una vez que supe que estaba ahí, me puse nervioso. Traté de girarme para verlo, pues su voz provenía de mi espalda, pero las ataduras me lo impidieron. No importaba. Podía recrear su rostro a la perfección, imaginar su sonrisa sarcástica, su ceja alzada. Esa expresión que tan bien conocía y que decía con gestos lo que él había verbalizado con palabras.

Si alguna vez había sido Finn Blackwell, eso se había acabado.

Supe, como los condenados saben que van a morir, que no recibiría compasión alguna de mi padre.



Lord Blackwell no se dignó a ver cómo estaba su único hijo vivo. Susurró unas instrucciones que no pude entender y, de repente, uno de sus hombres empezó a desatarme las manos. Me quedé quieto, inmóvil, a sabiendas de que cualquier forcejeo habría significado menos libertad. Quizá, si fingía que colaboraba, bajarían la guardia y lograría huir. Así podría alertar a Nuada y sus hermanos. A Edrielle. A quien fuera.

Pero, al parecer, el hombre no se fiaba demasiado de mí. Me volvió a atar las manos a la espalda una vez me hubo desligado del poste. Sin decir palabra, me cogió del hombro y me condujo con una facilidad vergonzosa hacia la salida.

Desde fuera, pude vislumbrar el granero en el que había pasado la noche. El cielo empezaba a clarear por el horizonte, y una niebla densa cubría los alrededores de ese edificio de madera destartalado. Avanzamos por un camino escondido bajo una bruma que me impedía ver más allá de dónde ponía los pies. Durante una media hora, caminamos atravesando campos silvestres y agrupaciones de árboles pequeñas. Aunque no había estado nunca ahí, pude reconocer el paisaje agreste de Storr: el lugar era similar al túmulo sobre el que Nuada y yo entrenábamos cada mañana.

La caminata fue dura. Llevaba todavía la ropa de la boda, que no estaba pensada para ese esfuerzo, y las botas, nuevas, me herían la piel. Tenía los dos brazos agarrotados y el cuerpo adolorido de haber pasado toda la noche en la misma posición. Caminaba a trompicones por la nieve, tropezando con piedras, raíces y arbustos. Por suerte o por desgracia, mi ineptitud no les importaba demasiado: el hombre

que me había desatado se mantuvo todo el rato a mis espaldas, aguantándome cuando parecía que estaba a punto de caerme.

Al fin, llegamos a lo que parecía nuestro destino. La niebla se deshizo en jirones blancos, lo mínimo para poder contemplar nuestros alrededores. Estábamos en un claro a la frontera de un bosque parecido al que veía cada día desde la cuervería de Eren Glen. La extensión de hierba era ancha y estaba ocupada, casi en su totalidad, por círculos de piedra concéntricos. Las rocas eran de diferentes tamaños, pero todas tenían un color negruzco que contrastaba con la hierba sobre la que reposaban.

El sitio transmitía una sensación rara, como si estuviéramos entrando en un lugar poderoso. Era similar a la que había notado esa noche en la puerta de Sidhe, con Nuada. Me daba la impresión de estar pisando tierra sagrada.

—¿Dónde está Basil?

La voz de mi padre se alzó por encima de mis pensamientos y miré a todos lados, buscándolo. Lo vi a unos metros de mí: estaba al lado del hada que me había interrogado, y pude notar cierta tensión entre ellos. ¿O quizá me lo estaba imaginando? Tenía la cabeza tan embotada que ya no sabía distinguir bien entre la ficción y la realidad.

—No te preocupes por Basil. No se perdería esto por nada del mundo.

—¿Acaso he dicho que me preocupara, orejas picudas?

Definitivamente, había una tirantez entre ambos. ¿Podía usar eso a mi favor? Intenté pensar cómo, pero en mi cabeza solo existían la bruma del cansancio y la confusión.

—¿Dónde estamos? —le pregunté al hombre que me sujetaba. Él me ignoró, de nuevo.

Mi padre atravesó los círculos hasta entrar en el central.

—Trae al muchacho —dijo con voz firme.

El hombre obedeció y me arrastró hasta ahí. A medida que nos acercábamos al centro, la sensación de agobio se incrementó. Cuando llegamos, sentía la respiración acelerada y el cuerpo pesado.

A duras penas pude fijarme en la disposición del centro. Había una piedra grande, central, parecida a un obelisco, y rodeada por tres, bajas y planas, del mismo color.

—¿Qué es este lugar? —volví a pedir explicaciones, con escaso éxito.

Mi padre no se dignó ni a mirarme. Al contrario que él, el ser feérico me sonrió y se acercó a mí. Volvió a capturar un mechón de mi pelo entre sus manos.

—El muchacho será un buen catalizador.

—¿Por qué lo dices? —soltó mi padre, sin mirarlo.

El hada pasó de él. Me miró, analizándome con esa intensidad que parecía antinatural, y dibujó una sonrisa lobuna en su rostro.

—Ya lo verás…

¿Qué era un catalizador? Cuando quise preguntarlo, mis labios agrietados solo soltaron un gemido.

Sin decir palabra, el hombre que me había llevado hasta ahí me desató las manos y me amarró contra la piedra con nudos fuertes e inamovibles. Me sujetó el cuello, el pecho y las piernas, dejando libres los brazos. No importaba: estaba tan ceñido a la roca que no podía desligarme por mucho que quisiera.

—¿Qué hacéis? —grité, entonces sí alzando la voz—. ¡Dejadme!

El hombre me atestó un codazo en toda la sien que me aturdió. Me mordí la lengua sin querer, y mis quejas se transformaron en balbuceos ininteligibles. Durante unos minutos, mi mente confusa no registró todo lo que pasaba. Cuando la vista se me aclaró, vi que, en el horizonte, el cielo ya había empezado a teñirse de los colores del amanecer. No había nadie a mi alrededor, pero habían colocado, sobre cada una de las otras piedras que cerraban el círculo interior, tres boles. Uno, de ónice, estaba lleno de agua. Otro, de la misma esmeralda brillante de la que estaban hechas las pulseras, lleno de tierra. El último, de amatista, no contenía nada. Aire.

Solo entonces entendí que todo lo que habíamos hecho para impedir que mi padre rompiera el pacto había sido en vano. Que estaba a punto de presenciar esa nueva unión. Si Ailish tenía razón,

la ceremonia traería la venganza de los Tuada a nuestras tierras. Cerré los ojos y el ritual comenzó.

# Capítulo 26

## Esmeralda, amatista, ónice

Apenas habían pasado unos días desde la visita de la reina hada a Lonmore, pero yo ya lo sentía como si fuera un recuerdo remoto. En ese no tan lejano día, Edrielle nos había hablado del ritual para abrir la puerta, los lugares donde iban a hacerlo y lo que necesitaban para ello. En el instante en el que vi esos cuencos ante mí, entendí qué contenía cada uno: tierra, mar y aire. Los tres elementos de los dioses antiguos.

Incluso ella había sido incapaz de adivinar en qué consistía la ceremonia. Lo único que había asegurado a ciencia cierta era que se trataba de una tradición Tuada de cuando el pueblo de los dioses vivía en Balainn. Después del Pacto, ninguna hada de los túmulos había compartido ese secreto. Jamás. Ni siquiera el marido de Edrielle, príncipe de esa Corte, había hablado con ella sobre eso. Así que ahora me encontraba en territorio inexplorado, como un náufrago sin nave ni brújula. Perdido.

«Tampoco podrías hacer nada al respecto, estúpido», pensé para mis adentros.

Mi padre y el hada volvieron al círculo interno de piedras. A su espalda, el sol amenazaba con asomarse por el horizonte, y la luz incipiente escondía el rostro de lord Blackwell en sombras. Solo podía intuir sus dos ojos, de un extraño color dorado. Tardé unos

instantes en darme cuenta de que llevaba un brazalete puesto.

Se acercó a mí y me miró con una sonrisa sardónica que no auguraba nada bueno. Forcejeé contra mis ataduras pero, de nuevo, fue inútil. No sabía qué venía a continuación ni para qué me habían mantenido vivo hasta entonces, pero algo en mi interior me dijo, con una seguridad arrolladora, que ahora era mi turno. Que tendría que sufrir la misma agonía que Ailish o Enyd. La misma que Lean…

—¿Funcionará esta vez, Regin? —preguntó mi padre.

—Funcionará. Si no lo ha hecho antes, es porque no podíamos estabilizar la puerta. —El tal Regin me penetró con la mirada y un escalofrío me erizó la piel—. Ahora tenemos el catalizador adecuado.

Otra vez esa palabra. No tuve tiempo de preguntar qué significaba: un ruido a sus espaldas nos interrumpió, y Regin giró la cabeza, sus ojos resplandeciendo con un brillo extraño.

—Por fin te dignas a aparecer, Basil.

Supe que era una hada incluso antes de que clavara su mirada imposible en mí. Basil, si es que así se llamaba, se mantenía un poco más atrás, como si no quisiera relacionarse con lo que estaba pasando en el claro. Tenía el pelo largo hasta la cintura, de un color violeta que brillaba bajo las primeras luces del amanecer, precioso. Su piel era blanca como la nieve y sus ojos, del mismo color del amanecer. Cuando me atravesó con ellos, vi un deje de nerviosismo en su expresión que me sorprendió. No parecía cruel como Regin.

Apartó el rostro rápido, como si estuviera incómodo con mi presencia.

—Esta vez voy a cruzar, Regin. Me da igual si se estabiliza la puerta o no. No pienso perder mi oportunidad como la última vez.

—No seas impaciente —dijo, divertido, el otro ser feérico—. Podría cerrarse mientras estás viajando y entonces no volverías nunca a Sidhe.

—Ya no puedo volver a Sidhe, así que, ¿qué cambiaría?

Basil no dijo nada más, pero la determinación que se veía en su rostro no flaqueó. Mi padre, a su lado, chistó con frustración y encaró a las dos hadas.

—¿Podemos acabar esto de una maldita vez? Me da igual si la puerta se cierra o se abre.

La sonrisa de Regin se amplió, y este miró a mi padre con un brillo despectivo que a nadie le pasó desapercibido.

—Claro, claro. Tendrás tu fuente de energía, humano. Ahora… —Me dedicó una mirada por encima del hombro—. Ponle la pulsera a tu hijo. Si perdemos más tiempo, se pasará la hora.

Me estremecí. Aunque había llegado el momento, yo no estaba preparado. Intenté alejarme de mi padre, estrecharme contra la piedra, pero sabía que no serviría de nada. Se arrodilló ante mí y en sus ojos no vi ni una pizca de cariño ni arrepentimiento. ¿Cómo podría pedirle clemencia a alguien así?

Cogió mi brazo derecho y sacó una pulsera de su chaleco. La joya era diferente a la que había usado con Ailish, su color opaco y negro resplandecía de una manera especial. Contemplé la superficie del mineral pulido, que parecía contener todo el cielo nocturno en su interior, sin saber qué me deparaba el destino.

—¿Va a dejar que le mangoneen unas hadas como esas? —No sabía que iba a hablar hasta que mis labios se movieron con voluntad propia. Lord Blackwell se mostró sorprendido y, durante unos instantes, pareció sopesar sus opciones, estudiando mis palabras. En su sonrisa vi con claridad toda la crueldad que conocía en él.

—Buen intento, hijo —susurró. Solo podía escucharlo yo—. Tengo que admitir que no esperaba que dieras tanta guerra. Este tiempo con los Callaghan te ha vuelto menos sumiso.

Me revolví, forcejeando con las ataduras.

—Tiene razón, padre. Me he portado mal. —No podía contener el tono desesperado en mi voz—. Prometo volver a casa y obedecerle para siempre si paras esto. Además, ¿para qué quiere abrir una puerta al mundo de las hadas? Solo le están manipulando.

—Una lástima, Finn. Quizá en otra vida, con otro cuerpo, habrías conseguido convencerme. Pero esto —dijo, señalando todo mi ser—, esto no podría tentar a nadie.

Y sin decir nada más, me aferró con fuerza el brazo y me colocó el brazalete.

Algo tiró de mí, algo desconocido. Empecé a notar cómo el fuego ascendía por mi brazo, quemándome la piel a su paso, y grité. Grité tanto que se me rasgó la garganta, grité tanto que el mundo se partió en dos. El dolor era insoportable y quería liberarme de él, alejarme de esa tortura. Me apreté contra las cuerdas, resistiéndome sin éxito. Lo único que podía hacer era seguir gritando.

No podía discernir cómo el cuerpo se me transformaba bajo ese dolor. Sentía toda la piel en llamas y, a su vez, me daba la sensación de estar en medio de una ventisca. Fuego y hielo, ambos me carcomían las entrañas.

Cuando el dolor acabó, de sopetón, mi cabeza cayó contra mi pecho, inerte. Me costaba respirar, sentía las piernas y los brazos pesados, como si acabara de arrastrar una enorme piedra por una ladera. Me notaba diferente de una manera extraña. Abrí poco a poco los ojos. En la penumbra, todo parecía más brillante. Más extraordinario.

¿Me había muerto? ¿Era ahora una Sombra de ojos dorados, como la de Enyd, como la de Lean?

No, no era eso. No sé cómo, pero lo sabía. No era una Sombra.

Era algo más poderoso.

Una canción empezó a sonar, entonada por decenas de voces. Con dificultad, alcé el rostro para ver qué pasaba a mi alrededor. Habían aparecido mujeres y hombres que bailaban en cada uno de los círculos concéntricos, entre las piedras. Todos llevaban una antorcha llameante en sus manos y el pladh tradicional les cubría el pecho. Movían brazos y piernas al son de su música, recreando una escena inverosímil e hipnótica. Entre las brumas del dolor, me di cuenta de que cada uno de los bailarines llevaba una pulsera de esmeralda en la muñeca.

*Reina de la noche y la muerte,*
*escucha nuestra llamada*

*Reina de la vida y la naturaleza,*
*oye nuestro canto*
*Alas negras, sangre roja*
*Reina de los cielos, ¡ven a nosotros!*

La letra de la canción, recitada en el idioma antiguo de Balainn, llamaba a la diosa Morrigan. Las voces de la multitud sonaban al unísono, y llenaban de música el claro. Esa melodía despertó algo en mí: todo mi ser parecía querer responder a ella. El ritmo se aceleró y los pasos del baile también. El sol ya se asomaba por el horizonte, vistiendo la escena con un halo dorado que parecía mágico. De alguna manera, lo era.

Poco a poco, surgió una luz que lo fue cubriendo todo. Cada bailarín estaba envuelto en un resplandor verduzco que lo rodeaba, cual escudo, mientras danzaba. El mismo color brillaba en sus ojos, en sus pieles, en sus joyas: el mineral parecía haber cobrado vida. Ante esa luminosidad, los resquicios de la noche se esfumaron, y el negro fue sustituido por la esmeralda. El dorado de los rayos del sol se entremezcló con el verde de la magia.

Con una lentitud hipnótica, las luces fueron mutando. El color se desprendió en infinidad de fulgores que cayeron, cual cometas, hasta los tres cuencos que había a mi alrededor.

*Reina de la noche y la muerte,*
*abre un camino*
*Reina de la vida y la naturaleza,*
*guía nuestro paso*
*Alas negras, sangre roja*
*Reina de los cielos, ¡déjanos pasar!*

La canción había cambiado y los versos con ella. El suelo retumbó, como si respondiera a las palabras de los cantantes. La sensación asfixiante que había sentido cuando habíamos llegado al

claro se intensificó y, de repente, una columna de luz nació del cielo. Era de un color blanco que, al igual que había pasado con los haces verdes, fue diseminándose en un millar de lágrimas luminosas, cayendo en alguno de los tres recipientes.

La canción cesó y todo el mundo contuvo el aliento, a la espera. Por lo que había entendido, no era la primera vez que intentaban aquello. Sin embargo, la expectativa que se respiraba en el ambiente le daba un aire de gravedad diferente al momento. Yo mismo podía notar todo el cuerpo en tensión. Me había recuperado un poco del dolor, pero el ritual me había ensimismado tanto que había perdido un tiempo valioso en pensar cómo salir de esa. Evidentemente, el brazalete no me había dejado vacío, como al resto de Hijos de Morrigan. Intuía que, a la larga, si no hacía nada, acabaría como ellos.

El agua del cuenco negro temblaba. El cuenco celeste vibraba con vida propia. De la tierra del cuenco de esmeralda salía humo. Algo estaba pasando, todos éramos conscientes de ello.

Del silencio y la calma, apareció un punto resplandeciente que, poco a poco, fue creciendo. Con el paso de los minutos, lo intangible fue convirtiéndose en real. La luz se opacó, los colores se apagaron. Y entonces, como una aparición imposible, se abrió la puerta. La entrada era similar a la que había visto en Sidhe, aunque sin las piedras, el musgo o las flores que rodeaban el portal.

Se estaba abriendo. Y yo no había hecho nada para impedirlo.

¿Acaso podía? Inmóvil como estaba, adolorido como me sentía, ya no me quedaban fuerzas para pelear. Nunca había tenido el poder necesario para hacerlo. Bajé la mirada, derrotado.

Sin embargo, había algo en mi interior que me empujaba a hacerlo. Sabía que no podía dejarlo así, no sin intentar nada antes. Por primera vez en mi vida, tenía algo por lo que luchar, algo que perder. No pensaba rendirme ahora.

Como si de una revelación se tratara, las palabras de Edrielle acudieron a mi mente.

«Para abrir una puerta a Sidhe, se necesita un equilibrio de los

dos poderes esenciales».

Dos poderes equilibrados. No podía controlar la magia que provenía de Sidhe, pero sí podía controlar la mía propia. Al fin y al cabo, mi gracia provenía de Morrigan. Las gracias que los bailarines habían usado, con sus brazaletes, también nacían de ella. ¿Qué pasaría si volcaba todo mi don en los cuencos? ¿Lograría desestabilizar la puerta de esa manera?

No tenía nada que perder. Y sí mucho por lo que luchar.

Cerré los ojos y recordé la sensación que había tenido en el campo de entrenamiento, con Nuada. Esa liberación, esa fuerza indómita, que había sentido en mi interior cuando había dejado de lado el miedo, la preocupación y la angustia. Cuando mis emociones positivas habían apagado las negativas. Era entonces cuando mi poder había brillado y había podido paralizar a las Sombras.

Solo tenía que volver a ese sentimiento, a esa luz.

Respiré hondo y cerré los ojos. Dejé que el don me inundara. Estaba ahí, podía sentirlo, debajo del terror. Solo tenía que atraparlo. Intenté asirlo. Una y otra vez, se escapaba de entre mis dedos como agua en un torrente. Volví a probar, pero a cada fallo, mi miedo volvía con más fuerza.

Negué con la cabeza. ¿A quién pretendía engañar? Después de semanas de entrenamiento, no había podido volver a recuperar mi poder. ¿Por qué ahora iba a ser diferente? Al fin y al cabo, nunca había tenido fuerza. Por mucho que Lean me dijera lo contrarío. Por mucho que Nuada confiara en mí. Lo había sido siempre. Nada había cambiado en mi tiempo en Lonmore.

Seguía siendo la misma persona débil que dejó morir a su hermano.

Bajé la mirada para no contemplar mi fracaso, rendido ante la evidencia de mi propia inutilidad. La magia que reinaba en el lugar mutó, y me estremecí cuando su caricia me rozó la piel.

Alcé la cabeza y vi cómo la puerta de Sidhe se abría, sin que nadie pudiera impedirlo. Había fallado.

# Capítulo 27

## Una daga de hierro y Sombras

Durante unos segundos, el mundo calló. Contuve el aliento, a la espera del ataque: Ailish había temido que los Tuada estuvieran detrás de aquella organización, manipulando a mi padre y los suyos. Después de haber visto a los dos seres feéricos, estaba convencido de que tenía razón. De que pronto las hadas de los Túmulos entrarían en el mundo humano a cobrar su venganza.

Durante unos instantes de quietud absoluta, hasta el claro pareció aguantar la respiración. No pasó nada.

Y, entonces, como un rayo de luz, una sombra saltó por encima de los círculos de piedra, a una velocidad imposible, y cruzó el portal. Fue tan rápida que tuve la sensación de que lo había imaginado. No era así, pues cuando su cuerpo atravesó la luz, esta tembló. Recordé las palabras impacientes de Basil, con su pelo violeta y su mirada asustada: «Esta vez voy a cruzar. Me da igual si se estabiliza la puerta o no», había dicho. Al parecer, había cumplido con su palabra.

La carrera de Basil pareció despertarnos: todos se miraban, confusos, sin entender qué estaba pasando. La pregunta que leía en sus ojos era la misma que se repetía, una y otra vez en mi cabeza: ¿Qué iba a pasar ahora?

De repente, la luz de la puerta fluctuó. El círculo, que había sido

perfecto hasta ese momento, empezó a temblar.

—¡Se está deshaciendo de nuevo! —dijo una voz.

—¡Otra vez no!

La luz volvió a titilar, y sonreí, rezándole a la Diosa para que acabara lo que yo no había podido conseguir.

Apenas tuve tiempo de cantar victoria. Una sensación desagradable se apoderó de mi vientre y noté cómo las arcadas me recorrían la garganta. El dolor me volvió a golpear y, con él, la confusión y el mareo. El mismo poder que había sentido cuando mi padre me había puesto la pulsera de ónice regresó con más intensidad. No tardé en descubrir qué me estaba pasando: de mi brazalete, nació otro haz de luz, esta vez totalmente negra. Estaba canalizando mi poder hacia la puerta.

La piel de mi estómago estaba rígida, como si me hubieran abierto en canal y estuvieran vaciando mis tripas sobre la hierba. Grité otra vez, la agonía escapándose por entre mis labios. Ni eso era suficiente. A cada segundo que pasaba, me notaba más débil, más enfermizo. Se me cayó la cabeza hacia adelante y mis brazos perdieron fuerza y se quedaron inertes sobre los muslos. No podía hacer nada ni mover ninguna parte del cuerpo.

¿Así era como iba a morir? ¿Había llegado mi momento, como le había pasado a Ailish, a Lean, a Enyd? ¿A tantos Herederos de Morrigan antes que yo?

—¡No! —chillé.

Y, como si la misma Diosa bajara a ayudarme, el dolor paró al instante.

En ese estado casi vegetativo, empecé a escuchar gritos. Al principio pensé que era mi propia voz, como si el alma se me hubiera separado del cuerpo y llorara, perdida en algún lugar del claro. Luego, descubrí que los aullidos tenían diferente tono, diferente melodía, diferente desesperación. Conseguí alzar la cabeza poco a poco, con dificultad. Y lo que vi me horrorizó.

Regin estaba matando a todos los humanos. Los aniquilaba uno a uno, con su propia mano, sin contemplación. A algunos les partía el

cuello, a otros les atravesaba el pecho. No parecía tener demasiados problemas, como si aquello fuera un pasatiempo, una diversión momentánea. Corría de uno a otro a una velocidad pasmosa, dejando una multitud de cadáveres a su paso.

Había quien corría, dejando el claro atrás. Ninguno llegó muy lejos: Regin los alcanzaba al instante y los mataba ahí mismo. También vi a algunos sacando armas, que resultaron igual de inefectivas. Nuada me había contado que el acero no servía contra los seres feéricos: solo el hierro podía herir de verdad a una hada. Contemplé esa escena, a sabiendas de que estaba siendo testigo de mi propio futuro. Cuando Regin acabara con ellos, vendría a por mí.

Entre los gritos, escuché unos pasos cercanos. Me angustié, a la espera del frío filo de la muerte. Nada más lejos de la realidad: de repente, la cuerda que me rodeaba el cuello se destensó.

—¿Padre? —pregunté y, aunque me detesté por ello, pude notar una pizca, casi inexistente, de esperanza.

—No soy tu padre —musitó una voz grave que reconocí como la del hombre estirado en el heno, uno de los vigilantes que lord Blackwell había colocado en el granero conmigo. Durante la noche, había intercedido para que me dieran de beber. Ahora lo hacía para salvarme la vida—. Huye y no mires atrás.

Pero yo estaba demasiado endeble como para hacerlo. Incluso cuando pude soltarme y separarme de la piedra, me temblaban tanto las piernas que no aguantaban mi peso. Me caí, de rodillas, frustrado por mi propia debilidad. Quería, al menos, agradecérselo a ese hombre, pagárselo de alguna manera. No tuve tiempo. Cuando alcé la mirada para ver su rostro, vi que era demasiado tarde. Regin ya estaba ahí.

Él me miró y dibujó una sonrisa lobuna. El hombre vio el terror en mis ojos y se giró, con una daga de hierro en la mano. Al parecer, sí había alguien preparado para luchar contra las hadas ahí. La sonrisa del hombre feérico tembló y nos miró, alternativamente, a uno y a otro.

—Vaya… ¿qué tenemos aquí? ¿Dos humanos, colaborando? —

Negó con la cabeza—. Ay, Finn, pensaba que éramos amigos. Si hasta te he perdonado que no me hayas contado cómo has ido a Sidhe.

—¡Nunca he ido a Sidhe!

—Los humanos y sus mentiras… Fascinante. —Se giró hacia el hombre, que se había colocado en posición de lucha—. ¿Y tú? ¿Tampoco has ido nunca a Sidhe?

Como toda respuesta, el hombre escupió a sus pies.

—Al contrario que Finn, no hueles a hada, así que asumiré que no.

—Nunca me acercaría a seres infectos como vosotros —espetó con voz grave—. Antes muerto.

—Ummm, interesante. Y yo que pensaba que todos los humanos erais aburridos. Ya veo que hasta alguien como yo puede divertirse en este mundo vulgar.

Regin se lanzó a su cuello al instante para pillarlo por sorpresa. El hombre ya se lo esperaba, pues lo esquivó y le atacó con el cuchillo. Se enzarzaron en un combate rápido, casi imposible de seguir, donde esquivaban, atacaban y se herían. Los dos eran diestros, aunque el ser feérico tenía la ventaja de la velocidad y la destreza.

La lucha se alargó durante lo que parecieron horas. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado, me sentía como si estuviéramos los tres dentro de una burbuja donde el reloj no avanzaba. Los contemplé a ambos, paralizado, sin saber qué hacer. Quería ayudar al hombre igual que él me había ayudado a mí, pero no sabía cómo.

Tan rápido como había empezado, acabó. En un movimiento veloz, el humano clavó la daga en el pecho del feérico, buscando su corazón. Falló y solo le atravesó el hombro: la oportunidad que estaba esperando Regin. Enfadado por el dolor, el hada no erró: atravesó su vientre con la mano, agujereándole el torso.

El hombre tosió, la sangre escapándosele por entre los labios. Alzó las manos, intentando alcanzar de nuevo la daga, pero fue inútil. Estaba demasiado débil para seguir luchando. Cayó de

rodillas, con la camisa empapada de rojo. Antes de morir, con sus últimas fuerzas, se giró hacia mí y dijo, en silencio: «corre».

Algo se rompió en mi interior.

El Finn del pasado habría obedecido. El Finn del pasado solo sabía escapar y eso es lo que habría hecho ante esa situación. Pero, en ese instante, entendí que ya no era ese Finn. Que ya estaba cansado de huir. El miedo se encogió hasta desaparecer, sustituido por la desesperación y la furia. Firme, me encaré con Regin.

—Oh, vaya. Como me imaginaba, tu padre no tenía razón sobre ti.

No. Lord Blackwell nunca me había visto como era, sino como él se pensaba que era. Los que de verdad habían visto en mi corazón eran Nuada y Lean. Los dos habían vislumbrado una fortaleza en mí que ni yo mismo sabía que existía. Ahora que todas las compuertas del miedo estaban rotas, pude ver a qué se referían.

La sensación de poder que había saboreado en el campo de entrenamiento volvió a mí, con más fuerza que nunca. La noté circular por todo mi cuerpo, erizarme la piel, calentarme los músculos. La energía me recorrió y apartó el dolor y la debilidad que había sentido en la piedra. Me había pasado la vida huyendo porque no me creía capaz de enfrentarme a lo que deparara el futuro. Ahora que ya no veía futuro alguno, por fin me veía con fuerzas para hacerle frente.

El poder que había buscado durante el ritual apareció entonces. La pulsera parecía llamarlo, y ya no me dolía ni me vaciaba. No, el brazalete era mío y actuaba a mi favor. Cerré los ojos un instante y estiré de ese hilo de luz negra. De repente, sentí el pulsar de todas las Sombras que estaban a mi alrededor. No se habían atrevido a acercarse durante el ritual, alejadas por la cantidad de gente que había en el claro, pero ahora estaban todos muertos. Las Sombras de la zona se juntaron con las que Regin había creado en su camino de destrucción. Un ejército que, entendí, estaba a mis órdenes.

En el campo de entrenamiento, había podido parar a las Sombras, evitar que me atacaran. Ahora, con el brazalete

resplandeciendo en mi muñeca y canalizando todo mi poder, sabía que era capaz de mucho más. Sabía que podía manipularlas a mi antojo.

Algo en la expresión de Regin cambió, como si hubiera adivinado lo que estaba a punto de suceder. Parecía notar la magia que se crispaba a mi alrededor. Se lanzó contra mí, en un intento desesperado por pararme, pero yo retrocedí y lo esquivé. Me movía con más soltura que nunca, algo que me sorprendió tanto a mí como al hada.

Regin pareció sopesar sus opciones. Examinó sus alrededores y entendí que estaba comprobando si había quedado algún humano vivo. Cuando vio que había sido suficientemente exhaustivo en su matanza, me miró una última vez y arrancó a correr.

Pero yo no pensaba dejarlo escapar. No pensaba dejar esa puerta abierta. Lancé las Sombras que tenía a mi alrededor contra él y ellas se movieron rápido, mucho más veloces que nunca, hacia la figura que se lanzaba contra el portal. Al colisionar con él, Regin soltó un grito de dolor. No cayó al suelo, al contrario: las *taran* lo arrastraron hasta la puerta y chocaron contra ella en una combustión de poderes que hizo resplandecer el mundo.

Durante un instante, el brillo me cegó. Cerré los ojos y, cuando los abrí, poco a poco, descubrí que ya no quedaba nada de Regin ni de la puerta. Mi poder la había desestabilizado lo suficiente como para cerrarla.

El alivio me inundó y, como si ese desahogo me liberara del poder, las fuerzas me abandonaron y caí, desmayado, contra la hierba verde.

# Capítulo 28
## Uno más de la bandada

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente ahí, rodeado de cadáveres. Podrían haber sido horas o días. Podría haber estado durmiendo varios años sobre la hierba nevada que no me habría enterado.

Cuando desperté, me dolía todo el cuerpo. Como una llama que, al quemar con intensidad, se apaga más rápido, me sentía vacío de energía, consumido. Todavía con los ojos cerrados, fui dejando que los recuerdos acudieran uno a uno a mí. El ritual, la canción a Morrigan, la puerta abriéndose… La lucha de aquel hombre cuya historia nunca descubriría. Y mi poder. Mi poder sin limitaciones, canalizado por el brazalete. Mi poder, que había vuelto a cerrar el portal a Sidhe.

¿Eso había hecho yo? Me costaba creerlo. Me sentía el espectador de una historia en la que no podía participar, como si pudiera contemplar desde la distancia a ese Finn seguro de sí mismo, a ese que se había plantado delante de Regin. Y, aunque parecía inverosímil y fantasioso, en el fondo sabía que no era un cuento de hadas. Que todo ese tiempo, Lean me había contado la verdad.

Yo también tenía mi propia fortaleza.

Había pasado toda la vida considerándome débil, así que, cuando entendí esa verdad, incluso sin decirla en voz alta, me conmocionó.

Me habría gustado que Nuada pudiera verme así. Quizá de esa forma podría haberle hablado de mis sentimientos genuinos, abrirme el pecho sin temor al rechazo o a la vulnerabilidad.

Por desgracia, ya era demasiado tarde. Lo que había hecho aquí no perdonaba lo que le había pasado a Ailish. Daba igual cuántas puertas de Sidhe cerrara, nada haría que el alma de la reina Callaghan volviera.

Abrí los ojos y contemplé el cielo. Ya estaba oscureciendo, lo que significaba que llevaba varias horas ahí tumbado. Mi barriga protestó, hambrienta. Después de lo que había pasado, necesitaba recuperar energía. La imagen del estofado de caora, el que habíamos compartido Nuada y yo en el camino de ida a Lonmore, me asaltó, y mi estómago volvió a protestar.

Suspiré y me llevé una mano al vientre. Todavía no tenía ánimos para levantarme, para enfrentarme a ese nuevo futuro. Sabía que era mala idea, que pronto se haría de noche, que tenía que salir de ahí, pero no encontraba la motivación para hacerlo. De pronto, me di cuenta de que aquello que mis dedos estaban rozando no era el chaleco de la boda. La textura era más áspera. Además, ¿cómo podía ser que no tuviera frío? Después de una noche infernal, de vaciar todo mi cuerpo de poder, me habría esperado que mi cuerpo reaccionara como solía hacer: con enfermedad y debilidad.

Me incorporé y contemplé la capa que me habían colocado encima. Era calentita y agradable la explicación de por qué no me había resfriado pese a haber pasado todo el día tumbado en el exterior invernal. ¿De quién era? ¿Quién me había encontrado ahí en medio, lejos de todo poblado?

—Por la Diosa, pensaba que nunca te despertarías —dijo una voz a mis espaldas. Una que reconocía a la perfección.

Mi corazón dio un vuelco. Me giré, con tantas prisas que me mareé y tuve que cerrar los ojos. Aun así, tenía que comprobarlo por mí mismo, confirmar que mis oídos no me engañaban. Cuando volví a abrir los párpados, lo primero que vi fue su sonrisa. Su barba incipiente. Sus ojos, cargados a medias de preocupación y cariño. Su

pelo, largo, recogido en una coleta despeinada.

Nuada. Nuada Callaghan. Mi esposo.

Al menos, todavía.

Tartamudeé, sin saber qué decirle. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo me había encontrado? ¿Y por qué me había buscado en primer lugar? Era yo el que había provocado la muerte de Ailish. ¿Por qué sus ojos todavía me miraban con esa expresión tan amable, tan… suya?

—Te has pasado el día durmiendo. O quizá más tiempo; cuando te encontré ya estaba todo… así.

Nuada se sentó a mi lado y me pasó una mano por los hombros para hacerme entrar en calor. Pero yo no notaba dolor ni frío. Estaba en estado de *shock*, enterrado bajo una montaña de dudas.

—¿Finn? ¿Estás bien?

—Tú, eh… Yo… —Carraspeé—. ¿Qué haces aquí? —pregunté al fin. Mi voz había salido más seca de lo que deseaba.

—¿No es evidente? He venido a buscarte —dijo. Se rascó la nuca, como hacía siempre que estaba nervioso—. Mi plan era llegar y rescatarte igual que un príncipe de esos que aparecen en los cuentos que me contaban mis padres adoptivos antes… Pero… —Desvió la mirada—. Bueno, te encontré así. Cuando todo había acabado ya. Creo que te salvaste tú solo.

Noté cómo se me enrojecían las mejillas y recordé, con un cosquilleo, la sensación de poder que había sentido en todo mi cuerpo cuando había tomado las riendas de mi miedo. Cuando había apartado la desesperación y la angustia para tomar el control de mi propio don. La sensación era extraña, ajena, como si aquel Finn y yo no fuéramos la misma persona. Por primera vez en mi vida, sentí un pinchazo en el pecho que tardé en reconocer, era de orgullo. Nuada tenía razón: yo mismo me había salvado.

—Quiero decir… ¿por qué me estabas buscando?

La mirada de Nuada se enteló de tristeza y, durante unos segundos, no dijo nada. Dudó, como si no supiera qué hacer. Al final, se decidió y atrapó mi mano entre las suyas.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Eres mi marido.

—¿Estás respondiendo mis preguntas con preguntas?

—¿Es que todavía necesitamos el jazmín de la Diosa? —soltó Nuada—. Pensaba que ya habíamos superado esa fase de nuestra relación. Ya sabes, por la boda y todo eso.

Durante unos instantes, nos miramos mutuamente, en silencio. Analizándonos, estudiándonos. Y, entonces, sin que pudiera evitarlo, se me escapó una carcajada. Mi risa atrajo la suya y de repente estábamos los dos, riendo como si no hubiera pasado nada. Como si no hubiéramos pasado ni un instante separados.

—Te he echado de menos —dije, sin pensar.

Cuando me di cuenta de lo que había dicho, mi sonrojo se intensificó. No obstante, aguanté su mirada. Intuía que ese era un momento importante para los dos.

—Yo también, Finn… —musitó él. Apretó mis manos antes de continuar—. ¿Qué pasó? En Lonmore… y aquí.

Tragué saliva. Sabía que esta conversación llegaría desde que lo había visto ahí, plantado, observándome. Que en algún momento tendría que darle explicaciones. Las merecía. Pero, desde que había despertado en el granero, no había podido verbalizar la pérdida y el dolor, y sentía que, si empezaba a hablar, mi corazón se rompería en añicos. No sabía si podría soportar que Nuada me odiara.

Aunque, ¿acaso tenía otra opción? ¿Acaso podía mentirle? No. Si quería construir un futuro con él, lo tenía que hacer desde unas bases firmes y sinceras.

Así que hablé. Le conté todo, desde el momento en el que había observado su espalda en el puente que unía Eren Glen con el pueblo hasta lo que había vivido esa misma mañana. Le hablé de mis dudas, de mi padre, de Lean. Del granero, de las hadas, de las palabras hirientes de Benjamin Blackwell. Cuando hablé del enfrentamiento con Regin, de mi dominio de las sombras, me tembló la voz de la impresión. Aun así, seguí hablando. No paré hasta que toda la verdad estuvo expuesta ante nosotros.

Lo miré. Me sentía como si caminara por el borde de un precipicio. Cualquier golpe de viento, cualquier palabra de Nuada,

podría amenazar una caída. No obstante, por primera vez, me di cuenta de que podría levantarme, que podría seguir adelante. Sería doloroso, pero ahora sabía que podría hacerlo.

Bajé la mirada y esperé la sentencia. Durante unos instantes, ninguno de los dos dijo nada. Y, entonces, el príncipe me rodeó el cuello y me apretó contra sí. Pude notar sus mejillas húmedas, y tenía la seguridad de que las mías también lo estaban. Lo estrujé con toda la fuerza que me quedaba, escuchando su latido contra el mío, su calor uniéndose al de mi cuerpo.

Habría querido parar el tiempo, disfrutar ese instante con él, así, para siempre. Los segundos volvieron a la vida y nos separamos, poco a poco, notando cada caricia del otro.

—Finn… Siento muchísimo que hayas pasado por esto tú solo. —Él fue el primero en hablar—. Siento haberte abandonado en el puente. No sabes lo mucho que me he culpado desde entonces. Pensaba que te había perdido, que te habrían hecho lo mismo que a *lady* Ailish y yo… no podía soportarlo.

—¿Tu culpa? Nuada, no tienes la culpa de nada.

—Era responsable de ti y no hice lo que debía.

Apreté sus manos.

—No. Yo soy responsable de mí mismo. En todo caso, me alegro de que no estuvieras conmigo. A saber qué te habrían hecho mi padre y Regin…

El rostro del príncipe se ensombreció ante la mención del hada, y este miró hacia el centro del círculo de piedras. El sol ya rozaba el horizonte y las sombras de todas las rocas dibujaban figuras largas, casi infinitas.

—Además, soy yo quien debería disculparme… Si no hubiera sido por mí, *lady* Ailish…

Nuada se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—Hemos hablado con ella, Finn. Bueno, con su Sombra.

—¿Qué?

—Cuando nos encontramos a Ailish ahí, vacía, en la hierba… Pensamos lo peor. Y tú no aparecías por ningún lado. Yo estaba

convencido de que tu padre estaba detrás de eso, pero Moira se enfadó y te acusó. Entonces, Ronan te defendió y nos propuso hablar con el *taran* de Ailish. Sabías que puede hacerlo, ¿no? —preguntó. Asentí—. Pese a que fue un momento doloroso, también fue necesario: *lady* Ailish nos contó todo lo que había pasado. El ataque. Su incapacidad para protegerte. Finn, créeme. Lo que hizo por ti… lo habría hecho por cualquiera de nosotros.

Dudé. Recordaba con claridad las últimas palabras de *lady* Ailish, la desesperación impresa en su rostro. ¿Qué había pensado en ese momento?

—Nosotros habríamos hecho lo mismo, Finn. —Cuando vio mi mirada confundida, suspiró—. Somos como los cuervos, ¿sabes? Los cuervos se cuidan entre ellos. Cuando uno es atacado, el resto lo protege. Colaboran, conviven, se protegen. Ahora eres Finn Callaghan. Formas parte de nuestra familia, de esta bandada de cuervos. Aunque…

—¿Qué?

—Entenderé que prefieras distanciarte —musitó—. Podemos anular el matrimonio, si lo deseas. O mantener el título, aunque vivas lejos…

—¿Por qué querría eso?

—Después de lo que ha pasado, no me extrañaría. Me gustaría decir que todo volverá a la normalidad, pero tengo la sensación de que esto solo traerá más problemas.

La puerta se había cerrado. Sin embargo, sabía que Basil la había cruzado. ¿Regin también lo había hecho? Estaba casi seguro de que las Sombras no lo habían matado, por lo que tenía que haber viajado hasta Sidhe. ¿Qué les pasaría a ambos? ¿Habían roto el pacto?

—¿Crees que Regin…? —La pregunta murió en mis labios.

—¿Ha muerto? —inquirió. Asentí—. No. Dudo que eso haya acabado con él. Tampoco conozco la política feérica, así que no sé qué le pasará ahora que ha vuelto del exilio. —Suspiró y se encogió de hombros—. No me importa demasiado. Lo que quiero decir es… Estoy seguro de que tendremos que lidiar, en el futuro, con las

Cortes feéricas. Y entiendo que prefieras alejarte de todo eso.

Le apreté la mano y sonreí, negando con la cabeza.

—¿Y perderme la diversión? Ni loco.

Eso pareció divertir a Nuada. Su preocupación se desvaneció y se inclinó hacia mí, como si quisiera besarme. En el último momento, titubeó. Fui yo el que acortó la distancia que nos separaba, con una seguridad sorprendente.

Aquel fue un beso apasionado, desesperado, lleno de amor y añoranza. Habían pasado solo unas horas, sí, pero estaba tan seguro de que no volvería a verlo que sentía que hacía eones desde la última vez que habíamos estado así. Me pasó la mano por los hombros y me apretó más contra él. Yo agarré su chaleco con fuerza, como si necesitara sujetarme a algo para no caerme del sueño que era estar con él.

Cuando nos separamos, el corazón me iba a mil. La intimidad que había dado por perdida había vuelto y estaba entre nosotros, como una energía que nos calentaba a ambos.

—¿Puedes moverte? Deberíamos irnos, antes de que se haga totalmente de noche.

—¿A dónde vamos?

Él alzó una ceja, incrédulo.

—¿A dónde va a ser? Vamos a casa.



Cuando me levanté, me di cuenta de que todos los cadáveres habían desaparecido. Nuada me explicó que había dedicado las horas, mientras yo estaba inconsciente, a darle sepultura a todos esos muertos. Sin decir nada más, me cogió de la mano y me condujo hasta uno de los pequeños túmulos. La piedra que había colocado encima no decía nada, pero supe, al instante, de quién era.

Benjamin Blackwell.

—Me temo que no pudiste salvarlo… lo siento —musitó Nuada.

No dije nada. Contemplé esa roca, sin saber muy bien cómo sentirme. Pues sí, notaba el pinchazo del duelo. Pero también había otras emociones, fuera de lugar, que poblaban mi corazón.

—¿Es normal que, en parte, sienta alivio? —me atreví a preguntar al fin.

El príncipe me miró un instante, sin decir nada. Y, entonces, con lentitud y contundencia, asintió.

—Es normal.

—Me da la sensación de que ya me había despedido de él antes. Tiempo atrás. Como si ya hubiera enterrado su cadáver antes de marcharme de Aeda. —Suspiré—. Soy un mal hijo, ¿verdad?

Nuada negó con la cabeza y buscó mi mano. Dejé que nuestros dedos se entrelazaran.

—No, no lo eres. El único deber de los hijos es el de existir. Son los padres los que tienen la responsabilidad de quererlos y cuidarlos. Lord Blackwell no cumplió con ese deber. —Me miró e, incluso en la oscuridad nocturna, pude ver cómo sus ojos brillaban de un azul intenso—. No estás obligado a querer a alguien solo porque comparta tu sangre.

Sus palabras fueron como una brisa de calma para mi corazón. Una lágrima se deslizó por mi mejilla y la dejé correr hasta que se perdió en el pañuelo de mi cuello. Recordaba bien la inseguridad que había sentido en el viaje a Lonmore, la idea de que el príncipe podría culparme por haberlo elegido a él antes que a mi supuesta familia. En ese momento, no entendía que mi verdadera familia no era la que dejaba atrás, sino la que esperaba al final de la senda.

—Cuando enterraste a los muertos… ¿viste un hombre alto, rubio, con una herida en el pecho? —Le describí un poco mejor el hombre que me había salvado.

—Sí, lo recuerdo. Creo que era una de estas tumbas.

Nuada me condujo hasta uno de los túmulos cercanos a los de mi padre.

—¿Este es el hombre que luchó contra Regin?

—Sí. Me gustaría saber quién era. Me dio la sensación de que su verdadero objetivo no era abrir la puerta, sino enfrentarse al hada.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es una sensación. Además, iba armado con hierro. Como si esperara luchar contra Regin. Me habría gustado saber qué buscaba.

Nuada contempló la tumba, pensativo.

—Recibimos un mensaje poco después de hablar con el *taran* de Ailish —comentó—, con solo una indicación: el nombre de un pueblo que hay aquí cerca.

—¿Crees que lo envió él?

El príncipe asintió, sin apartar la mirada de la piedra. Me pregunté, una vez más, quién había sido aquel hombre y por qué se había enfrentado a Regin. Recordaba con claridad su expresión de asco, la furia que había inundado su mirada.

—Que la Diosa lo acoja en sus Salones —recé.

Nos despedimos en silencio de todos los fallecidos. A muchos de ellos no los había visto nunca ni había hablado con ellos. La mayoría solo habían sido sombras que bailaban en un ritual. Pero todos habían muerto por la ambición de mi padre y de dos hadas. Merecían, al menos, ese respeto.

Había dos sicas esperándonos en la ribera de un río cercano. Pastaban y bebían con la tranquilidad que ya asociaba a esos animales, como si no les importara demasiado estar cerca de aquel lugar mágico. Aunque, ¿por qué debería? Los sica podían viajar a Sidhe, así que estarían más que acostumbrados a ese ambiente. Nuada me ayudó a subirme al lomo del cérvido, mis piernas demasiado débiles para hacerlo por sí solas, y fue entonces cuando vio la joya negra.

—¿Puedes quitarte el brazalete?

—¿Por qué lo preguntas?

Nuada se encogió de hombros, fingiendo despreocupación. Sin embargo, vi que había un brillo ansioso en el añil de sus ojos.

—Antes he intentado sacártelo y no he podido.

Me mordí el labio, sin saber si probarlo o no. Con esa joya, me había sentido más poderoso que nunca. Había sido gracias al ónice que había podido llamar a todas esas Sombras, que había podido enfrentarme a Regin. ¿Y si…? Negué con la cabeza. No, no sabía qué podría pasarle a mi cuerpo si me lo quedaba. Nuada tenía razón. Sin decir nada, lo cogí e intenté sacarlo. El brazalete no se movió de la muñeca, como si estuviera atado a mi piel para siempre.

—No… no puedo.

Nuada cogió mi mano con suavidad y, con la otra, tiró del brazalete. El resultado fue el mismo: la joya no se movió de su sitio. Tardó varios minutos en rendirse, hasta que se dio cuenta de que no era fuerza lo que me liberaría de la pulsera.

—Tendremos que comentárselo a Edrielle cuando la veamos.



Tardamos dos días en llegar a Lonmore. No estábamos tan lejos de la capital de Storr, pero lo que había pasado en el círculo de hadas me había dejado agotado y era incapaz de montar en sica más de dos o tres horas seguidas. De esa forma, fuimos parando, descansando en postas o acogidos en casas de miembros del Clan.

Después de lo que le había pasado a Ailish, las celebraciones de la boda se habían anulado y todos habían vuelto a sus hogares. El ambiente desde entonces había sido triste, y los vecinos con los que nos encontrábamos nos preguntaban, preocupados, sobre la reina, su estado de salud y el futuro del Clan. Yo me quedaba callado, sin saber qué responder. Gracias a la Diosa, Nuada era el diplomático, y los tranquilizaba siempre con la mejor de las sonrisas.

Pese a que agradecía la amabilidad de aquellos que nos ayudaban, yo prefería nuestros momentos a solas, recorriendo la

senda camino a casa. Durante esas largas horas, Nuada y yo hablamos de todo: de tonterías y de cosas que no lo eran tanto. Le hablé de mi hermano, de la herida que se había abierto con su desaparición. Le hablé de mi vida en Aeda, de mi vida con mi padre. Él también se abrió y me contó sobre sus miedos, sobre sus cargas. Me contó cómo me había encontrado.

Cuando llegamos a Lonmore, me sentí extraño. Al ver las calles conocidas, los vecinos que nos saludaban, sorprendidos por nuestro retorno… al ver la plaza y el lago y el castillo sobre él… Al ver todo eso, noté cómo esa extrañeza se transformaba en pertenencia. Ese era mi hogar.

Había necesitado que me capturaran e intentaran matarme para entenderlo de verdad.

Al llegar a Eren Glen, nos recibieron con lágrimas, gritos y risas. Saoirse me abrazó durante varios minutos y no me dejó ir hasta que Nuada la obligó. Ronan apoyó su cabeza en mi hombro y me susurró que había estado preocupado. Moira me ofreció una mano enguantada, asegurándome que no podía traspasarme la pesadilla a través de la tela. Si había existido algún rencor hacia mí, ya había desaparecido: ahí, entre el cariño de los Callaghan, entendí que había llegado a casa.

# Epílogo

## Saoirse

Saoirse miró la puerta con ansiedad. Había estado en ese claro una multitud de veces y siempre había contemplado la entrada al mundo feérico con anhelo. No recordaba cuándo había nacido ese sueño de visitar Sidhe; un sueño que no había querido compartir con casi nadie, pero sabía que la había acompañado gran parte de su vida.

Y, por fin, se iba a hacer realidad.

Tragó saliva y agarró con fuerza la mano de la mujer que iba a su lado. Mirarla a los ojos le dolía, por lo que había cogido la costumbre, en los pocos días desde el ataque, de observar el resto de detalles que la hacían ser ella. Su melena dorada. Sus vestidos largos y azulados. Su barbilla regia. Su cuerpo esbelto. Si la miraba de reojo, si no se fijaba en esos iris apagados… casi podía sentir que todavía era *lady* Ailish. Una *lady* Ailish callada y seria, sí, pero era mejor eso que una vacía.

Ante sus hermanos, había titubeado, haciéndose la desinteresada. No obstante, desde que habían decidido llevar a Ailish a Sidhe, para ver si las hadas conseguían encontrar una manera de devolver a su cuerpo el alma almacenada en el brazalete, habían decidido también que alguien tenía que acompañarla. Y Saoirse sabía que iba a ser ella. Tenía que ser ella. Si no fuera porque la situación era horrible, habría gritado de alegría ante esa

oportunidad.

¿Por qué había dudado entonces? Le dolía dejar a sus hermanos atrás. Sabía que volvería a verlos, pero se le hacía extraño pasar tanto tiempo separados. Además, se avecinaban meses complejos. Tendrían que elegir quién haría de regente hasta que se realizaran elecciones en el Clan. Sabía que Moira se negaría y que tanto Ronan como Nuada lo pasarían mal si aceptaban.

Pero no podía quedarse. No podía perder esa oportunidad.

A su lado, Edrielle, la reina hada, la miró de soslayo. Había un hielo extraño en sus ojos, uno que parecía deshacerse cuando contemplaba a Ailish. Su amor era tan obvio que no podía evitar admirar a la mujer feérica.

—Despídete de tu mundo, pequeña. Esta será la última vez que lo veas en mucho tiempo.

Saoirse tragó saliva y asintió, un brillo de determinación en su mirada. Apretó con más fuerza la mano de su madre adoptiva y asintió.

—Estoy lista.

Juntas, las tres se adentraron en la luz ondulante de la puerta. Hacia una nueva aventura. Hacia un nuevo mundo.

**FIN**

# Agradecimientos

Cuando tenía once años, leí por primera vez *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón y, al acabarlo, a altas horas de la madrugada, poco podía adivinar que su lectura me cambiaría la vida. Ha pasado más tiempo del que me atrevo a confesar, pero todavía existe en mi interior esa niña que abrazaba el libro con la cabeza llena de historias. Durante años, escribí muchísimo: *fanfics*, foros de rol o cuentos que escribía en libretas garabateadas. En una de esas libretas apareció Finn. Este personaje, con sus diferentes nombres y formas, me ha acompañado desde 2012. Y ahora, más de diez años después, he podido hacerle justicia y contar su historia.

*El legado de la reina cuervo* es mi primera novela de fantasía. Sin embargo, ya mucho antes de que existiera la idea en mi cabeza, había llenado esta de libros e historias de magia, *folklore* y hadas. De pequeña, la fantasía me permitió entrar en el mundo de la literatura. De mayor, me ha demostrado la capacidad ilimitada de la imaginación. Quiero dedicárselo a todas esas autoras que me fascinaron con su magia, a Barbara Hambly, Victoria Schwab, N.K. Jemisin, Ken Liu, Brandon Sanderson o Fonda Lee. Y también a todas esas autoras que me redescubrieron la fantasía juvenil cuando ya pensaba que no podría gustarme: Holly Black, Dianna Wynne Jones, Ana Roux, Kamome Shirahama o Leigh Bardugo. Y, por supuesto, a Becky Chambers, pues, aunque esta novela no sea de ciencia ficción, sigue siendo una inspiración eterna. A todas ellas,

gracias.

Ellas han sido la inspiración, pero el libro no existiría tampoco sin todas esas personas que me han apoyado por el camino. A mi madre, que me inculcó el amor por la literatura y ha seguido animándome todo este tiempo. A Marina, Edu y Paula, que se leyeron la novela antes que nadie y se enamoraron de Nuada y Finn tanto como yo. Este libro no sería lo mismo sin elles.

A Samuel, que me ha acompañado en todos mis delirios, maratones de escritura, noches en vela y cambios de última hora. Gracias por los ánimos, por el apoyo constante, por poner la oreja o el corazón cuando lo necesitaba. Esta novela no existiría sin ti.

A mi Tsukki y mi Guin, que han seguido todo el proceso, dormidos en la butaca de al lado del escritorio.

Un escritor no vive en el vacío y yo no sería nada sin toda esa gente que me ha apoyado. A toda mi familia, que pregunta cuándo saldrá el próximo libro. A Marta, que me perdona, aunque le vaya inflando la lista de libros pendientes. A mi sobrina Noa, que espero que disfrute con esta novela. A Laura y Caryanna, mis compañeras de penas y letras. A Álex, Juanje, Tati, Pablo, Edgar, Aitzi, Carlos, Pablo, Álex y Eli por darme el empujón para seguir escribiendo.

Al equipo editorial de YOUNG KIWI, que ha confiado en la novela y le ha dado un hogar. Gracias por conseguir que este libro salga a la luz, por darle voz y espacio para que ahora la podáis tener entre manos.

Y, por supuesto, a ti. Gracias por darle una oportunidad a Finn, Nuada y el resto de los Callaghan. Vosotros sois quienes dotáis de vida al mundo y a los personajes.

Gracias infinitas por darle sentido a esta historia.



ISA J. GONZÁLEZ (Barcelona, 1991). Escritora, librera y bióloga. En 2020 publicó su primer libro, una novela corta llamada «*La última luz de Tralia*». En febrero de 2023 publicó «*Regreso a Gaozu*», su primera novela larga. Su tercera novela, «*Rere les esquerdes*» (2024) es su primera novela en catalán. También ha publicado relatos en varias antologías y páginas web, entre ellas, «*Todos los demás planetas*» (2023) o «*Salir del camino*» (2024).

Desde 2014 ha estado muy activa en el fandom como reseñadora y articulista en varios medios, entre ellos la revista Windumanoth, El peso del aire o su propio blog, además de ser la impulsora de proyectos como la iniciativa de #LeoAutorasOct. Ha sido vocal en Pórtico, la Asociación española de fantasía, ciencia ficción y terror.

En 2021 ganó el Premio Ignotus por su novela corta, «*La última luz de Tralia*».